

PERROS DE CAZA

JØRN LIER
HORST

Roja & Negra

«Una novela impecable, sin un solo fallo. La mejor de la serie hasta ahora.»

ØSTLANDS-POSTEN

Perros de caza

Jørn Lier Horst

Traducció
Lotte Katrine Tolleßen

R

ROJA Y NEGRA

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@ReservoirBooks



@ReservoirBooks



@reservoirbooks_

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Intensas ráfagas de lluvia golpeaban el cristal. El agua corría por las ventanas y por el canalón y salpicaba las mesas de la acera. Las ramas desnudas de los álamos, impulsadas por fuertes rachas de viento, raspaban las paredes. William Wisting estaba sentado junto una ventana y miraba hacia el exterior. La hojarasca empapada del otoño se levantaba de la acera y giraba en el aire.

Bajo la lluvia había un camión de mudanzas. Una pareja joven corrió hacia él con unas grandes cajas de cartón y se apresuró a regresar al portal.

A Wisting le gustaba la lluvia. No sabía muy bien por qué, pero de algún modo parecía amortiguarlo todo. Notaba que se le relajaban los hombros y que el pulso le latía un poco más lento. Suaves notas de jazz se mezclaban con el rumor del chaparrón. Wisting se giró hacia la barra. Las llamas de las numerosas velas arrojaban sombras oscilantes sobre las paredes. Suzanne le sonrió, alargó la mano hacia la estantería de la pared y bajó un poco el volumen de la música. No estaban completamente solos en el local rectangular. Al final del mostrador había tres jóvenes sentados alrededor de una mesa. El café, de ambiente sofisticado e íntimo, se había convertido en el lugar de encuentro de los estudiantes de la recién creada sección de la Escuela Superior de Policía.

Se volvió de nuevo hacia la ventana. LA PAZ DORADA, anunciaba un arco de letras translúcidas invertidas. GALERÍA Y BAR CAFÉ.

Wisting no sabía desde cuándo había soñado Suzanne con tener un bar como ese. Una noche de invierno ella había dejado a un lado el libro que estaba leyendo y le había contado la historia del encargado del ferry de Hudson River. Durante toda su vida había navegado entre Nueva York y Jersey, ida y vuelta, y vuelta a empezar. Día tras día, año tras año. Un día tomó su gran decisión. Hizo girar el barco y puso rumbo mar adentro a toda velocidad, hacia el océano con el que había soñado toda su vida. Al día siguiente, Suzanne compró el local de la cafetería.

Le preguntó a Wisting cuál era su sueño, pero él no contestó. No porque no quisiera responderle, sino porque no lo sabía. Le gustaba su vida tal y como era. Era policía y no deseaba que las cosas fueran diferentes. Su trabajo como investigador le proporcionaba la sensación de hacer algo importante y cargado de sentido.

Levantó la taza de café, se acercó el periódico dominical y lanzó otra mirada a la oscuridad otoñal. Solía sentarse al fondo del local, donde poca gente se percataba de su presencia. Pero la calle estaba desierta a causa del mal tiempo y Wisting pensó que podía sentarse a la mesa de la ventana sin que nadie lo reconociera desde el otro lado y entrara a charlar un rato con él. Eso

ocurría cada vez con más frecuencia desde que había dejado que lo entrevistaran en un programa televisivo para hablar de uno de sus casos.

Uno de los chicos le miró y dio un codazo a sus compañeros. Wisting también lo reconoció. Era uno de los estudiantes de la Academia de Policía. Al principio del semestre habían invitado a Wisting a dar una charla sobre ética y moral. El chico se había sentado en primera fila.

Wisting cogió el periódico. En la portada se leían consejos para adelgazar, avisos de que venían más lluvias y las intrigas de un reality show de la televisión. Los periódicos dominicales no solían incluir noticias nuevas. «Conservas», así llamaba Line a los artículos que habían estado en la redacción días o semanas antes de que los imprimieran. Su hija era periodista en el diario *Verdens Gang* desde hacía casi cinco años, una profesión que armonizaba con su curiosidad y sentido crítico. Había pasado por distintas secciones del periódico, pero en ese momento trabajaba en la redacción de sucesos, por lo que a veces su equipo editorial se ocupaba de informar sobre los casos de Wisting.

Este gestionaba los roles de detective y de padre sin problemas. Lo que le disgustaba de la profesión de su hija era la idea de que entrara en contacto con todos los horrores de la sociedad. Wisting había sido policía durante treinta y un años. Conocía de primera mano la mayor parte de las formas que adoptan la brutalidad y la barbarie, pero su trabajo también le había provocado muchas noches de insomnio. Y esperaba que su hija se ahorrara esos disgustos.

Pasó las páginas de opinión y leyó las noticias por encima. No contaba con encontrar ningún artículo de Line. Había hablado con ella antes del fin de semana y sabía que estaba de vacaciones.

Cada vez apreciaba más comentar con Line asuntos de la actualidad. Aunque le había costado mucho reconocerlo, las conversaciones con Line habían afectado a cómo se veía en su papel de policía. La visión desde fuera de su hija le había hecho replantearse en más de una ocasión opiniones de sí mismo y su profesión bastante anquilosadas. Sin ir más lejos, durante la conferencia que había dado a los estudiantes de la Escuela Superior de Policía. Había disertado sobre lo importante que era para la seguridad de la gente que la policía actuara con integridad, decencia y corrección, y se dio cuenta de que los puntos de vista de Line le habían proporcionado un contrapeso valioso. Había intentado explicar a sus futuros colegas la importancia de esos valores fundamentales en el trabajo de un policía, que debía intentar ser imparcial, objetivo, sincero y honesto, y consagrarse a la búsqueda constante de la verdad.

Cuando Wisting llegó a la programación televisiva de la última página, los estudiantes se levantaron de la mesa. Se detuvieron en la puerta para abrocharse los abrigos. El más alto buscó a Wisting con la mirada. El detective sonrió e hizo un gesto para que supiera que lo había reconocido.

—¿Es su día libre? —le preguntó el muchacho.

—Es una de las ventajas de haber estado en el cuerpo mucho tiempo —respondió Wisting—.

Trabajo de ocho a cuatro y libro todos los fines de semana.

–Gracias por su excelente conferencia, por cierto.

Wisting cogió la taza de café

–Muy amable por tu parte mencionarlo.

El estudiante quiso decir algo más, pero a Wisting le sonó el teléfono. Era Line.

–Hola, papá. ¿Te ha llamado alguien del periódico?

–No –respondió Wisting y se despidió de los tres estudiantes que salían con un movimiento de cabeza–. ¿Por? ¿Ha pasado algo?

–Ahora estoy en la redacción –respondió ella.

–¿No tienes el día libre?

–Sí, pero había ido al gimnasio y he pensado que subiría un momento.

Wisting bebió un sorbo de la taza. Reconocía muchas cosas suyas en su hija. El afán de saber y el deseo de estar siempre donde suceden las cosas.

–Mañana hablarán de ti en el periódico –dijo Line e hizo una pausa antes de seguir–. Pero esta vez van a por ti. Es a ti a quien quieren coger.

Mientras Line oía la respiración de su padre al teléfono, movió el cursor por la pantalla donde estaba el artículo sobre su padre, con su foto destacada, preparado para la imprenta.

–Habla del caso Cecilia –explicó.

–¿El caso Cecilia?

La voz sonó dubitativa. Era uno de los casos de los que nunca había querido hablar, uno de los difíciles y dolorosos.

–Cecilia Linde –precisó Line, aunque sabía que su padre no necesitaba ninguna aclaración.

Entonces era un joven investigador y el de Linde había sido uno de los asesinatos más comentados de aquella década. Oyó a su padre tragar y dejar una taza sobre la mesa.

–¿Y bien? –dijo sin más.

Line apartó la vista de la pantalla cuando el redactor jefe se levantó de la mesa de redacción y se dirigió a la escalera que comunicaba con el piso superior. Era la hora de la reunión de la noche, en la que se recogían los últimos hilos del periódico del día siguiente y se decidían las noticias de la primera página. El texto sobre su padre ocupaba dos páginas, y sería un buen artículo de portada. El asesinato de Cecilia Linde todavía estaba muy presente en la conciencia de los lectores, y vendería bien, a pesar de que hubieran transcurrido diecisiete años.

–El abogado de Haglund ha enviado un requerimiento a la Comisión de Revisión de Casos Criminales –explicó cuando el redactor jefe se hubo marchado.

Su padre guardó silencio. El jefe de la sección de noticias recogió un montón de papeles y siguió al redactor jefe a la planta superior. Line volvió a leer por encima el artículo que tenía delante. En realidad, planteaba más preguntas que respuestas, y comprendió que la noticia iría publicándose por entregas, y no solo en su periódico.

–Un detective privado ha trabajado en el caso –prosiguió.

–¿Eso qué tiene que ver conmigo? –preguntó el padre, pero ella supo por su voz que comprendía lo que estaba pasando.

Era su padre quien había estado al frente de la investigación diecisiete años atrás. Desde entonces, se había convertido en un policía conocido; una cara famosa a la que pedir responsabilidades y utilizar en las noticias.

–Opinan que se manipularon las pruebas –explicó Line.

–¿Qué clase de pruebas?

–El ADN. Dicen que lo puso la policía.

Line imaginó cómo los dedos de su padre apretaban la taza de café que tenía sobre la mesa.

–¿Cómo lo justifican? –quiso saber.

–El abogado ha hecho analizar las pruebas de nuevo y opina que la colilla que encontraron con restos de ADN la colocaron después.

–Eso mismo dijeron entonces.

–El abogado cree que lo pueden demostrar y dice que ha mandado la documentación a la Comisión de Revisión de Casos Criminales.

–No entiendo cómo puede demostrar nada de nada –murmuró el padre.

–También tienen un nuevo testigo –prosiguió Line–. Uno que puede proporcionarle a Haglund una coartada.

–¿Por qué no se presentó ese testigo entonces?

–Lo hizo –dijo Line y tragó saliva–. Dice que en su día llamó y habló contigo, pero que después no supo nada más.

El teléfono enmudeció.

–Ahora aquí están reunidos –siguió Line–. Pero te llamarán para pedirte que comentes la noticia. Debes preparar lo que vas a decir.

El padre siguió callado. Line miró la pantalla. La foto de su padre ocupaba casi todo el espacio. Habían utilizado una imagen del programa televisivo de entrevistas de hacía casi un año. Los decorados del estudio eran fáciles de reconocer y funcionaban como una especie de sutil recordatorio de que la persona a quien ahora acusaban de incumplir la ley era un investigador conocido.

En la foto, tenía el espeso cabello oscuro un poco despeinado. Esbozaba una sonrisa tensa y las arrugas de su rostro testimoniaban que había pasado por muchas cosas. Miraba fijamente a la cámara con unos ojos oscuros y serenos. En el programa de televisión no solo se había mostrado como el íntegro y experimentado policía que era, sino también como un investigador comprensivo y atento, con una gran conciencia social. Al día siguiente el pie de esa foto lo presentaría bajo una luz muy distinta. Su mirada se percibiría fría, su sonrisa contenida, falsa. El poder de los medios se convertía en impotencia.

–¿Line?

Ella enderezó el teléfono.

–¿Sí?

–No es cierto. Nada de lo que dicen es cierto.

–Lo sé, papá. No hace falta que me lo digas, pero, en cualquier caso, mañana se publicará.

El silencio de la noche se impuso en la redacción. Imágenes de informativos de otros países se deslizaban por las mudas pantallas de televisión, acompañadas por el repiqueteo de ágiles dedos recorriendo los teclados y alguna que otra conversación telefónica en voz baja.

Line estaba apagando el ordenador cuando apareció el redactor jefe. Se llamaba Joakim Frost, pero todo el mundo le conocía por Frosten. Miró alrededor antes de acercarse. A Line le pareció que sus ojos fríos podían ver a través de ella. Se decía que lo habían nombrado redactor jefe por esa razón, porque era incapaz de comprender las tragedias humanas que se escondían tras los titulares. En otras palabras, su falta de empatía le había proporcionado la cualificación necesaria.

–Lo siento –dijo dando por supuesto que Line había visto el artículo sobre su padre–. Iba a llamarte para comentártelo, pero ya estás aquí.

Line asintió. Sabía que la decisión de publicar esa noticia era de él y lo conocía demasiado bien como para iniciar una discusión sobre el asunto. Frosten custodiaba los intereses económicos del periódico como si le fuera la vida en ello y su prioridad era sacar portadas interesantes. Line no tenía ningún interés en oírle disertar una vez más sobre una prensa libre e independiente, y por otro lado a él tampoco le importaban los argumentos que ella pudiera aportar. Frosten llevaba casi cuarenta años en el periódico y a sus ojos ella seguía siendo una insignificante novata.

–Es una historia que no podemos dejar de publicar –dijo él.

Ella asintió de nuevo.

–¿Has hablado con tu padre?

–Sí.

–¿Qué dice?

–Él te lo dirá directamente.

Frosten asintió con la cabeza.

–Tiene todo el derecho a replicar, por supuesto.

Line se permitió esbozar una media sonrisa. Defenderse de una acusación que se publicaba en la portada del periódico servía de poco. Además, con una conversación telefónica unos minutos antes de imprimir el periódico nadie sería capaz de contradecir un artículo en el que había trabajado toda una redacción.

–Escucha, Line –siguió Frosten–. Comprendo que esto es difícil para ti. También lo es para mí, pero este caso va mucho más allá de lo que podamos pensar o sentir nosotros. Es importante que la prensa se mantenga alerta, crítica. Es un caso de interés general y nacional.

Line se puso de pie. Los argumentos de Frosten no eran más que una excusa hipócrita para

justificar lo que de verdad le importaba: la tirada. La integridad del periódico podía preservarse sin necesidad de publicar un titular sensacionalista con su padre como protagonista. No hacía falta personalizar la historia de ese modo. La crítica podía dirigirse exactamente igual a la policía como organización e institución pública, pero no venderían tantos periódicos.

–Si necesitas unos días libres, puedes tomártelos –le ofreció el redactor jefe–. Y volver cuando todo esto haya pasado.

–No, gracias.

–Creo que si hubiéramos dejado que lo publicaran otros habría sido aún peor.

Line apartó la mirada. La idea de la cara de su padre en la portada del periódico del día siguiente le daba náuseas.

–Ahórramelo –pidió ella.

–¡Line!

El grito provenía del jefe de la sección de noticias. Estaba con una de las reporteras del turno de noche, pero arrancó una página de su cuaderno y se acercó a ellos casi a la carrera.

–Sé que hoy no trabajas y que probablemente te vendrá mal, pero ¿podrías cubrir un asunto?

Line respondió de forma automática:

–¿Qué asunto?

–Asesinato en el casco antiguo de Fredrikstad. La policía todavía no nos lo ha confirmado, pero tenemos un informante junto a un cadáver ensangrentado.

Line sintió que la noticia la llenaba de energía y la agotaba a la vez. Era el tipo de caso en el que le gustaba trabajar. Se le daban bien. Era buena buscando fuentes y había desarrollado la capacidad de sacarles información y analizarlas, de manera que sabía qué podía utilizar y de qué no se podía fiar.

Frosten esbozó una amplia sonrisa.

–¿Nos llama desde el lugar de los hechos?

–Primero a la policía, luego a nosotros –respondió el jefe de noticias.

–El orden equivocado, pero ningún problema. ¿Quién puede sacar unas fotos?

–Dentro de diez minutos habrá un fotógrafo freelance allí, pero necesitamos un reportero.

Joakim Frost se volvió hacia Line.

–Si no vas a aceptar la oferta de tomarte unos días libres, creo que deberías ponerte en marcha –dijo apresurando el paso hacia la sección de noticias.

Line contempló su espalda y comprendió que sería mucho más agradable para él y para los demás tenerla en Østfold los días siguientes y no en la redacción.

El jefe de noticias le pasó una hoja con el nombre y el número de teléfono del informante.

–Quizás haya algo interesante –dijo, y añadió en voz baja–: No cerraremos la portada hasta dentro de cuatro horas.

El periodista le llamó antes de las diez. Wisting no entendió su nombre, solo que llamaba de *Verdens Gang*.

–Mañana publicamos un artículo sobre el caso Cecilia –empezó–. El abogado Sigurd Henden ha enviado un requerimiento a la Comisión de Revisión de Casos Criminales.

–Sí.

–Nos gustaría saber qué opinas sobre el hecho de que te acusen de haber falsificado las pruebas que condenaron a Rudolf Haglund.

Wisting carraspeó y respondió con voz firme.

–¿Cómo has dicho que te llamabas?

El periodista dudó y Wisting sospechó que se había presentado de manera ininteligible a propósito.

–Eskild Berg.

Wisting carraspeó otra vez. Debía de ser un simple periodista de noticias, no uno de los especialistas en crímenes con quien solía hablar cuando ocurría algo grave. Le parecía haber visto su nombre impreso alguna vez, pero no recordaba haber hablado nunca con él.

–¿Qué opinas sobre las acusaciones de haber falsificado pruebas? –repitió el periodista.

Wisting sintió un escalofrío en la espalda, pero mantuvo la voz tranquila al responder:

–No puedo opinar sin saber en qué consisten esas acusaciones.

–El abogado Henden afirma que puede probar que Rudolf Haglund fue condenado sobre la base de pruebas falsas.

–No sé nada al respecto.

–¿Fuiste el responsable de la investigación?

–Así es.

–Entonces ¿es cierto? ¿Se falsificaron las pruebas?

Wisting hizo una pausa para pensar la respuesta. No era probable que el periodista esperara una confirmación por su parte, pero estaba claro que quería provocar una reacción.

–No sé en qué basa Henden sus afirmaciones –dijo despacio para que el periodista tuviera tiempo de tomar nota–. Pero desconozco por completo que se hayan producido en modo alguno irregularidades durante la investigación.

–Al parecer también hay un testigo al que no se le dio la oportunidad de declarar –continuó el periodista–. Un testigo que iba a pronunciarse a favor de Haglund.

–Esto también lo desconozco, pero estoy seguro de que la Comisión clarificará todas las

circunstancias.

–¿No te parece que son acusaciones muy graves contra ti como policía responsable de la investigación?

Era evidente que el periodista intentaba sonsacarle una opinión personal.

–Puedes citar lo que acabo de decir –respondió–. Esta noche no diré nada más.

El periodista lo intentó un par de veces más, pero no logró que picara. Wisting colgó el teléfono consciente de que su punto de vista no les interesaba en absoluto. Comprendía el papel de vigía que representaba la prensa. Era su cometido criticar a los políticos, los poderosos y las instancias públicas. Debían buscar la verdad y poner al descubierto las estafas y las injusticias. Eran principios que estaba encantado de defender, pero ahora tenía la sensación de que la víctima de la injusticia era él.

Miró su reflejo en la oscura ventana contra la que batía la lluvia y le pareció ver la cara de un desconocido.

Conocía a Henden, el abogado, por su participación en varios casos. No había defendido a Haglund hacía diecisiete años, pero hoy en día era un abogado famoso y reconocido de uno de los grandes bufetes de más renombre; había sido secretario de Estado y asesor del Ministerio de Justicia. En los casos en que Wisting lo había tratado había mostrado un comportamiento correcto y escrupuloso. Nunca actuaba de cara a la galería y cuando hacía declaraciones en los medios siempre llevaba las de ganar.

Wisting se había enterado de que Henden estaba trabajando en ese caso cuando un par de meses atrás el abogado había pedido que le permitieran retirar la documentación. Algunas veces los periodistas, detectives privados o abogados les hacían abrir los archivos, pero eso casi nunca conducía a nada.

Sigurd Henden no era el tipo de abogado que escribía cartas o presentaba un requerimiento solo para contentar a sus clientes. Su nivel profesional era alto y seguramente había encontrado algo para solicitar que se reabriera ese antiguo caso de asesinato. Wisting no sabía de qué podía tratarse, y eso le inquietaba sobremanera.

Suzanne le arrancó de sus pensamientos.

–¿Me ayudas? –preguntó abriendo el fregaplatos. El vapor caliente bañó su cara y le hizo dar un paso atrás.

Wisting se puso de pie, le sonrió y fue detrás de la barra para sacar los vasos.

Suzanne fue hasta la puerta, giró la llave y dio la vuelta al cartel de CERRADO. Luego empezó a soplar las velas.

Wisting abrió la boca para hablarle de Cecilia Linde, pero no supo por dónde empezar y la volvió a cerrar.

Cuando Line salió del garaje la lluvia golpeó sobre el parabrisas. El agua corría a torrentes por las ventanas y desdibujaba el mundo exterior. Durante los primeros kilómetros de autopista sus pensamientos giraron en torno a su padre. Se sentía impotente, como si estuviera traicionándolo.

Echó una mirada a la hoja que tenía sobre el asiento del copiloto, con las anotaciones del jefe de noticias, y otros pensamientos empezaron a tomar forma en su mente. No podía impedir que se publicara el artículo sobre su padre, pero sí quitarlo de la portada. Eso dependería de lo que descubriera del asunto que iba a cubrir.

Las horas inmediatamente posteriores a un crimen eran tan decisivas para los periodistas como para la policía. Pisó un poco más el acelerador, sacó el móvil y marcó el número del fotógrafo, que ya había llegado. Se llamaba Erik Fjeld y había trabajado con él en un par de casos anteriores. Un tipo bajito, robusto y pelirrojo que llevaba gafas de gruesos cristales.

–¿Qué has averiguado? –preguntó sin rodeos.

–Ahora han acordonado una zona bastante grande –explicó él–. Pero cuando he llegado no había casi nadie.

–¿Sabemos quién es la víctima?

–No, creo que la policía tampoco.

Line consultó el reloj. La hora del cierre de la edición era la una y cuarto. Faltaban algo más de tres horas. Había entregado portadas disponiendo de menos tiempo en ocasiones anteriores, pero dependía más del caso que de ella. Los asesinatos en portada eran cada vez menos frecuentes. El interés por la noticia disminuía a medida que las ediciones digitales hablaban sobre el asunto mientras las imprentas trabajaban. El caso debía poseer algún componente especial y un enfoque del que estuvieran seguros de tener la exclusiva.

–Pero ¿se trata de un hombre? –preguntó mientras miraba entre las escobillas hacia la carretera encharcada que brillaba a la luz de los faros.

–Sí, dicen que de unos cincuenta años.

Line hizo una mueca. Parecía el tipo de caso del que se sacaría poco jugo. Las mujeres jóvenes proporcionaban titulares mayores. Así era como funcionaba la cosa. Y las probabilidades de que fuera alguien famoso tampoco eran muchas. De buenas a primeras solo se le ocurrieron dos famosos nacidos en Fredrikstad, Roald Amundsen y el director de cine Harald Zwart. Amundsen llevaba casi cien años muerto y era probable que Zwart ni siquiera estuviera en Noruega.

–¿Tienes una dirección o una matrícula? –siguió preguntando. Eran datos que podían contribuir a averiguar la identidad del fallecido.

–*Sorry*. En el sitio en que está no hay ni coches ni casas.

–¿Hay mucha prensa?

–Solo la local, el *Demokraten* y el *Fredrikstad Blad*, y un fotógrafo que suele vender sus fotos al *Scanpix*.

–¿Has hecho fotos?

–He llegado pronto –explicó el fotógrafo–. He estado muy cerca y he hecho una serie buenísima. Han cubierto el cadáver con una manta. Su perro está al lado estirando el cuello. Una luz fantástica con el reflejo azul de los coches patrulla. Cinta policial cerrando el paso y uniformes al fondo.

–¿Perro?

–Sí, debía de estar paseando al perro cuando lo asaltaron.

Line notó que esa información le levantaba el ánimo. Había muchos amantes de los perros por ahí.

–¿Qué clase de perro es?

–Uno de esos de pelo largo, un poco como el perro Labbetuss del programa para niños de la tele, no sé si te acuerdas. Pero más pequeño.

Line sonrió. Se acordaba de Labbetuss.

–Guárdate las fotos con el perro hasta que yo llegue –dijo ella–. Pero manda a la redacción las demás. Necesitarán imágenes para la web.

–Seguro que querrán fotos del perro –objetó el fotógrafo–. Son buenas de verdad.

–Espera –repitió Line. Las necesitaba para colocarlas en su titular. Si las mejores fotos ya circulaban por la red, su labor perdía valor.

Acabó la conversación antes de oír más protestas del fotógrafo. Echó un vistazo al retrovisor y se encontró con sus ojos azules. No se había maquillado y tampoco se había arreglado el cabello tras pasar por el gimnasio del periódico. Parecía que en la última hora todo se hubiera puesto patas arriba a su alrededor. En realidad, esa noche no había tenido otro plan que tumbarse en el sofá y ver una buena película, pero ahora conducía un poco por encima del límite de velocidad en dirección a Østfold.

Cambió de carril tras pasar el desvío a Vinterbro y cogió la nota con el número de teléfono del informante. Debería haber quedado con él para concertar una entrevista, pero no tenía tiempo. Tendría que hablar con él por teléfono.

El aparato sonó un buen rato antes de que contestaran. Era evidente que el hombre estaba afectado; le temblaba la voz.

Line puso el papel en el centro del volante y anotó algunas palabras mientras conducía con el antebrazo. El hombre no le explicó nada nuevo. Se dirigía hacia su casa cuando se encontró con el hombre muerto.

–La sangre todavía manaba –explicó–. Pero no he podido hacer nada, tenía la cara destrozada.

Line sintió asco, pero pensó que citar entre comillas lo de la sangre manando quedaría muy bien y contribuiría a acercar el caso a la portada. La manera en que alguien había sido asesinado siempre resultaba interesante.

–¿Lo mataron a golpes? –preguntó para estar segura.

–Sí, sí.

–¿Sabes con qué lo golpearon?

–No.

–¿No había nada tirado en el suelo? ¿Alguna clase de arma?

–No... si hubiera visto un bate o algo parecido me habría fijado, ¿no cree? Pero pueden haberlo hecho con una piedra, o algo por el estilo.

–Debes de haber llegado instantes después de que sucediera –opinó Line pensando en la sangre reciente–. ¿Viste a alguien?

Se hizo un silencio, como si el hombre estuviera pensando.

–No, solo estaba yo –respondió–. El hombre muerto y yo. Y su perro.

Hizo unas cuantas preguntas más pero no consiguió nada aprovechable. Al acabar la conversación se sintió invadida por una serie de sentimientos contradictorios. Andaba a la caza de detalles sangrientos y bestiales con la esperanza de que quitaran de la primera página el artículo sobre su padre. Para satisfacer sus necesidades, deseaba que otra persona hubiera sido víctima del mayor sufrimiento posible. Line no acababa de reconocerse en esos pensamientos.

Al pasar, un camión levantó un remolino de agua de la carretera encharcada. En cuanto lo adelantó, llamó al número de información telefónica.

Lo habitual, cuando salía a cubrir un caso, era que sus compañeros en la redacción le prestaran un servicio de respaldo, que un equipo la mantuviera informada de lo que publicaban los otros periódicos digitales, comprobara las informaciones e investigara asuntos sobre los que necesitara ayuda. Esta vez no tenía ganas de hablar con nadie del periódico.

Una mujer con voz somnolienta le preguntó en qué podía ayudarla. Line le pidió que buscara el número de teléfono de una gasolinera en el casco antiguo de la ciudad de Fredrikstad. En una ciudad pequeña los rumores solían difundirse deprisa y, según su experiencia, las gasolineras abiertas toda la noche eran lugares donde se hablaba de todo. Le pasaron la llamada a la gasolinera Statoil Østsiden. La mujer que contestó parecía joven. Line se presentó y cogió la hoja que había anotado el redactor de noticias.

–Trabajo en el *VG* y me dirijo al lugar para escribir sobre el asesinato de la calle Heiberg –explicó comprobando el nombre de la calle en la cuartilla que tenía delante–. ¿Te has enterado de algo?

Line oyó a la chica darle vueltas al chicle que tenía en la boca antes de contestar:

–Sí, varias personas que han pasado por aquí lo han mencionado.

–¿Alguien ha dicho quién era?

–No.

–Parece que era un hombre que paseaba a su perro.

–Mucha gente sale a pasear por ahí, ¿no? Por las fortificaciones.

–Iba con un perro de pelo largo –probó Line–. Como Labbetuss. ¿A lo mejor ha pasado por la gasolinera?

–¿Labbetuss?

La chica debía de ser demasiado joven y Line no se molestó en explicárselo.

–El que han matado tendría unos cuarenta y cinco o cincuenta años –optó por decir.

–No creo que lo haya visto –respondió la chica tras dudarle un poco–. Al menos, hoy no. Pero puedo preguntar un poco por ahí.

–Gracias. ¿Podrías apuntar mi número y llamarme si te enteras de algo? Pagamos por las informaciones que nos resultan útiles.

Cuando hablaba con la gente no solía mencionar esos honorarios, pero podía ser un factor determinante para que la gente llamara.

–Vale –dijo la chica–. ¿Es el número que aparece en la pantalla?

Line recitó su número para asegurarse de que estaba bien y volvió a pedirle a la chica que la llamara.

–Un tiempo extraño para salir a pasear, por cierto, llueve a cántaros y lleva así toda la noche.

Line le dio la razón, pero no le dio más vueltas.

Su siguiente llamada fue a la central de taxis. El hombre de la centralita hablaba alargando las e's y con el acento nasal y encantador de la zona. No pudo ayudarla, pero la puso en contacto con un coche que estaba en la calle Torsnes, muy cerca del lugar de los hechos.

–¿Has oído hablar sobre quién puede haber sido? –preguntó tras presentarse.

El conductor parecía deseoso de ayudarla, pero no sabía nada que pudiera servirle.

–Pero por ahí van bastantes extranjeros de noche –explicó–. Este verano atracaron y amenazaron con un cuchillo a uno de nuestros conductores en Gudeberg.

–Creo haberlo leído –comentó Line, aunque sin recordar en realidad el incidente.

El conductor prometió preguntar a sus colegas y a otros conocidos antes de que Line le diera su número de teléfono y le prometiera que le recompensaría cualquier pista útil que pudiera proporcionarle.

El reloj del salpicadero marcaba las 22.19. De momento no tenía ningún punto de partida, y faltaban menos de tres horas para el cierre.

Cuando Line cruzó el puente que separaba el centro de Fredrikstad del casco antiguo, la hora límite estaba media hora más cerca. No conocía la ciudad y se dejó guiar por el GPS que llevaba pegado al parabrisas. La calle Heiberg estaba en un barrio residencial. A ambos lados de la calzada había grandes fincas con chalets, árboles frutales bien cuidados y vallas de madera blanca. En el acceso a un polideportivo habían cortado la calle con un coche patrulla atravesado y una cinta que acordonaba un amplio perímetro. El viento agitaba y retorció la cinta roja y blanca. En la parte exterior había algunos coches y un par de personas con paraguas.

Line condujo hasta el aparcamiento del polideportivo, detuvo el coche y oteó a través de la fría cortina de lluvia para absorber las primeras impresiones. Dos focos estratégicamente colocados taladraban la oscuridad y la lluvia con sus potentes haces de luz. Sobre lo que debía de ser el lugar del crimen habían colocado una gran tienda de campaña. Se elevaba sobre el carril para bicicletas y peatones que discurría paralelo a la calzada cortada. Iluminados por la luz artificial vio a los especialistas en escenarios de crímenes vestidos con los obligatorios monos blancos estériles. Iban de un lado a otro del sendero y dejaban las pruebas potenciales en bolsas de plástico etiquetadas. Dos hombres con chubasqueros que llevaban el logo de la televisión pública NRK a la espalda cargaban el equipo de filmación en una furgoneta blanca.

Line se inclinó sobre el asiento trasero, revolvió en la bolsa de viaje y sacó un chubasquero. Le costó un poco ponérselo antes de bajarse del coche para enfrentarse al viento y la lluvia. Otro de los conductores le hizo luces. Line corrió hacia el coche, reconoció a Erik Fjeld al volante y se dejó caer sobre el asiento del copiloto. La alfombrilla estaba repleta de botellas de refresco vacías, envoltorios de perritos calientes y demás basura que crujió bajo sus pies.

—¿Alguna novedad? —quiso saber.

—Yo también me alegro de verte. —Erik le sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa y comprendió que el fotógrafo llevaba esperando mucho rato.

—¿Puedo ver las fotos? —preguntó.

Erik Fjeld tocó la cámara para mostrarle las fotos en la pantalla. La imagen era mejor de que lo que había imaginado. El hombre fallecido estaba tapado con una manta azul clara y solo asomaban un par de botas de agua. Sentado junto a su cabeza estaba el perro. El pelo mojado y desgreñado brillaba a la luz. La cabeza un poco ladeada le confería una expresión desalentada y sorprendida. El morro adelantado y la boca abierta. Casi podía oírse su aullido.

Line asintió satisfecha. Era una foto conmovedora. Además, los editores de guardia podrían encajar un titular y un texto en el asfalto negro de la parte inferior.

–¿Dónde está el perro? –preguntó levantando la vista.

El vapor de agua se había concentrado en el interior del parabrisas. Se inclinó para limpiar el cristal con la mano.

–Vino un coche de Falck y se lo llevó.

–¿De Falck?

–Son los que se hacen cargo de los perros sin dueño en la ciudad. Creo que todos nos alegramos cuando se lo llevaron. Resultaba doloroso oírlo.

Tuvo una idea repentina, abrió la puerta del coche de manera que la luz del interior se encendió.

–¿Adónde se lo han llevado?

–¿Al perro?

–Sí. ¿Dónde está ahora?

–Supongo que en la central. En la calle Tomte, en Lisleby.

Line se había bajado del coche antes de que acabara de hablar.

–¿Qué vas a hacer?

–Voy a ver al perro.

–¿Voy contigo?

Ella negó con la cabeza.

–Espera aquí. Seguro que pronto sacarán el cadáver. Nos harán falta esas fotos. Te llamaré si te necesito.

Salió dando un portazo, fue corriendo a su coche y metió la dirección que le había dado el fotógrafo en el GPS. Estaba al otro lado del río Glomma, cerca del centro. A once minutos, le informó el dispositivo. Llegó en nueve minutos y medio.

Había una grúa con el motor en marcha ante la fachada de paneles grises de acero y aluminio del enorme edificio. El conductor recogió un cable y lo metió en un armario bajo la plataforma de carga. Levantó la mirada cuando Line se detuvo a su lado. Ella se bajó del coche y le sonrió.

–¿Es aquí adonde traen a los perros abandonados? –preguntó alborotándose con la mano el flequillo ya de por sí despeinado.

–¿Has perdido alguno? –preguntó el hombre quitándose los guantes de trabajo.

–En realidad no –respondió Line–. Pero me preguntaba si podría ver al perro que habéis recogido en la calle Heiberg hace un rato.

Line permaneció de pie bajo el intenso haz de luz anaranjada de los focos de la pared. El hombre la miró de arriba abajo, desde el cabello rubio hasta las punteras de los zapatos. Y luego posó la mirada a la altura de su pecho antes de asentir con la cabeza.

–¿El perro del tipo al que han matado?

Line asintió, se presentó y explicó dónde trabajaba. Según su experiencia, cuando en esas ocasiones una persona oía que era periodista podía tener dos tipos de reacción: o se cerraba en

banda o mostraba tener una buena relación con el periódico para el que trabajaba, lo leía a diario tomándose un café y veía la posibilidad de participar en el contenido de la próxima edición.

El hombre que tenía delante se pasó la mano por el cabello mojado por la lluvia.

–¿Quieres entrar a saludarle? –preguntó señalando el garaje a su espalda con un movimiento de cabeza.

Line sonrió y siguió al mecánico hasta una sala en la que colgaban hileras de bicicletas del techo.

–Objetos perdidos –explicó el hombre trazando un arco con el brazo–. Drillo está aquí.

Señaló una puerta en el otro extremo del local.

–¿Drillo? –repitió Line.

–Sí, lo llamamos así –sonrió el hombre–. Es un perro clavado al que tiene Drillo.

Cierto, pensó Line. El entrenador de la selección de fútbol tenía un perro de pelo largo idéntico al que había visto en la foto. Él también era de Fredrikstad, si no se equivocaba. En ese caso, la ciudad disponía de un famoso más.

El hombre empujó la puerta de la habitación contigua. Estaba poco iluminada y contenía cuatro cabinas de rejas con puerta de malla metálica. El perro del primer cubículo era un pastor alemán grueso, con el morro encanecido y la mirada perdida. Entreabrió los ojos, apático, antes de apoyar de nuevo la cabeza sobre las patas.

En la última jaula estaba sentado el perro que la gente de Falck ya había bautizado con el nombre de Drillo. Tenía la mirada sombría y estaba pendiente de todos los movimientos de los recién llegados. Sus ojos parecían de cristal, como si mirara a través de ellos pero, a la vez, los observara.

Line se acercó a los barrotes. El perro se levantó y se aproximó a ella, despacio y tranquilo. Ella puso la palma sobre la malla metálica. El perro la miró y olisqueó un poco, pero no movió el rabo.

El hombre se acercó por detrás.

–¿Quieres entrar?

No esperó a que respondiera, sino que sacó la traviesa que mantenía la puerta cerrada. Line entró. El perro se sentó y la miró con calma.

–Hola –saludó Line y le rascó el cuello. Luego le levantó las orejas y lo inspeccionó.

–¿Sabes si lleva chip? –preguntó y se giró hacia el hombre del mono.

Él levantó las comisuras de los labios.

–No hemos tenido tiempo de pensar en eso todavía –respondió acercándose a un armario–. Pero creo que el aparatito está por aquí.

En una ocasión, antes de pasarse a la sección de sucesos, Line había escrito un artículo sobre cómo marcar a un perro para identificarlo. Había dos maneras. O bien con un tatuaje en el interior

de la oreja, o bien con un microchip que el veterinario insertaba con una jeringuilla en el lado izquierdo del cuello o justo encima del hombro izquierdo. Era un microprocesador que contenía un número de registro que podía buscarse en internet y permitía la localización del dueño.

–Aquí está –dijo el hombre mostrando un artilugio similar al que se usaba en los supermercados para leer el código de barras de los productos.

Line intentó localizar el microchip al tacto, debería estar bajo la piel, pero no lo encontró. El hombre se acercó y pasó el lector arriba y abajo por el cuello del perro. Emitió una leve señal y una cifra de quince números apareció en el visor. 578097016663510.

–Déjala encendida –rogó Wisting.

Suzanne se había inclinado sobre la mesa del fondo para soplar la última vela cuando Wisting la detuvo. Le lanzó una mirada interrogante.

–Siéntate un momento –le pidió él acercándose a la mesa.

Suzanne le miró sin comprender, pero se sentó. La llama de la vela iluminaba su rostro. Los ojos castaños tenían destellos grises alrededor de las pupilas y atrapaban la luz como cristales de cuarzo.

Wisting cerró los ojos para concentrarse antes de sentarse. Cuando Suzanne había hecho lo mismo que el encargado del ferry de Hudson River, Wisting había sentido que se alejaba de él navegando. Después de inaugurar el café con el que tanto tiempo había soñado, era como si se hubiera convertido en una mujer distinta. Puede que fuera, sobre todo, porque nunca estaban juntos. El café había pasado a ser lo más importante para ella, y le exigía mucho. Abría seis días a la semana, doce o catorce horas diarias. Tras vender su casa e irse a vivir con Wisting, había invertido en el negocio la mayor parte de lo que tenía, pero la principal inversión era el tiempo. De vez en cuando contaba con alguna ayuda, pero normalmente lo hacía todo ella, incluidas la limpieza y la contabilidad. Cuando empezaron a vivir juntos, ella había llenado el vacío que dejara la muerte de Ingrid. Ahora, ese vacío había vuelto, y pocas veces tenían oportunidad de hablar. Solían ser ratos breves, como este, después de cerrar.

Alargó las manos por encima de la mesa y las entrelazó con las suyas, sin saber por dónde empezar. El caso Cecilia todavía le provocaba noches de insomnio, pero rara vez hablaba de él.

–Hace diecisiete años desapareció una chica llamada Cecilia Linde –empezó.

–Recuerdo el caso –lo interrumpió Suzanne mirando el local vacío, como si estuviera impaciente–. Acababa de mudarme a Noruega. Era hija de Johannes Linde.

Wisting asintió. Johannes Linde era un conocido inversor inmobiliario y un hombre de negocios que se había hecho famoso al fundar su propia marca de ropa a mediados de los años ochenta. En esa época, uno de cada dos adolescentes llevaba un holgado jersey Canes. La hija era la modelo de sus muchos carteles publicitarios.

–Tenían una casa de campo cerca de Rugland –siguió Wisting–. Iban todos los veranos. Johannes con su esposa y los hijos, Cecilia y Casper. Cecilia cumplió veinte años ese verano. La tarde del sábado 15 de julio desapareció, sin más.

La llama de la vela oscilaba inquieta y un fino reguero de cera bajaba por el candelabro y

formaba un charco que se solidificaba rápidamente sobre el mantel. Suzanne no apartaba la vista de él, esperaba que continuara.

–Salió a correr poco después de las dos –prosiguió Wisting–. Justo antes de las siete de la tarde su padre denunció su desaparición.

Una ráfaga de viento hizo crujir el edificio. La lluvia golpeaba las ventanas.

–Ese verano hizo mucho calor –rememoró Wisting–. Cecilia Linde entrenaba casi a diario. Hacía recorridos largos, pero no tenía un circuito fijo; le gustaba explorar en un laberinto de senderos y caminos de grava, y podía estar fuera un par de horas. Eso complicó la búsqueda. La familia creía que se habría torcido un tobillo, o que se habría caído y se habría hecho daño, pero entonces nadie tenía móvil, así que no podía llamar.

»Buscaron por los caminos más cercanos, pero al no encontrarla, avisaron a la policía. Yo fui el primero de la sección que habló con la familia, y encontrarla pasó a ser mi responsabilidad.

Cerró los ojos unos instantes. Diecisiete años atrás trabajaba en estrecha colaboración con Frank Robekk. Era un año menor que Wisting y se había licenciado en la Academia Superior de Policía después que él. Su colaboración siempre había sido buena, pero en el caso Cecilia ocurrió algo y Robekk se retiró de la investigación, fingiendo estar ocupado con otros casos. Ni Wisting ni nadie se lo había reprochado. Sabían la carga que soportaba y que la desaparición de Cecilia le hacía sufrir personalmente.

–Buscamos por la tarde y toda la noche –siguió Wisting manteniendo a raya los pensamientos sobre Frank Robekk–. Llegaron cada vez más efectivos. Perros guía, fuerzas de protección civil, Cruz Roja, grupos de boy scouts, vecinos de las casas de veraneo, otros voluntarios. Cuando amaneció trajeron un helicóptero. A veces, después de correr Cecilia se daba un baño, así que ampliamos el área de búsqueda al mar.

–La encontrasteis al cabo de dos semanas –recordó Suzanne.

–Doce días –precisó Wisting–. La habían tirado a la cuneta junto al bosque de Aske, pero nos dimos cuenta de que había sido víctima de un delito mucho antes de eso.

–¿Cómo?

Wisting apartó los dedos entrelazados.

–Había desaparecido –dijo–. Nadie desaparece así, sin más.

Carraspeó, como si quisiera eliminar aquello que pudiera interferir con sus recuerdos de la lejana investigación.

–La había visto mucha gente –prosiguió–. Cuando corrió la voz de su desaparición, se presentaron los testigos. Excursionistas, gente de las casas de veraneo, niños y agricultores. Primero había corrido hacia el oeste, hasta la playa de Nalum. Luego siguió el camino de la costa hacia el este y se acercó a las inmediaciones de la granja de Gumse. Allí se acababan todas las huellas.

Wisting visualizó el mapa que colgaba de la pared de su despacho, lleno de marcas rojas que señalaban cada testigo que la había visto. Podían trazar una línea entre cada punto, como si se tratara del juego de un cuaderno infantil, y seguirla en su carrera fatal.

—El martes por la mañana, tres días después de la desaparición de Cecilia, Karsten Brekke se presentó en la comisaría. Había leído sobre el caso Cecilia en la prensa, como todo el mundo. Utilizaron el cartel publicitario del jersey Canes para buscarla.

—¿La había visto? —preguntó Suzanne.

—No, pero había visto al que supusimos debía de ser el asesino —respondió Wisting—. Brekke iba conduciendo el tractor por la carretera principal hacia Stavern. En el cruce del camino de la granja de Gumserød con la carretera de Helgeroa, vio un Opel Rekord blanco con manchas de óxido. Tenía el maletero abierto, y un hombre iba de un lado a otro por el camino de grava.

Wisting todavía recordaba la descripción del individuo que Brekke les proporcionó. Desde el asiento del tractor, había tenido mucho tiempo para fijarse en el desconocido. Camiseta blanca y pantalones vaqueros. Cabello oscuro y espeso que le cubría parte de las mejillas. El rostro ancho, la barbilla contundente. Los ojos juntos, arrugaba la frente como si algo le preocupara. Pero lo más importante eran dos sencillos detalles: tenía la nariz aplastada y de la comisura de sus labios colgaba una colilla.

Wisting mandó a los expertos de criminalística al desvío de la granja de Gumserød. Confiaban en haber dado con algo y revisaron el cruce al detalle. Entre las pruebas que se llevaron en bolsas de plástico había tres colillas.

—Encontraron otra cosa más —añadió Suzanne. Estaba claro que cada vez iba recordando más cosas—. Un radiocasete, ¿o algo así?

—Su walkman —confirmó Wisting y pensó en cómo habían cambiado las cosas en los años transcurridos. Ahora la música se descargaba sin cables en teléfonos móviles que cabían en un bolsillo y que en realidad eran ordenadores. En aquel tiempo había que reproducir una cinta de casete.

—Nos lo dieron la misma tarde —explicó Wisting—. Cecilia siempre escuchaba música mientras corría. Eso se publicó en los periódicos. Dos niñas lo encontraron en la cuneta de la carretera nacional 302, junto al acceso a la casa de Fritzøe.

—Eso está casi en el otro extremo de la ciudad.

—No exactamente al otro lado, pero no era un lugar lógico en relación con la ruta que había hecho corriendo y con el Hombre del Cigarrillo.

—¿El Hombre del Cigarrillo?

—Así lo bautizaron los periódicos cuando supieron lo que había visto el testigo. Nosotros también lo llamamos así.

Wisting pasó la mano por la mesa.

–Pero dejémoslo por ahora. No había duda de que era el walkman de Cecilia.

Tragó saliva. A medida que hablaba los detalles del viejo caso iban volviendo cada vez con más claridad. Una cinta para grabar, amarilla, de AGFA. Noventa minutos.

–Había escrito sus iniciales en él –siguió–. *CL*, y el nombre del programa que había grabado de la radio. *Poprush*.

Wisting volvió a tragar saliva y vio que Suzanne se revolvía en su asiento. Recordaba el caso y comprendía lo que iba a contarle. Cuando se conoció la noticia los titulares de los periódicos no hablaban de otra cosa.

–Los técnicos de criminalística seguían sin tener mucho con lo que trabajar –prosiguió–. Investigaron el walkman pensando en huellas dactilares, pero solo encontraron las huellas de una persona.

–Las de Cecilia.

Wisting asintió y suspiró.

–El reproductor estuvo en mi despacho durante tres días antes de que se me pasara por la cabeza la idea de escuchar la cinta.

Cuatro personas se habían reunido en uno de los despachos de la central de Falck. Los monos sucios de los hombres olían a aceite y a metal. Todos estaban ansiosos por conocer quién era el fallecido propietario del perro. Uno de los empleados más jóvenes sabía cómo entrar en una web con la base de datos de animales domésticos identificados. El teclado estaba marrón debido a las manos sucias de los operarios y el ordenador tardó mucho tiempo en conectarse.

Line miró el reloj. Eran las 23.27. Se concedió una hora más para recabar datos antes de pasar toda la información al equipo de guardia. Así le quedaría algo más de media hora para escribir el artículo.

–Ya está –dijo el joven–. ¿Tienes el número?

Fue tecleando los números con un dedo según Line se los leía. Luego pulsó enter, y un momento después la respuesta apareció en pantalla.

*Jonas Ravneberg,
Calle W. Blakstad 78
1630 Gamle Fredrikstad*

Line tomó nota en su cuaderno a toda prisa. Luego volvió a mirar la hora. Había tardado veintisiete minutos en averiguar la identidad del hombre al que habían matado a golpes. No lo conocía.

–¿Sabéis quién es? –preguntó.

Los hombres negaron con la cabeza. La esperanza de conseguir una portada se redujo.

–Vale –dijo metiendo el cuaderno en el bolso–. Gracias por vuestra ayuda.

Ahora la lluvia era más intensa y, a pesar de que se tapó la cabeza con la chaqueta mientras corría hacia el coche, se mojó completamente.

Se sentó al volante, arrancó el coche e introdujo «Calle W. Blakstad 78» en el GPS. Mientras el aparato buscaba la cobertura del satélite, rastreó el nombre del desconocido en internet. Solo encontró su nombre en los listados de Hacienda. No tenía propiedades y sus ingresos eran modestos.

La calle W. Blakstad estaba a trece minutos. Se inclinó sobre el plano de la pequeña pantalla y vio que se hallaba a tiro de piedra del lugar donde había aparecido el hombre muerto. Llamó a información mientras conducía. Preparándose para lo que pudiera encontrarse, quería saber qué abonado tenía registrado su teléfono en esa dirección. Si tenía esposa, hijos o pareja.

–No encuentro ningún abonado en W. Blakstad 78 de Fredrikstad –le informo la telefonista.

–¿Y un tal Jonas Ravneberg?

La respuesta fue casi igual de rápida.

–No hay ningún Jonas Ravneberg.

Line colgó sin darle las gracias y encontró el número del fotógrafo entre las últimas llamadas realizadas.

–Erik.

–¿Has oído hablar de un tal Jonas Ravneberg?

El fotógrafo repitió el nombre y tardó en responder, como si tuviera muchas ganas de ser útil.

–No... no me suena de nada. ¿Quién es?

–El dueño del perro.

–¿La víctima?

–Todavía no lo sabemos, pero es muy probable. Vive en la calle W. Blakstad.

–Está aquí al lado. ¿Vas para allá?

–Estoy en camino.

Las escobillas se deslizaban muy rápido por el parabrisas. Line conducía inclinada hacia delante, mirando con los ojos entornados la borrosa carretera y ansiosa por saber si la policía había descubierto el nombre y la dirección del muerto.

–¿Qué ocurre por allí? –preguntó ella.

–Nada. ¿Sigues queriendo que espere al furgón de la funeraria?

–Sí. Te llamaré si necesito fotos.

Al colgar, recibió un mensaje de texto. Era del redactor jefe de la sección de noticias. «¿Cuándo tendrás el artículo?», quería saber, y añadía: «Habitación reservada en el hotel Quality de Nygata». Antes de que pudiera contestar él mandó otro mensaje. «¿Estás bien?»

«Una hora. Aprox», respondió ella. Y mandó otro mensaje. «¿Puedes buscar a un tal Jonas Ravneberg? ¿Familia, trabajo...?»

El recorrido que recomendaba el GPS seguía cortado por los investigadores de criminalística. Tuvo que salir a la carretera principal otra vez para acceder al barrio de casas desde el otro extremo. A un lado de la calle W. Blakstad había una larga hilera de casas adosadas blancas y al otro una pradera que transcurría paralela a la carretera. Entre las ramas desnudas de los árboles Line vio las luces del escenario del crimen.

Las casas estaban rodeadas por una valla de madera blanca. El número 78 era la última vivienda de la fila. Le sorprendió que la policía aún no hubiera llegado. Eso podía significar dos cosas. O ella estaba siguiendo una pista equivocada o le llevaba bastante delantera a la policía.

Redujo la velocidad y miró hacia la casa mientras pasaba por delante, sin que le llamara la

atención nada en especial. Luego giró en una gran explanada cubierta de gravilla al final de la calle. En la cima de la montaña un antiguo fuerte destacaba contra el cielo nocturno.

La casa adosada tenía dos plantas y todas las ventanas estaban iluminadas, también las de menor tamaño del sótano. Line se quedó observando por si detectaba algún movimiento. La propiedad parecía estar bien cuidada y ordenada, y hasta tenía su propio soporte para los cubos de basura. Al otro lado de la calle había un Mazda rojo. Line avanzó, pasó por delante y memorizó la matrícula antes de teclearla en un mensaje de texto a la Dirección General de Tráfico. La respuesta llegó antes de que tuviera tiempo de dar la vuelta. «Jonas Ravneberg.»

Volvió a la explanada de grava y se detuvo dos minutos a observar la casa. Vio la parte superior de un paisaje colgado en la pared del salón, y en la otra ventana un poco de la cocina. La sencilla cancela de hierro forjado batía de un lado a otro por el viento y la casa parecía estar desierta.

Al abrir la puerta del coche recibió la respuesta del redactor jefe de noticias. «Soltero. Sin hijos. Padres fallecidos. Recibe una pensión. No hay nada sobre él en el archivo, tampoco fotos. ¿Víctima?»

«Sin confirmar», respondió ella, y se bajó del coche agachándose. Ahora solo caía una fina llovizna, pero hacía más frío. Una ráfaga de viento recorrió los oscuros y desnudos árboles. Line se estremeció y cruzó hacia la hilera de casas. Que el hombre no tuviera familia de algún modo facilitaba mucho las cosas, pero, a la vez, sentía más curiosidad por saber quién era Jonas Ravneberg. Por lo que había podido averiguar, parecía un hombre bastante insignificante. Aun así, habían acabado con su vida. Por el momento parecía un asesinato fortuito, el resultado de un ataque no provocado. Ese podría ser un buen enfoque de la noticia. Pensó que antes de empezar a escribir tenía que hacer tres cosas: echar un vistazo a la casa, hablar con la policía para que le confirmara la identidad del fallecido e interrogar a los vecinos.

Empujó la cancela. En el poste que la sujetaba había un cartel que rezaba AQUÍ VIGILO YO y la foto de un perro. Resultaba incómodo caminar por las desiguales losas de piedra que conducían a la escalera.

Se detuvo en el primer escalón. El farol de la puerta arrojaba una luz mate sobre la entrada. Aun así eran visibles las marcas que habían hecho al forzar la puerta y la madera astillada.

Se detuvo en el escalón para sacar el móvil y marcar el número de la policía. Tardó una eternidad en contactar con la central operativa, y cuando al fin contestaron, se presentó y preguntó: –¿Habéis identificado a la víctima?

–No puedo informar sobre eso.

Line miró alrededor y subió los escalones hasta la puerta.

–¿No llevaba una cartera encima o alguna otra cosa que indicara quién era?

–¿No me has oído? –dijo la voz–. No informamos sobre eso.

Line ignoró la respuesta e insistió.

–Creo saber quién es. –Silencio–. Jonas Ravneberg. Cuarenta y ocho años, vive en la calle W. Blakstad, 78.

–O sea que estás allí, ¿no?

–Sí, pero alguien ha estado aquí antes que yo...

Se detuvo a mitad de frase. Una sombra se movía tras el pequeño y esmerilado cristal de la puerta.

Suzanne se levantó de la mesa, cruzó el local en penumbra y pasó al otro lado de la barra. Cogió una botella mediada de vino, una copa y le lanzó una mirada interrogante a Wisting. Él asintió con la cabeza y ella cogió otra copa. Él le agradeció esa sencilla atención, que se preocupara por él. Así era ella cuando la conoció.

El vino rojo oscuro brillaba a la luz de la vela. Wisting rodeó la copa con las manos y fijó la vista en ella. Los recuerdos cobraron vida. Se vio presionando el play del walkman de Cecilia Linde, el crujido cuando la cinta se tensó.

–La cinta empezó en mitad de una canción –explicó Wisting y giró la copa.

Era «Kiss from a Rose», de Seal, que había estado en las listas de éxitos de aquel verano. Todavía la ponían en la radio algunas veces, y cada vez que escuchaba la voz ronca y a la vez aterciopelada del cantante negro a Wisting se le encogía el corazón.

–Entonces la música se interrumpió, y se oyó la voz de Cecilia que hablaba –prosiguió Wisting.

Cerró los ojos al recordar la atroz desesperación que transmitía su voz, casi sin fuerzas, aunque también expresaba una gran resolución y lucidez. Él y Frank Robekk escucharon la cinta juntos. Después Frank fue apartándose más y más del caso. Era demasiado para él.

–Cecilia decía cómo se llamaba, dónde vivía, quiénes eran sus padres y la fecha –prosiguió Wisting–. Lunes 17 de julio.

–¿Lunes? –preguntó Suzanne–. ¿No desapareció un sábado?

–Cuando la encontramos al cabo de doce días de su desaparición solo llevaba muerta unas pocas horas.

Suzanne asintió, recordando.

–Había estado secuestrada.

–Nunca dimos con el escondrijo, pero creemos que la cambiaron varias veces de lugar, y que Cecilia, de algún modo, consiguió dejarnos un mensaje.

–¿Qué decía?

Wisting lo recordaba casi textualmente. De manera metódica y objetiva, Cecilia había dejado constancia de lo sucedido.

El sábado 15 de julio salí a correr y me secuestró un hombre. Ocurrió en el cruce de la granja de Gumserød. Él tenía un coche viejo, blanco. Ahora estoy en el maletero. Ocurrió muy rápido. No tuve tiempo de verle bien, pero desprendía un olor amargo, a humo, pero también a otra cosa. Lo había visto alguna vez. Llevaba una camiseta blanca y pantalones vaqueros. Cabello oscuro. Ojos negros, pequeños y cejas negras, espesas. Nariz rota.

Wisting hizo girar la copa de vino entre las manos pero no bebió. La serenidad que transmitía la voz susurrante de la grabación hacía que casi pareciera ficticia, como si estuviera leyendo lo que tenía que decir. Solo hacia el final la voz se quebraba y Cecilia se echaba a llorar. Luego se acababa la grabación, de manera tan brusca como había empezado. Un entusiasta presentador gritaba «Hey, hey, hey!» y «Balalaika!» antes de anunciar la siguiente canción.

—¿No decía nada más?

Wisting negó con la cabeza.

—La grabación duraba un minuto y cuarenta y tres segundos —explicó—. Te da tiempo a decir bastantes cosas en ese lapso. Decía que el coche se había estado moviendo durante una hora antes de detenerse, pero que ella había permanecido dentro del maletero varias horas. Cuando el hombre por fin lo abrió, ella se encontró en un gran garaje oscuro. La deslumbró con una linterna e hizo que se pusiera una capucha en la cabeza. Luego le ordenó que saliera del garaje, que cruzara un patio y bajara a un sótano. Allí estuvo dos días hasta que volvió a llevarla al coche. Al andar podía verse los pies por la abertura de la capucha y le pareció que estaba en una granja.

—¿Cómo pudo grabar el mensaje?

—El walkman estaba en el maletero y encontró la oportunidad de grabar el mensaje. Lo que no sabemos es adónde se la llevó el hombre ni cómo pudo dejar caer el walkman.

Suzanne titubeó antes de preguntar:

—¿Le hizo el hombre algo en el sótano?

—Solo la miraba fijamente.

—¿La miraba?

—El sótano tenía las paredes blancas y una luz muy potente en el techo. En la parte alta de la pared había un estrecho tragaluz. Allí se colocaba el hombre para observarla.

La luz de la vela osciló y la mecha se ahogó en la cera líquida. El humo azul se elevó oscilando hacia el techo.

Lo que a Wisting le quitaba el sueño por las noches no era solo la idea de lo que Cecilia Linde había pasado esos doce días, sino también el pensar en la otra chica. Ellen. La joven que había desaparecido el año anterior.

La sombra tras el cristal esmerilado tenía forma humana. Line dio un paso atrás en el momento en que la puerta de la calle W. Blakstad 78 se abrió y le golpeó en plena cara. Cayó de espaldas por la escalera y sintió sangre caliente manando de su nariz. El teléfono móvil se deslizó por las losas del camino.

La silueta de la puerta salió como una exhalación. Line tuvo tiempo de verlo un instante antes de que tropezara entre sus piernas y cayera sobre ella. Iba vestido de negro y tenía la cabeza tapada con un pasamontañas. De manera instintiva, Line le agarró por una pierna y lo retuvo. Rodaron. El hombre intentó quitársela de encima y la golpeó con los puños cerrados. Line se giró para que los golpes le dieran en la espalda. Un dolor intenso descendió por sus caderas, pero no le soltó.

De pronto los golpes se interrumpieron. El hombre se puso de pie y echó a andar arrastrando a Line. Al levantar la vista, vio que el desconocido había cogido un rastrillo de hierro que estaba apoyado en la pared de la casa. Lo blandió sobre su cabeza y le pegó con él; los dientes del rastrillo le impactaron en los muslos y en las nalgas. Gritó de dolor y lo soltó.

El hombre le arrojó el rastrillo, pasó de un salto por su lado y salió por el portón. Line se puso de pie y lo vio correr por el descampado, donde ella había aparcado el coche, hacia la antigua fortificación. Luego desapareció en la oscuridad.

Se quedó inclinada hacia delante con los brazos apoyados en las rodillas. Tenía el corazón desbocado y sabor a sangre en la boca. En la gravilla, ante ella, había algo que reflejaba la débil luz de la farola. Se agachó para cogerlo.

Era un coche de juguete con el techo negro, del tamaño de una caja de cerillas. Una reproducción a escala con partes movibles. Tenía el maletero abierto. Lo cerró con el dedo índice y se lo guardó en el bolsillo. Después se pasó el dorso de la mano por los labios y se secó la sangre, que había dejado de manar. Algunas ideas racionales, aunque simples, empezaron a tomar forma.

«Periodista de *VG* es atacada por el supuesto asesino.»

Era una noticia. Una noticia importante. Aunque no apareciera en la primera página, no podrían sacar la historia de lo que le había ocurrido esa noche en el mismo número en el que hablaban de su padre. Sería una doble exposición bastante peculiar. Frosten se vería obligado a posponer el caso de las acusaciones contra su padre, tal vez lo bastante como para que les diera tiempo a refutarlas y que no resultaran tan impactantes.

Buscó el móvil en el suelo. La pantalla estaba encendida y vio que seguían pasando los segundos de la llamada que había hecho a la policía.

–¿Hola? –dijo. A lo lejos oía las sirenas policiales.

–¿Estás ahí? –preguntó el hombre al otro lado. El tono hostil de dos minutos antes había desaparecido–. ¿Qué ha ocurrido?

–Estaba aquí –explicó Line notando que empezaba a temblar.

–¿Quién?

–El asesino.

No podía ser otro, pensó. A la vez se dio cuenta de lo peligrosa que había sido la situación. El hombre que la asaltó había matado a una persona a golpes solo unas horas antes.

Miró la hora. 23.55. Ochenta minutos para el cierre.

Wisting lanzó una mirada al reloj que había encima de la barra; las doce menos cinco. No sabía qué iba a traerle el día siguiente, solo que debería estar lo más descansando posible. Al mismo tiempo no le apetecía irse a la cama, pues sabía que sus pensamientos lo mantendrían en vela durante horas.

Suzanne parecía agotada, pero no por falta de interés, como pasaba a veces cuando él le hablaba de su trabajo. Tenía un brillo de curiosidad en la mirada, igual que cuando se conocieron.

–El asesino se llamaba Rudolf Haglund –dijo bebiendo el primer sorbo de la copa de vino–. Le condenaron a la pena más grave que prevé la ley, veintiún años de cárcel.

–¿No confesó?

Wisting negó con la cabeza.

–¿Sigue en la cárcel?

–Le pusieron en libertad vigilada el año pasado y trabaja para que se reabra el caso.

–¿Sobre qué base?

Wisting tomó otro trago de vino, esta vez más largo.

–Afirma que las pruebas en su contra eran falsas, que la policía las había preparado.

–¿Pruebas falsas?

–VG lo publicará mañana –dijo Wisting y le contó la llamada de Line.

Suzanne se reclinó con el vaso en el regazo.

–¿Cómo le cogieron? –preguntó–. ¿No teníais su ADN?

Wisting respiró hondo y dejó escapar el aire despacio, como si le resultara duro contar esa parte de la historia.

–Cuando la encontraron, Cecilia Linde estaba desnuda –empezó.

–¿Habían abusado de ella?

–No. El forense no encontró indicio alguno de algo así.

–¿Cómo murió?

–La asfixiaron. Seguramente apretándole una almohada contra la cara. Tenía graves desgarros en la boca y los ojos y algunos huesos pequeños del cuello fracturados.

Suzanne apartó la mirada y él comprendió que le estaba dando demasiados detalles.

–El día en que desapareció Cecilia nos dieron el primer soplo sobre Rudolf Haglund –prosiguió–. Habíamos pedido información sobre un hombre con la descripción que nos diera Karsten Brekke, el tipo del tractor. Un hombre noruego, de unos treinta años. Aproximadamente metro ochenta de altura. Cabello oscuro, ojos juntos y la nariz visiblemente rota. Recibimos datos

de noventa y tres nombres que encajaban con la descripción. Treinta y dos de ellos eran propietarios de un coche blanco. De ellos, catorce residían en la región. Tres de ellos eran viejos conocidos de la policía.

—¿Rudolf Haglund tenía antecedentes?

—Por exhibicionismo. Solo le habían puesto una multa dos años antes, pero bastó para despertar nuestro interés. Además, había otros dos casos anteriores, archivados, en los que fue sospechoso de voyerismo. Los otros dos eran padres de familia condenados por robo y desfalco. Rudolf Haglund vivía solo. Nunca había estado casado y no tenía hijos. Trataba a muy poca gente. Trabajaba en un almacén de muebles. Todo el mundo lo consideraba un tipo solitario.

—Pero ¿realmente fue un crimen sexual?

Wisting se encogió de hombros.

—¿Por qué mantendría secuestrada a una mujer joven durante días, si no fuera por motivos sexuales?

—¿Chantaje? —propuso Suzanne—. Su padre era rico.

—Nunca llamó nadie para pedir un rescate —explicó Wisting—. Eso era lo que esperábamos. Le intervinimos los teléfonos, vigilamos su buzón, su casa de veraneo y su vivienda, pero no llegó ninguna petición.

—¿Qué fue lo que le condenó?

—Al día siguiente de que hiciéramos pública la descripción del hombre y del coche del cruce de la granja de Gumserød, denunció el robo de su automóvil, pero no lo supimos hasta un tiempo después.

—¿Por qué?

—Lo denunció a la policía de Telemark. Dijo que el coche había estado aparcado en el valle de Bjørk, justo al otro lado del límite de la región. No lo descubrimos hasta que nos dieron el soplo y empezamos a investigarlo.

—¿Encontrasteis el coche?

—Nunca. Era un viejo Opel Rekord blanco. La misma marca y modelo que habían visto junto a la granja de Gumserød. La mayoría de los coches robados aparecen enseguida, salvo que se trate de vehículos caros que salgan del país de contrabando.

—¿Creéis que se deshizo de él para borrar las huellas?

Wisting asintió con la cabeza.

—El caso es que acudió a la policía para denunciar la desaparición el miércoles 19 de julio. Entonces explicó que había dejado el coche junto a un viejo aserradero la tarde del viernes 14 de julio, y que, provisto de mochila, equipo de pesca y tienda de campaña, se había adentrado en el bosque. Cuando volvió el domingo, el coche había desaparecido.

Ahora Suzanne se hacía las mismas preguntas que se habían planteado los investigadores.

–¿Por qué no lo denunció en el momento?

–Primero tenía que llegar hasta su casa, y explicó que había ido caminando.

–¿Caminando?

–Vivía en Dolven, solo son unos veinte kilómetros, menos aún si cruzas por el bosque. Cuando llegó a casa oyó la noticia de la desaparición de la joven y no quiso molestar a la policía. Pasados un par de días cogió el tren a Porsgrunn y lo denunció en la comisaría de allí. Al fin y al cabo, el coche había sido robado en ese distrito policial.

–¿Crees que mintió?

–Ninguno de los diez miembros del tribunal le creyó.

–Pero ¿qué pruebas teníais?

–La detención se sostenía sobre una base endeble –reconoció Wisting–. Pero dimos con un anciano que vivía junto al paso elevado del valle de Bjørk que solía pasear a su perro por la zona donde Haglund decía haber aparcado. No recordaba haber visto ningún coche blanco. Eso nos dio la oportunidad de acusar a Haglund de falsa denuncia. La única razón que podía tener para presentar una falsa denuncia por robo era que el coche hubiera sido empleado en el secuestro de Cecilia. Cuando además el hombre del tractor lo reconoció en la fotografía de una rueda de identificación, pudimos decretar prisión preventiva.

–¿Estabais seguros de que era él?

Wisting se reclinó en su asiento. Su certeza se había ido reduciendo con el paso de los años, pero entonces había estado seguro. Completamente seguro. Incluso antes de que recibieran la respuesta positiva al análisis de ADN de las colillas. Desde el mismo instante en que se vio cara a cara con Rudolf Haglund para interrogarlo. Sus ojos diminutos y negros como el carbón destilaban maldad. Además, olía, exactamente como decía Cecilia en la cinta de casete. Un olor amargo, a humo de cigarrillo y a algo más.

–Había indicios *en contra* de que fuera Haglund –dijo enderezando la espalda–. Cecilia decía en la grabación que había estado una hora en el maletero antes de que el coche se detuviera. El recorrido en coche desde el lugar de los hechos hasta la casa de Haglund es de unos quince o veinte minutos, pero no tenía por qué haberla llevado directamente a casa, o Cecilia podía haberse equivocado al calcular el tiempo. La mayor objeción era que la casa no tenía sótano. Cecilia afirmaba haber estado presa en un sótano de paredes blancas, con una luz muy fuerte y un tragaluz en la pared. En casa de Haglund no había nada de eso. Pero la suma de todos estos indicios nos hizo creer que el asesino la había conducido a otro lugar, a una casa u otro edificio del que disponía o al que tenía acceso.

–¿No encontrasteis ningún lugar así?

–No. Era un laguna en la investigación, pero dejó de tener importancia cuando llegaron los

resultados de los análisis. En la saliva de una de las colillas que el asesino había tirado mientras esperaba en el cruce de Gumserød, encontramos el perfil de ADN de Rudolf Haglund.

Levantó la copa de vino, observó su contenido y recordó el gran alivio que había sentido cuando recibió el aviso por teléfono. Habían recibido una enorme presión para que solucionaran el caso cuanto antes. Todos los días los medios exigían nuevas pistas, claves y avances decisivos, cada día que pasaba sin que dieran una respuesta satisfactoria, arreciaban las acusaciones de falta de eficiencia, chapuzas e incapacidad. Los reproches no solo procedían de la prensa, sino también de varios políticos que contribuyeron a la tormenta mediática pronunciándose negativamente sobre la investigación policial. Por todo ello había sido una liberación recibir la respuesta del instituto de Medicina Legal. No solo demostraba que Rudolf Haglund era el hombre que buscaban, sino que la táctica empleada por la policía había sido correcta.

Pero ahora, el abogado de Haglund aducía que podía demostrar que la pista del ADN era falsa.

El reloj de encima de la barra señalaba la medianoche pasada.

En unas horas se vería cara a cara con las acusaciones.

Line había contado todo lo acontecido, pero el hombre de la central operativa de la policía no dejaba de hacer preguntas. Repetía lo que ella había dicho y volvía a preguntar otra vez por cosas a las que ya había respondido. Parecía no querer colgar hasta que no hubiera llegado la primera patrulla.

–Me está entrando otra llamada –se excusó por fin Line y lo dejó en espera. Luego marcó el número del fotógrafo.

–Tienes que venir –dijo–. Calle W. Blakstad, 78. El asesino acaba de estar aquí.

–Pero...

–Ven –repetió ella–. Me ha agredido. Necesito fotos.

–¿Estás bien?

–Ven –dijo por tercera vez, pero oyó que Erik Fjeld ya había puesto en marcha el coche.

En el instante en que colgó, apareció el primer coche patrulla de la policía. Del interior salían ladridos de perro y oyó entrechocar de jaulas de acero.

Line buscó el número directo del jefe de la sección de noticias. Este respondió el teléfono con una pregunta: –¿Alguna novedad?

–Tengo una noticia –respondió secándose la sangre de la cara–. El asesino me ha atacado. Me ha golpeado con un rastrillo de hierro.

Oyó por el teléfono cómo el hombre se ponía de pie de golpe y arrastraba la silla.

–Pero ¿qué dices?

Mientras Line le contaba cómo había localizado la dirección de la víctima vio que el responsable de la patrulla canina abrió la parte trasera del coche y un pastor alemán negro saltaba como una sombra.

–¿Estás herida? –quiso saber el jefe de noticias.

–Un poco de sangre en la nariz y unos arañazos –dijo Line quitándole hierro al asunto mientras otra patrulla policial se detenía frente a la casa.

El conductor fue directo hacia ella.

–¿Line Wisting? –preguntó.

–Dentro de quince minutos te enviaré algo escrito –dijo Line al teléfono–. Erik Fjeld está en camino con la cámara. Tendrás las fotos antes.

–No puedes escribir una noticia sobre ti misma –protestó el jefe de la sección de noticias.

–Anotaré lo sucedido y luego tú puedes utilizarlo como relleno de un artículo sobre la información que te daré.

El perro policía ladró con fuerza un par de veces, pero se quedó sentado en silencio cuando el agente que lo llevaba se acercó a Line.

–¿Has sido tú la que has llamado? –quiso saber el primer policía.

–Te llamaré cuando tenga algo escrito –dijo Line para concluir su conversación telefónica con el jefe de noticias–. Dentro de diez minutos.

–¿Por dónde se ha ido? –preguntó el agente del perro.

Line señaló en dirección a la explanada de grava donde estaba su coche.

–Se ha marchado en dirección al fuerte –añadió.

–En dirección al Fuerte del Rey –informó el policía por la radio.

El agente guió al gran pastor alemán en la dirección que Line le había indicado. El enorme perro levantó el morro y empezó a dar vueltas sin descanso. Luego pareció dar con algo y empezó a tirar de la correa. Dos policías armados de metralletas le seguían como refuerzo de seguridad mientras el perro gruñía en pos de la pista.

–¿Qué ha pasado? –quiso saber el policía que quedaba.

Line repitió lo que había explicado por teléfono mientras pensaba que se le estaba acabando el tiempo. Llegaron varios coches de policía más al lugar. Tras ellos, varios agentes acordonaban la zona con cintas de plástico rojas y blancas. Se aproximaban grupos de vecinos curiosos. Un hombre con una cámara se abrió paso. Erik Fjeld había llegado.

–¿Cómo diste con esta dirección? –siguió preguntando el policía.

Line habló de las averiguaciones que había hecho en las instalaciones de Falck mientras daba unos pasos a un lado para que la luz de la farola iluminara su rostro mojado por la lluvia. Tanto el policía que la estaba interrogando, las cintas que acordonaban la zona y el chalet adosado saldrían en la foto. Vio a Erik Fjeld cambiar de objetivo para acercarse más a ella y se pasó deprisa una mano por el cabello. Esas fotos la perseguirían en su futuro como periodista, pero sin ellas no había artículo.

–¿No se te ocurrió ponerte en contacto con nosotros antes de venir aquí? –preguntó el policía.

Line pasó por alto el sarcasmo que delataba la voz del agente. Podría haberle preguntado si a nadie en la policía se le había ocurrido buscar al dueño del perro, pero lo dejó estar. No tenía tiempo.

–Tengo que informar a la redacción de noticias –se excusó y se dio la vuelta para dirigirse al coche.

El policía se interpuso en su camino.

–¿Qué aspecto tenía? –quiso saber.

–Lo expliqué por teléfono –respondió Line.

–Y ahora tendrás que explicármelo a mí.

Line suspiró.

–No lo sé –respondió con sinceridad–. Iba todo cubierto.

–¿Cubierto?

Asintió.

–Todo de negro. Los pantalones, el jersey, los zapatos, los guantes y el pasamontañas. Incluso se había puesto cinta aislante entre los guantes y el jersey. El pantalón estaba sujeto con cinta aislante a los calcetines.

Al describirlo por segunda vez se dio cuenta de lo planificado que había estado todo, tanto el asesinato como el robo. Había leído que algunos ladrones se equipaban de esa manera para que no los cogieran por el ADN de algún cabello o resto de piel que pudieran dejar.

–Ahora tengo que irme –dijo apartándose.

–¡Espera! –ordenó el policía–. Nuestros técnicos tienen que verte.

–¿Por qué?

–Huellas biológicas –explicó–. Te asaltó. En la práctica eres un lugar de los hechos.

Line suspiró. En su mente ya había redactado frases que emplearía en el artículo, y estaba deseando anotarlas antes de que se le olvidaran.

–No creo que encontréis nada –dijo–. Como ya he dicho, iba todo cubierto. Además, tenéis un lugar de los hechos mucho mayor ahí –señaló la casa.

–Rutina –dijo el policía–. Te vamos a llevar adentro.

–¿Adentro?

–A la comisaría. Allí también necesitarán tomarte declaración.

–Pero si ya me he explicado dos veces.

–Necesitan anotarlo.

Line sacudió la cabeza.

–Tendrá que ser luego. Estoy trabajando.

–Nosotros también –dijo el policía descartando sus objeciones–. Estamos trabajando para encontrar un asesino.

–Déjame coger por lo menos el ordenador del coche –pidió Line.

El policía movió la cabeza como con intención de decir que no, pero cambió de opinión al ver la mirada de la periodista.

Las copas estaban vacías.

–¿Nos vamos? –preguntó Wisting.

–Como quieras –sonrió Suzanne.

Él llevó la botella y las copas a la barra, buscó la chaqueta de ella y se la sostuvo antes de ponerse la suya.

Salieron y Suzanne echó la llave a la puerta. La lluvia seguía en el aire y hacía más frío. Un taxi pasó por su lado, pero Wisting le indicó con la mano que siguiera y el conductor aceleró. Su casa en la calle Herman Wildenvey estaba a unos diez o doce minutos andando, y a los dos les gustaba pasear. Disfrutaban del silencio de las calles.

Suzanne abrió un paraguas pequeño y Wisting tuvo que pegarse a ella para no mojarse.

–¿Has vuelto a tener contacto con la familia de Cecilia después? –preguntó Suzanne.

–Un poco –respondió él, y se dijo que un asesinato siempre tenía varias caras. En el caso Cecilia eran cinco. La madre, el padre, el hermano, el novio y el rostro azulado, frío y rígido de la muerta.

–Su madre me manda un christmas todos los años –añadió.

–¿Qué escribe?

Él se encogió de hombros, como si no estuviera seguro.

–Feliz Navidad.

Pero sabía bien lo que escribía. Las tarjetas estaban en el último cajón de su escritorio. Todos los años decía lo mismo: «Te deseo a ti y a los tuyos una muy feliz Navidad y un próspero Año Nuevo. Agradecida, Nora Linde y familia». Siempre había pensado que era muy generoso por parte de Nora, pero así era ella. En ninguna de las conversaciones que mantuvieron mientras buscaban a Cecilia había hecho un comentario negativo o pronunciado una crítica.

–¿Cómo están?

–Creo que bien. Aunque no lleguen a superarlo nunca, al menos han seguido adelante con sus vidas.

–He oído decir que a Johannes Linde le ha ido bien después.

Estuvo de acuerdo. Cuando Cecilia desapareció, su padre estaba enfrentado a viejos socios por la propiedad y los derechos de los nombres de varios productos, y se arriesgaba a perder importantes ingresos en el futuro. Más tarde las disputas se resolvieron en los juzgados en favor de Johannes Linde. La empresa había crecido y su hijo Casper se había convertido en el director.

–¿Qué hace su novio ahora?

–¿Dany Flom? Es fotógrafo. Fue así como se conocieron, él hacía las fotos de la campaña de publicidad que ella protagonizó. Ahora lleva un estudio de fotografía en Oslo. Flomlys, la luz de Flom.

–Bonito nombre. Danny Flom. Flomlys.

–Sí, queda bien.

–¿Tiene novia?

–Creo que se ha casado dos veces.

Una ráfaga de viento arrastró un periódico viejo hasta ellos. Wisting se cerró el cuello de la chaqueta.

–Tal vez deberías hablar con Thomas –propuso Suzanne–. Para que sepa de qué se trata. Allí también leen la prensa.

Thomas era el hermano mellizo de Line. Prestaba servicio como piloto de helicóptero para las fuerzas noruegas destinadas a Afganistán, en turnos de seis meses.

–Allí ahora son las tantas de la noche –respondió Wisting–. Además, no es fácil dar con él. Dependo de que él me llame a mí.

–¿Y tu padre?

Wisting asintió. Tenía que llamar a su padre. Tenía ochenta años y había sido viudo los últimos veinticuatro. Había ejercido como médico en el hospital y era un anciano muy activo que siempre seguía en los medios la información sobre los casos en que trabajaba Wisting.

Siguieron su camino en silencio, mirando al suelo; sus hombros se rozaban bajo el paraguas. El sonido de sus pasos se mezclaban en un ritmo irregular: los de ella eran rápidos y cortos; los de él, más largos y lentos.

El reloj del salpicadero del coche marcaba las 00.16. Por la radio Line oía breves mensajes sobre cómo el guía y el perro iban avanzando y cómo iban dirigiendo a los coches patrulla para intentar cortar posibles vías de escape para el hombre que huía. El policía vestido de paisano que ocupaba el asiento del copiloto bajó el volumen y se giró hacia ella.

–¿Esa sangre es tuya?

–Sí –respondió ella y abrió el portátil que tenía en el regazo.

–¿Estás segura de que no hay una parte de él?

–En ese caso tendría que haberse autolesionado.

–Debe verte un médico.

El reloj cambió a las 00.17.

–No es necesario –opinó Line–. Yo puedo ocuparme de eso luego.

–¿Qué ha pasado?

Levantó la vista de la pantalla.

–Escucha –dijo–. Os lo he contado por teléfono, se lo he contado a la primera patrulla que ha llegado, y en cuanto acabemos aquí, se lo contaré a un investigador.

–Es importante que sepamos lo que ha ocurrido exactamente. Cuando me entere de dónde te ha golpeado ese hombre, si en la cabeza o en el estómago, sabré dónde buscar fibras de sus guantes.

Line suspiró y se conectó con el sistema informático de la redacción.

–Me ha golpeado en la espalda mientras yo le agarraba por una pierna –explicó, y se agachó sobre la pantalla–. Después me ha pegado con un rastrillo de hierro. Está tirado delante de la casa.

–¿Y la sangre de la cara?

–He sangrado por la nariz. La puerta me ha dado en la cara cuando el tipo ha salido corriendo.

–¿Eres pariente de William Wisting? –preguntó el conductor. Era mayor que el resto. Grueso, con bigote.

–Es mi padre.

–Sí, claro, lo sabía –dijo–. Su hija trabaja en el diario *VG*. Fuimos juntos a la Academia de Policía.

–Hummm.

–Dale recuerdos de mi parte, de Jan Berger.

–Así lo haré –aseguró Line, pero no se quedó con el nombre.

Había abierto una página en blanco y buscaba las primeras palabras. Unos instantes antes sabía

cómo expresarse, ahora su cabeza era un caos. En lugar de empezar a escribir llamó al fotógrafo.

–En las fotos tienes un aspecto horrible –dijo él.

–Gracias.

–Deberías pasar por urgencias.

–Más tarde. Tienes que mandar esas fotos a la redacción. Las mías y la del perro. Diles que el texto les llegará dentro de diez minutos.

Colgó sin esperar respuesta, cerró los ojos un par de segundos y ordenó sus ideas. Luego, sus dedos empezaron a bailar por el teclado. Empezó por lo más dramático, cómo la había asaltado el supuesto asesino. Luego dio marcha atrás para relatar los antecedentes. Contó los datos más importantes y centrales en tres frases, luego levantó la vista y se esforzó por escuchar lo que decía la emisora de la policía.

«Hemos perdido la pista en la puerta principal del supermercado Europris. Quizá tuviera un coche aparcado allí. Fox 3-2 se sitúa en la nacional 111 junto al desvío a Torsnes.»

Su móvil sonó de nuevo. Respondió y lo sujetó entre la barbilla y el hombro mientras seguía escribiendo.

–Hola, soy Nina.

Line se arrepintió de haber contestado.

–¿Quién? –preguntó.

–Nina Haugen, de la gasolinera Statoil Østsiden. Me has llamado antes.

Line se acordó de la chica que hablaba con un chicle en la boca.

–Sí, claro, dime –dijo intentando evitar que su voz sonara estresada.

–Ya sé quién es el hombre del perro –dijo ella–. Suele pasar por aquí a comprar tabaco.

–Yo también he averiguado quién es.

–Es un schapendoes.

–¿Qué?

–Tú dijiste que era un tusseladd, pero es un schapendoes.

Line se concentró en lo que estaba escribiendo. Borró dos frases y las sustituyó por otra.

–La raza del perro –continuó la chica de la gasolinera–. Es un perro como el que tiene Drillo.

–Lo sé. Lo he visto.

–El que lo sabía era Fredrik –siguió la chica–. Ha sacado las fotos de las cámaras de vigilancia, por si te puede interesar.

Line se cambió el móvil de oreja. Las fotos siempre eran interesantes. De momento no las publicarían, pero a lo mejor más tarde sí, cuando se diera a conocer su identidad con motivo del juicio.

–¿Puedes mandármelas?

–Te las enviará Fredrik.

–Bien –dijo Line y le dio su dirección de correo electrónico.

–¿Cuánto pagáis?

–Eso no lo decido yo, pero escribe tu nombre, número personal y número de cuenta corriente y yo se lo pasaré a los que se ocupan de eso.

–Se llama Tiedemann, por cierto.

Line eliminó un aviso de la pantalla.

–¿Quién? –dijo y archivó lo que había escrito.

–El perro. Le oí llamarlo Tiedemann. Seguro que le puso el nombre de la marca de tabaco. Siempre compra Tiedemann Mezcla Amarilla número tres, y papelillos.

–Vale. Gracias –dijo.

–¿Sabes lo que le pasará?

00.25

–No.

–Como han matado al dueño... quiero decir.

–No lo sé, Nina. Ahora tendría que colgar.

–Vale. Adiós.

Line colgó.

–¿Podéis esperar un cuarto de hora? –preguntó mirando al conductor que conocía a su padre.

–Tenemos que volver –respondió él–. Están poniendo controles en la carretera.

–Hay un técnico esperándote en un laboratorio –dijo el otro–. En cuanto termine de hablar contigo, tendrá que volver al lugar de los hechos.

Line bajó la tapa del ordenador.

00.26.

En el laboratorio de la comisaría hacía frío, tenía las paredes desnudas y tubos de neón en el techo.

El hombre que la estaba esperando sostenía una cámara de fotos entre las manos. Era mayor, canoso y de párpados caídos. Explicó que primero quería documentar sus lesiones e hizo que Line se colocara contra una pared. Se acercó la cámara a un ojo e hizo varias fotos. Tras cada foto miraba el resultado en el pequeño visor para asegurarse de que fuera lo bastante buena. Luego la fotografió de perfil, desde los dos lados.

–¿Dónde te dio con el rastrillo de hierro? –preguntó.

–Aquí –dijo Line girando la cadera hacia él y señalando el muslo y la nalga derechos.

El técnico se quedó observando los desgarrones del pantalón donde se habían clavado los dientes del rastrillo. Luego se acercó a un cajón y sacó una regla de fotógrafo.

–¿Puedes sujetarla? –preguntó.

Line se puso la regla sobre el muslo mientras el hombre se agachaba y dirigía la cámara en ángulo recto hacia las lesiones. Hizo una foto y la miró antes de acercarse para tomar otra. Luego se puso de pie.

–Me pregunto si también deberíamos hacer una sin pantalón –dijo.

Line dejó la regla y miró al hombre. Cuando llegara el momento esas fotos serían estudiadas por investigadores, abogados defensores, jueces y jurados. No le preocupaba que la vieran en ropa interior, pero ya habían tardado más de lo que había previsto. No iba a tener tiempo de acabar de escribir el artículo antes del cierre de la edición, y eso que ya había redactado la mayor parte en la cabeza.

–Antes tengo que hacer una llamada –dijo pasando por alto todas las protestas del técnico criminalista.

El reloj digital del teléfono marcaba las 00.44. Desapareció de la pantalla cuando buscó el contacto del jefe de la sección de noticias.

–¿Has recibido las fotos de Erik? –quiso saber.

–Sí. La del perro es de premio.

–¿Nos dará tiempo a publicarla?

–No la vamos a publicar, Line.

–¿Qué dices? Todavía queda media hora.

–Frosten se ha decidido. La portada se mantiene. Hemos puesto el asesinato en las páginas 10 y 11. La foto del perro con su amo muerto ocupa la mayor parte del espacio. Luego meteremos el

asalto que has sufrido en la edición digital, cuando los medios de la competencia ya estén en la imprenta.

–Pero...

–Lo siento, Line. Pero Frosten ya lo ha decidido. La portada no se toca.

Se quedó en silencio. Tragó saliva. Era como si algo se desintegrara, como si el suelo desapareciera bajo sus pies. No era como estar sobre una alfombra y que alguien la estirara, porque entonces te caes al suelo. Era como si la alfombra fuera tu único apoyo, y la caída mucho mayor.

Se tocó la frente con la mano e intentó concentrarse.

–¿Qué tal es?

–Para serte sincero, Line: es espantosa.

–¿El titular?

–Es una cita del abogado de Rudolf Haglund. «Falsificaron las pruebas determinantes.» Puedo pasarte un PDF con todo el artículo.

–No, no –dijo Line.

La invadió una ira repentina, como una reacción al derrumbe de todo lo que la rodeaba, pero fue capaz de conservar la voz calmada.

–¿Podemos hacer algo por ti? –preguntó el redactor jefe de noticias–. Me refiero a lo que te ha ocurrido. Si quieres puedes hablar con los del servicio médico de la empresa.

–No, estoy bien.

–Pues vete al hotel e intenta descansar un poco –la animó–. La foto esa del perro es cojonuda, ya te lo he dicho, ¿no? La hemos colocado en la parte baja de la portada.

–Tiedemann –dijo Line.

–¿Qué?

–Tiedemann. El perro se llama Tiedemann, como el tabaco.

La cafetera era un regalo de navidad de Line. Era tecnología punta, pero fácil de usar. Solo tenía que preocuparse de que hubiera agua en el depósito e introducir una capsula, la taza se llenaba de café con solo apretar un botón. Incluso olía mejor que el café de filtro, o eso le parecía. Solía beberse una taza sentado a la mesa del desayuno a las 07.00 de la mañana, con el periódico local delante y las noticias en la televisión.

Hoy ya eran las siete y diez cuando el café acabó de salir de la máquina. Suzanne estaba arriba, durmiendo. Fuera todavía estaba oscuro. Hacía viento y pequeñas gotas de lluvia se acumulaban en el cristal de la ventana. Se sentó a la mesa y contempló la pantalla negra del televisor de la pared, dudó, pero levantó el mando a distancia y sintonizó TV2.

Los dos presentadores de *Buenos días, Noruega* estaban de pie junto a una mesa cubierta con los periódicos del día. Wisting rodeó la taza con la mano pero no la levantó.

–*Dagbladet* escribe sobre el asesinato de Fredrikstad donde una periodista de *VG* sufrió un ataque, como hemos oído en las noticias –dijo la presentadora mostrando la portada–, mientras que *VG* abre con otro asunto.

–Sí, también se trata de un asesinato –explicó su colega–, pero es de hace diecisiete años.

–El caso Cecilia –apostilló la otra.

–Así es, todos lo recordamos. Hace diecisiete años un hombre de treinta años de edad fue condenado por el secuestro y asesinato de Cecilia Linde. Ahora, el caso ha sido remitido a la Comisión de Revisión de Casos Criminales con la acusación de que, entre otras cosas, la policía falsificó una importante prueba de ADN.

El presentador mostró la portada.

«Falsificaron las pruebas decisivas», decía en grandes letras sobre una foto de Wisting. Debajo había una foto más pequeña de Cecilia Linde. La cámara se aproximó.

Le gustaba esa foto. Se veía bien. Se la habían hecho durante un programa de televisión al que le habían llamado para hablar de su trabajo como investigador y de un caso en el que el presentador había sido uno de los sospechosos.

–Un caso grave –concluyó el locutor antes de empezar a hablar de la prensa económica.

Wisting se llevó la taza a los labios y dio un respingo al oír la voz de Suzanne.

–¿Y ahora qué pasará?

Se giró hacia ella. La mujer llevaba puesta la bata y se apoyaba en el marco de la puerta.

–Me voy a terminar el café, luego iré a trabajar.

–Me refería al caso –dijo Suzanne señalando la pantalla con un movimiento de cabeza.

Wisting había comprendido la pregunta, pero no sabía la respuesta. No entendía cómo, tanto tiempo después, podían llegar a la conclusión de que se había falsificado la prueba del cigarrillo. Ni siquiera comprendía cómo era posible. Los técnicos de criminología que habían peinado al detalle el cruce de Gumserød se habían llevado una caja llena de bolsas con pruebas. Había cascotes de botellas vacías, envoltorios de chocolatinas, vasos de cartón, corazones de manzanas mordisqueados y todo lo que suele aparecer en la cuneta de una carretera, como tres colillas. Todo ello se había conservado en el laboratorio de los técnicos de criminología hasta que detuvieron a Rudolf Haglund y se mandó a analizar junto con una muestra de referencia del acusado. No había nada inquietante ni en la recogida ni en la conservación de las pruebas. Wisting fue responsable de la investigación, pero ni siquiera había visto las colillas más que en foto.

—Confío en que la comisión aclare este asunto —dijo, pero no se sentía del todo seguro—. Nos mandarán una copia del requerimiento y nos pedirán que demos nuestro parecer sobre el asunto. Entonces sabremos de qué va esto de verdad.

Suzanne se aproximó a la cafetera. Wisting bajó el sonido del televisor.

Siempre había considerado que su trabajo en la Policía era complicado y exigente, pero los retos que suponía le gustaban, los apreciaba. Hubo momentos en que sintió que no tenía ni control ni perspectiva, y con frecuencia dudó, se sintió inseguro sobre elecciones que había hecho y decisiones que había tomado. Pero siempre había actuado partiendo de su convencimiento de lo que creía que estaba bien, y siempre había podido defender sus actos a posteriori. Ahora no era capaz de ver qué podría haber hecho de otro modo en el caso Cecilia.

—Dijeron algo de que una periodista de *VG* estaba herida en relación con un asesinato en Fredrikstad —dijo cuando Suzanne se sentó.

—¿Cómo?

—No me he enterado del todo.

Agarró el mando a distancia y buscó en el teletexto.

«Acusado de manipular pruebas» era la noticia principal. En la línea siguiente: «Asesinato en Fredrikstad». Introdujo el número de la página y esperó mientras el televisor iba avanzando.

Un hombre de cuarenta y siete años de edad fue hallado muerto en Kongsten, en Fredrikstad, sobre las 21 horas de ayer. Una periodista de *VG* fue asaltada por el supuesto asesino cuando acudió a la vivienda de la víctima. El abogado de la policía Eskild Hals confirma que unos intrusos han forzado la entrada de la residencia del fallecido, pero fueron descubiertos por la periodista que llegó al lugar antes que la policía. Parece que las lesiones de la periodista no revisten gravedad.

—Suena a algo propio de Line —comentó Suzanne.

Wisting vació la taza de café. Él había pensado lo mismo. Line tenía la curiosidad y el interés

necesarios para descubrir dónde vivía una víctima de asesinato sin identificar antes que la policía.

–Estos días está de vacaciones –comentó, pero ya tenía el móvil en la mano. La señal sonó un buen rato sin que ella contestara.

Line dejó correr el agua caliente de la ducha. Al menos así su cuerpo se relajaría, aliviando la tensión de los hombros. Estuvo así un buen rato antes de enjabonarse y aclararse con la cara vuelta hacia el chorro de agua.

Solo había dormido cuatro horas. La toalla estaba húmeda y fría por la ducha rápida que se había dado antes de acostarse. Se secó el pelo con ella y se quedó desnuda ante el espejo. Ladeó la cabeza y se observó desde distintos ángulos. Deslizó las manos por el cuerpo mientras se observaba. Todo –brazos y piernas, pechos y estómago, caderas y muslos– parecía estar, y así lo corroboraban sus manos, liso y firme. En la parte superior de la cadera derecha tenía un gran moratón. Se giró a hacia un lado y otro y vio más marcas del rastrillo de hierro, pero no todas. Tuvo una idea, cogió el móvil que estaba sobre la mesilla y volvió a colocarse frente al espejo. La pantalla mostraba una llamada perdida de su padre. Debía de haber intentado llamarla mientras ella estaba en la ducha.

Abrió la cámara, sostuvo el teléfono a su espalda e hizo una foto. Solo entonces pudo verlo bien. Un par de los dientes del rastrillo le habían atravesado la piel y ahora tenía costras. Por lo demás había salido bien librada con solo diez rosas azules y amarillas en fila. Dejó el teléfono, se inclinó hacia el espejo y observó su rostro. Tenía el ojo izquierdo morado e hinchado, pero la nariz parecía intacta.

La policía había anunciado una rueda de prensa a las diez. Tenía que comprarse unas gafas de sol y conseguir algo de ropa. Se envolvió en una toalla y se sentó en el alféizar de la ventana de la habitación del hotel. Estaba a más altura que los edificios del entorno y por encima de los tejados veía un río que parecía demasiado pequeño para tratarse del Glomma. El tiempo no había cambiado. El viento y la lluvia golpeaban el cristal.

Su padre respondió al instante. Oyó que estaba en el coche y pensó que estaría camino del despacho.

–¿Estás bien? –preguntó.

–Seguro que salgo de esta –respondió él–. Estoy más preocupado por vosotros, por ti, por Thomas y Suzanne, y el abuelo.

–No te preocupes por mí.

–¿No?

Dobló las piernas para sentarse encima y no respondió.

–¿No estarás en Fredrikstad, por casualidad? –quiso saber.

–Pues me temo que sí –respondió ella leyéndole el pensamiento y soltando una risa desarmante.

El sonido de fondo del teléfono desapareció y adivinó que su padre había salido de la carretera y se había llevado el teléfono a la oreja.

—¿Qué pasó? —preguntó en tono serio.

Ella se lo contó todo, desde el momento en que había salido de la redacción de la calle Aker hasta que había prestado declaración por escrito ante los investigadores en la comisaría.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó el padre.

—Hay una conferencia de prensa a las diez.

—¿Sigues con el caso?

—Es mi caso, sin duda —respondió ella—. No voy a soltarlo hasta que la policía lo haya capturado, si es que no lo atrapo yo misma.

El padre gimió.

—¡Line!

—Que sí, que sí.

Miró el reloj del televisor y supo que su padre estaría al frente de la reunión de la mañana que empezaba a las ocho en la jefatura de policía. Faltaban siete minutos.

—Tengo que dejarte —se excusó, para evitar que fuera su padre quien cortara la conversación—. Luego hablamos.

—Vale, pero Line...

—¿Sí?

—Salgo favorecido en esa foto, ¿verdad que sí?

Le conocía y sabía que el artículo del periódico le había molestado, pero le agradecía que fuera capaz de bromear sobre el asunto. Aun así comprendía que lo hacía solo para que ella no se preocupara.

—Muy favorecido. —Line rio.

—Hay algo que no cuadra —dijo él—. Pero lo averiguaré, en cuanto sepa en qué basan esas afirmaciones.

—Lo descubrirás —le aseguró Line, y colgó.

Volvió al cuarto de baño, dejó caer la toalla y se pasó los dedos por el pelo, rubio y fácil de peinar.

En la bolsa de viaje que siempre tenía en el coche había un neceser y ropa de repuesto. Se puso un vaquero limpio. Luego recordó el cochecito que había encontrado en la gravilla delante de la casa de Jonas Ravneberg y lo buscó en el bolsillo del pantalón que llevaba la noche anterior. Era un automóvil americano con todos los detalles y extras. Debería habérselo entregado a la policía, pero se había olvidado por completo de él después de metérselo en el bolsillo. Era posible que se le hubiera caído al asesino, pero parecía poco probable. Abrió y cerró el pequeño maletero y lo

dejó sobre el escritorio. Podría utilizarlo más adelante como excusa para contactar directamente con los investigadores.

Se puso un sujetador y metió la cabeza en un jersey de cuello alto. Luego se tumbó sobre la cama con el ordenador al lado. Todos los medios digitales hacían referencia a su encuentro con el asesino, sin dar su nombre, que aparecía entre los autores del artículo de *VG* sobre el asesinato en sí. Pensó que no sería difícil leer entre líneas que se referían a ella cuando hablaban de la periodista.

El móvil se iluminó en el alféizar de la ventana. La llamada era de Morten P, uno de los colegas más mayores en la redacción de sucesos.

«En qué mierda de periódico trabajamos. Espero que estés bien, y también Wisting senior. Llámame si tienes fuerzas para hablar.»

Sonrió. Line había trabajado codo con codo con él muchas veces, y había aprendido mucho de él. Se preocupaba sinceramente por los demás y eso se reflejaba tanto en lo que escribía como en su manera de tratar a sus colegas.

Le respondió que le invitaría a un café y le contaría la maldita historia en cuanto tuviera un minuto para sentarse.

Su periódico era la única fuente de noticias que no escribía sobre las pruebas falsas del caso de Cecilia en la edición digital, mientras que todos los demás medios digitales citaban su edición impresa. Leyó el breve comentario de su padre referente a que confiaba en la Comisión de Revisión de Casos Criminales, por lo demás no encontró más información que la que había leído en la redacción la noche anterior.

Según el artículo del periódico había dos puntos principales en el requerimiento del abogado Henden. Nuevos análisis demostraban que la colilla con el perfil de ADN de Rudolf Haglund había sido falsificada, y habían encontrado un testigo que le proporcionaba una coartada. No hablaban sobre el tipo de análisis que se había llevado a cabo, y Line no comprendía cómo podía hacerse un análisis que permitiera llegar a semejante conclusión. Tampoco informaban sobre la identidad del nuevo testigo, ni qué clase de coartada podía proporcionar a Rudolf Haglund.

Line se mordió el labio y pensó lo mismo que su padre. Había algo que no cuadraba.

En la reunión que empezaba a las ocho de la mañana se informaba a los investigadores que hacían el turno de día de los acontecimientos del día anterior y se daban instrucciones para el trabajo de la jornada. Wisting fue el último en entrar en la sala. Cerró la puerta tras de sí y se sentó en el extremo de la mesa. Casi nadie de los presentes cruzó una mirada con él. Uno fue Nils Hammer, que había trabajado en el departamento durante el caso Cecilia.

–Antes de empezar –comenzó–, doy por hecho que os habéis enterado de lo que se ha publicado sobre el caso Cecilia. No sé nada más sobre las razones del requerimiento que lo que dicen los medios de comunicación. El abogado Sigurd Henden contactó con el departamento hace dos meses solicitando la documentación del caso y el material de la investigación. Se enviaron esa misma semana. Ahora solo podemos esperar a que la Comisión de Revisión de Casos Criminales haga su trabajo. Depende de ellos tomar la decisión de volver a celebrar un juicio por este caso.

Uno de los agentes más jóvenes quiso saber qué hacía falta para que se repitiera el juicio.

–Deben aportarse nuevas pruebas o aparecer nuevas informaciones que puedan conducir a la absolución –explicó Wisting brevemente–. O demostrar que alguno de los agentes que trabajaron en el caso cometió alguna ilegalidad.

Fue en este momento, mientras explicaba el reglamento, cuando cayó en la cuenta de que el abogado defensor podía tener dos motivos para su requerimiento, y que las acusaciones contra él no solo aparecerían en la prensa, sino que también se abriría una investigación interna. Una cosa iba unida a la otra.

Carraspeó para dar a entender que daba el tema por terminado y se embarcó en un recorrido cronológico de las operaciones de la última jornada. Eran asuntos rutinarios. Intentos de robo en domicilios, robos de coches, perros callejeros y delitos contra la salud pública.

Una vez acabada la reunión, bajó al sótano y fue por el pasillo hasta la puerta con el rótulo ARCHIVO A DISTANCIA. No iba mucho por allí y, cuando en alguna rara ocasión necesitaba revisar un caso antiguo, solían ayudarle las chicas de la oficina de asuntos criminales.

Los tubos de neón del techo zumbaron, la luz parpadeó, y toda la estancia quedó bañada en una luz chillona que se reflejaba sobre las paredes de color mate. Los casos antiguos se conservaban en grandes archivos con ruedas. Para algunos, las cajas de cartón de medidas estándar resultaban insuficientes y por eso los guardaban en grandes cajas tamaño mudanza en las estanterías de las paredes. En una de las baldas grises había un hueco. Junto a él había una caja con la leyenda 2735/95 – CECILIA LINDE. COPIA, INVESTIGADOR PRINCIPAL.

Bajó la caja y notó el leve olor a moho que despedía el papel viejo. Encima había un

archivador azul con la etiqueta SOPLOS.

Con el archivador en las manos recorrió la hilera de estantes y se detuvo junto a otra caja de cartón. 2694/94 – ELLEN ROBEKK. Contenía un misterio mayor. Ellen Robekk, de dieciocho años de edad, se había esfumado sin dejar rastro, como Cecilia, pero nunca apareció.

Frank Robekk era su tío. El caso le había destruido como policía. La sensación de impotencia al no poder ayudar a los suyos se convirtió en una herida que no podía curarse y que poco a poco fue infectándose. El caso Cecilia había sajado el absceso.

El día que metieron a Rudolf Haglund en una de las celdas del sótano de la comisaría, Frank fue al archivo a buscar la caja con el caso de la desaparición de Ellen. Volvió a leer toda la documentación con nuevos ojos. Con los ojos que habían visto a Rudolf Haglund. Cuando hubo revisado todo lo que se escribió en su día, comenzó de nuevo. Y luego una vez más, y otra. Aquello lo transformó. Tenía a su alcance al hombre que posiblemente conociera la respuesta a la desaparición de su sobrina, pero no era capaz de encontrar el vínculo entre los dos casos.

Después de que empezara esa búsqueda en los archivos ya no pudieron recurrir a él para otras investigaciones. Le asignaban tareas sencillas, pero no era capaz de concentrarse en nada. Un mes después salió de la comisaría por última vez, sin haber hallado ningún nexo entre las dos desapariciones. Sin encontrar una respuesta que ofrecerle a su hermano.

Una prolongada baja por enfermedad se transformó en una invalidez permanente. Al principio, Wisting lo visitaba con frecuencia, pero después empezó a espaciar las visitas cada vez más. Cada vez que iba a verlo, su decadencia era más evidente. Ahora llevaba más de un año sin visitarlo.

Tras los gruesos muros del sótano el móvil no tenía cobertura, pero empezó a sonar mientras subía las cajas. No contestó hasta que hubo colocado las cajas con los viejos archivos en medio de su mesa. Tenía cuatro llamadas perdidas y tres mensajes en el contestador de números que no tenía registrados. Supuso que serían periodistas que querían preguntarle su opinión sobre el caso.

Al otro lado de la ventana pasaron volando un par de palomas. Una lluvia fina cubría el fiordo como un velo de niebla gris.

Una fina capa de polvo se había acumulado sobre la tapa de la caja de cartón. Wisting pasó el dedo índice sobre la primera carpeta. El polvo formó una pelusa que sujetó entre los dedos y lanzó a la papelera.

Los archivadores azules contenían soplos de diversos informantes mientras que los verdes recogían la documentación del caso con apartados especiales para los testigos, los informes policiales y los resultados de las investigaciones de la policía científica. Un archivador rojo, con la etiqueta INCULPADOS en el lomo, contenía las declaraciones de Rudolf Haglund y otra información que habían recopilado sobre él. Había también un archivador negro con los llamados documentos cero, anotaciones internas de la investigación que no habían sido remitidas a la fiscalía ni se incluían en el juego de copias que recibía el abogado defensor.

En la caja también se encontraba el cuaderno de notas de Wisting, metido en un lateral. Era una libreta de tapa dura. En la esquina superior derecha se leía su nombre.

Lo sacó y dejó la caja con el resto de la documentación de la investigación en el suelo antes de empujarla debajo del escritorio y tomar asiento.

Al principio del cuaderno había una foto en color de Cecilia Linde en tamaño A4. El marco blanco de la foto había amarilleado con el tiempo. La imagen pertenecía a una campaña publicitaria de una de las colecciones de ropa de su padre. La palabra «canes» le cruzaba el pecho. Debajo ponía «Venatici» en letras algo más pequeñas. Era la misma foto que habían utilizado cuando la dieron por desaparecida. Tuvo un efecto mayor que cualquier anuncio. Toda la colección de jerséis Venatici se agotó aquel verano, pero nunca se produjeron más.

Wisting pasó las primeras páginas y se reencontró con pensamientos y reflexiones anotadas a vuelapluma, pero en un orden lógico.

Había dedicado meses al caso. Los archivadores que tenía debajo de la mesa contenían miles de documentos, y sentía un intenso deseo de lanzarse sobre ellos. Había algo allí que sentaba las bases de las acusaciones que le dirigían, algo pendiente de averiguar.

Cuando Cecilia desapareció, Line tenía doce años, pero recordaba bien el caso. Lo que mejor recordaba era que ese verano su padre apenas había estado en casa, y que no hicieron el viaje a Dinamarca que habían planificado.

Solo en el archivo de textos de *VG* la búsqueda de Cecilia Linde produjo trescientos ochenta y siete resultados. La cantidad hacía que fuera difícil orientarse. Organizó las respuestas en orden cronológico y empezó por la más antigua.

La primera noticia hacía referencia a la joven Cecilia Linde, a la que habían dado por desaparecida después de que saliera a correr. Se mencionaba su altura, constitución y aspecto, y el artículo iba ilustrado con una foto. La policía animaba a la gente que la hubiera visto a ponerse en contacto con ellos. No había ningún motivo para pensar que hubiera sido víctima de un crimen, pero todas las posibilidades permanecían abiertas.

La siguiente publicación trataba del operativo de búsqueda, que se ampliaba constantemente, tanto en número de participantes como en el radio de acción. Más adelante se pedía a todos los que hubieran estado por la zona la tarde del sábado 15 de julio que se pusieran en contacto con la policía.

Lo que se repetía una y otra vez era que la joven había desaparecido sin dejar rastro. Pronto fue tomando forma la teoría de un secuestro, y se preguntaba a la policía si habían sabido algo de los secuestradores, o si les habían exigido un rescate. Line siguió leyendo por encima. Su padre había participado en las conferencias de prensa, que acabaron siendo casi diarias, y descartaba que se tratara de un chantaje.

Un artículo más extenso hablaba de aspectos personales de Cecilia. El periódico había entrevistado a sus amigas, un antiguo profesor y algunos vecinos. Salió a la luz que era hija de uno de los empresarios más prósperos del país. Cecilia trabajaba en su imperio de moda como diseñadora, pero también como modelo.

La pista más concreta de la que parecían disponer los investigadores era un coche Opel modelo Rekord de color blanco, que había estado aparcado en un cruce por el que era muy probable que hubiera pasado corriendo Cecilia. El conductor vestía una camiseta blanca y pantalones vaqueros, tenía unos treinta años, cabello negro y espeso, el rostro ancho con una barbilla pronunciada y ojos muy juntos. Se rogaba al hombre que se pusiera en contacto con la policía, pero no parecía que lo hubiera hecho.

Uno de los titulares publicados hacia el final de la primera semana despertó su curiosidad. «BÚSQUEDA DESESPERADA DE CECILIA». Las patrullas policiales recorrían toda la región de

Østlandet buscándola en granjas grandes y pequeñas. Incluso se habían incorporado a las labores de búsqueda fuerzas especiales. Según el artículo estaban actuando en un radio de hasta setenta kilómetros desde el punto en el que fue vista por última vez. En la foto que ilustraba el reportaje se veía a la policía registrando una granja en Rønholt, en Bamble. Mencionaban el nombre de su padre en uno de los párrafos finales. Y callaban la causa de que buscaran a tan gran escala.

En un artículo publicado dos días después explicaban los motivos de la ampliación de la zona rastreada. La información salía en el *Dagbladet*. VG la citaba, y añadía los comentarios de un abogado de la policía. De alguna manera, Cecilia Linde había sido capaz de dejar tras sí una cinta de casete en la que narraba lo que le había ocurrido. Line lo recordó al leerlo, no por haberlo sabido en su momento, sino por conversaciones sobre antiguos casos que había mantenido años después con colegas mayores en el café Stopp Pressen.

Cecilia Linde llevaba un walkman cuando salía a correr. En la cinta había grabado una descripción del secuestrador y del lugar donde la había encerrado.

Retrocedió para leer los displicentes comentarios de su padre en relación con lo que se describió como una carrera contra el tiempo y comprendió por qué se había vuelto tan taciturno. No quería que se supiera nada del walkman. Eso equivaldría a contarle al secuestrador que sabían dónde tenía escondida a su víctima. Si se enteraba, se arriesgaban a que la cambiara de sitio, o a que se deshiciera de ella. Aun así los periódicos se habían enterado.

Fue leyendo los artículos de forma cronológica. Dos días después encontraron a Cecilia Linde muerta.

Los antiguos artículos de prensa habían consumido todo su tiempo. Miró el reloj y comprendió que no llegaría al desayuno del hotel ni podría conseguir unas gafas de sol antes de la conferencia de prensa. Cerró el ordenador. Las informaciones del archivo tenían diecisiete años de antigüedad. Ahora tendría que dedicar el resto del día a averiguar qué era lo que había sucedido la noche anterior.

Wisting se concentró en los documentos que trataban del hallazgo de la colilla en el cruce de Gumserød y en el análisis realizado por lo que entonces se conocía como Instituto de Medicina Legal y ahora era el Instituto de Salud Pública, Sección de Medicina Legal.

El agente Finn Haber había dirigido las investigaciones en el lugar del hallazgo. Wisting había trabajado con él en varios casos importantes antes de jubilarse ocho años atrás. Ser responsable de la investigación del escenario de un crimen era una tarea crucial, que implicaba mantener la visión global de todo el material recogido y los posteriores estudios técnicos. Hacía falta una persona meticulosa, con un especial sentido de la organización, exactamente como era Finn Haber. Los informes de las investigaciones eran tal y como Wisting recordaba el trabajo de Haber: concienzudos y precisos. El hallazgo de las colillas estaba documentado con una foto panorámica del cruce de carreteras y un primer plano de cada una de las colillas. Era tabaco de liar, sin filtro. Una colilla parecía haber sido pisoteada en la gravilla, mientras que las otras parecían haber sido apagadas entre los dedos. Las tres tenían asignado un número: A-1, A-2 y A-3. Delante de la carpeta que contenía el material gráfico había un dibujo esquemático en el que se detallaba el punto exacto de cada hallazgo. Las colillas habían aparecido en un radio de dos metros. Un informe recogía una reconstrucción en la que habían alquilado un Opel Rekord y lo habían colocado en el cruce, siguiendo las indicaciones del testigo del tractor. Frank Robekk representó el papel del hombre que había estado allí con un cigarrillo en la comisura de los labios. Las colillas halladas en la gravilla estaban justo alrededor de sus pies, como si el asesino hubiera estado esperando a alguien.

Los cigarrillos se habían depositado en ESEK: Laboratorio de Criminalística. Catorce días más tarde se firmó en el registro su retirada y se trasladaron al Instituto de Medicina Legal.

Se había seguido un modelo para la solicitud de análisis. Se pedía que se investigaran las células de epitelio que pudieran proceder de la saliva. La respuesta llegó al cabo de tres semanas. En el caso de las pruebas etiquetadas A-1 y A-2 no había ADN humano. En la prueba A-3 habían encontrado un perfil de ADN cuyo marcador de género indicaba que se trataba de un hombre.

El siguiente documento era un informe que concluía que la prueba A-3 era coincidente con la muestra del acusado Rolf Haglund. También se adjuntaba la declaración de un experto sobre la verificación realizada. Llegaba a la misma conclusión y estaba firmada por el director del departamento.

Todo se había hecho según los procedimientos habituales. Si tuviera que hacerse alguna

objeción sería que las colillas habían estado en el laboratorio de Finn Haber durante dos semanas antes de que se enviaran a analizar, pero tampoco eso era extraordinario.

Cerró el archivador y volvió a introducirlo en la caja de debajo de la mesa. Luego se acercó a la ventana y se quedó mirando pensativo a la lluvia que caía con intensidad. Una idea sobre lo que podría haber ocurrido con las pruebas de ADN empezaba a tomar forma, pero no se atrevió a profundizar en ella.

En cuanto se sentó de nuevo, llamaron a la puerta. El subdirector de la policía entró en la habitación, vestido con un uniforme recién planchado. Cerró la puerta y ocupó la silla de las visitas.

Audun Vetti había sido responsable de la acusación judicial en muchos de los casos que Wisting había investigado, incluido el caso Cecilia. Su relación de trabajo siempre había sido estresante. Vetti era poco receptivo a las opiniones y los puntos de vista de los demás, y se esfumaba cuando había que tomar decisiones difíciles. Todos sus esfuerzos se dirigían a promocionarse y llamar la atención. Resolver crímenes no tenía otra función para él que ascender profesionalmente. Dos años antes sus esfuerzos habían dado fruto. Le habían nombrado subdirector de la policía y le habían destinado a Tønsberg. Los últimos meses había hecho las funciones de director de la policía y se había puesto una estrella más en el hombro.

Resopló pesadamente, se desabrochó los botones de la chaqueta y colocó una cartera con documentos en el regazo.

Wisting se reclinó en su asiento.

–El caso Cecilia –dijo.

Audun Vetti asintió, pero no tomó la palabra.

–¿Sabes algo más que yo? –inquirió Wisting.

–El caso era tuyo –respondió Vetti negando con la cabeza–. Tu responsabilidad. Las irregularidades que hayan podido producirse están más cerca de tu conocimiento que del mío.

Wisting no comentó su manera de sacudirse la responsabilidad.

–Me refiero a si sabes en qué se basan para solicitar la revisión del caso a la Comisión –aclaró.

Audun Vetti abrió la cremallera de la cartera.

–Fui compañero de estudios de Sigurd Henden –dijo sacando un juego de documentos grapados–. Me ha mandado una copia del requerimiento. Probablemente para darnos tiempo a preparar una explicación. En cualquier caso, pronto la recibiremos directamente de la Comisión para que respondamos.

–¿En qué se basan?

–Ha hecho analizar las colillas de nuevo –explicó Vetti pasando las páginas hasta llegar a una de las últimas y dárselas a Wisting.

Wisting las cogió.

–¿Y?

–Llevan diecisiete años congeladas. El material se ha deteriorado, pero los métodos de análisis han mejorado. Sin embargo, los resultados no han cambiado.

Wisting leyó la documentación. El abogado defensor había hecho analizar las pruebas en un laboratorio neutral e independiente de Stavanger. El resultado era el mismo al que habían llegado en el Instituto de Medicina Legal. En dos de ellos no se encontró células que pudieran emplearse en un análisis de ADN, mientras que en la prueba A-3 habían encontrado un perfil completo de ADN con diez de diez marcadores.

–No comprendo... –dijo Wisting, aunque en realidad sí que lo entendía.

–¿Nunca te extrañó que no fueran capaces de hallar restos humanos en dos de las pruebas y que en cambio en la tercera tuvieran un rotundo éxito?

–Pueden haber influido numerosas circunstancias –opinó Wisting.

–Tres colillas –prosiguió Vetti levantando tres dedos–. Del mismo hombre, en el mismo lugar y en la misma secuencia temporal, en condiciones idénticas.

–No sabemos si las otras dos eran de Haglund –objetó Wisting–. Podrían ser de otro y haber estado allí durante semanas.

Vetti negó con la cabeza.

–Eso no te lo crees ni tú.

Wisting pensó que tenía razón, pero no quiso admitirlo en voz alta.

–Pero eso no cambia el caso –opinó con la sensación de que se estaba agarrando a un clavo ardiendo.

–Sigurd Henden hizo lo que deberías haber hecho tú hace diecisiete años, William.

A Wisting no le gustó ni su tono, ni que Vetti se dirigiera a él por su nombre de pila.

–Hizo analizar el contenido de las colillas –continuó Vetti moviendo un dedo para indicar a Wisting pasara la página.

Wisting leyó el texto por encima. Las tres colillas habían sido examinadas en un laboratorio danés de análisis químicos. Por cada prueba que habían hecho adjuntaban un listado porcentual de la composición del contenido. El alquitrán y la nicotina eran dos elementos reconocibles entre una serie de productos químicos.

–Los cigarrillos modernos son productos industriales de alta tecnología en los que el sabor, los niveles de nicotina y otros factores se deciden durante el proceso de fabricación –prosiguió Vetti, como si se hubiera informado muy bien sobre la materia–. Hay distintos tipos de tabaco y distintas maneras de tratarlo. El tabaco de mascar, los cigarrillos y el tabaco de liar son, en principio, productos naturales. Los productos tabaqueros actuales contienen una larga lista de aditivos.

Se inclinó hacia delante y señaló el listado de la hoja.

–Algunas de las sustancias son restos de pesticidas del cultivo –explicó–. Algunos de los aditivos son sustancias que conservan la humedad, mientras que otros se añaden para regular el sabor.

Wisting asintió. No había leído la conclusión de la investigación pero imaginaba cuál sería.

–La cuestión es... –dijo Vetti reclinándose– que las dos colillas sin ADN son de una marca de cigarrillos diferente a la que tiene ADN. La gente del laboratorio hasta ha hecho un análisis comparativo y puede afirmar que las dos colillas que no dieron resultados son de Tiedemanns Gul Mix número 3, mientras que la colilla que dio resultado es de Petterøes Blå número 3.

Wisting guardó silencio. Recordaba que las primeras sesiones del interrogatorio de Rudolf Haglund se interrumpían cada vez que se tomaba un descanso para fumar. Tenía la bolsa de tabaco en el regazo y se liaba un cigarrillo antes de subir a la terraza del tejado. Cuando lo detuvieron llevaba el tabaco encima. Cuando se le acabó, no tenía más remedio que gorrear a los policías. En aquel tiempo el tabaco no estaba proscrito y a los investigadores no les importaba. Un cigarrillo podía hacer progresar un interrogatorio.

–Alguien –dijo Vetti. Había levantado el dedo índice y señalaba con él a Wisting–. Alguien de la casa cambió la prueba A-3 por un cigarrillo de los que Haglund se fumó durante los interrogatorios.

Wisting no pudo argumentar nada en contra.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó.

–No tengo muchas opciones –respondió Vetti–. Estabas al frente de la investigación. No sé si lo hiciste tú mismo, o si fue una iniciativa común. Esa parte se la dejo a Asuntos Internos.

–¿Asuntos Internos? ¿No es un poco precipitado? En caso de que alguien hiciera lo que estás insinuando, ¿el delito no habrá prescrito?

–Que no se castigue a nadie no es óbice para que se investigue si alguien ha actuado mal. Tenemos que llegar al fondo de esta cuestión.

Vetti se enderezó la corbata y cogió los papeles.

–Supongo que entenderás que no me queda más remedio que suspenderte de tus funciones, ¿verdad? –dijo.

Wisting abrió la boca, pero antes pensó lo que iba a decir.

–¿Crees que fui yo?

–Yo no creo nada, pero tú estabas a cargo de la investigación.

–Y tú estabas al frente de la acusación –le recordó Wisting.

Audun Vetti se puso rojo de ira.

–Mi trabajo era emplear las pruebas que vosotros encontrabais –dijo–. Confiaba en que lo hacías de manera honrada.

Vetti se puso de pie, sacó otro papel de la cartera y se lo tendió. Wisting lo cogió y leyó:

«Temporalmente suspendido de servicio en el cuerpo según el artículo 16 de la Ley del Funcionariado Público». A continuación figuraba su nombre y apellido.

–Tiene efecto inmediato –dijo Vetti volviéndose hacia la puerta–. Dispones de una hora para recoger tus objetos personales, luego deberás abandonar la comisaría. Yo me encargo de informar a la abogada policial Thiis. Puedes entregarle a ella la placa y las llaves.

Se detuvo junto a la puerta, como si comprendiera la brutalidad de sus palabras.

–Así ha de ser –dijo como si quisiera justificar su decisión–. Hasta que descubramos qué fue lo que pasó entonces.

Wisting se quedó sentado, siguiéndolo con la mirada.

No se trata de lo que ocurrió, pensó, se trata de lo que hicimos.

La conferencia de prensa tuvo lugar en una sala de reuniones de la tercera planta de la comisaría de la calle Gunnar Nilsen 25. El local estaba medio lleno, y solo se había presentado un equipo de televisión.

Line sostuvo la mirada de sus colegas periodistas al entrar en la habitación. Saludos con la cabeza y sonrisas. Erik Fjeld estaba con la cámara preparada en la fila más próxima a la tarima, pero no tenía tiempo para hablar con él ni con sus colegas. Encontró una silla cerca de la ventana y se sentó con cuidado. Tenía el cuerpo dolorido e intentó repartir el peso sobre el asiento.

Sacó el ordenador portátil de la bolsa, pero también un cuaderno y un bolígrafo. Por la ventana veía un cementerio con antiguas tumbas y árboles negros, sin hojas.

A las diez en punto se abrió una puerta lateral y entraron dos policías uniformados y uno vestido de civil. Tomaron asiento detrás de una mesa donde había unos carteles escritos a mano con su nombre y su cargo. Los dos de uniforme eran el comisario y el abogado policial, mientras que el hombre de civil estaba al frente de la investigación. Vio que Erik hacía fotos de los hombres y los carteles y no se molestó en apuntar los nombres.

El comisario abrió la conferencia dando la bienvenida a todos los presentes y haciendo una breve presentación, antes de dar la palabra al abogado policial.

El abogado policial extendió un montón de papeles sobre la mesa e hizo un relato de lo sucedido señalando las horas y los lugares. Line se metió la punta del bolígrafo entre los labios y pensó que no decía nada que los periodistas no supieran ya.

–¿Qué se sabe del arma del crimen? –preguntó uno antes de que se abriera el turno.

–El arma del crimen no se ha hallado –prosiguió el abogado policial como si acabara de llegar a ese punto y no hubiera sido interrumpido.

–Pero ¿sabéis cuál es?

–También es demasiado pronto para decir algo concreto sobre la causa de la muerte; necesitamos el informe preliminar de los forenses del Instituto de Salud Pública. Lo que nos han transmitido los técnicos especializados en escenarios de crímenes es que se trata de un golpe en la cabeza con un objeto romo.

Erik Fjeld se levantó de su sitio, se colocó detrás de los policías que estaban a cargo de la investigación e hizo una foto de los periodistas presentes en la habitación. Enfocó el objetivo hacia Line. Ella sonrió y le guiñó un ojo. El fotógrafo estaba haciendo exactamente lo que ella le había indicado por teléfono. A toda velocidad cambió a un objetivo de 125 mm, enfocó e hizo fotos de los documentos policiales que estaban repartidos por la mesa.

–El fallecido todavía no ha sido identificado –prosiguió el abogado policial mientras Erik Fjeld se sentaba–. Pero tenemos razones para pensar que se trata de un hombre de cuarenta y ocho años de edad, vecino de Fredrikstad, y relacionamos el asesinato con un robo en una vivienda de la calle Blakstad cometido ayer por la noche, durante el que fue asaltada una periodista de *VG*.

Line notó que se le encendían las mejillas.

–¿Se han encontrado huellas del ladrón? –quiso saber uno de los periodistas.

–Es demasiado pronto para responder a eso. Seguimos trabajando en la casa. Una patrulla canina siguió un rastro hasta el polígono industrial de Øra. Ahí se terminan las huellas, y hay motivos para creer que siguió su camino en un coche.

El abogado dio la palabra al investigador, quien informó del número de testigos a los que se había tomado declaración y animó a la gente que hubiera visto u oído algo a ponerse en contacto con la policía. Después se abrió el turno de preguntas.

Un periodista quiso saber cómo podía ser que una reportera del *VG* descubriera la identidad de la víctima antes que la policía.

–No sé de qué fuentes dispondrá *VG* –respondió el abogado policial–, pero, en términos generales, desaconsejo a los medios que interfieran en la labor policial.

Las palabras del abogado provocaron algunas risas dispersas. Line fingió estar ocupada con el ordenador. Leyó el correo electrónico de la chica de la gasolinera y abrió uno de los archivos adjuntos. Era una imagen del vídeo de una cámara de vigilancia de la gasolinera que mostraba a la víctima de pie frente al mostrador. La foto tenía buena definición y era en color. El hombre tenía grandes entradas en el cabello rubio algo canoso, llevaba la raya bien hecha y se había peinado con cierta coquetería, de lado y hacia el frente, para tapar las entradas. Iba bien vestido, tenía los ojos pequeños y juntos, y una mirada incisiva.

Hicieron algunas preguntas relativas a detalles y aclaraciones sobre lo ya dicho. Todos sabían que había que guardar las cuestiones relevantes para después de la conferencia de prensa. Solo los más inexpertos soltaban lo que ya llevaban anotado en la libreta y hacían preguntas dando información gratuita al resto.

El siguiente archivo adjunto era una foto en la que el hombre estaba junto al perro, atado a un poste en el exterior. Estaba sentado a sus pies y le miraba fijamente mientras se liaba un cigarrillo del paquete de tabaco amarillo.

Uno de los periodistas calculó que el asesinato fue comunicado poco antes de las diez y Line fue asaltada poco antes de la medianoche.

–¿Eso quiere decir que el asesino estuvo más de dos horas en casa de la víctima?

–No son más que especulaciones –respondió el abogado policial.

Alguien levantó la mano.

–¿Han robado algo?

–Es demasiado pronto para saberlo.

–¿Sabéis qué podría estar buscando?

La respuesta fue contundente.

–No.

Line abrió la tercera imagen. El hombre tenía un cigarrillo en la comisura de los labios y el perro se había puesto de pie.

–¿Alguna pregunta más? –preguntó el comisario.

Line levantó la mano, pero habló sin esperar que fuera su turno.

–¿Qué va a pasar con su perro?

El comisario miró de reojo al investigador.

–De momento está en el refugio para perros abandonados de Falck –dijo y se levantó.

La conferencia de prensa había acabado.

Suspendido. La palabra le causaba una inquietud que Wisting no había sentido en toda su vida. Por su cabeza daban vueltas pensamientos vacíos e informes que no llegaban a concretarse, y se quedó mirando al infinito con la notificación en la mano. Como si el cerebro quisiera ganar tiempo antes de decidir cómo iba a reaccionar.

Esa inseguridad, hasta ahora desconocida, se extendía por su interior como una sombra de desánimo. Sentía que iba a ahogarse. Se mareó, sintió náuseas, era incapaz de asimilar lo que había ocurrido.

Se levantó de la silla. No recogió nada del escritorio, solo apagó la luz y echó la llave a la puerta del despacho. Al llegar a la escalera en lugar de bajar subió y salió a la terraza del cuarto piso.

Hacía diecisiete años todavía estaba permitido fumar en los despachos de los investigadores y en las celdas de los detenidos del sótano, pero cuando Rudolf Haglund quería tomarse un descanso de los interrogatorios habían subido allí.

En un rincón había dos sillas y una mesa con un cenicero a rebosar. Rudolf Haglund estaba en la silla con la espalda contra la pared. Wisting se colocaba de pie junto a la barandilla, por si el preso elegía la salida más fácil para acabar con su situación.

Se acercó a la barandilla y se agarró a ella. La llovizna le acariciaba el rostro y le aclaraba los pensamientos. Los nudillos se le pusieron blancos mientras intentaba comprender lo que había ocurrido y por qué. Cuando recibieron los resultados del análisis de ADN, supusieron una confirmación de lo que ya creían saber. Que habían cogido al hombre correcto. No era solo la prueba del ADN. Encajaba en la descripción que habían hecho tanto el testigo del tractor como la misma Cecilia en la grabación de casete. Además, era su coche el que había desaparecido de manera tan oportuna y la coartada de la excursión a pescar no tenía ninguna credibilidad. Estaban seguros, todos lo estaban. Toda su experiencia y su sentido común les decían que Rudolf Haglund era el culpable, pero a la vez sabían que no era suficiente para que lo condenaran más allá de cualquier duda razonable. La cuestión era si alguno de los investigadores se había sentido tentado a cambiar la prueba A-3 por uno de los cigarrillos que Rudolf Haglund había apagado en el cenicero de la mesa.

Se soltó de la barandilla y se puso de espaldas a la ciudad que tenía a sus pies. Decidió que no hacía falta que se engañara. Debía haber ocurrido exactamente como decía la portada del periódico. Alguien de la policía había colocado la prueba decisiva.

Wisting cerró los ojos con fuerza, se pasó la mano por la cara y la notó mojada por la lluvia. Se

quedó de pie, con los ojos cerrados, casi con miedo a reunir sus ideas.

Al caer el pilar que soportaba la cadena de pruebas se abrían otras posibilidades. Entonces, la prueba de ADN había cerrado de golpe todas las demás puertas. Una amplia investigación de pronto se focalizaba en una sola cosa, en un hombre. De ser una investigación de amplio espectro se redujo a la persecución de una sola persona. El tiempo que pasó hasta la celebración del juicio se dedicó a buscar circunstancias que pudieran reforzar la acusación. Dieron con anuncios que Haglund había publicado en la sección de contactos de revistas pornográficas, hablaron con un antiguo profesor de gimnasia que le había pillado espiando a las chicas en la ducha y encontraron casos sin resolver de exhibicionismo en los que el sospechoso encajaba en la descripción. Se pasó por alto todo lo que pudiera hablar a favor de la inocencia del acusado, como el hecho de que no tuviera un sótano como Cecilia había descrito, o que en su casa no encontraran ni un cabello de la víctima.

Todo había sido decisión de Wisting. Su responsabilidad. Desde la perspectiva actual, su suspensión era inevitable. A través de los nuevos análisis el abogado defensor había demostrado de un modo más que evidente que las pruebas de ADN habían sido falsificadas por la policía. Para conservar la más mínima credibilidad, el policía responsable de esa investigación debía ser apartado del cuerpo. Se trataba de preservar la confianza de la gente en la policía.

Y él tenía intención de demostrar que era digno de confianza.

Al bajar dejó sus huellas mojadas en la escalera. Abrió la puerta de su despacho y sacó la caja que contenía las copias de la documentación del caso Cecilia. Si no podía usar su propio despacho, trabajaría en el caso desde casa.

Se llevó la caja al pasillo y empujó la puerta que daba a la escalera con el hombro. Cuando se giró, Audun Vetti estaba frente a él. En silencio. Con la mirada fija en la caja. Luego asintió con un movimiento de cabeza, como si le satisficiera que Wisting hubiera recogido sus cosas y estuviera marchándose.

El subdirector de la policía se hizo a un lado para dejarle pasar, pero Wisting permaneció en el umbral de la puerta. Hacía mucho tiempo que tenía ganas de decirle algo, diecisiete años para ser exactos. Ahora lo soltó.

–La matamos nosotros –dijo.

Audun Vetti ladeó la cabeza y le miró como si no estuviera seguro de haberle oído bien.

–Nosotros matamos a Cecilia Linde –repitió Wisting–, cuando tú informaste a los medios de la existencia de aquella cinta de casete.

Vetti negó con la cabeza.

–No le dejaste elección al asesino –prosiguió Wisting–. Se vio obligado a deshacerse de ella.

–Los periodistas ya lo sabían –protestó Vetti–. Yo solo lo confirmé.

–Eso fue lo que la mató.

La mirada del subdirector de la policía se oscureció. Frunció el entrecejo y sus labios se tensaron y se adelgazaron.

—La habría matado de todas formas —dijo casi gruñendo y se abrió paso. Luego se detuvo y se giró hacia Wisting. Ahora le miraba de frente—. Habían pasado diez días y tú no tenías ningún resultado. Comprendo que te molestara, pero no entiendo cómo pudiste llegar al extremo de falsificar las pruebas.

Wisting se quedó callado mirando cómo se cerraba la puerta. Las palabras no lo liberarían de las sospechas y las acusaciones. Debía actuar para poder demostrar su inocencia.

Colocó la caja en el maletero y la tapó con la bandeja. Luego cerró el coche y miró hacia su despacho mientras desenganchaba la llave de la comisaría del llavero. Un coche patrulla entró en el patio trasero. El portón se abrió y Wisting lo siguió hacia el interior del garaje. Avivó el paso, y notó que estaba deseando entregar la llave y la tarjeta de acceso para empezar cuanto antes. Iba a revisar todo el caso Cecilia con ojos nuevos, y con diecisiete años más de experiencia.

La oficina de Christine Thiis estaba ordenada y bien organizada, como de costumbre. Christine era relativamente nueva en el cargo que había quedado vacante cuando Audun Vetti fue ascendido a subdirector de la policía. El otoño anterior había estado a cargo de la acusación en el caso de un hombre que había aparecido muerto en una cabaña de veraneo cerrada en invierno. Thiis apenas tenía experiencia, pero había llevado tanto el juicio como la atención de los medios de comunicación de manera eficiente y segura. Wisting había llegado a apreciarla como una persona reflexiva, con buen juicio, y quizá con más conocimientos de psicología y de la naturaleza humana que de técnicas de investigación, lo que la convertía una competente abogada policial.

Thiis levantó la vista de la pantalla del ordenador cuando lo oyó entrar. Wisting dejó la llave y la tarjeta de acceso sobre el escritorio de la abogada, y dudó un instante antes de dejar también su placa. Era evidente que ella se sentía incómoda por la situación.

—No pasa nada —dijo Wisting conciliador. Los dos sabían que ella no podía hacer otra cosa que seguir las órdenes que le había dado Audun Vetti.

Christine Thiis levantó la placa y la hizo girar entre los dedos con aire pensativo.

Wisting fue hacia la puerta. Christine abrió el primer cajón del escritorio.

—La dejaré aquí —dijo—... mientras tanto.

Wisting sostuvo su mirada, respondió con un movimiento de cabeza y salió.

Antes de abandonar la comisaría tenía que hablar con Nils Hammer. El robusto investigador era su colaborador más cercano. Al igual que Wisting, había entrado en la sección siendo joven. No tenían trato alguno en su tiempo libre, y Wisting no sabía gran cosa de su vida privada, pero en el trabajo lo consideraba imprescindible. Era eficaz, entusiasta y competente, poseía un cerebro lógico y hacía gala de un razonamiento deductivo de primer orden.

La puerta de su despacho estaba abierta. Wisting entró y la cerró a su espalda.

Hammer levantó la vista.

–Me alegro de verte –dijo–. Tendríamos que revisar una cosa.

–No puedo...

–Han denunciado la desaparición de una chica –interrumpió–. Linnea Kaupang. Diecisiete años. No la han visto desde el viernes.

Le tendió la foto, pero Wisting se limitó a mirarla sin cogerla. Una joven que sonreía con los dientes un poco torcidos. Tenía los ojos oscuros, la mirada limpia e inocente. El cabello rubio y rizado le caía sobre los hombros y lo llevaba recogido a un lado con una horquilla en forma de lazo de un amarillo intenso.

Wisting acabó por coger la foto a pesar de todo. La idea de que le hubiera pasado algo espantoso le produjo un dolor físico. Abrió la boca para decir algo. En su cabeza empezaban a tomar forma varias ideas sobre cómo abordar el caso.

–No puedo... –dijo devolviéndole la foto–. Tendrás que ocuparte de esto tú solo.

De momento no tenía gran cosa para escribir una noticia, pensó Line al salir de la comisaría. En la conferencia de prensa no habían dicho nada nuevo.

–¿Vamos a comer algo? –le propuso a Erik Fjeld.

Este se colgó la cámara de fotos al hombro y asintió con la cabeza. Encontraron una cafetería en la calle peatonal que le recordó al café bar que había abierto Suzanne en Stavern. Un local íntimo con platos fríos y calientes para almorzar y apetitosas tartas tras el mostrador.

Compró un bocadillo para cada uno, una Coca-Cola para el fotógrafo y un chai latte con espuma para ella. Erik encontró sitio al fondo del local y extrajo la tarjeta de memoria de la cámara. Line dejó la comida sobre la mesa y sacó el ordenador portátil de la bolsa. Lo abrió, introdujo la tarjeta de memoria y esperó mientras se cargaban las fotos de la conferencia de prensa.

Empezó por un primer plano suyo. El maquillaje solo tapaba en parte las lesiones alrededor del ojo, pero tenía un aspecto mucho mejor que en las fotos de la noche anterior.

–Nada en la conferencia de prensa sugirió que vaya a haber detenciones por el momento – comentó Erik Fjeld masticando.

Line estuvo de acuerdo, pero tenía curiosidad por saber si de verdad la policía tenía tan pocas pistas como habían dado a entender. Hizo clic en la foto siguiente, y enseguida comprendió que había tenido más suerte de la que esperaba. El documento de la pantalla llevaba por título «El teléfono móvil del fallecido».

Agrandó la foto. Jonas Ravneberg tenía un Nokia 6233. Además del número de teléfono, el autor del informe había anotado las quince cifras del número IMEI. Le seguía un listado cronológico de las llamadas entrantes y salientes de los últimos diez días. La lista era breve. Confirmaba la imagen que Line ya se había formado de Jonas Ravneberg. Un hombre con una vida social muy limitada. Eso hacía que esos pocos números resultaran aún más interesantes.

02.10 - 14.32 horas Saliente: 69330196 Abogado de guardia, Fredrikstad.

02.10 - 14:28 horas Saliente: 1881 Información telefónica.

02.10 - 14.17 horas Entrante: 69310167 Sin registrar.

01.10 - 12.33 horas Saliente: 99691950 Astrid Sollibakke, Gressvik.

31.09 - 21.43 horas Entrante: 99691950 Astrid Sollibakke, Gressvik.

30.09 - 10.22 horas Saliente: 46807777 Fredriksstad Blad.

29.09 - 21.45 horas Saliente: 99691950 Astrid Sollibakke, Gressvik.

28.09 -12.30 horas Saliente: 48034284 Torgeir Roxrud, Fredrikstad.

27.09 - 13.45 horas Saliente: 93626517 Mona Husby, Fredrikstad.

25.09 - 20.15 horas Saliente: 99691950 Astrid Sollibakke, Gressvik.

Tres nombres, pensó. Tres personas que podrían contarle algo más sobre quién era la víctima. Las más interesantes eran, sin duda, las llamadas del día del asesinato. Primero una llamada entrante de un número desconocido, seguida de una saliente a uno de los bufetes de abogados de la ciudad.

Otra foto era de la primera página de un informe sobre los hallazgos de criminalística en el lugar de los hechos. Line dio un mordisco a su bocadillo y se inclinó sobre la pantalla. El informe empezaba con el nombre del responsable de la investigación y refería cómo se le había encargado la misión. Después seguía con la descripción del lugar del hallazgo, el tiempo, el entorno y las medidas prácticas que se habían tomado para salvaguardar el escenario del crimen. También había un párrafo sobre el perro y cómo se habían ocupado de él. Después, el criminalista describía a la víctima. Hombre, unos cincuenta años. Vestía un chubasquero negro de la marca Helly Hansen, pantalón vaquero azul marino y botas de agua verdes de la marca Viking. El fallecido estaba tumbado boca abajo sobre el sendero para peatones y ciclistas con el torso parcialmente fuera de la pista. Tenía contusiones graves en el rostro. No había nada más, y por la numeración de la esquina superior derecha Line dedujo que era la primera página de 4.

En la foto siguiente se veía una hoja con la información del Registro Civil sobre Jonas Ravneberg. Contenía las once cifras de su número de identificación personal y una fecha que mostraba que Ravneberg había residido en la misma dirección los últimos dieciséis años, pero no había nada que Line no supiera ya.

Después había dos fotos con mala resolución y no se podían leer, pero la tercera era de una carpetilla verde para documentos. Resultaba útil porque contenía una relación numerada de la documentación de la que disponía la policía. El primero era el informe que había presentado la primera patrulla policial que llegó al lugar de los hechos. Reconoció los títulos de los informes sobre el teléfono móvil y sobre el lugar de los hechos. Habían tomado declaración a dos testigos. El primero era el hombre que había encontrado el cadáver y que también había llamado a la redacción para informarles. La segunda testigo era una mujer. Christianne Grepstad. Era un nombre lo bastante infrecuente como para que Line pudiera localizarla y preguntarle qué sabía.

La última foto era de un «Informe general tras la inspección provisional realizada en la calle W. Blakstad, 78». Describía el aspecto exterior de la vivienda. Era una casa adosada de dos plantas con sótano. En la planta baja había un recibidor, una cocina, y un salón con acceso a un balcón. En el primer piso había un distribuidor, un baño, tres dormitorios y un balcón pequeño. En el sótano había varios trasteros.

Cogió el bocadillo con una mano y siguió leyendo mientras comía. El autor del informe creía que había motivos para pensar que el criminal había permanecido bastante tiempo en la vivienda. Parecía haberla registrado de forma minuciosa y sistemática. Había abierto todos los cajones y

todos los armarios y los había vaciado. Era evidente que buscaba algo pero nada inducía a concluir si el asaltante había encontrado lo que buscaba o no.

–Bien –dijo con la boca llena señalando la pantalla.

–¿Hay algo?

–Desde luego –asintió y repitió una parte–. Estaba buscando algo.

–¿Quién?

–El asesino.

Dejó la comida y bebió un sorbo de té. Ya tenía una historia, una continuación. «Allanamiento de morada misterioso.» Esa era la clase de titular que la gente leía.

Darían a la policía unas horas antes de llamarles. Si tenía suerte, conseguiría que alguien dijera estar de acuerdo en su valoración de que había algo misterioso en el modo en que se había llevado a cabo el allanamiento.

–Pero fue muy arriesgado –opinó Erik Fjeld–. Entrar en la casa de una persona a la que acabas de matar. Estaba claro que la policía aparecería.

–Debía de estar buscando algo que hacía que mereciera la pena correr el riesgo –asintió Line–. Algo por lo que merecía la pena matar.

El cielo estaba cubierto de una capa de nubes bajas y una bandada de aves que migraban al sur formaban una cuña sobre su cabeza, ala contra ala en formación sincronizada. Wisting no estaba yendo hacia casa. Atravesó Stavern y siguió por la carretera nacional hacia Helgeroa. Pasó el desvío que conducía al centro de formación y prácticas del Ministerio de Justicia, el polideportivo, el Kysthospitalet y la residencia de estudiantes.

El coche corría por la carretera local encharcada. Los cuervos levantaban el vuelo a ambos lados, batiendo las alas como sombras negras sobre los campos de color ocre. Redujo la velocidad, puso el intermitente y se echó a un lado. Un cartel señalaba hacia la izquierda. Granja Gumserød.

Avanzó un poco más, dio marcha atrás y aparcó según la descripción que el testigo del tractor había dado del Opel blanco.

Pensó en la joven de la foto que le había mostrado Nils Hammer. La chica del lazo amarillo en el cabello. Linnea Kaupang. En algún lugar había unos padres desesperados, esperando. Hammer sabía lo que había que hacer, pero Wisting se sentía inquieto por no poder ayudar. Luego se lo quitó de la cabeza. Tenía que retroceder en el tiempo, diecisiete años.

En Noruega casi todos los asesinatos se resuelven, pensó. Él no era el único policía que había sentido la responsabilidad del caso Cecilia. Se habían quedado estancados en la investigación cuando el nombre de Rudolf Haglund apareció en la pizarra, y fue como si les hubieran quitado un gran peso de encima. Wisting había sentido la placentera sensación del éxito. Por fin habían dado un paso adelante. Un nombre. Un sospechoso hacia el que enfocar la investigación.

Pero todo lo que habían conseguido era construir su propia versión de los hechos. Habían puesto su orgullo profesional al servicio de perfilar una imagen convincente de Rudolf Haglund como asesino.

No era la primera vez que Wisting veía algo así. La presión y la exigencia de que se resolviera un caso, de encontrar una solución, contribuían a que se sacaran conclusiones precipitadas. Los investigadores se hacían su propia idea de cuál era la secuencia de los hechos a partir de las primeras pruebas que aparecían. Y cuando ya se habían formado una opinión, empezaba un proceso inconsciente por el que intentaban confirmarla. Se limitaban a mirar al frente y empezaban a recoger informaciones que cuadraran con su teoría principal. Se convertían en perros de caza que corrían tras el rastro de la presa que habían olido. Todas las pistas colaterales o posibles distracciones se dejaban a un lado. Iban tras Rudolf Haglund, solo tenían que acorralarlo.

Cerró los ojos y recreó su propia imagen de ese caluroso día de verano de hacía diecisiete

años. Cecilia llegaba corriendo por el camino de grava. La luz del sol se filtraba por entre las frondosas ramas de los árboles. Debajo de la ceñida ropa de correr se le dibujaban los músculos; llevaba el cabello recogido hacia atrás en una cola de caballo que oscilaba de un lado al otro con cada zancada; los auriculares puestos, el sonido apenas audible en el exterior. Seal. «Kiss from a rose.» El sudor se perlaba sobre su frente y le formaba una capa de humedad en el pecho.

En la visualización de Wisting seguía siendo Rudolf Haglund quien estaba sentado en el borde del maletero abierto, esperando. Camiseta blanca y pantalón vaquero. Ojos pequeños, juntos, la nariz fracturada y un cigarrillo en la comisura de los labios. Al verla, tiró la colilla, miró a ambos lados para asegurarse de que estaba solo. Después se colocó medio de espaldas y, en el momento que pasaba por su lado, se lanzó sobre ella. La rodeó con los brazos y la arrojó al interior del maletero.

Seguía pensándolo; para Wisting, quien había secuestrado a Cecilia Linde todavía era Rudolf Haglund, aunque tenía que admitir que ya no estaba tan seguro. Miró por el retrovisor. La caja de cartón que llevaba en la parte trasera del coche contenía miles de documentos. Varios cientos de nombres. No podía descartar la posibilidad de que contuviera un nombre alternativo. Otro posible asesino.

Por el camino de la granja se aproximaba un hombre con bastón y gruesa ropa impermeable. Iba en dirección a los buzones de correos. Tim Bakke, pensó Wisting. Un hombre de cabello cano y ojos verdes con grandes músculos en los brazos. Vivía en la primera casa roja a la derecha del camino de la granja. Detrás del garaje tenía cuatro gallinas en un gallinero. Cuando Wisting le tomó declaración estaba más preocupado por el zorro que se había llevado la quinta gallina.

Wisting puso la primera marcha. Los neumáticos crujieron sobre la gravilla cuando reemprendió su camino. Después de diez minutos se desvió de nuevo.

Había pasado un año escaso desde que le traspasaron la cabaña de Værvågen. Le había cogido cariño a ese lugar, allí podía desconectar.

El camino se extendía ante él formando dos surcos paralelos de rodadas llenas de agua embarrada y marrón. Casi un kilómetro de terreno boscoso conducía a un alto desde donde se divisaban los islotes de piedra lisa de la costa. El camino desembocaba en un claro con densos arbustos de escaramujo, a unos treinta metros de la cabaña. Desde allí partía un sendero para recorrer a pie el último tramo.

En uno de los últimos postes de amarre del embarcadero había una gaviota en silencio y con el pico apuntando al horizonte. Wisting aparcó el coche y fue a sacar la caja con la documentación del caso. Solo se oía el viento, que susurraba entre las últimas hojas del otoño y las olas que impactaban sobre la playa. Relajó los hombros y respiró hondo.

En la cabaña todavía se percibía el olor a pintura de la última semana del verano que había pasado allí con Line. El cuarto de estar era más luminoso y acogedor con las nuevas fundas en los

sofás, los cojines y las cortinas a juego. Colocó la caja en el centro de la mesa y se quitó la chaqueta. Luego empezó a vaciar la caja. Puso los archivadores en medio de la mesa y los clasificó por colores. Cuando acabó, quedaba un casete en el fondo de la caja.

Era una copia. Un casete de la marca BASF, pero estaba etiquetada exactamente igual que la de Cecilia. CL. Miró a su alrededor. Bajo el alféizar de la ventana seguía estando la vieja radio con casete. Dudó, pero decidió empezar por ahí, por un reencuentro con Cecilia Linde.

Se puso en cuclillas, apretó la tecla de eject, y metió la cinta en el cajoncito que se abrió. Después lo empujó y rebobinó un poco antes de iniciar la reproducción.

Reconoció la canción, y mientras esperaba se puso de pie. La gaviota del embarcadero levantó el vuelo y se elevó con un vuelo circular y deslizante. Utilizaba las corrientes de aire para mantenerse flotando sin batir las alas.

La voz de Cecilia surgió con tanta brusquedad como la primera vez que la oyó.

El sábado 15 de julio salí a correr y me secuestró un hombre. Ocurrió en el cruce de la granja de Gumserød. Él tenía un coche viejo, blanco. Ahora estoy en el maletero. Ocurrió muy rápido. No tuve tiempo de verle bien, pero desprendía un olor amargo, a humo, pero también a otra cosa. Lo había visto antes. Llevaba una camiseta blanca y pantalones vaqueros. Cabello oscuro. Ojos negros, pequeños y cejas negras, espesas. Nariz rota.

Escuchó el minuto y cuarenta y tres segundos al completo. Movié los labios repitiendo parte del contenido con ella. La voz era clara y comprensible, pero hablaba deprisa, como si tuviera prisa. A pesar de que lo había oído muchas veces con anterioridad, fue como si hubiera algo nuevo.

Rebobinó la cinta.

... desprendía un olor amargo, a humo, pero también a otra cosa. Lo había visto antes.

La detuvo, retrocedió otra vez:

«Lo había visto antes.»

La frase no le resultaba desconocida, pero adquiriría otro significado. Nunca habían podido demostrar que hubiera una conexión entre Cecilia Linde y Rudolf Haglund. En ninguno de los documentos que estaban sobre la mesa había un punto en el que sus vidas se relacionaran. Pensaron que sus palabras podían querer decir que se había cruzado con él cuando corría, tal vez incluso que Rudolf Haglund estuviera pendiente de ella y hubiera planificado el secuestro. Pero también podía significar que el asesino de Cecilia Linde se encontraba en su círculo.

En la caja también había un montón de hojas grapadas que no se habían introducido en ningún archivador. Era una base de datos impresa con la lista de todos los nombres que estaban relacionados con el caso. Cada nombre que surgía en la investigación era registrado y se le daba una referencia en la documentación. De ese modo era fácil saber en qué contexto se había mencionado a alguien cuando el nombre volvía a aparecer. Eso también simplificaba la tarea de comprobar los soplos de nombres que les proporcionaba la gente.

En cambio no había un método equivalente para encontrar qué policías habían estado involucrados en el caso y lo que habían hecho. En teoría, cualquiera podía haber abierto el laboratorio de criminalística y dado el cambiazco a la prueba A-3. Si Wisting contaba los empleados del servicio de limpieza, de la cafetería, del servicio de conserjería, la sección de trabajadores civiles y otros administrativos, había más de setenta personas con acceso a la comisaría. Para cruzar las puertas del exterior los empleados tenían una tarjeta de acceso y un código personal. Todas las entradas se registraban en un equipo informático, pero, aun en el caso de que la información todavía estuviera almacenada, sería imposible investigarlo. El cambio podía haberse hecho en cualquier momento de los tres días y sus noches que Rudolf Haglund estuvo en la celda de la comisaría, o en los días posteriores transcurridos antes de que Finn Haber enviara las colillas para que fueran analizadas.

De los setenta empleados, solo veinte trabajaban en la sección de delitos violentos. La investigación tuvo lugar en época de vacaciones y, a pesar de que se había hecho volver a la mayoría, había un par de investigadores que se encontraban en el extranjero. De los dieciocho restantes, doce habían estado directamente implicados en la investigación. Si alguno tenía motivos para falsificar las pruebas, era lógico pensar que había estado en contacto con Rudolf Haglund. Wisting era el que había pasado más horas con él, pero también había habido otros.

Decidió proceder de manera sistemática y puso sobre la mesa el archivador rojo con la leyenda ACUSADO . Contení todo lo referente a Rudolf Haglund.

Al principio había un informe con sus datos personales. El mismo Wisting había rellenado las casillas del formulario estándar durante el primer interrogatorio. Además del nombre, la fecha de nacimiento, la dirección y el número de teléfono, el informe contenía información sobre su empleador, cargo, ingresos, estudios, permisos de conducción y una relación de sus antecedentes y sanciones.

El siguiente documento era una resolución en base al artículo 175 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal para detener a Rudolf Haglund. El documento en sí seguía llamándose «nota azul», pues

antes de que el cuerpo se informatizara, el abogado de la policía que tomaba la decisión la comunicaba en una hoja de ese color. El documento estaba sellado y firmado por el comisario de policía Audun Vetti. Era un requisito formal y la base de la detención, pero no contenía información alguna sobre el caso en sí.

La decisión iba seguida de un documento titulado «Informe sobre la persona detenida». Este también era un formulario estándar que contenía información sobre el caso del que se trataba, la hora y el lugar de la detención, el nombre del detenido, adónde había sido trasladado y qué abogado policial había ordenado que fuera arrestado.

Lo habían detenido Nils Hammer y Frank Robekk.

Wisting se acercó a la rinconera para coger un cuaderno y un bolígrafo y volvió a sentarse. Apretó los dientes y golpeó el bolígrafo sobre el papel en blanco. Su intención era confeccionar una lista de sus colegas que habían estado en contacto directo con Rudolf Haglund. Hizo un par de clics con el bolígrafo y apuntó los dos primeros nombres antes de seguir pasando las páginas del archivador. El siguiente documento era un informe sobre el registro y los efectos incautados. Había una lista de los objetos que Haglund llevaba encima cuando fue detenido. Cartera, llaves, navaja y tabaco. El informe estaba escrito por Nils Hammer.

Había tres informes de las investigaciones llevadas a cabo en la pequeña granja de Haglund en Dolven. El primero era sobre una búsqueda con perros que no dio resultado. El siguiente describía la investigación de los técnicos de criminalística a cuyo frente estaba Finn Haber. Nada que resultara útil. El tercer informe era un registro táctico al mando de Nils Hammer. Habían incautado revistas pornográficas extranjeras y películas tituladas *Teenager* y *Preteens*, además de publicaciones de contenido sadomasoquista. El descubrimiento de las preferencias sexuales de Haglund les confirmó a los investigadores que se trataba del hombre al que estaban buscando.

Después estaban los interrogatorios que el mismo Wisting había transcrito, interrumpidos por informes sobre el traslado de Haglund de la comisaría a la celda de prisión provisional en la cárcel, y sobre el reconocimiento médico al que lo habían sometido.

La lista se fue llenando de nombres. Incluía policías ya jubilados, investigadores que habían dejado el cuerpo y habían buscado trabajo en la empresa privada o se habían trasladado a la Sección de Delitos Económicos o a la Policía Judicial. Nils Hammer era el único que todavía trabajaba en la sección como investigador.

Wisting deslizó la mirada por la lista. Todos eran hombres experimentados, competentes y honrados. Muchos habían sido un modelo de policía para él y otros buenos compañeros, como Frank Robekk.

Cada vez que tropezaba con uno de los nombres, ponía una raya a su lado en el cuaderno. Un nombre destacaba entre el resto, Nils Hammer. Las cifras hablaban claro. En el material se

cruzaban veintitrés veces los nombres de Nils Hammer y Rudolf Haglund. El siguiente de la lista era él mismo, con diecisiete encuentros, seguido por Finn Haber con doce.

Wisting se reclinó y miró hacia la ventana. El cielo se había oscurecido aún más. Un carguero navegaba hacia el oeste.

Él confiaba en Nils Hammer. Había ocupado el lugar de Frank Robekk. Contar con Hammer en un equipo de investigación siempre daba seguridad. Wisting siempre podía confiar en que las tareas que él le asignaba Hammer las llevaría a cabo de la manera más rápida posible. Pero Nils no era partidario de los formalismos. Parte de su eficacia se debía a su capacidad para saltarse los procedimientos formales, y podía ser muy creativo a la hora de investigar.

En cualquier caso, la lista que tenía delante no era más que una estadística. Podía leerse de distintas maneras. El resultado también podría deberse al compromiso de Nils Hammer y a su disposición a asumir tareas.

Wisting volvió a hacer clic con el bolígrafo un par de veces, luego tachó toda la lista. Tenía que encontrar otro método, pero de momento no sabía cuál.

Hacia las dos de la tarde dejó de llover, pero el cielo siguió cubierto por unas nubes bajas. El mar se tornó de un color gris pizarra con cimas de espuma blanca. Wisting se llevó el teléfono al porche. Oía las gotas cayendo de los árboles y el trino de un pájaro procedente de algún lugar.

La lista de llamadas perdidas era larga. Su padre había llamado dos veces, y había varios números desconocidos, que seguramente eran de las redacciones de los informativos que habían intentado dar con él. En medio de la lista estaba el nombre de Nils Hammer. Había dejado un mensaje en el buzón. Wisting sintió curiosidad y lo escuchó. Podía haber alguna novedad sobre la adolescente desaparecida. Si no la encontraban acabaría llamándose el caso Linnea.

El mensaje era breve. Solo quería que supiera que si necesitaba algo contara con él. También había hablado con el representante sindical, se harían cargo de los costes del asesoramiento legal, en caso de que Wisting lo necesitara.

Borró el mensaje y llamó a su padre, quien no fue capaz de ocultar lo alterado que estaba. El anciano hablaba deprisa, y su tono de voz se iba elevando por momentos.

–Sabía que iba a ser malo, pero no tanto –dijo–. Es un verdadero linchamiento público. Condenado de antemano. Y ese tal Audun Vetti... –casi escupió el nombre antes de interrumpirse, como si no supiera qué decir del director de la policía en funciones–. Sus comentarios son un juicio en toda regla.

Desde el porche, Wisting miraba la documentación extendida en la mesa del salón mientras hablaba con su padre. Le explicó lo que había detrás de los titulares de prensa; era cierto que alguien había falsificado las pruebas contra Rudolf Haglund, pero no hizo falta que le dijera a su padre que él no había sido.

Después marcó el número de Suzanne. Le contó lo que había pasado y lo que pensaba al respecto. Suzanne parecía distante. Oyó que estaba ocupada en otras cosas mientras él hablaba, que cambiaba vasos y platos de sitio y reconoció el sonido del lavavajillas del café.

–¿Cómo estás tú? –preguntó él.

Ella explicó que había menos clientes que de costumbre, y lo dijo de una manera que sonó como si lo culpaba a él. Luego intercambiaron unas cuantas frases banales, unos clientes se acercaron a la caja y ella tuvo que colgar.

Clic. Un silencio vacío.

Se quedó quieto con el teléfono en la mano.

El otoño anterior había tenido una conversación con Suzanne que se le había quedado grabada. Estaban en la habitación de un hotel después de que él hubiera salido en el programa de

entrevistas en la televisión. Wisting había hablado, entre otras cosas, del hombre que había aparecido muerto en la cabaña del presentador. Este había conseguido sonsacarle más de lo que había previsto, cosas que habitualmente no mencionaba. Habló de los peligros que implicaba su trabajo, de cómo había arriesgado la vida en varias ocasiones, incluso de aquella vez en que se vio obligado a acabar con una vida en el cumplimiento de su deber. Ante la cámara desveló que había planificado su propio entierro, que entre otras cosas que empezaría con el salmo: «Allí donde las rosas nunca mueren».

Le resultó extraño oírse hablando de esas cosas, y Suzanne se sintió molesta.

–No me gusta –dijo ella– cómo antepones tu persona y tu trabajo a tus seres queridos.

Él no respondió.

–Necesito sentirme segura respecto al hombre con quien vivo –siguió Suzanne–. También cuando no estoy contigo. ¿Cómo voy a sentirme segura cuando me entero de cómo trabajas? No soy capaz de relajarme cuando no estás en casa. Cada noche me pregunto si esa será la noche en que no volverás a casa. La noche en que llevarás hasta sus últimas consecuencias tu costumbre de anteponer un caso de gente desconocida a ti mismo y a tu familia.

Mientras estaba en el porche pensando se le enfriaron los dedos. Se metió el teléfono en el bolsillo del pantalón y entró. Cogió el archivador azul que contenía las notas internas, los llamados «documentos cero», y se sentó en la butaca con el archivador en el regazo. Este estaba dividido en cinco secciones, cinco posibles teorías sobre lo que podía haberle sucedido a Cecilia Linde. Eran líneas de investigación que dieron por concluidas en el momento en que Rudolf Haglund hizo aparición.

Primero estaba la teoría del rescate. Los secuestros con petición de dinero no eran delitos en los que tuvieran mucha experiencia en la comisaría, pero fue una de las primeras hipótesis que plantearon en sus conversaciones con Nora y Johannes Linde. Un mes antes del secuestro el diario económico *Finansavisen* había publicado un reportaje sobre las familias más acaudaladas de Noruega, y la familia Linde ocupaba el noveno puesto. Tanto su vida empresarial como la familiar aparecían a doble página, así como una foto de su hermosa casa de veraneo en la costa de Vestfold. Aquella publicación podía haber servido de caldo de cultivo para un delito de esas características.

Ambos progenitores dejaron claro que, en el caso de que pidieran un rescate, lo pagarían, pero aceptaron que la policía se ocupara de las eventuales transacciones que pudieran producirse. Pero, por cada hora que pasaba sin que los secuestradores dieran señales de vida, la esperanza de poder pagar el rescate de Cecilia se fue extinguiendo.

Wisting pasó a la siguiente teoría. Esta también estaba vinculada la actividad empresarial de Johannes Linde. Linde había fundado la compañía Canes en sociedad con Richard Kloster. Seis meses antes de lanzar la primera de sus colecciones de éxito, Linde le había comprado su parte

del negocio a Kloster, y este después había demandado al grupo Linde. Le discutía porcentajes en las acciones de la compañía y los derechos de uso de los nombres de diferentes productos. Richard Kloster ya estaba siendo investigado por fraude fiscal y circulaban informes sobre un posible blanqueo de capitales. Según esta teoría los secuestradores pertenecían al círculo de Richard Kloster, y Johannes Linde sabía lo que tenía que hacer para que liberaran a su hija.

Habían pedido a la Sección de Delitos Económicos que cambiaran sus prioridades en el caso y presentaran cargos contra Kloster para poder arrestarlo y ordenar un registro de sus propiedades. Junto a los investigadores de delitos económicos habían registrado su vivienda habitual, su casa de veraneo, el velero y todos los demás sitios que solía frecuentar, sin encontrar nada sospechoso.

Frank Robekk era el responsable de la tercera teoría: allanamiento de morada.

Cuando la familia Linde se trasladó a su residencia de verano, a finales de junio, descubrieron que se había producido un robo en la casa. Como Frank Robekk se había ocupado de ese caso, pareció lógico que se encargara de investigar si había alguna conexión entre el robo y la desaparición de Cecilia tres semanas más tarde.

Había sido un allanamiento curioso. El asaltante había entrado por una ventana de la habitación de Cecilia, y no parecía que hubiera estado en otros lugares de la casa, solo en su cuarto. Las estancias comunes tenían alarmas, pero no se habían activado. Tampoco parecía que hubieran robado nada. Cecilia creía que le faltaba un jersey, pero tenía tantos que no podía estar segura.

El allanamiento de morada nunca se resolvió.

La cuarta teoría tenía que ver con el novio de Cecilia, el fotógrafo Danny Flom, y se le asignó a Nils Hammer la tarea de investigarla. Solo se basaba en que las estadísticas indican que a menudo los crímenes violentos los cometen las personas más próximas a la víctima.

Wisting nunca llegó a comprender del todo a Danny Flom. Era dos años mayor que Cecilia y trabajaba con fotógrafo freelance para varias agencias de comunicación. Se habían conocido un par de años antes, cuando se le encargaron las fotos de una de las colecciones de Linde. Haciendo memoria, Wisting pensó que Danny Flom le recordaba un poco a Tommy Kvanter, el anterior novio de Line. Un hombre que sin duda tenía una cara luminosa y otra oscura. Flom daba la sensación de llevar muchos años ocultando su lado oscuro, pero Wisting no pudo sino fijarse en el gesto que a veces le cruzaba el rostro. Casi siempre era agradable y complaciente, y tenía un carácter despreocupado y bohemio que, aparentemente, distaba mucho de la vida convencional de la familia Linde. Los padres de Cecilia lo describían como un hombre divertido, encantador y jovial, pero ellos también habían experimentado su humor cambiante, algo que Cecilia al parecer no percibía. Quedó claro que al menos Johannes Linde en particular no estaba muy entusiasmado con la relación.

No tenía antecedentes penales. Le habían multado dos veces por fumar marihuana y había una acusación por agresión con lesiones que se había archivado porque habían retirado la denuncia.

También habían descubierto a otra mujer. Una fotógrafa con la que había ido a un viaje de trabajo nada más conocer a Cecilia. Confirmó la relación cuando le plantearon la cuestión, pero afirmó que solo se había tratado de un breve idilio, y que Cecilia lo sabía. La fotógrafa había declarado lo mismo.

No cabía ninguna duda de que Danny Flom había tenido gran influencia sobre Cecilia, lo que les llevó a concebir la cuarta teoría: escenificación. En otros países la policía había investigado casos de hijas de hombres ricos que escenificaban su propio secuestro en complicidad con sus novios a fin de conseguir dinero para una nueva vida, independiente de sus padres. Nunca llegaron a trabajar esa teoría.

El quinto apartado lo ocupaba la teoría de las listas, la teoría principal según la cual Cecilia Linde había sido secuestrada por un agresor desconocido.

Perseguir a un criminal desconocido era una de las tareas más complejas que podían hacerse en una investigación, y no había atajos. En esos casos importaba tanto la cantidad de la información como la calidad. Tenían que hacer un amplio barrido en un esfuerzo por registrar todos los movimientos que se habían producido a lo largo de la ruta que Cecilia debía de haber seguido e identificar a todos los que se encontraban por la zona a la misma hora.

Listas y más listas. Listas de nombres que había que clasificar por género y por edad, y organizar y clasificar de todas las maneras posibles, desde el lugar de residencia, el color del cabello, la vestimenta, posibles vehículos, fumador o no fumador, diestro o zurdo, o cualquier dato que pudiera ser interesante para el caso. En eso consistía principalmente la investigación de un caso con criminal desconocido. Listas. Aburridas y largas listas de cosas que era probable que nunca condujeran a nada. Al final no eran sino las matemáticas y la estadística las que podían conducir a la solución. En el caso Cecilia compararon las listas de nombres con el registro de propietarios de coches Opel Rekord blancos y una lista de condenados por delitos sexuales.

Era como arrastrar una red de pesca detrás de un barco. Iban cribando las aguas y estaban a merced de lo que pudieran encontrar. Así habían dado con Rudolf Haglund, pero la red que habían tirado era de malla muy abierta, y la posibilidad de que algo o alguien se colara por ella era grande.

Wisting se reclinó. Ahora, transcurridos diecisiete años, sería interesante volver a comparar las listas. Habían buscado en el pasado para ver si había algo en el registro de los hombres que figuraban en las listas. La idea era que alguien capaz de hacer algo así habría hecho algo similar con anterioridad. O sea, que si habían cogido al hombre equivocado, las posibilidades de que el secuestrador hubiera hecho algo similar en los años siguientes eran muchas.

Agarró el montón de hojas con los listados y dejó que se deslizaran entre sus dedos. Sin acceso a los sistemas informáticos de la policía, poco podría hacer.

Una lluvia constante y densa teñía de gris el aire frente a la ventana del hotel y desdibujaba la vista de la ciudad.

Line echó las cortinas y se quitó los botines. En realidad, lo que le apetecía era dormir, pero se sentó tras el escritorio y cogió la reproducción a escala del coche que había encontrado delante de la casa de Jonas Ravneberg. En la placa que llevaba debajo decía que era un Cadillac, modelo de 1955. Las cifras 1:43 probablemente indicaban la proporción entre el cochecito y el vehículo real. Abrió las puertas y observó el interior antes de volver a dejarlo encima de la mesa.

En la cafetería había confeccionado una lista de las cosas que quería hacer. Empezaría por el teléfono móvil de la víctima. Este podría haber llevado a la policía a casa de Jonas Ravneberg antes de que ella llegara, pensó, pero sabía que el primer coche patrulla de la policía que llegaba al escenario de un crimen se concentraba en asegurar la zona y dejaba la investigación de la víctima a los técnicos en criminalística, a los que había que llamar a sus domicilios. Cuando se presentaban, se iniciaba un trabajo minucioso y metódico cuya regla de oro era no precipitarse.

Sacó el teléfono y lo configuró para llamar con número oculto. Después marcó el número de ocho cifras que, según el informe policial, no estaba registrado. Las dos primeras cifras eran un seis y un nueve. Eso significaba que el abonado se encontraba en Fredrikstad. Dejó sonar el teléfono hasta que la línea se desconectó automáticamente.

Según su experiencia, había gente que no contestaba si les llamaban desde un número desconocido, así que activó su número para que fuera visible. Volvió a intentarlo mientras abría el ordenador portátil. Aunque se fiaba del informe policial, intentó buscar el número ella misma, para estar segura. Tampoco esta vez tuvo suerte, y la llamada se cortó por segunda vez.

Soltó una palabrota. A la policía no le costaba nada averiguar la identidad de un antiguo cliente de la compañía telefónica, pero seguramente dependerían del horario de oficina de Telenor. El informe se había escrito a las 03.40 de la madrugada, y el investigador que había comprobado el teléfono seguramente había dejado a otros que buscaran la información que faltaba.

Once minutos después de recibir la llamada del número sin registrar Jonas Ravneberg había contactado con el servicio de información telefónica. Después llamó a los asesores legales Advokatvaktten.

Line marcó el mismo número. Cuando llevaba poco tiempo trabajando como reportera de sucesos había descubierto, para su sorpresa, que los abogados podían ser muy comunicativos, incluso con relación a la documentación de casos penales que les había entregado la policía. Tardó un tiempo en darse cuenta de que esperaban recibir otros favores a cambio. La mayor parte

de los bufetes de abogados se veían, antes o después, en situaciones en las que tanto sus clientes como sus casos llamaban la atención de los medios de comunicación. Entonces necesitaban poder divulgar su versión del asunto. Cuando el caso se convertía en noticia era tan importante ganar en la batalla mediática como en la judicial. Cuando al fin se dictaba sentencia, los titulares eran menores y ya no resultaban tan dañinos.

–Advokaten, al habla Anders Refsti –respondieron.

Line se presentó y explicó para quién trabajaba.

–Le llamo por el caso del hombre al que asesinaron ayer –prosiguió–. Jonas Ravneberg. Tengo entendido que se puso en contacto con vosotros unas pocas horas antes.

Al otro lado se quedaron en silencio, pero oyó que pasaban unas hojas. Daba la impresión de que su llamada los había pillado por sorpresa, le sorprendió que la policía no se hubiera puesto ya en contacto con ellos.

–¿Es así? –quiso saber Line–. ¿Os llamó?

–Ese nombre figura aquí, sí –confirmó el abogado.

–Así que ¿hablaste con él?

–¿Se ha confirmado de algún modo? –preguntó el abogado–. ¿Que fue a él a quien mataron?

–Oficialmente no.

–Bueno, si es así, eso explicaría por qué no se ha presentado a la cita que tenía concertada hoy.

–¿Habíais quedado en veros?

–Llamó ayer por la tarde –explicó el abogado–. No suelo concertar ninguna cita los lunes. Trabajo como abogado del turno de oficio en casos penales, y los lunes suelen destinarse a las vistas para las peticiones de prisión provisional. Pero era muy importante para él. Acordamos que podía venir a las ocho y media, pero no apareció. Ahora entiendo por qué.

–¿De qué quería hablar contigo?

–No lo dijo, solo que era importante.

–Algo diría, ¿no?

–Bueno, no sé si lo puedo repetir. Viejas porquerías, creo que lo llamó. Que algo había salido a la superficie y no sabía qué hacer al respecto.

Line movió el bolígrafo entre los dedos.

–¿No dijo nada más?

Él dudó, pero sonó convincente cuando respondió:

–No.

–¿Te parece bien que escriba que has confirmado que buscó asesoramiento legal poco antes del asesinato, pero que no puedes decir de qué se trataba?

Anders Refsti tardó en contestar. Line ya había anotado la frase cuando el abogado dio su

consentimiento. Ella se lo agradeció y después de colgar siguió con el resto de las llamadas. Antes de marcar los números, quería hacer unas búsquedas en internet.

La persona que más se repetía era Astrid Sollibakke, de Gressvik. Cuatro conversaciones en total. En el mapa, Gressvik parecía un pueblo que había acabado por unirse con Fredrikstad, del que solo le separaba un afluente del río Glomma. El nombre apareció más veces que las que Line había esperado, y redujo la búsqueda a páginas sobre Noruega. Encontró ocho respuestas. Cinco de ellas eran de la misma web: el Club de Coleccionistas de Fredrikstad. Una hacía referencia a la junta directiva, en la que Astrid Sollibakke figuraba como tesorera. Las otras cuatro eran de foros de coleccionistas en los que buscaba platillos de porcelana y frascos antiguos de farmacia y vendía cajas metálicas decoradas y miniaturas de coche.

Su nombre también aparecía en los listados de Hacienda, y en sendos periódicos locales, *Demokraten* y *Fredrikstad Blad*, en relación con una feria de antigüedades y objetos para coleccionistas celebrada en el pabellón de Rolvsøy. El nombre figuraba al pie de una foto de dos mujeres ante una mesa sobre la que descansaban distintos objetos. Una era algo mayor y más alta que la otra. La tesorera, Astrid Sollibakke, era la más joven de las dos. La mujer de la derecha era la subdirectora Mona Husby. Line volvió a sus notas. Mona Husby era la otra mujer de la lista de llamadas. Las dos pertenecían a la misma asociación. Tal vez Jonas Ravneberg también había sido un coleccionista. Hizo una búsqueda de Torgeir Roxrud y lo encontró en los listados de Hacienda, pero eso no le dijo nada.

Eran casi las tres. Chupó el bolígrafo mientras pensaba en cómo emplearía el resto del día. Su padre saldría del trabajo dentro de una hora. Le llamaría para preguntarle cómo le había ido el día, pero antes quería concertar una cita con uno de los tres contactos telefónicos de Jonas Ravneberg. El que más despertaba su curiosidad era Torgeir Roxrud, así que marcó su número.

La voz que respondió sonaba oxidada, como si no tuviera costumbre de hablar. Line se presentó y obtuvo un ataque de tos por respuesta.

—Es por Jonas Ravneberg—dijo ella.

—Ya he hablado con la policía—explicó el hombre—. No he podido ayudarles y no creo que pueda ayudarte a ti.

Line golpeó el cuaderno con el bolígrafo, alegrándose de que los investigadores no estuvieran del todo a la defensiva.

—Me parece que sí puedes—respondió Line—. Solo necesito hablar con alguien que lo conociera.

—Nadie conocía a Jonas—dijo el otro—. Nadie conseguía acercarse a él. Nunca comprendí qué le carcomía por dentro, pero algo tenía.

Line se cambió el teléfono de oreja.

—¿Podemos vernos?—preguntó mirando el reloj—. ¿Dentro de una hora?

Torgeir Roxrud era exactamente la persona que necesitaba. Alguien que conocía a la víctima y era capaz de expresarse. Parecía hablar sin reparos, con sencillez, y no había resultado difícil convencerle. Llamó al fotógrafo y quedaron en verse en el hotel para ir juntos en coche a casa del hombre.

El siguiente nombre del cuaderno era Christianne Grepstad. La mujer que según la lista de documentos de los responsables de la investigación había prestado declaración en calidad de testigo. Como había supuesto, el nombre era tan raro que en la guía telefónica solo apareció uno. Llamó largo rato sin que nadie contestara. Line tomó nota de la dirección para pasarse por allí después de ver a Roxrud.

Antes de marcharse, comprobó lo que decía la prensa digital. El titular le impactó como un puñetazo en el estómago. Sobre una foto de su padre se leía: «El responsable de la investigación suspendido de empleo». Sintió un desagradable vacío en el estómago y no tuvo ganas de seguir leyendo, pero se obligó a hacerlo.

El director de la policía en funciones, Audun Vetti, confirmaba que el experimentado comisario William Wisting había sido apartado del servicio tras ser acusado de haber falsificado pruebas en el caso Cecilia. El expediente había sido remitido a Asuntos Internos. Wisting había declinado hacer comentarios.

Su padre respondió inmediatamente.

–¿Qué está pasando? –preguntó ella.

Wisting carraspeó, como tenía por costumbre cuando quería ganar tiempo.

–¿Qué quieres decir?

–Aquí pone que te han suspendido.

–Es automático –confirmó su padre–. En cuanto tienen sospechas de que he falsificado pruebas, están obligados a apartarme del puesto.

–¿Cómo pueden creer algo así?

–He visto los nuevos análisis –explicó el padre, y le explicó que sobre la base de estos habían presentado un requerimiento para reabrir el caso–. La pregunta no es *si* se manipularon las pruebas, sino *quién* lo hizo.

–Pero ¿por qué sospechan de ti?

–Era mi responsabilidad entonces y debo asumir la responsabilidad ahora.

Line sacudió la cabeza.

–¿Y qué me dices del nuevo testigo? –preguntó–. El que puede proporcionarle una coartada a

Haglund. ¿Sabes algo?

–No, pero cuento con que se sabrá pronto. Sigurd Henden probablemente tiene intención de mantener el caso vivo en los medios dosificando la información que tiene.

Line asintió. Era una estrategia mediática bien conocida. No hacía falta darles a los periodistas más que lo estrictamente necesario para producir titulares. Así podían ir proporcionando los detalles para artículos sucesivos.

–¿Y ahora qué estás haciendo? –quiso saber ella.

–Intento aclararlo.

–¿Cómo?

Su padre carraspeó de nuevo.

–Bajé al archivo antes de irme del trabajo –respondió.

–¿Estás trabajando en el caso?

–Intento verlo con otros ojos.

Line se levantó y se acercó a la ventana.

–¿Crees que es inocente? –preguntó.

–No he encontrado nada que me convenciera de lo contrario –respondió el padre.

El tiempo gris dejaba la habitación en penumbra. Line echó una mirada a las notas del caso en el que estaba trabajando. De repente le pareció intrascendente.

–Podría ir a ayudarte –propuso. No supondría ningún problema. Podía dejar de trabajar, llamar y decir que estaba enferma. Nadie se lo reprocharía–. Sería útil para mí también –añadió–. Aprendería mucho sobre cómo trabaja la policía.

Su padre guardó silencio, como si estuviera considerando su propuesta.

–Deja que lo piense –dijo–. ¿Cómo estás tú? ¿Sigues con el asunto de Fredrikstad?

–Me quedaré por aquí un día o dos.

–¿Han detenido a alguien?

Line se dio cuenta de que su padre no estaba siguiendo las noticias, y lo comprendía.

–No, y creo que todavía falta bastante –respondió–. Pero ¿por dónde andas?

–Estoy en la cabaña.

Line dio la espalda a la ventana y se sentó en el alféizar con las piernas dobladas. Imaginó la cabaña roja, en la costa, y sintió nostalgia por el sonido de las olas batiendo y los gritos de las gaviotas.

–¿Estás seguro de que no quieres que vaya?

–Me apañaré –aseguró su padre–. Pero siempre serás bien recibida.

Line ya se había decidido. Haría lo que tenía que hacer y luego pediría unos días libres.

–¿Quién es la víctima? –quiso saber el padre.

–Lo más probable es que sea un tal Jonas Ravneberg. Un tipo bastante anónimo. Ni familia ni

trabajo. Ahora voy a hablar con uno que lo conocía, para que tengamos un artículo preparado cuando den a conocer el nombre.

–¿Sola?

–Llevo al fotógrafo –aseguró Line, pero comprendía la preocupación de su padre. Había un asesino sin identificar por ahí y era muy probable que perteneciera al entorno de la víctima.

El fotógrafo se había servido un café de la máquina de la recepción. Line llenó una taza de cartón para ella y estuvo lista para salir. Después de cruzar el río Glomma siguió las instrucciones del GPS. El recorrido iba hacia el este. La población era cada vez menos densa y pronto se vieron rodeados de campos de cultivo con negras estrías aradas y restos de mies amarilla. Erik Fjeld levantó la cámara e hizo una foto de un viejo tractor abandonado. Al cabo de quince minutos apareció un gran lago a la derecha de la carretera, y poco después el GPS les indicó que se desviarán.

Un estrecho camino de grava serpenteaba entre oteros y peñas.

—¿Cómo quieres que salga en las fotos?—dijo el fotógrafo secando la lente del objetivo.

—Cercano—dijo Line—. Con un aire personal y privado, para que se vea que conocía a la víctima.

Luego pensó en lo que Torgeir Roxrud había dicho sobre que su amigo muerto cargaba con algo. Algo que le corroía por dentro.

—Y oscuro—añadió—. Oscuro y sombrío.

El camino acabó junto a una casa de una sola altura, de madera marrón, los marcos de las ventanas blancos y cartón asfaltado verde en el techo. Estaba rodeada de un bosque de abetos mojado por la lluvia. En el canalón oxidado que colgaba a un lado del alero se veían manchas de musgo. En el patio había una grúa vieja, montones de neumáticos usados y un palé de madera con un motor y repuestos de automóvil.

Line sorteó un gran charco lleno de barro y aparcó delante de un cobertizo para coches de vigas de madera y plástico castigado por el viento.

—Muy bonito.—Erik Fjeld sonrió entre dientes—. Lo de oscuro y sombrío no va a suponer ningún problema.

Se bajaron del coche. El aire estaba húmedo y olía a fango y a hojas putrefactas.

Line llamó a la puerta. No hubo respuesta. Volvió intentarlo, con algo más de fuerza esta vez, con igual resultado.

En la ventana más cercana colgaban cortinas floreadas a ambos lados. Line acercó una silla a la pared, se encaramó a ella y se puso de puntillas para mirar el interior. Vio una cocina equipada con solo lo más imprescindible: armarios, encimera, fogones y un frigorífico. Sobre la mesa, un periódico doblado y una taza de café. Golpeó el cristal y gritó el nombre del tipo que vivía allí, pero nadie dio señales de vida.

Se bajó y se volvió hacia el fotógrafo. Detrás de él corría un gran perro negro procedente del

bosque. Se detuvo en el claro y se quedó con las orejas levantadas, el rabo bajo y la cabeza inclinada. Line no se movió, solo lanzó una mirada al coche. Erik Fjeld se dio la vuelta y miró en la misma dirección, y retrocedió con prudencia un par de metros.

El perro estaba inmóvil a veinte pasos de distancia y no apartaba la mirada de ellos. Estuvo así casi un minuto, hasta que se oyó un fuerte silbido. El perro empezó a mover el rabo y se acercó a ellos con aire amistoso. Del bosque salió un hombre con un chubasquero negro, pantalones arrugados y un sombrero de ala ancha en la cabeza.

Erik Fjeld levantó la cámara y le hizo una foto.

—Así que son ustedes —dijo tendiéndoles la mano cuando estuvo a su lado.

El perro olisqueó primero a Line y le lamió la mano antes de saludar al fotógrafo.

Torgeir Roxrud lo llevó a la esquina de la casa y lo ató a una cadena.

—Entren —dijo pasando primero.

Los condujo al salón y les pidió que se sentaran en el sofá, luego se quitó el chubasquero y lo colgó sobre una butaca. La habitación parecía más un taller que una sala de estar. Había poco espacio. Cajas apiladas junto a las paredes, y la mayoría de los muebles contenían herramientas y repuestos de automóvil.

—¿Les apetece tomar algo? —ofreció—. ¿Café?

Los dos negaron con la cabeza.

—No sé si conocía mucho a Jonas Ravneberg —dijo Line—, pero le doy el pésame.

—Gracias —respondió Torgeir Roxrud sentándose—. Pero, como te dije por teléfono, creo que no había nadie que lo conociera de verdad.

—¿Cómo se conocieron?

Torgeir Roxrud se enderezó. Al respirar le hacía ruido el pecho.

—A través de Max —explicó y lanzó una mirada al animal por la ventana.

—Muy bonito —comentó Erik Fjeld—. ¿Es un perro pastor?

A Line le gustaba que el fotógrafo interviniera en la conversación. Creaba una atmósfera más relajada.

—Sí, un pastor holandés —explicó Roxrud—. Todos los viernes me lo llevo a Kongsten para dar un paseo. Nos cansamos de caminar por los bosques y nos gusta variar yendo de compras. Jonas y yo nos conocimos cuando Max era un cachorro. Era tan entusiasta que tenía que saludar a todo el mundo. Tiedemann tiene un año más, pero es paciente y juguetón —cerró el puño y tosió en su interior—. Así que fueron los perros los que se saludaron primero, y luego empezamos a hablar nosotros.

—¿Cómo era?

—Era majo. Callado. Nada de tonterías. Estaba solo, claro. Ni amigos ni familia. Solo Tiedemann. Por cierto, ¿qué ha sido de él?

–Lo han llevado a Falck –explicó Line–. Supongo que intentarán recolocarlo.

El hombre se quedó pensativo.

–¿De qué hablaba? –quiso saber Line.

–Le costaba mantener una conversación –recordó el hombre cogiendo una llave inglesa de la mesa–. Él nunca preguntaba nada. Yo tenía que sonsacarle las palabras. Pero a veces se enfadaba. No quería que nadie se preocupara por él. Creo que se trataba de un problema nervioso, no quería que nadie se metiera en su vida.

Se levantó, se acercó a la ventana y miró al perro. Erik Fjeld levantó la cámara y le hizo una foto.

–Una vez me habló de su padre –dijo soltando la llave inglesa–. Fue durante las navidades de hace dos años. Yo le había invitado a venir en Nochebuena, pero no quiso. Tres días después vino y se quedó hasta el día siguiente. Comimos y dimos un paseo con los perros hasta Vetatoppen. Por la noche nos tomamos una copa, y me contó que su padre se había caído por la escalera del sótano, se rompió la cabeza y murió. Ocurrió cuando era niño. Y luego me habló de sus coches.

–¿Coches?

–Coleccionaba coches en miniatura. Coches americanos antiguos. Eso le interesaba. Y Elvis. Le gustaba Elvis.

–El Rey –comentó Erik Fjeld.

Torgeir Roxrud se acercó a un armario que había al fondo de la habitación.

–Yo también soy coleccionista –dijo y sacó un archivador–. Billetes y sellos antiguos –explicó y se echó a reír–. ¿Quieren ver mi colección?

Line sonrió y le dijo que sí. Podría resultar una buena foto. Torgeir Roxrud también tenía la afición de coleccionar cosas.

–¿Pertenece al Club de Coleccionistas? –inquirió Line para confirmar el dato cuando Torgeir le puso el álbum de sellos delante.

–Sí, fui yo quien le llevó allí –respondió Torgeir Roxrud mientras pasaba las páginas del álbum–. Pensé que le iría bien. Salir un poco y ver gente. Entablar nuevas amistades.

Encontró lo que buscaba y puso el dedo en un sello de treinta céntimos con matasellos rojo. Erik Fjeld ajustó el objetivo e hizo un par de fotos.

–Esta es la joya –explicó, pero tuvo que detenerse ante un repentino ataque de tos. Se le congestionó la cara y su enorme corpachón se sacudió.

–Un sello de treinta céntimos invertido –explicó cuando recuperó la respiración–. En 1906 había escasez de sellos, y una partida vieja de siete reales fue sobreimpresa con treinta céntimos. En total se modificaron 450.000, y todavía hay unos pocos miles en circulación. Valen entre veinte y treinta coronas. Pero una de las hojas estaba al revés cuando la sobreimprimieron, y esos sellos valen mil veces más.

Line observó el papelito que tenía el treinta invertido con respecto al resto de la impresión.

–¿Quiere decir que vale treinta mil coronas? –preguntó Erik Fjeld e hizo una foto del álbum.

Torgeir Roxrud asintió.

–¿Cuánto puede valer un cochecito a escala? –quiso saber Line.

El otro se encogió de hombros, cerró el álbum y lo llevó a su sitio.

–Se venden en las ferias por unos cientos de coronas –respondió–. No pueden compararse con los sellos. Para empezar los sellos de correos son timbres con un valor, y puedes catalogar y organizar una colección de un modo muy diferente a cualquier otro objeto coleccionable.

–¿Jonas Ravneberg tenía algún modelo raro?

Torgeir Roxrud se sentó de nuevo.

–Bueno, tenía los coches de Elvis, sí.

–¿Los coches de Elvis?

–Los Cadillac. Elvis tenía por lo menos cien, y Jonas tenía el modelo a escala de la mayoría.

–¿Valían mucho?

–Tal vez le hubieran pagado mil coronas por cada uno de ellos, si daba con el comprador adecuado. Tenía más de cien, así que algo de dinero sí era.

–¿Tenía trato con alguno de los otros coleccionistas del club?

–Solo en las reuniones.

Line revisó sus notas.

–¿Qué sabe de Astrid Sollibakke o de Mona Husby?

Torgeir Roxrud se frotó la barbilla.

–Astrid está en el comité de elecciones –respondió–. Me llamó la semana pasada porque quería que ocupara el lugar de Mona en la junta directiva. Le dije que no, pero le sugerí que se lo propusiera a Jonas. No creo probable que Jonas haya tenido otro trato con ellas que ese, pero una vez tuvo novia.

–¿Quién?

–No, del nombre no me acuerdo. Vivían juntos, pero de eso hace mucho. Antes de que se mudara aquí a Fredrikstad.

Line no insistió más y siguió con la lista de preguntas que había preparado.

–¿Mencionó alguna vez que necesitara un abogado?

–¿Abogado? No. La policía me hizo exactamente la misma pregunta. No sé para qué iba a servirle.

–¿Sabe por qué se puso en contacto con el periódico local *Fredrikstad Blad*?

Torgeir Roxrud se reclinó en la silla.

–Casi parece que sepan ustedes más de Jonas que yo –dijo–. ¿Cómo han descubierto todo esto?

Line le dirigió una sonrisa desarmante.

–Tenemos nuestros métodos –respondió dándose cuenta de que acababa de decir una tontería. Pero a Torgeir Roxrud pareció bastarle.

–No recibió el periódico durante dos días –explicó–. Por lo visto era un mensajero nuevo, pero cuando llamó y habló con ellos lo solucionaron.

Line asintió y miró sus notas. Había subrayado «novia» y «antes de que se mudara a Fredrikstad».

–¿Dónde vivía antes? –preguntó.

–Al otro lado del fiordo –explicó Roxrud señalando con el dedo–. En Vestfold. Por Larvik.

–¿Tú no eres de allí, Line? –preguntó el fotógrafo.

Line asintió. El vínculo encendió su curiosidad.

–¿Sabe por qué se mudó aquí, a Fredrikstad?

Torgeir Roxrud tosió.

–En realidad no creo que se mudara a Fredrikstad –respondió–. No le importaba mucho dónde vivía. Creo que más bien se *alejó* de algo.

Según el informe que Erik Fjeld había fotografiado a escondidas durante la conferencia de prensa, Christianne Grepstad era, por el momento, el único testigo de la policía, aparte del hombre que había encontrado a Jonas Ravneberg. Vivía en una vieja casa de madera, restaurada y modernizada, a solo quinientos metros del lugar de los hechos. Podía ser un testigo que hubiera visto a la víctima paseando con su perro poco antes del ataque.

Line pasó por delante de su casa en coche y vio luz en las ventanas. Dio la vuelta, regresó y aparcó junto al seto.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Erik Fjeld mientras cogía la cámara—. Si no, puedo quedarme aquí editando las fotos.

—Mejor espera aquí —rogó Line—. No estoy segura de que quiera hablar con nosotros.

Se bajó del coche y abrió la cancela. La lluvia había encharcado el patio de losetas de piedra. Delante del garaje de dos plazas había un Volvo y, pegada a la pared de la casa, una bicicleta del revés, con las ruedas hacia arriba.

La mujer abrió la puerta y miró a Line con ojos inquisitivos.

—Hola —dijo Line y sacó su tarjeta de prensa—. Mi nombre es Line Wisting y trabajo para el diario *VG*. Me preguntaba si podría hablar un momento con usted sobre el hombre que asesinaron ayer.

Un niño se aferró a las piernas de la mujer, levantó la mirada hacia Line y dijo algo incomprensible.

—He intentado llamarla esta mañana —siguió Line sonriéndole al pequeño—. Solo quería hacerle unas preguntas.

Cuando Line dijo que había intentado llamarla la mujer movió la cabeza como si la reconociera.

—No sé gran cosa de ese asunto —empezó la mujer.

—¿Tiene un momento? —preguntó Line. Había aprendido algunas técnicas para conseguir entrevistas sin cita previa—. Puedo volver luego, si ahora no le va bien.

—No, no. Me va bien —aseguró la mujer haciendo sitio para que Line pasara—. Mi marido está de viaje.

Condujo a Line a una gran cocina con una chimenea de gas en la que ardía un montón de carbón de imitación con un aspecto muy realista. Sobre la encimera de la cocina había una bandeja de bollos caseros recién sacados del horno. Su aroma flotaba en el aire.

—Acabamos de hacer unos bollos —explicó Christianne Grepstad y sentó al niño para en una

silla infantil—. ¿Quiere probar?

—Sí, gracias. —Line sonrió.

Christianne Grepstad pasó los bollos a una bandeja y puso unos platitos en la mesa. Sería de la edad de Line, veintiocho años, puede que incluso algo más joven, pero ya tenía un marido, un hijo y una casa.

Cada vez se encontraba con más mujeres de su edad que habían llegado más lejos en la vida que ella. Pero no le importaba demasiado. Siempre había pensado que tendría una familia, hijos, en el futuro. De momento le gustaba ser su propia jefa, disponer con libertad de su tiempo, trabajar horas extras sin sentirse culpable. Pero, a veces, se entristecía un poco por no haber conocido a ningún hombre después de Tommy Kvanter. Lo último que quería era quedarse atrapada en su fascinación por un hombre que, evidentemente, no le hacía ningún bien. Una colega del periódico de cierta edad llevaba casi diez años manteniendo una relación con un periodista casado de la sección de cultura, y Line se había prometido a sí misma que no acabaría en una relación sin futuro para, de pronto, descubrir que se le había pasado el arroz.

—¿Qué sabe del caso? —preguntó sacudiéndose esas ideas de la cabeza.

—En realidad no sé nada, pero creo haberlo visto. —Sacó dos grandes tazas de una alacena que había sobre el fregadero y las puso boca abajo—. ¿Té?

—Me encantaría —respondió Line y enseguida preguntó para que la conversación no se desviara—: ¿A quién vio?

Christianne Grepstad llenó de agua un hervidor.

—Al muerto —respondió, sacando una cajita con varios tipos de bolsitas de té y un azucarero—. O, por lo menos, creo que era él. Había salido a pasear a un perro y llevaba puesto un chubasquero, como dijeron. Me pareció que debía avisar. La policía pidió a todos los que lo hubieran visto que se pusieran en contacto con ellos.

El niño se estiró y cogió con sus manos rollizas una taza de plástico.

—¿Dónde lo vio? —preguntó Line.

El pequeño golpeó la mesa con la taza y luego la tiró al suelo mirando a su madre con sus ojos negros como el carbón.

—Abajo, en el casco antiguo —respondió recogiendo la taza—. Había ido a tomar café con un par de amigas y cuando volvía a casa lo vi. Estaba delante de la librería.

Line no conocía la ciudad y tuvo que pedirle a la mujer que se lo explicara con más detalle. Había estudiado el lugar en un plano del ordenador y comprendía que el lugar al que se refería estaba en el interior de la zona del fuerte, un espacio con forma estrellada, en línea recta hacia el oeste respecto al punto en que encontraron a Jonas Ravneberg.

—¿Sabe qué hora era?

—Salí del café a las nueve y media. Está a solo una manzana.

Line calculó mentalmente. Habían llamado a la redacción para dar el aviso a las diez menos diez. Según un cálculo aproximado, Jonas Ravneberg había sido asesinado a golpes entre diez y quince minutos después del momento en que Christianne Grepstad creyó verlo.

–¿Estaba solo? –preguntó.

–Sí –dijo la mujer volviéndose hacia la encimera de la cocina. El agua estaba hirviendo y la echó en las tazas–. Pero daba la impresión de que estuviera esperando algo o a alguien –añadió sentándose.

Line escogió una bolsita de té verde.

–¿Por qué?

–No lo sé. Solo estaba allí de pie. La policía me preguntó lo mismo. He pensado en ello después, pero no soy capaz de explicarlo de otra manera. Tuve la sensación de que iba a hacer algo ilegal y solo estaba esperando que no hubiera moros en la costa.

–¿Algo ilegal? ¿Qué podría ser?

Christianne Grepstad negó con la cabeza y cogió un bollo.

–Ni idea. Es solo una sensación que tuve, me pareció que ocultaba algo.

–¿De qué manera?

–Tenía la mano dentro del chubasquero. Como si estuviera sujetando algo para evitar que se mojara.

Line diluyó el azúcar en el té y se imaginó a Jonas Ravneberg de pie en la lluvia, esperando.

–¿Se encontró con alguien cuando siguió caminando? –preguntó antes de beber.

La mujer hizo memoria, pero negó con la cabeza.

–No recuerdo haber visto a nadie más, pero de él me acuerdo muy bien. Tuve una sensación desagradable. Fue como si me siguiera con la mirada. Con sus ojos oscuros y pequeños. No es algo que pienso ahora solo por el hecho de que está muerto. También me lo pareció en aquel momento. Recuerdo que me di la vuelta para ver si me seguía, pero solo estaba allí de pie, mirándome.

La taza del niño volvió a caer al suelo. Esta vez se quedó allí.

–Enseguida se irá a dormir –explicó su madre.

–¿La policía te preguntó algo más? –quiso saber Line. Siempre resultaba interesante saber qué enfoque habían dado los investigadores a las preguntas.

–Me preguntaron lo mismo que tú, luego tuve que decirles cómo iba vestida, adónde había ido, con quién había estado en el café y a quién más había visto. Me explicaron que era para dejar todo por escrito.

Line asintió con un movimiento de cabeza y pasaron a tratar de otros asuntos. La generosa taza de té solo estaba por la mitad cuando Line se puso de pie y dijo que tenía que marcharse.

Cuando salió, había empezado a llover y corrió por la calle agachando la cabeza.

–¿Alguna novedad? –le preguntó con curiosidad Erik Fjeld cuando ella se sentó al volante.

–En realidad no –respondió Line y encendió el GPS–. Christianne Grepstad vio a Jonas Ravneberg y al perro delante de una librería del casco antiguo.

–¿Qué hacía ahí?

–Esperaba. Esperaba algo o a alguien.

Erik Fjeld enmudeció mientras Line miraba con los ojos entornados al pequeño plano de la pantalla. Se ubicó, salió a la carretera principal y fue bordeando un cementerio hasta que un cartel indicó el camino hacia el casco antiguo.

Siguió las indicaciones y cruzó un bulevar de árboles viejos y sin hojas. Poco después el camino asfaltado fue sustituido por adoquines que brillaban bajo la lluvia a la luz de las farolas. El firme irregular sacudía el coche. Nada más pasar el foso que rodeaba la vieja ciudad fortificada una gran plaza dividía la calle en dos. Al frente se alzaban cuatro casas de madera unidas. En la más grande había una peluquería y una librería de la cadena Libris en el bajo. Line giró para detenerse junto a la acera y se quedó mirando la calle. Una mujer gruesa y baja con paraguas rojo pasó andando por su lado.

–¿Qué vas a hacer aquí? –preguntó Erik Fjeld.

–No lo sé muy bien –respondió Line y miró hacia el camino por el que habían venido. La muralla bloqueaba la vista; si no, habrían podido ver el lugar en el que habían asesinado a Jonas Ravneberg.

La mujer del paraguas miró el interior del coche al pasar. Después de ella pasó un hombre joven. Llevaba una mano dentro de la chaqueta. Cuando estuvo más cerca sacó un grueso sobre gris, se acercó a la puerta de la librería y lo introdujo en un buzón rojo que colgaba de la pared.

Line lo siguió con la mirada mientras se alejaba.

–Eché algo en el buzón –dijo ella.

–Ya lo he visto –dijo Erik Fjeld.

–No me refiero a él –dijo Line y siguió al joven con la mirada–. Sino a Jonas Ravneberg. Echó algo al buzón justo antes de que lo mataran.

Al otro lado de la ventana se había hecho oscuro sin que Wisting se diera cuenta. Una neblina que no era noche cerrada, pero sí oscura. Se reclinó en la silla, cerró los ojos y se sujetó el puente de la nariz entre el índice y el pulgar. Tuvo que reconocer que le faltaba concentración para la labor que se había propuesto. Su objetivo era averiguar qué policía había puesto la prueba de ADN. A falta de algo concreto con lo que trabajar, había decidido releer toda la documentación del caso y ver si se podía intuir algo entre líneas.

Pero sus pensamientos se desviaban constantemente hacia Rudolf Haglund. ¿Habían pasado algo por alto hacía diecisiete años? ¿Había él mismo restado importancia a algo e ignorado alguna cosa para conseguir que todo encajara? Hasta ahora no había encontrado nada que probara la inocencia de Rudolf Haglund, pero tampoco había hallado nada que confirmara su culpabilidad.

Encendió la lamparita de la pared y la luz mostró su cara borrosa flotando en el cristal. Los ojos le devolvían una mirada vacía y desconocida. Parpadeó y empezó a leer otro documento. El informe del reconocimiento por foto que se había llevado a cabo con Karsten Brekke, el testigo del tractor.

Nils Hammer había llevado a cabo el reconocimiento según las directrices que estipulaba el fiscal general. Lo fundamental era que el testigo que debía señalar al presunto culpable tuviera varias opciones entre las que elegir y que nadie influyera en él de modo alguno.

Primero, Karsten Brekke repitió la descripción que había dado del hombre desconocido que había visto junto al Opel blanco. Encajaba con Rudolf Haglund. Unos treinta años, cabello oscuro que se espesaba a ambos lados de la cabeza. Cara ancha con una barbilla prominente, ojos negros y juntos.

Después le mostraron fotos de doce hombres de edades similares, con rostros con la misma forma y el cabello de un color parecido. Las fotos estaban colocadas en una lámina, repartidas en cuatro filas con tres fotos en cada una. El informe llevaba grapada una copia de la lámina en tamaño A4. Rudolf Haglund era el segundo de la segunda fila. Eso lo situaba más o menos a mitad de la página. Fue el primer hombre en quien Wisting posó la mirada. Podía deberse a que Wisting conocía su cara, claro, pero imaginó que la mirada tiende a enfocarse en el centro.

Karsten Brekke había señalado a Haglund. Las palabras con las que se expresó se reproducían en el informe. «Es él. El número cinco.» Ante la pregunta de si estaba seguro, había respondido: «Todo lo seguro que se puede estar».

Después de la identificación hicieron una pausa, y más tarde volvieron a llamar a Karsten

Brekke para mostrarle las mismas fotos en otro orden. Esta vez Rudolf Haglund era el número once. Karsten Brekke se mostró igualmente seguro.

El siguiente documento del caso era una «Orden de detención» firmada y sellada por Audun Vetti.

La incriminación de Haglund se apoyó por completo en la identificación fotográfica. Supuso un paso decisivo en la investigación y, desde un punto de vista objetivo, fue más importante que la respuesta a la prueba de ADN. Si Karsten Brekke no hubiera reconocido a Rudolf Haglund, ni siquiera hubieran tenido la posibilidad de cogerle una muestra de referencia para compararla con el resultado del análisis de las colillas.

La foto que habían utilizado estaba en el archivo policial y se había tomado en relación con el caso de exhibicionismo por el que lo habían denunciado dos años antes, pero su aspecto apenas había cambiado cuando lo detuvieron por el asesinato.

Wisting leyó el informe de nuevo. Para alguien que no había estado presente, era difícil juzgar si habían influido sobre Karsten Brekke de algún modo. La colocación de las fotos era fruto de la casualidad, según dejó por escrito Nils Hammer, y no había motivo para creer que hubieran puesto en el centro la imagen del sospechoso de forma intencionada. Pero el hecho de que Nils Hammer hubiera trabajado solo era un punto débil. Las directrices señalaban que la identificación fotográfica debía organizarla y dirigirla un policía de alto rango en compañía de al menos un ayudante.

Dejó el informe y se dio cuenta de que tenía hambre. No había comido nada en todo el día. Se levantó y llenó un vaso de agua en el fregadero. Eran las ocho y decidió quedarse una hora más antes de marcharse a casa.

El informe sobre el reconocimiento fotográfico se había quedado abierto encima del sofá. Wisting bebió la mitad del vaso, volvió a llenarlo y se lo llevó al sofá. Se sentó y levantó hacia la luz la lámina con las fotos que habían empleado. Los otros once hombres se habían elegido al azar y, por su aspecto, habían salido del archivo fotográfico de la policía. Los habían retratado de lado y de frente. Wisting no reconoció a ninguno.

Pasó página hasta llegar a la descripción del reconocimiento que Hammer había redactado. No se recogía que hubieran advertido a Karsten Brekke que la persona que buscaban no necesariamente tenía que encontrarse entre las doce fotos. La intención de esta medida era quitarle presión al testigo y eliminar una posible fuente de identificación errónea. Hammer podía haberlo dicho y no haberlo registrado después en el protocolo, pero era llamativo que no se hubiera incluido en el informe que, por lo demás, era en extremo detallado: entre otras cosas, las declaraciones de Karsten Brekke se citaban entrecomilladas.

Volvió a las fotos. La hoja era un tercio del tamaño del cartel original, y además era una copia

en blanco y negro, por lo que costaba ver los detalles. Todos los hombres se parecían en algo, pero parecía que solo Rudolf Haglund tenía la nariz rota.

Wisting se llevó la hoja hasta la encimera de la cocina y la estudió bajo la luz intensa. Los hombres eran de la misma edad y sus rostros tenían una forma similar, pero la posición de los ojos y la forma de la nariz eran distintas, y Rudolf Haglund se distinguía por tener el hueso de la nariz muy aplastado. No era una nariz plana, como la de un boxeador, pero parecía haber recibido un golpe en el pasado. Así había descrito Karsten Brekke al desconocido en la primera toma de declaración.

Wisting buscó entre los papeles y releyó la descripción: Hombre noruego, unos treinta años, cabello oscuro, y nariz llamativamente rota. Era la descripción que había desencadenado la teoría de la lista. Habían reunido noventa y tres informes sobre hombres que respondían a esta descripción. Se habían descartado noventa y dos de ellos, y solo había quedado Rudolf Haglund.

Antes de la sesión de reconocimiento, Karsten Brekke había repetido su descripción del hombre. Wisting la leyó otra vez: unos treinta años, cabello oscuro, rostro ancho, mandíbula fuerte y ojos oscuros y juntos. No decía nada de la nariz. Podía tratarse de un despiste, pero a Wisting le costaba creer que fuera así. Eran ese tipo de rasgos particulares los que podían resultar útiles a los investigadores. Y era ese detalle el que había contribuido a convencer a Wisting de que Haglund era el hombre que buscaban.

No tenía ganas de sacar conclusiones precipitadas, pero no pudo liberarse de la sospecha de que Nils Hammer había evitado recoger ese detalle para que resultara más difícil a quien leyera el informe ver que la atención del testigo podía haber sido dirigida hacia una persona en concreto en lugar de enfocarla de un modo idéntico entre todos los retratados.

Dos preguntas habían sido fundamentales en el caso Cecilia. ¿Quién lo había hecho? Y ¿por qué?

Cuando consiguieron la respuesta a *quién*, la cuestión de *por qué* pasó a segundo plano. Nunca obtuvo respuesta. Era fácil imaginar que el secuestro había tenido un móvil sexual y que el asesinato se había cometido para ocultar el delito original. Pero no habían hallado ningún indicio de que Cecilia hubiera sufrido abusos sexuales. Estaba desnuda cuando la encontraron, pero eso era lo único que respaldaba la motivación sexual. No se encontraron restos de semen ni ninguna otra huella procedente del asesino.

En los diecisiete años transcurridos la medicina forense había hecho grandes avances. En aquel tiempo el laboratorio casi dependía por completo de obtener saliva, sangre o semen para poder hacer un análisis de ADN. Ahora era suficiente que el culpable hubiera estado en contacto con un objeto o con otra persona.

El reportaje fotográfico del informe del forense retrataba con brutalidad el cadáver desnudo sobre la mesa de la autopsia. Tenía los pechos y la zona genital más blancas, como si hubiera tomado el sol en bikini. Las caderas y la cintura eran estrechas y el vello del pubis era claro y lo llevaba recortado. Los pechos grandes, redondos y firmes con pezones oscuros. Tenía un arañazo de color rojo desde la cintura hasta el hueso de la cadera y los forenses creían que se lo habría provocado al rodar hasta la cuneta donde la encontraron. Por lo demás su piel era lisa, sin lunares ni cicatrices. Tenía las manos y los pies menudos. Las uñas de las manos pintadas de rojo, pero le había crecido una franja junto a la cutícula. La cara estaba rígida, de un sobrecogedor tono azulado. Los ojos entrecerrados, pero era posible distinguir microscópicas manchas de sangre en el blanco y las pupilas con reflejos grises. Eso era lo que le atraía de la foto. Una mirada vacía que se encontraba en algún lugar entre el miedo y la nada.

Habían pensado en la posibilidad de que su desnudez fuera intencionada, para desconcertar a los investigadores, y que el verdadero motivo era otro, pero había resultado difícil imaginarse cuál pudiera ser, al menos con Rudolf Haglund como autor.

El informe judicial estaba registrado con el número cincuenta y ocho en el archivador rojo. Daba una visión más en profundidad de la personalidad de Haglund que lo que se desvelaba en los interrogatorios. La finalidad de una valoración psiquiátrica era decidir si el acusado no era responsable de sus actos y por tanto era ininmutable. El examen dependía de que el acusado accediera a conversar con dos especialistas. Se trataba de una lectura interesante, en la que la familia, la infancia, el colegio, la vida laboral, la salud y la sexualidad eran descritos desde un punto de vista distinto al puramente policial.

Haglund, nacido y criado en Skien, describía los primeros años de su infancia en términos positivos. Era hijo único, y sus padres eran mayores cuando nació. Su padre era empleado de Correos y su madre trabajaba media jornada en una zapatería. Cuando tenía ocho años, a su padre le detectaron un cáncer de estómago con metástasis. Le sometieron a un tratamiento de quimioterapia y convivió con el cáncer durante cinco años. Pero fue como si la enfermedad lo hubiera transformado por completo. Se volvió irritable, se enfadaba constantemente, y pegaba a Rudolf Haglund. Al mismo tiempo, su madre tuvo problemas nerviosos. Rudolf experimentó la sensación de que todo su mundo se venía abajo. Entre otras cosas, empezó a hacerse pis en la cama por las noches, y le parecía que se llevaba mal con todo el mundo. En el colegio se metían con él, pero era grande y fuerte para su edad y se defendía empleando la fuerza física. También recurría a la violencia en otras circunstancias y lo expulsaron del colegio varias veces por haber sido agresivo con sus profesores. Asimismo se describían episodios violentos con su madre.

No había sido capaz de seguir las asignaturas más teóricas, y a mitad del octavo curso fue trasladado a un colegio para niños con necesidades especiales. Cuando acabó la enseñanza obligatoria consiguió plaza en formación profesional, pero se sentía fuera de lugar y lo dejó al poco tiempo. Sus impulsos agresivos le llevaban a aislarse, y fue declarado no apto para el servicio militar.

Su madre se suicidó el día en que él cumplió veinte años, y se quedó sin familia. Con la herencia abandonó su ciudad natal y se mudó a Larvik, donde compró una casa en un entorno rural en Dolven. A través de la oficina de empleo fue destinado a un almacén de muebles. Hizo bien el trabajo y, tras un periodo de prueba, le ofrecieron un puesto fijo, el mismo que ocupaba cuando fue detenido.

Desde el punto de vista emocional, tenía dificultades para distinguir la pena de la frustración o el enfado. Podía enfurecerse por cosas sin importancia, como por ejemplo no poder desatarse el cordón de un zapato. Se veía como una persona solitaria, pero no percibía que su vida estuviera vacía. Le gustaba estar solo y era aficionado a dar largos paseos por el bosque y por el campo, le encantaba pescar.

Había un apartado dedicado a su vida sexual. Se había estrenado a los dieciséis años con una chica de su edad, pero no se habían hecho novios. Después de mudarse a Larvik había tenido una relación con una vecina trece años mayor que él. La relación cesó cuando ella se mudó a Vestlandet. Después de eso solo había mantenido relaciones sexuales esporádicas que acordaba a través de la sección de contactos de revistas especializadas. Había hablado abiertamente de que le excitaban sexualmente el sadismo y dominar a su pareja.

La conclusión de los expertos era que Haglund no tenía síntomas ni comportamientos que indicaran que sufría una psicosis. La cuestión de sus facultades mentales no había sido tan fácil de evaluar. Su inteligencia estaba dentro de lo normal, sin duda, pero presentaba significativas

deficiencias en el desarrollo de su personalidad, en especial en su capacidad para controlar los impulsos violentos. A pesar de que sus facultades mentales manifestaban un desarrollo insuficiente, no se le consideraba disminuido de forma irreversible. Era responsable de sus actos y podía ser procesado.

Para los investigadores el informe de los expertos psiquiátricos contribuyó a reforzar la convicción de que Rudolf Haglund era el culpable. Mostraba el perfil de un hombre que cometía delitos violentos contra mujeres.

Wisting se levantó y comprobó el teléfono móvil. La lista de llamadas perdidas se había hecho más larga, pero ninguna era de Line o de Suzanne. Eran casi las diez, más tarde de lo que creía. Dejó la documentación y sus notas donde estaban, pero echó las cortinas. Se puso la chaqueta, salió de la cabaña y cerró con llave.

Un aire helado que olía a mar le sacudió con fuerza. Respiró hondo y se detuvo para que su vista se acostumbrara a la oscuridad antes tomar el sendero hacia el aparcamiento. La lluvia había embarrado el pequeño trozo de césped que había frente a la cabaña y dio un rodeo para sortear los charcos más profundos.

Cuando arrancó el coche estaban dando las noticias por la radio y hablaban del escándalo de un político acusado de haber abusado de menores. Iba a apagar la radio cuando oyó al locutor diciendo que la policía buscaba a una chica de diecisiete años, Linnea Kaupang, original de Larvik. Había desaparecido el viernes anterior y la policía no descartaba que pudiera haber sido víctima de un secuestro. Tras dar una breve descripción de la joven, se pedía a los que la hubieran visto que contactaran con la policía.

Wisting apagó la radio y condujo en la silenciosa oscuridad con los labios apretados y sintiéndose muy abatido. Le habría gustado estar en la comisaría. Para asegurarse de que se hacía todo lo posible para encontrar a la chica perdida y al que seguramente la había violado.

Line estaba sola en la habitación del hotel. Se había desnudado y estaba tumbada boca abajo en la amplia cama con el ordenador delante. La policía había confirmado la identidad de la víctima, así que ahora le resultaba más fácil escribir sobre el asesinato.

El artículo tenía cuatro partes. Utilizó el misterioso allanamiento de morada en la introducción para despertar interés, y luego siguió con la cita con el abogado que no había tenido lugar. En la tercera parte figuraba un retrato del carácter del asesinado, basado en la conversación que ella había mantenido con Torgeir Roxrud. Y la última parte era del tipo «aquí fue vista la víctima por última vez». Estaba convencida de que tenía más datos que ningún otro periodista, pero le costaba mucho concentrarse y poner por escrito sus ideas. Pensaba en su padre. Este tenía una capacidad sorprendente para aceptar la situación en la que se encontraba y verla desde fuera. Le había parecido tan contenido, tan tranquilo.

Había dos maneras de recuperar su buen nombre, pensó. Una era descubrir quién había dado el cambiao a la prueba de la colilla; la otra que encontrarán nuevas pruebas en el caso Cecilia. Ambas parecían una misión imposible, al menos para un hombre solo.

Line decidió que iría a ver a su padre al día siguiente. Podía echarle una mano a la vez que seguía el rastro de Jonas Ravneberg. Antes de que se fuera a vivir a Fredrikstad este había residido en Larvik y había tenido una novia. Escribió un correo electrónico a uno de los investigadores del periódico y le preguntó si podía hacerle unas indagaciones en el registro de la propiedad o quizás encontrar una dirección antigua en el Registro Civil.

Después se enderezó e intentó concentrarse en la escritura. El jefe de noticias quería un artículo completo, o sea, tres mil quinientos caracteres. Llenar ese espacio no le supondría ningún problema, al contrario: tendría que esforzarse para meter mucha información en el menor espacio posible. Un texto breve y conciso. Normalmente se le daba bien, pero ahora estaba muy dispersa.

El investigador que le había tomado declaración después del asalto que había sufrido ante la casa de Jonas Ravneberg le había pedido que le llamara si recordaba alguna cosa más. Se dio la vuelta en la cama y miró el coche en miniatura. El Cadillac de Elvis Presley.

Había guardado el número del investigador en el móvil. Le llamó y el tipo respondió de manera seca y hostil.

—He recordado una cosa —le dijo Line tras presentarse—. Lo encontré delante de la casa de Jonas Ravneberg.

—¿Qué es?

Line se levantó de la cama y se acercó al alféizar de la ventana.

–Un cochecito. Al principio pensé que era un coche de juguete del hijo de algún vecino –dijo fingiendo estar peor informada de lo que estaba–. Pero al parecer podría ser un automóvil en miniatura valioso, un coche de coleccionista. Es antiguo pero está en buenas condiciones.

–¿Y?

–¿Sabes si Ravneberg los coleccionaba?

El investigador dudó.

–En su cuarto de estar hay bastantes –dijo por fin.

–¿Habéis descubierto qué se llevó el ladrón?

–¿Tienes el coche ahí? –preguntó el policía sin contestar a Line.

–Sí. ¿Crees que era lo que estaba buscando?

Line echó las cortinas y cogió el cochecito. El hombre dudó de nuevo.

–No –respondió.

–Entonces ¿sabéis por qué se lo llevó?

El policía no respondió.

–Oye, voy a ir a buscarlo. ¿Dónde estás?

Line le dio el nombre del hotel.

–Estaré ahí dentro de media hora.

–Vale, pero hay una cosa más.

–¿Sí?

Line abrió y cerró el maletero del cochecito.

–¿Habéis comprobado el correo? –preguntó en el tono más retador que pudo.

–¿El correo?

–Mañana publicaremos en el periódico que Jonas Ravneberg fue visto por última vez en la plaza por la que se entra al casco antiguo, ¿no es así?

–Sí.

–Ahí hay un buzón –explicó Line–. ¿Creéis que echó algo dentro?

De nuevo se hizo un silencio al otro lado de la línea.

–Eso son solo especulaciones –dijo el investigador por fin–. Pasaré a recoger el coche.

Al acabar la conversación Line volvió a tumbarse sobre la cama con la sensación de haber salido bien librada. Había disimulado el hecho de haberse llevado una posible prueba, y luego había podido desviar la atención del investigador hacia el buzón sin que pareciera que estaba dando información a la policía. De todos modos, seguramente era demasiado tarde. Sin duda ya habían clasificado el correo y las cartas ya iban camino de los destinatarios.

Media hora después había acabado de escribir el artículo. Volvió a ponerse los pantalones, colocó bien la colcha y cruzó los dedos para que el policía no tardara mucho. Había dormido poco las últimas veinticuatro horas y debía intentar descansar.

Se dejó caer en la butaca, encendió el televisor y pasó de un canal a otro sin encontrar nada interesante. Se levantó, fue hasta la ventana y apartó un poco la cortina. La lluvia constante formaba perlas de agua en el cristal y cubría con un velo el mundo. Una ambulancia con las luces azules pasaba por la calle cuando llamaron a la puerta. Cogió el cochecito. Abrió, pero enseguida dio un paso atrás. No era el policía, sino Tommy.

Habían pasado cerca de tres meses desde la última vez que lo vio. Habían estado juntos dos años, pero el otoño pasado lo habían dejado más o menos de mutuo acuerdo pensando que sería lo mejor. Aun así, a ella le había resultado más difícil seguir su camino de lo que había creído. Después de Tommy, siempre estaba comparando con él a todos los hombres que conocía. Era su tipo, de eso no cabía duda: un hombre relajado, intelectual, con intereses culturales. Además desconocía el miedo y tenía un lado salvaje y otro sereno, por lo que a ella le parecía a la vez peligroso y bueno. Pero su lado impulsivo, despreocupado e imprudente también había hecho que se sintiera insegura.

Era imposible pasar por alto la química que había entre ellos. Line nunca se había sentido tan atraída por alguien, y eso la asustaba y, a la vez, le resultaba fascinante. Ahora Tommy tenía las manos en los bolsillos y la cabeza algo ladeada, con aire interrogante.

—¿Cómo estás? —preguntó.

No le invitó a pasar, pero le dio un abrazo en el pasillo, y disfrutó de la sensación de sentir su cuerpo pegado al suyo.

—¿Qué haces aquí? —susurró ella.

—Tenía que saber cómo estabas —dijo apartándola un poco para mirarla.

—Pero ¿cómo me has encontrado?

—En el periódico pone que estás en Fredrikstad. —Sonrió—. Y tampoco hay tantos hoteles.

Ella le sonrió a su vez, retrocedió unos pasos hacia el interior de la habitación. Él la siguió y cerró la puerta.

—¿Cómo te va? —preguntó de nuevo.

—Bien —respondió ella—. Tengo la cabeza un poco caótica, pero no pasa nada.

Tommy la agarró de las muñecas y la observó con atención.

—Te asaltó el asesino —dijo—. ¿Has hablado con alguien de eso?

—Estoy bien —repitió ella y apartó la mirada—. Lo comenté con la policía y con el periódico. Me han ofrecido ayuda psicológica y todas esas cosas, pero no es mi estilo.

—Lo sé —respondió él, pero no la dejó ir—. ¿Y con tu padre? ¿Has hablado con él?

Ella solo asintió con la cabeza, y pensó que la calma que había mantenido tras el asalto la había heredado de su padre. La capacidad de poner distancia con lo ocurrido y no dejarse dominar por las emociones.

—Me alegro mucho de verte —dijo él y la atrajo hacia sí.

Line sintió los músculos del pecho de él y una mano encontró el camino de su nuca. Los rizos oscuros y suaves le rozaban el cuello de la camisa; Line se los enredó entre los dedos.

Él la apartó, le sonrió despacio, se agachó y la besó en la frente.

–¿Qué tienes ahí? –preguntó señalando la otra mano con un movimiento de cabeza.

Ella levantó el cochecito.

–Es una prueba.

En ese momento llamaron a la puerta. Fue a abrir. Era uno de los empleados del restaurante. Llevaba una bandeja con fruta, galletas y queso y una botella de vino.

–Yo no he... –empezó, pero se volvió hacia Tommy.

–Déjelo aquí –ordenó él.

Cuando el camarero entró, Line se dio cuenta de que ya no tenía nada de sueño. Tommy cogió la botella de vino y le dio un billete de cien coronas al camarero de propina. Comieron sentados en la cama mientras ella contaba la experiencia que había vivido y lo que pensaba de las acusaciones dirigidas contra su padre.

–Mañana me iré a casa –dijo ella.

–¿Te parece bien que mientras tanto te acompañe? –preguntó él.

Ella no tuvo tiempo de contestar. Volvieron a llamar a la puerta.

–En realidad estoy esperando a una visita –dijo saltando de la cama.

Él la miró extrañado mientras ella cogía el cochecito e iba hacia la puerta.

–Siento llegar tarde –dijo el policía desde fuera.

–No importa –dijo Line. Le dio el cochecito y lanzó una mirada al interior de la habitación-. De todas maneras, no tenía previsto irme a dormir hasta dentro de un rato.

Poco a poco William Wisting se deslizó del sueño al estado de vigilia. Estiró un brazo por encima de la cabeza y se pasó los dedos por el pelo enredado. Su primer pensamiento coherente fue para Linnea Kaupang. Se preguntó si la noche habría traído novedades sobre la chica del lazo amarillo en el pelo. No pudo librarse del pensamiento de que si hubiera estado de servicio habría podido aportar algo. No es que se considerara imprescindible, y sabía que el caso se encontraba en las mejores manos, pero le habría gustado poder ayudar.

Oyó la respiración de Suzanne a su lado, suave y rítmica. Se volvió hacia ella, observó su rostro y se preguntó si ella le conocía lo bastante bien como para saber que no había hecho aquello de lo que le acusaban. Ella había entrado en su vida hacía tres años y ocupaba un lugar muy importante. Cada vez iba conociendo nuevas facetas de ella, pero aún no sabía cómo iba a reaccionar o comportarse en cada circunstancia, como siempre lo había sabido con Ingrid. A Ingrid la conocía desde el colegio y había pasado con ella cuarenta buenos años. Sabía que en esa situación ella habría permanecido a su lado. Esperaba que Suzanne también lo hiciera.

Notó que el suelo estaba frío. Echó con cuidado el edredón a un lado y salió de puntillas de la habitación. A continuación siguió su rutina matinal: se dio una ducha, se vistió, fue a buscar el periódico y se sentó a la mesa de la cocina con una taza de café. Pero no encendió el televisor.

En el periódico local salía el asunto de su suspensión en primera página. Leyó el artículo. Lo que decía se correspondía con los hechos, incluyendo que William Wisting había declinado hacer comentarios.

El periódico también se ocupaba de la desaparición de Linnea Kaupang. Publicaban una foto de la joven y un reportaje sobre la búsqueda en la que voluntarios rastreaban una zona boscosa cercana a su vivienda. También participaban en el operativo algunas amigas del colegio. Habían preparado lazos amarillos, como el que Linnea llevaba en el cabello en la foto, y se los habían puesto en la chaqueta.

Dobló el periódico y se quedó pensando cómo estaba a punto de suceder todo de nuevo. Una vez más una desaparición conmocionaba a la comunidad local. Ellen Robekk, Cecilia Linde y, ahora, Linnea Kaupang. Entonces, hacía diecisiete y dieciocho años, había dedicado todas las horas que pasaba despierto a buscar a Ellen Robekk y a Cecilia Linde. Sentía que le corroía no participar esta vez.

Se preparó para marcharse, y se preguntó si debía subir al dormitorio a despedirse de Suzanne. Ingrid habría dormido tan mal como él y lo hubiera acompañado a la puerta. Decidió dejar que durmiera y le dejó una nota diciéndole que se había ido a la cabaña.

Se sintió bien al dar marcha atrás para alejarse del patio. Salir de casa era mantener una parte de la rutina, a pesar de enfilarse hacia la costa en lugar de hacia la ciudad. Intentó pensar en qué podría haber hecho de otra manera en el caso Cecilia. Lo único que se le ocurrió fue que debería haber seguido más de cerca las principales tareas de la investigación. Pero él siempre había confiado en sus colaboradores y, según le dictaba la experiencia, los mejores resultados se obtenían cuando no se prestaba excesiva atención a los detalles menores.

El paisaje que lo rodeaba desapareció en una neblina de un gris polvoriento. En el desvío que conducía a las cabañas había un corzo junto a la cuneta, con la cabeza y las orejas levantadas. Se había quedado paralizado y le miraba con sus grandes ojos marrones. Luego dio un gran salto y desapareció corriendo entre los árboles.

Al aparcar, se arrepintió de no haber traído nada de comer, pero decidió que iría a comprar en el coche a lo largo del día. De cualquier modo, había planeado ir a ver a Finn Haber, el responsable de la parte de criminalística en la época de la desaparición Cecilia.

Resbaló y estuvo a punto de caerse en el sendero embarrado, pero recuperó el equilibrio. El aire estaba pegajoso y frío; tendría que encender la chimenea.

La llave giró con dificultad en la cerradura. Tuvo que hacer fuerza y pensó que debía comprar aceite para engrasarla. Había varias tareas pendientes. Las viejas ventanas necesitaban masilla nueva, o cambiarlas por completo. Debería sustituir los remates del tejado y reemplazar un par de tejas rotas. En realidad, ahora tenía tiempo, pensó. Eso sería lo que Ingrid le habría propuesto. Le diría que le vendría bien desconectar y pensar en algo completamente distinto.

Los documentos del caso que había dejado sobre la mesa atrajeron su atención de inmediato. Tiró la chaqueta sobre una silla y se sentó. El cuaderno de notas seguía abierto. Revisó lo que había escrito. Para cualquiera que no fuera él solo habría sido un intrincado mapa mental. Había palabras claves y cosas que se le habían ocurrido mientras leía. Nombres tachados o dentro de un círculo, relacionados entre sí con flechas y rayas, pero no había nada verdaderamente sustancial.

Observó los archivadores que tenía delante y se preguntó por dónde podía empezar. El archivador rojo estaba un poco más adelantado que el resto. Lo empujó con el dedo índice de modo que quedara alineado con los demás. Un post-it amarillo marcaba hasta dónde había llegado. De pronto tuvo una sacudida. Algo estaba mal. Era una intuición, más básica que el olfato o la vista, y le produjo un hormigueo en la piel.

Alguien había estado allí.

No habría sabido explicar por qué estaba tan seguro, pero lo estaba. De golpe había tenido la desagradable sensación de que las cosas no estaban tal y como las había dejado al marcharse de la cabaña la noche anterior. Se puso de pie, se acercó a la puerta y probó la cerradura una vez más. Desde el interior el pomo giraba sin dificultad, pero desde fuera la llave iba mal. Se dio la vuelta y recorrió el paisaje con la mirada. Rocas desiertas y praderas vacías. El mar era gris, y

apenas podía distinguir los islotes más lejanos en la húmeda neblina. Una gaviota levantó el vuelo desde uno de los postes del embarcadero. Sus gritos parecieron una risa burlona.

En el suelo del porche vio las huellas húmedas de sus zapatos, pero también unos restos de arcilla que no eran de él. Se acercó al principio de la ancha escalera. El suelo estaba empapado y en la hierba había pequeños charcos. Desde donde estaba pudo ver dos huellas en el barro con un dibujo de la suela distinto al suyo. Fue a un lado del sendero y se agachó. Las marcas mostraban profundas hendiduras cruzadas por gruesas líneas en zigzag a través de la suela. Desde la mitad el calzado se estrechaba hacia el talón. Era la pisada de una bota.

Las huellas no tendrían más que unas horas. Encontró sus pisadas de cuando se marchó a casa la noche anterior. Eran más borrosas.

Siguió las huellas para ver si había alguna marca que se distinguiera mejor que el resto, y encontró una a un lado de un charco. En ella distinguió un círculo delante del talón. Dentro había algo escrito. Entornó los ojos y se preguntó si sería el número, pero llegó a la conclusión de que era una letra A. Serviría para identificar la marca de las botas. Y la longitud de la huella serviría para averiguar el número del calzado. Sacó el móvil e hizo varias fotos desde distintos ángulos. No serían muy buenas, pero mostraban el dibujo de la pisada.

Oyó la sirena de un buque procedente del mar y el sonido más agudo de otro barco a modo de respuesta. Volvió a la cabaña y se quedó en la puerta. Ahora también vio manchas de barro reseco en el suelo. Recorrió la habitación con la mirada para ver si había desaparecido algo y se detuvo en la mesa con la documentación del caso. Numerada y clasificada según un sistema propio. Si había desaparecido algo, lo notaría enseguida, pero estaba bastante seguro de que no habían robado nada. Probablemente lo que les interesaba era él. Alguien había entrado para averiguar qué estaba haciendo.

No había mucha gente que supiera que él estaba allí. Se lo había contado a Suzanne, a Line y en un mensaje de texto a Nils Hammer. Confiaba en los tres, pero solo uno de ellos era un candidato de verdad. Seguro que en la comisaría habían corrido rumores sobre dónde estaba y qué hacía, rumores que habían ido ampliándose como ondas en el agua. Hammer no era el único que conocía la existencia de la cabaña. En cualquier caso, la idea que se abría paso era que quien había estado aquí era uno de sus colegas. Casi instintivamente empezó a buscar otras teorías. Había varias personas que podían estar interesadas en saber cuál era su juego. Había huido de la prensa y de todo el mundo. La cabaña en sí no era ningún secreto, hasta se había dejado entrevistar allí por un periódico de distribución gratuita. Si alguien quería dar con él, era lógico que lo buscaran en ese lugar.

Se acercó a la mesa, sacó uno de los archivadores y pasó las páginas al azar. Seguro que quien supiera la verdad sobre el asesinato de Cecilia Linde también estaba interesado en saber qué hacía él, pensó.

La certeza de que alguien quería conocer sus cartas le dio un nuevo impulso. Azuzó su esperanza de que podía encontrar nuevas respuestas en el antiguo material de la investigación. Tenía que revisarlo con un tamiz muy fino, estudiar cada grano de arena y buscar algo anormal. Pero ahora no era el momento.

Dejó los papeles, se acercó a los cajones, buscó una regla con la que pudiera medir la pisada de la bota en el sendero, pero no la encontró. En su lugar, se llevó un barreño que puso sobre la huella para protegerla de la lluvia. Puso una piedra encima para que no se moviera. Luego se dio la vuelta y se quedó en silencio mirando hacia el mar. Intentó controlar los pensamientos paranoicos, pero no pudo librarse de la sensación de que alguien le quería mal.

Otra sirena larga y lastimera interrumpió el silencio, y Wisting sintió que tenía frío.

Finn Haber vivía en la vieja estación del práctico de Nevlunghavn, que durante trescientos años había constituido el último puesto avanzado hacia Skagerrak. El último tramo del camino que llevaba al inhóspito lugar era estrecho, estaba lleno de curvas y a ratos discurría por rocas pulidas. Al antiguo técnico criminalista siempre le habían gustado el mar y la pesca. Cuando se jubiló, se asentó lo más cerca que pudo de lo que amaba.

Wisting aparcó delante de un garaje donde terminaba el camino y se bajó del coche. El viento había arrastrado la niebla hacia el mar. La oscura superficie se veía interrumpida por blancas cumbres de espuma, y salpicaba con fuerza las rocas.

Debajo de la casa principal, pintada de blanco, había un embarcadero y un cobertizo para las barcas, y justo enfrente una barquita de pesca tiraba de los amarres. La puerta del cobertizo se abrió. Haber estaba de pie con las piernas abiertas y lo miraba, vestido con un grueso jersey de lana y una gorra con una visera brillante. Había envejecido desde la última vez. El cabello gris era más escaso, y la cara delgada tenía los rasgos aún más marcados.

Se dieron la mano sin decir una palabra. Sus miradas se cruzaron.

—¿Café?

—Estaría bien.

Haber asintió y se abrió camino hasta la casa con pasos pesados y lentos. Antes de entrar se quitó las botas de goma y las dejó encima de la trampilla del sótano, junto a la escalera. Wisting iba a hacer lo mismo, pero le detuvo.

—Quédatelas puestas —insistió Haber mientras colgaba la gorra en un gancho del recibidor.

Finn Haber vivía solo, pero la casa reflejaba el mismo orden y organización que habían caracterizado su trabajo. Entraron en la cocina de suelo de linóleo, superficies de formica y armarios de madera de pino. Sobre la encimera había un pequeño televisor. Estaba encendido y sintonizado en el canal de noticias, pero sin sonido. El rostro de Linnea Kaupang llenaba la pantalla, y después algunas personas de su vecindario ataban lazos amarillos y los colgaban delante de sus casas como una muestra de consideración. A continuación se vieron imágenes del operativo de búsqueda, y más tarde el anuncio de los deportes ocupó la pantalla.

—Nunca te acostumbras —dijo Haber y apagó el aparato.

—¿Qué?

—A no formar parte de eso —respondió el antiguo técnico criminalista y cogió la cafetera—. Hace ocho años que me jubilé, pero cada vez que veo imágenes del lugar de un crimen pienso que me gustaría estar allí. Solo para asegurarme de que no pasan nada por alto.

Llenó la cafetera de agua. Wisting se sentó a la mesa que estaba delante de la ventana, justo enfrente del sitio de Haber, donde había una taza de café, el periódico del día y un cenicero vacío.

–Cogimos al hombre acertado en aquel entonces –dijo Haber, y puso la cafetera sobre la cocina–. Rudolf Haglund mató a Cecilia Linde.

A Wisting le habría gustado estar tan seguro como Haber.

–Yo también lo creo –dijo–. Pero desearía poder demostrarlo. Más allá de cualquier duda razonable.

Le explicó a Haber que habían vuelto a analizar las tres colillas del cruce de Gumserød. El técnico criminalista escuchó sin decir una palabra. Cuando Wisting acabó, el agua de la cafetera hervía. Haber la apartó de la placa, echó cinco medidas de café para puchero de un bote y sacó una taza para Wisting.

Esperó a que el café estuviera listo con la espalda apoyada en la encimera.

–Así que cambiaron la tercera colilla por uno de los cigarrillos que se había fumado en los interrogatorios –resumió.

–Petterøes Azul número 3.

–¿Has hecho una lista?

–¿Qué quieres decir?

–¿Sabes lo que quiero decir! –Haber casi parecía molesto–. Una lista de todos los que trabajaron en el caso.

–Tengo una lista –reconoció Wisting.

–¿Dividida en fumadores y no fumadores?

–No sé quién fumaba y quién no –respondió Wisting–. Y menos todavía quién fumaba Petterøes. Además, eso no tiene nada que ver necesariamente con el caso. Cualquiera puede haber recogido una colilla de Haglund.

Haber llevó el café a la mesa.

–Por alguna parte tendrás que empezar –dijo llenando las tazas–. ¿La has traído?

–Tengo los nombres en la cabeza.

Haber dejó la cafetera en la placa y se sentó.

–Puedes empezar por mí –dijo echando a un lado la cortina de la ventana para coger el paquete de tabaco de liar que estaba en el alféizar. Petterøes azul número 3–. Creo que Kai Skodde fumaba la misma marca y Magne Berger. Thore Akre y Ola Kiste también. A veces me pedía. Håkon Mørk fumaba en pipa, Eivind Larsen tenía sus puritos. Vidar Bronebakk fumaba la mezcla Eventyr, Svein Teigen siempre tenía cigarrillos comprados con filtro, Frank Robekk fumaba Tiedemanns Amarillo. Fumaba Tiedemanns amarillo y masticaba caramelos Fisherman's Friend.

Mientras hablaba, Finn Haber abrió el paquete y llenó de tabaco el fino papel de liar.

–Todos buena gente –añadió liando el cigarrillo.

–¿Dónde estaban guardadas las colillas? –preguntó Wisting.

Haber humedeció el papel.

–En el frigorífico –respondió y cortó el tabaco que asomaba por los extremos del cigarrillo ya listo.

–¿Las bolsas no estaban selladas?

El técnico criminalista dejó el cigarrillo y levantó la taza de café. Parecía hacer esfuerzos por recordar.

–Mientras estuvieron allí, no –concluyó–. No fueron precintadas hasta que se mandaron. Cuando se redactó la solicitud de análisis en el laboratorio y se enviaron a Medicina Legal. En principio, cualquiera puede haber pasado por allí para dar el cambiazo a una de las colillas.

–Cualquiera no –dijo Wisting–. Uno de nosotros.

Finn Haber se quedó en silencio. Se colocó el cigarrillo en la comisura de los labios, cogió el mechero del alféizar de la ventana y lo encendió. Su mirada se deslizó hacia el mar intranquilo. Oyeron un ruido, como de una puerta golpeada por el viento.

Wisting probó el café.

–Alguien ha entrado en casa –dijo–. En la cabaña.

–¿Ahora estás allí?

Wisting asintió y sacó el móvil.

–Alguien está interesado en saber qué he descubierto.

Le mostró la foto de la huella de la bota.

Haber dio una profunda calada al cigarrillo sujetándolo entre el índice y el pulgar y lo dejó al borde del cenicero antes de coger el teléfono y sacarse un par de gafas del bolsillo de la camisa.

–Uno de nosotros –dijo.

–Tal vez.

Haber negó con la cabeza.

–No. Este es uno de nosotros –dijo señalando la pantalla–. Esa pisada la he visto antes. – Wisting se inclinó sobre la mesa. Haber sostenía el teléfono de manera que los dos pudieran ver la foto–. Muchas veces –repitió.

–¿Dónde?

–En distintos escenarios de crímenes. –Dio unos golpecitos a la pantalla–. Se trata de una bota Alfa M77 de campo –explicó–. Suministrada por el servicio de equipamiento de la policía.

Wisting se reclinó. Él mismo tenía un par de esas botas, en la taquilla del sótano de la comisaría.

–¿Encontraste algún elemento característico? –preguntó Haber y se quitó las gafas.

Wisting entendió lo que quería decir. Marcas de un desgaste particular o un rasguño casual con

una piedra afilada en la suela que pudieran servir para distinguirlas de otras botas de la misma marca y talla.

–No estudié la pisada con mucho detalle –reconoció Wisting–. Solo la he tapado.

Haber empujó el teléfono hacia él.

–¿Tienes yeso y todo lo necesario para hacer un vaciado?

–No.

Haber se puso de pie.

–Voy a ver qué encuentro.

Fue hacia la puerta e hizo un gesto a Wisting para que lo siguiera. Fueron por un estrecho pasillo y pasaron al salón. Los anchos tablones de madera del suelo crujían. Haber se detuvo ante la puerta del fondo, abrió y entró.

Era un estudio con estanterías altas repletas de libros, carpetas y cajas para archivar. Delante de la ventana había una amplia mesa de trabajo con un viejo ordenador y una gran pantalla.

Haber se acercó a un armario que estaba detrás de la puerta. Dos de los estantes estaban repletos de equipamiento de criminalística. Botes con polvo para tomar huellas dactilares en distintos colores y adminículos para hacer moldes de plástico. Movi6 unas cajas y sacó una bolsa blanca con letras azules.

–¿Sabes cómo se hace? –preguntó.

–No lo he hecho desde que iba a la Academia de Policía –respondió.

El antiguo técnico criminalista lo miró.

–Iré contigo –afirmó y sacó otras cosas que le harían falta.

–No hace falta que... –protestó Wisting, pero Haber no le hizo caso.

–Nos vamos –ordenó Haber y cerró la puerta del armario–. Antes de que la huella se estropee por estar a la intemperie.

Puso todas las cosas que había cogido en una bolsa de viaje y fue hacia la puerta.

Wisting le siguió en silencio. Fuera, en la escalera, Haber le tendió la bolsa mientras se calzaba las botas.

–Yo puedo asumirlo –dijo echando la llave a la puerta.

Wisting no entendió qué quería decir.

–El error fue mío –añadió Haber recuperando la bolsa de viaje–. No debí dejar las pruebas sin precintarlas. Tendría que haberlas mandado inmediatamente. Puedo asumirlo. Decir que fui yo quien cambió la tercera colilla.

Wisting abrió la boca para decir algo, pero se quedó mirando fijamente al anciano.

–No tengo nada que perder –siguió Haber–. No tengo familia a la que tomar en consideración. Eso cerraría el caso. A ti todavía te quedan unos buenos años en activo. Puedes hacer mucho bien. Puedes encontrar a la otra chica. Linnea Kaupang.

Wisting sostuvo su mirada.

—No funciona así —dijo—. Para mí no. Una injusticia no se soluciona con otra.

Haber se cerró la chaqueta por el cuello. Luego se encogió de hombros, se dio la vuelta y fue hacia el coche.

Wisting le siguió con la mirada sin saber si el policía jubilado lo había dicho en serio, o si la oferta había sido una manera de ponerlo a prueba, una especie de juego táctico. Dejar que Haber diera un paso al frente y asumiera la responsabilidad estaría tan mal como lo estuvo cambiar la prueba de ADN en su momento. Sería un fraude. Un engaño.

El viejo técnico criminalista se volvió y miró a Wisting, que dio el primer paso para seguirlo, inseguro de si en realidad conocía al hombre que tenía delante.

Fueron los últimos en bajar a desayunar al comedor. Line tenía esa sensación extraña, pero a la vez familiar, de satisfacción y arrepentimiento. Arrepentimiento porque cada noche, cada hora que pasaba con Tommy, se le hacía más difícil seguir con su vida. Satisfecha porque necesitaba y ansiaba esa intimidad.

Tommy apartó la silla de la mesa y fue a servirse por segunda vez. Line cogió un ejemplar del *VG*. El titular de portada estaba dedicado a una nueva dieta baja en hidratos de carbono, pero en la parte superior había una noticia sobre caso Cecilia: «El testigo que nunca fue escuchado».

No sabía si quería leerlo, y empezó a pasar las páginas desde el principio. No habían cambiado una coma de su artículo. Habían vuelto a usar la foto del perro, como una especie de recordatorio para el lector de que se trataba del mismo caso del día anterior. También estaba la foto de la casa adosada de Jonas Ravneberg, en la que habían pasado una cinta policial por la verja de madera blanca. Las dos fotos encajaban bien con el titular sobre un robo misterioso en el que no parecía que se hubieran llevado nada. El artículo había quedado más corto de lo que esperaba, pero no importaba. Había puesto la información más importante al principio.

Tommy volvió a sentarse a la mesa. Line pasó la página y apareció la foto de su padre. No era grande, pero estaba claro que el periódico no había soltado su presa. Otra foto mostraba la reconstrucción de lo ocurrido en el cruce de la granja de Gumserød. Un coche blanco ocupaba el centro de la imagen. Un hombre estaba apoyado en el maletero mientras un grupo de investigadores conversaban. Line reconoció al delgado técnico en criminalística y varios policías que ya estaban jubilados. La foto principal era la de un testigo al que nunca se escuchó. Se llamaba Aksel Presthus y era un hombre alto de algo más de cincuenta años. Llevaba un jersey de lana tradicional islandés con un pañuelo de algodón negro al cuello. Tenía el cabello castaño oscuro, con muchos rizos que salían disparados hacia todas partes.

Tommy la dejó leer, sin decir nada.

Al igual que a Rudolf Haglund, a Aksel Presthus le gustaba pescar. Cada fin de semana salía de excursión y probaba nuevas zonas de pesca; anotaba las capturas en un diario. Seguía conservando, y lo mostraba al fotógrafo de *VG*, un diario de pesca de diecisiete años de antigüedad. El sábado 15 de julio había escrito: «Damtjenn. 20.45 horas. Trucha 132 gramos. 21.15 horas. Trucha 94 gramos. 21.35 horas. Trucha 168 gramos».

Damtjenn era la laguna en la que Rudolf Haglund afirmaba haber estado pescando el fin de semana en que secuestraron a Cecilia. El testigo recordaba que había gente al otro lado del lago pero que no se habían saludado. Había llegado al lago relativamente tarde y había tardado casi

una hora en capturar el primer pez. Al dejar su coche, aparcó detrás de un Opel Rekord blanco, viejo, pero cuando volvió al día siguiente ya no estaba.

Aksel Presthus había seguido el caso Cecilia en la prensa y, cuando leyó la coartada de Rudolf Haglund, decidió ponerse en contacto con la policía. Había llamado a la centralita y preguntado por el responsable del caso Cecilia. Pasaron la llamada y contó lo que había visto. El jefe de la investigación dio las gracias por la información y prometió que le llamarían si la información resultaba de interés para el caso. Nunca supo más de ellos.

El defensor de Haglund afirmaba haber revisado todo el material archivado sobre la investigación sin encontrar el nombre de Aksel Presthus. La policía había seleccionado qué información debía incorporarse al caso y, con métodos cuestionables, habían conseguido que Rudolf Haglund fuera condenado por asesinato.

El comisario William Wisting no había querido comentar la noticia. El subdirector de la policía Audun Vetti refirió que el caso había sido remitido a Asuntos Internos, y que el investigador responsable había sido suspendido de su cargo.

Dejó el periódico a un lado.

–¿Qué planes tienes? –preguntó Tommy.

–Voy a verificar unas informaciones del caso de asesinato –respondió ella.

–¿Qué clase de informaciones?

–Sobre Jonas Ravneberg. Vivió en Larvik antes de venir a Fredrikstad.

Tommy pinchó el último pedazo de beicon con el tenedor.

–¿Te vas a casa?

Line miró de reojo la foto de su padre en el periódico.

–Sí, me voy a casa.

Condujeron en silencio. Cuando se desviaron de la carretera principal, Haber sacó el paquete de tabaco y empezó a liarse un cigarrillo.

Otro vehículo, más grande y pesado, había dejado profundas marcas en el suelo embarrado. Era un camino común para las cerca de quince cabañas que había diseminadas por la zona. Más adelante se bifurcaba, pero las huellas seguían hacia la derecha, el sendero que conducía a la cabaña de Wisting.

El coche se balanceaba de un lado a otro y avanzaba a trompicones. Las ruedas derraparon por la última cuesta antes de descender hacia el aparcamiento. Allí había un coche desconocido. Periodistas, pensó Wisting, pero lo descartó al acercarse. Era un caro Mercedes GL con salpicaduras de barro en los laterales. El conductor estaba en el porche de delante de la cabaña.

–¿Más invitados? –se extrañó Haber.

–Yo no he invitado a nadie –comentó Wisting.

Aparcó el coche. El hombre se quedó mirándolos desde la cabaña. Llevaba una gabardina hasta los pies y en la mano sostenía un portafolios. Estaba demasiado lejos como para que fuera posible reconocerlo.

Haber se metió el cigarrillo recién liado en la boca y lo encendió.

–Luego te sigo –dijo inhalando.

Wisting bajó por el sendero y antes de llegar reconoció al hombre que le esperaba en el porche. Era el abogado Sigurd Henden.

El nuevo abogado defensor de Rudolf Haglund saludó con un movimiento de cabeza, pero no le tendió la mano.

Wisting lo saludó del mismo modo.

–Supongo que tú y yo no deberíamos hablar –dijo Wisting.

–Probablemente no –respondió Henden.

La llovizna había depositado un fino velo sobre el cabello gris oscuro del abogado.

–Siento lo que todo esto ha traído consigo –dijo.

Wisting no respondió, pero se giró y se quedó junto al abogado mirando hacia el mar. Un carguero navegaba rumbo al oeste.

–¿Cómo has encontrado este lugar? –preguntó mirando de reojo la pisada del sendero que estaba protegida por el barreño de plástico.

–Me lo dijo tu pareja.

Wisting le miró sorprendido.

–¿Suzanne?

–Lo lamento. No la habría llamado si no fuera importante.

Un golpe de viento agitó los árboles más próximos e hizo caer gotas de las ramas. Hojas marrones pasaron volando ante la cabaña.

Suzanne no le había comentado nada. Ingrid jamás habría dado esa información. No es que fuera perjudicial, pero resultaba innecesario. Sigurd Heden desempeñaba un papel profesional en lo que estaba ocurriendo, pero ¿con quién más habría podido hablar Suzanne? Ingrid se habría limitado a coger el recado y transmitírselo.

Se pasó la mano por la cara mojada de lluvia. Haber se había alejado del coche hacia unos arbustos de abedul. Parecía estar arrancando unas ramas.

–¿Qué es tan importante? –preguntó Wisting.

Sigurd Henden carraspeó.

–Él no cree que fueras tú.

Wisting se giró hacia él.

–¿Qué quieres decir?

–Rudolf Haglund. No cree que fueras tú quien puso la prueba falsa de ADN.

Mientras intentaba concentrarse en la conversación, Wisting fijó la mirada en una gaviota que balanceaba las alas para atrapar las corrientes de aire. Lo que Rudolf Haglund creyera u opinara no significaba nada. El abogado defensor no había ido hasta allí para contarle eso. Tenía que haber algo más.

–¿Qué queréis? –preguntó.

–Justicia.

–Pues entonces ya somos tres. Pero, para tu información, sigo creyendo que fue él. Que tu cliente secuestró y asesinó a Cecilia Linde.

El abogado pasó por alto sus palabras.

–Él sabe quién fue –dijo.

La gaviota interrumpió su vuelo y se lanzó en picado de forma sobrecogedora sobre la superficie del mar. Wisting abrió la boca, la cerró y la abrió de nuevo.

–¿Sabe quién hizo qué? –preguntó.

–Sabe quién colocó la prueba de ADN.

–¿Quién?

–No lo sé. No me lo quiere decir.

–¿Cómo puede saberlo?

El abogado defensor movió la cabeza.

–No lo sé –repitió.

Wisting dio unos pasos al frente, levantó la mano y se cerró mejor la chaqueta alrededor del

cuello.

–¿Qué queréis? –preguntó de nuevo.

Sigurd Henden avanzó hasta colocarse a su lado.

–Quiere hablar contigo –dijo–. Quiere darte lo que necesitas para recuperar tu buen nombre.

El abogado se acomodó tras el volante y arrancó el coche. Pulsó el interruptor para bajar la ventanilla y le tendió un periódico.

–Cógelo –le rogó.

Wisting se acercó al coche.

–Léelo –añadió el abogado poniendo el dedo sobre el titular de la portada: «El testigo que no fue escuchado»–. No creo que fueras tú –añadió–. Esto tampoco.

Wisting se quedó observando el coche que desaparecía por la cima de la colina. Se sentía como si le hubieran abandonado, y se preguntó a qué había accedido. Cuando sacaron a Rudolf Haglund de la sala, diecisiete años antes, había esperado no tener que verlo nunca más. Ahora había accedido a reunirse con él. Al día siguiente, a las doce, en el despacho del abogado Henden en Oslo.

Haber se acercó a él y lanzó una nube de humo del cigarrillo en dirección al enorme Mercedes.

–¿Qué quería?

–La verdad es que no lo sé –respondió Wisting.

Haber le miró con los ojos entornados. Luego apagó el cigarrillo entre el índice y el pulgar y lo tiró al suelo.

–¿Empezamos?

Wisting asintió y abrió el maletero. Haber cogió el equipo y fue hasta el barreño de plástico.

–Necesito agua y algún recipiente donde disolver la escayola –dijo.

Wisting fue a por un cubo y una gran jarra de cristal con agua. Cuando volvió, Haber estaba agitando un spray de laca para el pelo.

–Levanta el barreño –dijo–. Sujétalo encima de la pisada para que la lluvia no la moje.

Wisting hizo lo que le pedía. Haber sacó una tira de cuero con la que rodeó la huella como una especie de encofrado. Luego se puso en cuclillas y roció la pisada con laca. Sostenía el bote de spray a cierta distancia y ladeado, para que la presión del aire no borrara detalles de la impresión. Luego esperó un poco y volvió a rociarla con otra capa. Cuando la huella estuvo preparada empezó a diluir el yeso.

–Supongo que no vas a denunciar el allanamiento a la policía –dijo mientras mezclaba el polvo de yeso con el agua.

Wisting se limitó a asentir.

El yeso se convirtió en una masa blanca y líquida, que echó con cuidado en la pisada. Cuando

el fondo estuvo cubierto, puso ramas de abedul recién cortadas atravesadas por encima, como refuerzo. Luego echó el resto de la escayola y pidió a Wisting que bajara el barreño.

—¿Café? —propuso Haber—. Se secará más o menos en una hora.

Wisting invitó a Haber a entrar en la cabaña. El técnico de criminalística se quedó mirando a su alrededor mientras Wisting dejaba el periódico y abría la alacena. Había un tarro mediado de café en polvo y un paquete de galletas. Sacó las dos cosas y puso una cazuela con agua sobre la placa.

Finn Haber había desplegado el periódico sobre la mesa.

—Hay fotos de los dos —comentó.

Wisting se inclinó sobre él y vio la foto de él que habían publicado. Haber aparecía en una instantánea del cruce de Gumserød que habían hecho con ocasión de la reconstrucción de la escena que Karsten Brekke había visto desde el asiento del tractor. El técnico de criminalística estaba en medio de un grupo de investigadores y gesticulaba con las manos levantadas. Estaban casi todos, salvo Wisting. Kai Skodde, Magne Berger, Thore Akre, Ola Kiste, Vidar Bronebakk y Svein Teigen. Frank Robekk estaba solo, vestido con una camiseta blanca y un pantalón vaquero, como el asesino, pero con sus gruesas gafas. Estaba apoyado en el maletero del Opel blanco que habían alquilado para la ocasión mientras se liaba un cigarrillo.

—Esto no le proporciona una coartada —constató Finn Haber poniendo el dedo sobre la foto del testigo al que no habían escuchado—. Vio el Opel blanco sobre las ocho de la tarde. Para entonces Cecilia ya llevaba ocho horas desaparecida.

Wisting examinó al hombre de la foto. Un par de ojos azul hielo le miraban desde un rostro tosco, maltratado por la intemperie. El cabello rizado y despeinado.

—Aun así —objetó Wisting—, ¿qué clase de persona secuestra a una chica joven, la encierra y luego sale a pescar?

—Una persona como Rudolf Haglund —respondió Haber.

El agua de la cazuela hervía. Wisting la apartó de la placa.

—En cualquier caso, esa no es la cuestión —dijo Wisting echando una cucharada de café en polvo en cada una de las tazas—. Nunca le tomaron declaración. Su pista no se siguió.

El antiguo técnico de criminalística siguió leyendo en silencio. Wisting llenó las tazas de agua caliente y revolvió con una cuchara.

—Él no dice que hablara contigo —siguió Haber cogiendo la taza que Wisting le ofrecía—. Aquí pone que habló con el que estaba a cargo.

—Yo estaba a cargo —le recordó Wisting.

Haber lo miró.

—¿Entonces hablaste con él?

Wisting negó con la cabeza.

—Lo recordaría.

–No solo lo recordarías, sino que lo habrías llevado a la sala de interrogatorios. –Haber dejó la taza en medio del artículo sin haber bebido–. Todas las llamadas de informantes se pasaban al despacho de Frank Robekk –prosiguió–. Era para lo único que nos servía.

Wisting asintió. Frank Robekk se había apartado por completo de la investigación, pero le habían asignado el cometido de atender las llamadas de los informantes. Todos los que en un primer momento contactaban con la centralita, hablaban después con el despacho de Frank Robekk. Aunque quien llamara pidiera hablar con el responsable de la investigación, primero le pasarían con esa oficina que debía filtrar las llamadas de los informantes.

–No fue capaz ni de eso –gimió Haber soltando una palabrota antes de levantar la taza para beber–. Ese Robekk siempre fue un poco raro.

–Era un policía competente –objetó Wisting.

–Hasta que se le fue la cabeza –admitió Haber–. Pero siempre fue raro.

Wisting había conocido a Frank Robekk como un investigador tenaz y obstinado, que contaba con una estrategia para todo lo que acometía. Hasta que perdió la cabeza. Pero quizá se le escapaba algo de su personalidad, algo indefinible que no pertenecía al plano profesional que Wisting y él tenían en común.

–Recuerdo que me pregunté si era homosexual –recordó Haber antes de beber de la taza que había dejado un círculo marrón en el periódico–. Nunca tuvo novia y jamás participó en ninguna actividad social. Ni una caña de cerveza un viernes, ni una salida por la ciudad. Era como si quisiera esconderse de nosotros.

Wisting miró la foto del periódico otra vez y se dio cuenta de que observaba a Frank Robekk con otros ojos. Luego dejó que su mirada se posara en el resto de los policías antes de detenerse en Robekk otra vez. Hablaría con él.

El vaciado en yeso de la pisada quedó perfecto. Finn Haber sonrió por primera vez aquel día, sin duda satisfecho de no haber olvidado sus antiguas habilidades. Cepilló la huella blanca hasta dejarla limpia. Era una copia exacta de la suela de la bota que había pisado el sendero.

–No parece que la bota esté muy usada –concluyó Haber–. No hay desgaste. Una suela limpia y entera. Será difícil relacionarla con una bota determinada.

Wisting suspiró. Todavía no sabía qué uso iba a darle al molde, pero había tenido la esperanza de descubrir quién había entrado en la cabaña.

–Aquí la tierra es salina –explicó Haber y se volvió hacia el mar–. Si encuentras al hombre que ha estado aquí, debes tomar muestras de tierra de sus botas. Un análisis comparativo te dará una buena prueba de refuerzo.

Wisting envolvió el molde en un trapo y lo metió en el maletero del coche. Haber cogió el bote de laca del pelo y la bolsa con el resto del yeso, y luego los dos se subieron al coche para volver a la vieja estación de Nevlunghavn. La primera parte del trayecto se mantuvieron en silencio.

–¿Figura él en tu lista? –preguntó Haber finalmente.

–¿Quién?

–Frank Robekk.

–Está en la lista de la gente con la que quiero hablar, sí.

No dijeron nada más hasta que Wisting detuvo el coche ante el garaje del final del camino.

–Gracias por tu ayuda –dijo.

Haber abrió la puerta del coche, pero permaneció sentado.

–Tengo algo para ti –dijo.

–¿El qué?

–Algo que tal vez te resulte interesante. Será mejor que entres conmigo.

Wisting lo siguió hasta la casa. Haber dejó sus botas junto a la trampilla del sótano como la vez anterior. Wisting no se quitó las suyas y entró con él. Recorrieron el pasillo hasta el despacho donde Haber guardaba la escayola.

–Allí –dijo Haber, señalando un armario alto que había al fondo de la habitación.

Wisting avanzó unos pasos mientras Haber guardaba en su sitio el equipo que había utilizado para hacer el molde de la huella.

–No sé si servirá de algo –dijo pasando junto a Wisting para llegar al armario–. Pero vi que tenías copia de todos los documentos relacionados con el caso Cecilia en la cabaña.

Abrió el armario. El contenido no se diferenciaba de lo que había en las estanterías de la

habitación. Archivadores, libros y recortes de prensa. En las dos estanterías superiores había varias cajas de cartón de poca altura, bastante anchas. Haber cogió la que estaba en el centro de la estantería más alta y la llevó al escritorio.

–A mí desde luego no me hacen falta –dijo.

–¿Qué son?

–Fotos que sobraron del caso Cecilia.

Abrió la caja y Wisting miró en su interior. Debía de haber varios cientos de fotos, todas ellas colocadas de lado en tres hileras. Estaban clasificadas con separadores que indicaban el lugar y la fecha en que habían sido tomadas.

–Debería haberlo destruido todo en la trituradora de papel cuando me jubilé –dijo trazando un arco con el brazo en dirección al armario–. Pero no me decidí a hacerlo. Es como si toda mi vida estuviera recogida en esas cajas. Todos los casos en que he participado están documentados aquí. Tenía intención de escribir un libro y utilizar estas fotos para ilustrarlo, pero ya no lo haré.

Wisting pasó el dedo por la fila de fotos y sacó una, elegida al azar, con la etiqueta «Revisión Clínica 30/07». Eran fotos que habían tomado a Rudolf Haglund en una sala de hospital para documentar posibles lesiones que Cecilia Linde pudiera haberle causado. Arañazos, mordiscos y cosas así. El reconocimiento no había dado resultados. Tal vez por eso, Wisting no había visto las fotos antes, solo había leído el informe médico.

Rudolf Haglund tenía el torso desnudo. Tenía la piel muy pálida, pero se le veía fuerte y fibrado. Su rostro tenía la misma expresión apagada que Wisting recordaba de los interrogatorios.

El resto de las fotos eran primeros planos de manos, brazos y otras partes del cuerpo.

–¿Qué es esto? –preguntó Wisting señalando una vieja cicatriz fotografiada en la cara interior del muslo de Haglund.

–Una cicatriz de una operación quirúrgica –explicó Haber–. Tenía tres como esa después de haberse quitado tres lunares. Eran cancerígenos.

Esto era una novedad para Wisting. No recordaba haber oído decir que Rudolf Haglund hubiera tenido cáncer, pero la cicatriz parecía antigua, y el historial clínico no solía formar parte de la investigación de un crimen.

En la que probablemente era una foto de prueba, tomada para medir la intensidad de la luz, estaban los dos investigadores que habían acompañado a Rudolf Haglund al reconocimiento médico. Eran Nils Hammer y Frank Robekk. El flash se reflejaba en uno de los cristales de las gafas de Robekk, pero a Wisting le pareció que ya podía ver en su mirada el vacío que le invadiría más tarde y le imposibilitaría seguir trabajando como policía. La mirada de Nils Hammer era diferente, casi triunfal. Sonreía ampliamente mostrando la dentadura, y sus ojos brillaban como los de un perro de caza adiestrado que llevara la presa al cazador.

–Llévatelas, si crees que pueden serte útiles –dijo Haber.

Wisting guardó las fotos, cerró la caja y se la colocó debajo del brazo.

Finn Haber acompañó a Wisting al coche. Ya no llovía, pero hacía más frío.

Al volante, Wisting pensó en Suzanne. Sintió que sin querer él la había avergonzado, y que debía hablar con ella, conseguir que se sincerase y dijera lo que pensaba de él. Pero, a la vez, de momento no tenía ganas de mantener esa conversación.

En lugar de eso, condujo hacia Brekke y encontró el desvío a la playa de Rugland y la casa de veraneo de la familia Linde. El último tramo del trayecto hasta la casa estaba cerrado con un portón. Wisting tuvo que dejar su coche en un aparcamiento comunitario y recorrer a pie los escasos metros que le separaban de la finca.

Durante las primeras semanas posteriores a la desaparición de Cecilia había ido todos los días, solo para contarles que no había novedades. Ahora parecía más silencioso y desierto que nunca, como si la lluvia amortiguara todos los sonidos. La residencia de verano de la familia Linde estaba formada por varios edificios. La casa principal era de madera pintada de blanco, de dos pisos, contraventanas verdes, tejado de aguas con buhardillas y tejas de color rojo descolorido. Las paredes estaban cubiertas de rosas y hiedra salvaje.

Cuando se aproximó a la propiedad una bandada de cuervos levantaron el vuelo desde uno de los árboles más próximos y le graznaron. El sendero de losetas que llevaba hasta la puerta principal estaba cubierto de malas hierbas. Lo que en su día fue un jardín bien cuidado se había convertido en un matorral otoñal. Una mesa redonda de exterior estaba boca abajo, rodeada de ortigas de un metro de alto. En medio del patio había un mástil rematado con los restos de un banderín azul. La cuerda movida por el viento golpeaba rítmicamente el mástil. Apenas se distinguía la letra C, de Canes, el nombre de la empresa, sobre el fondo azul. La lluvia y el viento habían borrado el resto. La que en su día fuera una espléndida residencia veraniega no solo estaba vacía, sino totalmente abandonada. La familia Linde no había vuelto en los diecisiete años transcurridos desde aquel verano.

Se aproximó a una de las sucias ventanas y acercó las manos al cristal. El alféizar de la ventana estaba lleno de telarañas y moscas muertas con las alas caídas y las patas levantadas. Las cortinas descoloridas estaban echadas, pero a través de una abertura vio un reflejo del pasado. Pesados muebles de pino con densas tapicerías de colores y estampados campesinos. Paredes revestidas de madera hasta media altura y paredes de color caoba.

La habitación de Cecilia estaba bajo el alero orientado al este. Las huellas del allanamiento aún se distinguían en el marco de la ventana roto. Resultaba extraño que tampoco los ladrones hubieran entrado en la casa durante diecisiete años.

Allí también había otro hueco entre las cortinas. La ancha cama estaba hecha, con una colcha rosa a los pies. Sobre una cómoda había un gran aparato de música. En las estanterías había casetes junto con objetos decorativos, pequeños peluches y otros artículos.

Wisting fue al porche que daba al sur y tenía vistas al mar. Se quedó mucho rato mirando el agua mientras escuchaba el pesado estruendo de las olas que entraban en la ensenada a sus pies. Un hombre con un perro labrador negro se acercaba caminando por la playa. El animal corría en libertad a su lado. Cuando vio a Wisting en el porche, llamó al perro y lo sujetó con la correa. El hombre se dirigió al sendero que conducía a la propiedad. Algo en él le resultaba familiar. Estaba a media subida cuando Wisting lo reconoció. Danny Flom. El fotógrafo que fuera novio de Cecilia Linde. Seguía teniendo un aire bohemio, vestido con vaqueros agujereados, jersey de cuello vuelto negro y una chaqueta cortavientos gastada. Una vieja gorra con visera ensombrecía sus ojos castaños.

–Hace mucho que no veía gente por aquí –dijo tendiéndole la mano a Wisting.

–Hacía mucho que no venía por aquí –respondió y le estrechó la mano–. Diecisiete años, para ser precisos.

–¿Me reconoces? –dijo el hombre que tenía delante antes de pronunciar su nombre–. Traté más con otro de los investigadores. Hammer. ¿Sigue con vosotros?

Wisting dijo que se acordaba perfectamente del novio de Cecilia y que Nils Hammer todavía trabajaba en la comisaría.

El perro negro le olisqueó los tobillos. Wisting se agachó y le rascó detrás de la oreja.

–Paso mucho tiempo aquí –explicó Danny Flom–. No exactamente aquí, en la casa de los Linde, sino en una cabaña que tengo al otro lado del cabo. –Señaló en la dirección de la venía–. La compramos hace cuatro años. A pesar de lo que le sucedió a Cecilia, siempre he sentido nostalgia por este lugar. Mi vida dio un vuelco ese verano, pero seguí mi camino. Hacia delante y hacia arriba.

–Flomlys –comentó Wisting.

Danny Flom le miró. Extrañado, casi asustado porque Wisting conociera el nombre de su empresa.

–Leí sobre vosotros hace unos años, en la prensa –explicó Wisting–. Decían que habíais ganado un premio, o algo así.

–Puede ser. Flomlys fue idea de Cecilia y mía. Ella era buena delante de la cámara, pero aún era mejor detrás de ella. La monté de todas formas. Solo tardé algo más de tiempo y con un amigo como socio en su lugar.

Se agachó y soltó la correa del perro. El animal acercó el hocico al suelo y fue despacio hacia las grandes puertas de cristal de la casa principal. Las parras silvestres habían reptado por las paredes y empezaban a cubrir los cristales rotos.

–Yo también he leído sobre ti en el periódico –dijo, siguiendo al perro con la mirada.

Wisting no respondió. Se acercó a la barandilla cubierta de excrementos resacos de pájaro.

–No me importa cómo conseguisteis cogerlo –prosiguió Danny Flom–. Solo me alegro de que lo hicierais. Eso fue lo que le dije a Hammer entonces. Cogedlo como sea. Lo que me duele es que haya salido otra vez. Nos quitó a Cecilia para siempre, pero ahora está libre y tiene la cara dura de asegurar que es inocente.

Wisting se metió las manos en los bolsillos. La investigación sobre Danny Flom la había llevado a cabo Nils Hammer. Sus problemas económicos y su tensa relación con el padre de Cecilia habían hecho que durante un tiempo, antes de encontrar a Cecilia, consideraran la teoría de que la pareja había planeado el secuestro de la chica.

–¿Mantienes algún contacto con la familia?

Flom negó con la cabeza.

–Ya no. Su madre me mandó un christmas por Navidad durante unos años, y yo la llamé algunas veces, pero mi vida debía seguir su curso. Me casé cuatro años después, por si no lo sabías. Luego me divorcié y volví a casarme. Dejé atrás el caso Cecilia.

Llamó al perro, pero este no reaccionó.

–Pero ahora ha vuelto a pasar –dijo.

–¿Qué quieres decir?

–La chica que ha desaparecido. Linnea Kaupang. ¿No has pensado que alguien se la ha llevado?

Wisting asintió de manera casi imperceptible y no despegó la vista del suelo. Claro que se le había pasado por la cabeza. Esa idea había planeado como una sombra sobre todo lo demás.

Wisting abrió la puerta de la cabaña. Tenía hambre y por el camino había parado delante del supermercado Meny de Søndersrød, pero no se bajó del coche. Vio varias caras conocidas entre los clientes que iban y venían, y comprendió que no estaba preparado para enfrentarse a sus preguntas, comentarios y miradas, así que siguió su camino.

Dejó la caja con las fotos de Haber sobre la mesa del salón, se acercó al fregadero y bebió un vaso de agua. Luego volvió a llenarlo, cogió el periódico que seguía abierto por la página del caso Cecilia y se sentó en el sofá.

Haber tenía razón. El pescador que salía en el diario *VG* no era ningún testigo que pudiera proporcionar una coartada a Haglund. Quizás hubiera visto a este junto al lago, pero Haglund habría tenido tiempo de ir a pescar mientras tenía a Cecilia atrapada en el sótano. Luego se contuvo. Ese tipo de razonamiento era precisamente el que había posibilitado que encausaran a Haglund. Habían estado tan seguros de que él era el autor que encontraron maneras de justificar cualquier objeción que pudiera surgir.

Dejó el periódico sobre la mesa y pasó las páginas hasta llegar al artículo sobre el caso en el que estaba trabajando Line en Fredrikstad. Había una gran foto de la casa en la que vivía la víctima, que había sido identificada y cuyo nombre se había dado a conocer: Jonas Ravneberg. Había otra foto, más pequeña, del lugar donde lo hallaron. Se intuía la silueta de una persona bajo una manta, pero lo más dramático de la foto era su perro, que estaba sentado a los pies de la camilla con sus grandes ojos oscuros.

El robo durante el cual Line había sorprendido al autor en casa de la víctima se describía como misterioso. No parecía que se hubieran llevado nada.

Wisting se acercó el vaso de agua a los labios y bebió la mitad de un trago. Así había sido también el robo en la residencia de verano de la familia Linde. Misterioso. No parecía que hubieran robado nada.

Leyó el resto del artículo antes de doblar el periódico. Line escribía bien, pensó, pero no le gustaba que anduviera cerca de un asunto tan peligroso.

Abrió la caja que se había llevado de la casa de Haber y sacó la foto que habían hecho de Rudolf Haglund con el torso desnudo en el hospital. Inmaculado era la palabra que le había venido a la cabeza cuando la vio en casa de Haber. La palabra volvió a asomar ahora. No estaba seguro de cómo debía interpretarla. Había leído sobre test psicológicos en los que al paciente se le mostraba una mancha de tinta y se le pedía que dijera la primera palabra que se le ocurriera.

Se quitó esas ideas de la cabeza. Se puso de pie y se acercó a la pared del otro lado de la

habitación, donde colgaba un antiguo mapa de navegación del fiordo de Oslo. Lo quitó, y en su lugar puso la foto de Rudolf Haglund atravesándole el musculoso pecho con el clavo. Luego buscó la foto de Cecilia Linde, cortó un trozo de celo con los dientes y pegó la foto de la joven al lado de la de Rudolf Haglund.

Seductora, esa era la primera palabra que se le ocurrió al mirarla. Luego le siguieron otras: atractiva, provocativa. Seguramente era el efecto que buscaban. Danny Flom había dicho que era buena delante de la cámara. Habían empleado esa foto en una campaña publicitaria que llevaría a miles de jóvenes a comprarse ese jersey. Sus pechos se intuían debajo de la palabra Canes.

Canes era el nombre de la colección. Además, cada prenda tenía un nombre adicional. El jersey de la foto se llamaba Venatici. Canes Venatici.

Wisting pronunció las palabras en voz alta, «Canes Venatici», la constelación de los Perros de Caza. Johannes Linde se la había señalado una noche de verano, a última hora, en su casa. Era una conjunción casi imperceptible de estrellas situada debajo del Carro de la Osa Mayor.

Volvió a mirar a Rudolf Haglund.

–Los Perros de Caza –dijo al vacío.

Eso era lo que habían sido sus colegas y él. Una jauría de perros que perseguían a un asesino. Rudolf Haglund era el hombre al que habían atrapado. Pero, como todos los perros de presa, habían seguido la pista más caliente sin pararse a reflexionar.

Volvió a la caja de Haber y pasó las fotos. Tras el separador con la etiqueta «Reconstrucción 20/7» encontró varias fotos similares a las publicadas por *VG*, en que se veía a los investigadores principales junto al cruce de Gumserød, pero aquí no aparecían en un grupo compacto sino dispersos. También eran fotos de prueba. Como era lógico, Haber no aparecía en ninguna de ellas. Frank Robekk seguía solo, con el cigarrillo en la boca, mirando a los demás por encima de los cristales de sus gafas. Audun Vetti y Nils Hammer parecían estar discutiendo.

Wisting cogió una de las fotos de los investigadores y la colgó en la pared al lado de las otras dos. Luego dio un paso atrás y se quedó mirándolas. Tenía la extraña sensación de que había leído o visto algo hacía poco que tenía importancia, pero no conseguía acordarse de qué. Intentó reconstruir mentalmente lo que había hecho a lo largo del día.

Unos pasos en el porche de la cabaña le arrancaron de sus pensamientos. Pasos ligeros, casi inaudibles, que se detuvieron delante de la puerta. Periodistas, pensó, pero al oír el ruido del pomo al girar se le aceleró el corazón. Cuando la puerta chirrió Wisting cogió un leño de la chimenea y lo blandió como un arma.

–¿Hola?

Era Line. Entró en la habitación con una gran sonrisa.

–Me alegro de verte –dijo ella dándole un beso.

–Yo a ti también –respondió Wisting.

–Aquí dentro hace frío –comentó ella mirando alrededor.

–Precisamente iba a encender un fuego –explicó Wisting y arrojó el leño que sostenía en la chimenea. Luego se puso en cuclillas y lo rodeó de astillas.

–He intentado llamarte –dijo Line mirando las tres fotos de la pared.

–Lo tengo silenciado –explicó Wisting–. Siempre se me olvida mirarlo.

Line ladeó la cabeza y se quedó con la boca entreabierta.

–¿Es él? –preguntó señalando la foto de Rudolf Haglund.

–Sí, es él –confirmó Wisting encendiendo una cerilla.

–¿Por qué tiene el torso desnudo?

El fuego encendió algunas astillas secas y las llamas empezaron a crujir acogedoras y a proyectar una luz amarillo rojiza por el cuarto de estar.

–Las hicieron en el hospital –explicó Wisting–. Le examinaron buscando lesiones que le pudiera haber causado Cecilia cuando la secuestró o la estranguló.

Line se inclinó hacia la foto.

–¿Y tenía?

Wisting se acercó.

–No.

–¿No es un poco extraño? –se preguntó la hija–. Yo habría hecho todo lo posible para liberarme, le habría arañado y dado patadas.

–No todo el mundo es igual –respondió Wisting–. Muchos violadores no presentan lesiones.

–¿La violó?

–No.

–¿No es un poco extraño? Quiero decir, ¿por qué se la llevó entonces?

Wisting miró a su hija. Le sorprendía su perspicacia, pero en eso consistía su trabajo: en hacer preguntas.

Line no esperó a que contestara. Se acercó a las bolsas de la compra que había dejado delante de la puerta y las llevó a la encimera de la cocina.

–He traído algo de comer –dijo y empezó a dejar las cosas encima del mostrador.

Diez minutos más tarde estaban sentados a la mesa comiendo sándwiches recién preparados.

–¿Qué es lo que buscas? –preguntó Line mirando la mesa llena de documentos y notas.

Difícilmente lo sabía el mismo Wisting.

–Irregularidades –respondió–. Errores insignificantes o excepciones en los que no me fijé hace diecisiete años, o que pensé que no tenían nada que ver con el caso.

Line cogió uno de los informes policiales.

–¿Puedo ayudarte? –preguntó–. Esas cosas se me dan bien.

Wisting se reclinó y reflexionó sobre la oferta. Sabía que la tarea era excesiva para un hombre

solo. Line era la persona adecuada. Como periodista, tenía un escepticismo casi congénito ante todo lo que se escribía en informes oficiales. Estaba acostumbrada a poner en duda todo lo que se daba por supuesto.

–No podrás publicarlo en el periódico –dijo él.

–No he venido aquí como periodista –respondió ella–, sino como hija.

Él sonrió.

–Vale –dijo, y recogió los platos.

Luego le recordó el caso y le explicó cómo estaban clasificados los documentos. Le habló de las listas, de las distintas teorías y del nuevo análisis. Le contó que habían entrado en la cabaña; le habló de la huella, le refirió que Haber había querido asumir toda la culpa, recordó su encuentro con Danny Flom y que tenía una cita en el bufete del abogado Rudolf Haglund al día siguiente.

Vio que su hija mostraba mucho interés.

–Pero ¿qué es lo que en verdad estás buscando? –repitió ella cuando su padre acabó.

–¿Qué quieres decir?

–¿Buscas al policía que colocó la prueba del ADN o algo que pueda reforzar tu creencia de que atrapasteis al culpable?

–Las dos cosas –dijo él–. Creo que las dos cosas se encuentran aquí.

Line se puso de pie y se acercó a la pared con las tres fotos. Las estuvo mirando un largo rato.

–¿Eso quiere decir que crees que un policía colocó la prueba de ADN para asegurarse de que el asesino no quedara libre? –preguntó dándole la espalda al padre.

–Sí.

Line se volvió hacia él.

–¿Y si eso no fue lo que ocurrió? –dijo ella.

–Entonces ¿qué?

–¿Y si la cogió un policía y puso la prueba para culpar a otra persona?

En un primer momento, Wisting quiso descartar la teoría de Line por absurda y ridícula, pero luego volvió a mirar la foto de los investigadores en el cruce de Gumserød. Era muy probable que uno de ellos hubiera falsificado la prueba del ADN. Y era posible que el mismo agente hubiera cometido otros delitos. Tuvo que admitir que la hipótesis de Line era verosímil. Esto, más que ninguna otra cosa, le convenció de que Line era la persona adecuada para revisar la documentación del caso. Si se le había pasado alguna cosa por alto, ella lo descubriría.

Wisting se puso de pie, se acercó a la chimenea y echó un par de troncos más.

–Tengo que hacer un recado –dijo cogiendo su chaqueta.

Line ya estaba concentrada en el primer archivador.

–¿Qué? –preguntó levantando la vista.

–Voy a ver a Frank Robekk.

Wisting le recordó quién era.

–Era el detective que respondía a las llamadas de los informantes en el caso Cecilia –concluyó poniéndose la chaqueta.

Line cogió el bolígrafo, y se metió el extremo en la boca.

–El testigo que no fue escuchado –dijo–. Esa llamada probablemente se la pasaron a él, no a ti.

Wisting asintió y dobló el periódico que le había dado el abogado Henden.

–No tuve contacto directo con las personas que llamaban –confirmó y fue hacia la puerta–. ¿Echas la llave cuando salga?

–Enciende el móvil –rogó ella–. Para que pueda localizarte.

Se puso de pie y salió con él. El cielo estaba gris, con nubes bajas y cargadas de lluvia que pasaban deprisa, y el viento llegaba a ráfagas del suroeste, frío y cortante.

Antes de que tuviera tiempo de sentarse en el coche le sonó el móvil. Era un número desconocido, pero no de los que ya aparecía en la lista de llamadas perdidas. Contestó. El comisario Terje Nordbo de Asuntos Internos se presentó en un tono oficioso.

–Es por tu implicación en la investigación del asesinato de Cecilia Linde –informó–. El director de la policía en funciones, Audun Vetti, nos ha mandado la documentación presentada por el abogado defensor Sigurd Henden sobre posibles irregularidades en la obtención de pruebas. Hemos decidido iniciar una investigación y quisiéramos realizar una primera toma de declaración.

Wisting abrió el coche.

–¿Es una investigación directamente sobre mí?

–Tienes condición de sospechoso –confirmó el otro–. Investigamos el caso como una falta

grave en el cumplimiento del servicio. Eso te da la opción de ir acompañado de un abogado al interrogatorio.

–¿Cuándo pensabais llevar a cabo el interrogatorio? –preguntó Wisting sentándose.

–Lo antes posible. Mejor mañana mismo.

–¿Dónde?

–Estamos en Hamar, pero también tenemos oficinas en Oslo.

–Bien –Wisting arrancó el coche–. ¿A qué hora?

–¿Las doce?

–A esa hora tengo otra cita –respondió Wisting–. Tendrá que ser a las dos.

Quedaron a esa hora y Nordbo le dio la dirección del lugar.

Mientras conducía fue pensando en lo que les explicaría. Dependería mucho de lo que Rudolf Haglund dijera en el bufete del abogado Henden.

La llamada de Asuntos Internos le había pillado por sorpresa, y él habría preferido aplazar la entrevista hasta haber avanzado más en sus propias averiguaciones, pero ya que tenía que pasar por eso quizá sería mejor acabar con el asunto cuanto antes.

Frank Robekk había residido en Kleppaker toda la vida. Cuando ambos empezaron en la policía, vivía allí con sus padres. Ahora los dos habían fallecido y Frank vivía solo en la pequeña granja, ya sin actividad.

Wisting aparcó en el patio, al final del largo paseo de abedules. La propiedad consistía en casi cinco a hectáreas de tierra cultivada y otro tanto de pastos. Eso le proporcionaba un buen ingreso en forma de alquiler, además de la modesta pensión de invalidez, como le había confesado a Wisting en una ocasión.

Al otro lado de los oscuros campos arados, en una vivienda construida en una parcela segregada del resto, vivía el hermano mayor, Alf. De allí había desaparecido Ellen Robekk el verano antes de que lo hiciera Cecilia.

El patio estaba cubierto de pegajosas hojas muertas del otoño. En el aire flotaba un olor a hoguera. Volutas de humo gris se elevaban desde el viejo pajar. Wisting cogió el periódico y dio la vuelta a la esquina. Frank Robekk estaba apoyado en un tronco con un cigarrillo en la comisura de los labios contemplando las llamas que ascendían de un tonel oxidado. En el aire había suspendidas pequeñas láminas de ceniza.

Wisting tuvo que acercarse mucho para que Robekk se diera cuenta de su presencia. Dio un respingo, como si estuviera perdido en sus pensamientos.

Wisting le saludó con un movimiento de cabeza.

–¿Vienes tú solo? –preguntó el otro y buscó con la mirada detrás de Wisting.

Wisting asintió de nuevo.

Robekk se aproximó al tonel y metió la estaca para avivar el fuego. Las chispas se elevaron un

metro en el aire antes de posarse.

–¿Qué te trae por aquí? –preguntó y tiró la colilla en las llamas.

–Busco respuestas –explicó Wisting.

Robekk sacó una bolsa del bolsillo de la chaqueta y cogió un par de caramelos como siempre hacía en un intento inútil de disimular el olor a tabaco de su aliento.

–¿Y quién no? –comentó y volvió a introducir la estaca en las llamas. Con algo más de fuerza esta vez.

–¿Has leído los periódicos? –preguntó Wisting mostrándole la edición del día del diario *VG*.

–Hoy no, pero me he enterado de lo que dicen del perfil de ADN de Rudolf Haglund.

–¿Oíste algo al respecto en su momento? –quiso saber Wisting–. ¿Alguien habló de hacer algo así?

–Nunca –respondió Robekk–. No me lo creo. No creo que a ninguno de los chicos se les pasara siquiera por la cabeza hacer algo así.

–Pero, a pesar de eso, se hizo.

–¿No puede haber otras explicaciones? –objetó el viejo investigador–. ¿Y si esa colilla del cruce de Gumserød de verdad era de Haglund, y las otras dos estaban ahí de antes?

–Tiedemanns Gul era su marca.

–También es la mía, pero si se ha acabado en la tienda, puedo llevarme otra.

Wisting comprendió que era una discusión inútil. Todo podía explicarse o justificarse si uno no quería creer que alguien del cuerpo hubiera manipulado las pruebas.

–Además, lo podrían haber hecho con más convencimiento –prosiguió Robekk–. Si uno de los investigadores quería estar completamente seguro de que lo condenarían, debería haber colocado una prueba más segura. Un cabello de Cecilia en casa de Haglund, por ejemplo. Algo que creara una conexión directa entre la víctima y el asesino.

El humo les daba en la cara. Cambiaron de posición, pero fue en vano, el humo parecía perseguirles. Robekk se quitó las gruesas gafas y se frotó los ojos. Había llevado la misma montura desde que Wisting pudiera recordar. Le había hecho una marca en la base de la nariz, y sin ellas se transformaba en un desconocido.

Wisting le tendió el periódico.

–Páginas ocho y nueve –dijo.

Frank Robekk cogió el periódico y volvió a ponerse las gafas. Los ojos se le agrandaron.

–Hay una entrevista con un testigo que llamó para darnos una información que podría haberle proporcionado a Rudolf Haglund una coartada –explicó Wisting.

–Hmmm –murmuró Robekk al abrirlo–. Ese soy yo –dijo señalando la foto de archivo que el periódico había utilizado.

–¿Has oído algo así? –preguntó Wisting–. ¿Que alguien llamara para contar que habían visto a

Haglund pescando?

Frank Robekk no contestó. Leyó todo el artículo antes de levantar la vista y negar con la cabeza.

–Lo recordaría –dijo–. Además, todas las pistas que daban los que llamaban se anotaban y se les asignaba un número propio, correlativo. Luego te las pasábamos a ti para que las valoraras.

Robekk volvió a negar con la cabeza.

–¿Lo habéis comprobado? –preguntó devolviéndole el periódico a Wisting–. Haglund puede haber conocido al tipo en la cárcel y haberlo convencido para tratar de engañaros.

–Eso tendrá que averiguarlo la Comisión de Revisión de Casos Criminales–dijo Wisting.

El silencio los envolvió. Las llamas del tonel chisporrotearon, pero habían perdido fuerza.

–Hoy he estado allí –dijo Wisting–. En la casa de veraneo de Linde. No han vuelto desde entonces. Está completamente abandonada.

–Lo sé –asintió Robekk–. Estuve allí este verano.

–¿Por qué?

–Me dio por ahí. He ido varias veces. He caminado por los senderos por los que iba Cecilia cuando salía a correr.

–Tú también estuviste allí antes del secuestro –recordó Wisting–. ¿Recuerdas que entraron en la casa?

Robekk no respondió. Se limitó a meter la estaca en el tonel otra vez y removió levantando más brasas.

–¿La viste alguna vez? –se preguntó Wisting–. En vida, quiero decir.

–Estaba allí –confirmó él.

–¿Hablaste con ella?

Negó con la cabeza.

–No, volvía de correr cuando yo me iba. Fue dos semanas antes de que desapareciera.

Se hizo el silencio otra vez. El fuego del tonel se estaba apagando. Un aire frío azotó el campo arado, y Wisting se cerró la chaqueta hasta la barbilla.

Frank Robekk se acercó a la pared del pajar y dejó la estaca que había usado en el tonel.

–Bueno, ¿qué te parece? –dijo quitándose fragmentos de ceniza del jersey–. Si has venido hasta aquí para hablar de los viejos tiempos, ¿entramos a tomarnos un café?

Las llamas de la chimenea se estaban extinguiendo. Line, que había estado absorta leyendo los informes de la investigación, se levantó, se acercó a la chimenea y echó el último tronco de la cesta.

Le sorprendió la manera concienzuda con que se había realizado el trabajo, la meticulosidad con que había actuado la maquinaria de la investigación. Los documentos se habían organizado de modo que resultara fácil navegar por la información con ayuda de un listado alfabético.

En total se habían llevado a cabo setecientos noventa y dos tomas de declaración. Cada testigo explicaba dónde se encontraba, qué hacía y describía su aspecto y vestimenta antes de contar de nuevo su versión de los hechos. De ese modo quedaba registrado cada movimiento, y se señalaban en un mapa las informaciones más relevantes con distintos colores. Line lo desplegó y lo colgó en la pared donde estaban las fotos de Cecilia Linde, de Rudolf Haglund y del grupo de investigadores. Se quedó mirándolo orgullosa de que fuera su padre quien había estado al frente de esa labor tan exigente.

Pero no había sido lo bastante bueno.

Siguió leyendo y enseguida comprendió que en ese trabajo también había lagunas y fallos. Los investigadores dependían de que las personas que se encontraban en la zona aquel día se pusieran en contacto con ellos por propia iniciativa para pasarles información. Seguro que había gente que tenía algo que ocultar. Varios testigos habían visto un coche rojo en un atajo. Lo describían como un coche deportivo de un rojo brillante. Un testigo opinaba que era un Toyota MR2. Otros habían visto ese coche por los alrededores anteriormente, aunque no era de nadie de las cabañas de la zona. Los testimonios divergían sobre si había una o dos personas en el coche. El conductor era un hombre alto y moreno, pero Line no lo encontró entre las personas que habían llamado.

Creía recordar que había leído algo sobre un coche rojo en el archivo de textos y lo buscó en su ordenador. Encontró dos asuntos relacionados con el caso Cecilia. Estaba claro que el coche rojo también había despertado el interés de su padre y de los otros investigadores. Habían pedido información sobre él en la misma conferencia de prensa en la que se solicitó al conductor de un viejo Opel blanco que había sido visto en el cruce de Gumserød que se pusiera en contacto con la policía.

En un artículo publicado dos días después se informaba brevemente de que el coche rojo había sido descartado del caso.

Media hora después Line dio con la explicación. Una mujer que estaba de acampada con su familia junto a Blokkebukta se puso en contacto con ellos. Explicó que el coche era propiedad de

un hombre de Bærum casado que ocupaba la autocaravana vecina. Se habían encontrado a menudo en el claro del bosque donde el coche había sido observado, para mantener lo que describió como «relaciones íntimas».

Así era cómo secretos cotidianos introducían palos entre las ruedas y robaban tiempo a los investigadores.

También habían observado la presencia de un motorista vestido de oscuro que se había detenido junto a una parada de autobús y adentrado en el bosque. El testigo que lo había visto opinaba que cargaba con algo, mientras que un testigo que lo vio al salir no recordaba que llevara nada. Se rastreó con perros en la zona y se encontró un escondrijo de droga que contenía cerca de trescientos cincuenta gramos de anfetamina. Así pues, pudo darse una explicación a la observación del motociclista, pero este no fue identificado.

Hasta ese momento, Line había anotado tres personas que escaparon al control de los investigadores. Varios testigos habían observado a un hombre con una cámara de fotos en varios puntos del sendero que recorría la costa, al parecer se movía por el mismo camino que Cecilia había elegido para correr. Hasta ese momento Line no había dado con ningún testigo que encajara con su descripción. También había un hombre vestido con una camiseta negra sin mangas que se repetía en varios testimonios y una furgoneta gris que había dado la vuelta junto a la granja de Gumserød aproximadamente cuando Cecilia salió a correr.

Las llamas de la chimenea habían consumido el último leño dejando solo un lecho de brasas. Salió a buscar leña. Después de haber pasado tanto tiempo leyendo le pesaba la cabeza, y le vino bien respirar aire fresco. La capa de nubes se había resquebrajado, y por primera vez en muchos días vio que se insinuaba un cielo azul.

Fue a la leñera, llenó el cesto y salió. Su teléfono móvil emitió un aviso de mensaje de texto. Dejó la leña en el suelo del porche y leyó. Era de Tommy, decía que le gustaría pasar más tiempo con ella. No sabía muy bien qué responderle, pero acabó por decirle que sería agradable recibir una visita en Fredrikstad.

Ya que tenía el teléfono en la mano, sacó el listado de llamadas y marcó el número sin registrar desde el que habían llamado a Jonas Ravneberg unas horas antes de que lo mataran y que le había llevado a contactar con un bufete de abogados. Había llamado a ese número varias veces, pero nunca obtuvo respuesta. También esta vez llamó largo rato sin que nadie contestara al teléfono.

Entró y puso un par de leños en la chimenea. Luego se sentó a revisar la prensa digital y su correo electrónico antes de atacar otro archivador con documentación del caso.

Había recibido un correo de uno de los investigadores. El asunto era Jonas Ravneberg. El mensaje era breve y en palabras clave, y no contenía más datos que exactamente lo que había pedido.

En el registro de la propiedad la vivienda de la calle W. Blakstad 78 en Fredrikstad aparecía

inscrita a nombre de Jonas Ravneberg, además de una propiedad en Larvik que solo figuraba con el número registral de la finca. El historial de domicilios mostraba que había vivido en la dirección que no estaba registrada durante muchos años, luego residió unos dos años en la calle Minnehall 28, en Stavern. Después se mudó a Fredrikstad.

Line busco la dirección de la calle Minnehall en la guía telefónica y encontró registrados cuatro números de móvil. Por los nombres parecía tratarse de una familia.

Escribió un breve correo de respuesta dando las gracias por la ayuda y les pidió que averiguaran si figuraban otros residentes en esa dirección aparte de Jonas Ravneberg.

Luego entró en los mapas de la página web del ayuntamiento e introdujo el número registral de la finca. Se encontraba en la zona llamada Manvik. El marcador azul señalaba muy cerca de un río. Eligió una escala mayor y vio la propiedad más de cerca. La formaban dos edificios grandes y otros dos menores. Se llegaba hasta allí por una carretera llena de curvas y el vecino más próximo quedaba lejos.

La foto aérea de la misma zona revelaba tierras de cultivo que un río dividía por la mitad. Campos de distintos colores parecían formar una colcha de cuadrados. Pero alrededor del marcador crecía un bosque denso y el pequeño grupo de casas apenas se distinguía entre los árboles. Jonas Ravneberg seguía figurando como propietario de lo que parecía una pequeña granja, a pesar de que se había mudado de Larvik hacía diecisiete años.

Line volvió a cambiar al plano e hizo clic para obtener una visión global. La propiedad de Manvik estaba a cinco kilómetros en línea recta del lugar donde Cecilia fue vista por última vez. La distancia al lugar donde la encontraron era aún más corta.

La ropa le apestaba al humo de la chimenea, así que Wisting colgó la chaqueta para airearla en un gancho junto a la puerta, pero notó que el cabello olía igual.

Fuera de la cabaña había empezado a oscurecer y apenas se veía un destello rojizo del crepúsculo tras las nubes al oeste.

Line le oyó llegar y le abrió la puerta. Se había instalado en su sitio en el sofá con el ordenador portátil. Había documentos desperdigados sobre la mesa y en los cojines, y algunos tenían post-it amarillos. En la pared donde él había colgado tres fotos, Line había añadido un mapa y varios extractos de los informes, entre ellos la transcripción de lo que Cecilia había grabado en el casete.

—¿Has encontrado algo? —preguntó él sentándose en un sillón.

Line permaneció de pie.

—Nada importante, pero no acabo de quitarme de la cabeza que Rudolf Haglund no tuviera ninguna lesión.

Señaló la foto de la reconstrucción.

—El tío al que tomasteis por Rudolf Haglund iba en camiseta, pero luego no se le encontró ni un arañazo en los brazos.

—Lo detuvieron dos semanas después del secuestro —le recordó Wisting—. Los arañazos pueden curarse en ese tiempo.

—Pero también debió de ofrecer resistencia cuando la mató, ¿no? —objetó Line—. Cuando la encontraron, solo llevaba muerta unas pocas horas. Eso fue dos días antes de que detuvierais a Haglund.

—Había estado encerrada y debía de estar agotada y débil.

—Él le daba de comer —dijo Line sacando el informe de la autopsia—. En el estómago encontraron restos sin digerir de patatas, pescado y cereales.

Wisting no supo qué responder a eso.

—Le gustaba pescar —dijo al fin—. Tal vez le sirviera truchas que acababa de pescar.

Line se lo tomó como una broma desesperada.

—Una de vuestras teorías se centraba en su novio —siguió ella.

Wisting asintió.

—Había dos posibilidades. La primera era que Cecilia y Danny estuvieran confabulados y fingieran el secuestro, y la segunda que él actuara solo.

—¿Investigasteis su pasado?

—Por supuesto.

–¿Y qué encontrasteis?

–Está todo en el archivador –respondió Wisting y señaló la mesa con un gesto de la cabeza–. Algunas deudas con el banco y multas por consumo y posesión de hachís. También había una denuncia por una agresión, creo.

–¿Otras mujeres?

–Había una historia de dos años antes. Una compañera fotógrafa con la que se había ido de viaje nada más conocer a Cecilia. La joven se cambió de trabajo poco después.

Line cogió el archivador negro y lo abrió por un sitio donde antes había dejado una nota amarilla.

–¿Tone Berg? –leyó.

–Podría ser, no lo recuerdo. Hablamos con ella.

Line dejó el archivador en su lugar.

–¿Sabías que Danny Flom tiene un hijo que cumplirá dieciséis años dentro de unos días?

Wisting miró a su hija sorprendido.

–Se ha casado dos veces –respondió mientras calculaba los meses mentalmente.

–El hijo nació quince meses después de la desaparición de Cecilia –se le adelantó Line–. Eso quiere decir que antes de medio año Danny Flom había empezado una relación con otra chica y la había dejado embarazada.

Wisting se removió en su asiento.

–¿De dónde has sacado esa información?

–Facebook.

–¿Facebook?

Line le miró.

–¿No lo usáis en la policía? –preguntó.

–Hace diecisiete años no lo habían inventado –respondió él–. Casi no existía ni internet. En cualquier caso, nada indicaba que Flom estuviera relacionado con el caso. Tenemos la historia contada por la propia Cecilia.

Line se volvió hacia la transcripción de la cinta.

–Solo señalo las inconsistencias –dijo cogiendo la hoja de la pared–. ¿Como las llamaste? ¿Jalones a los que agarrarse?

Wisting no la interrumpió.

–No he escuchado la cinta, pero lo que dice suena un poco forzado.

–Hay una copia en el radiocasete –explicó Wisting señalando la vieja radio en la estantería, bajo la ventana–. Solo tienes que rebobinar un poco.

Line levantó las cejas. No parecía entusiasmada con la idea de escuchar esa cinta, pero

obedeció. Durante un minuto y cuarenta y tres segundos la voz de Cecilia Linde llenó la habitación. La voz era ecuánime y tranquila hasta que se volvió temblorosa y rompió a llorar.

–En cualquier caso –Linde detuvo la cinta–, además de los datos objetivos hay dos cosas interesantes. Dice que hay un olor acre. Como de humo, pero también de otra cosa. ¿Llegasteis a alguna conclusión al respecto?

–Rudolf Haglund olía –respondió Wisting–. Exactamente como ella dijo. Olía a humo, pero también a otra cosa. Tenía una especie de olor corporal amargo.

–Cuando dice humo, ¿se refiere a humo de cigarrillo o de una hoguera?

Wisting se quedó pensativo.

–Siempre he pensado en humo de cigarrillos –respondió.

Linde asintió.

–Ya habíais encontrado las colillas en el suelo en el cruce de Gumserød cuando escuchasteis la cinta.

Wisting comprendió que habían estado predispuestos en contra de Haglund.

–¿Cecilia fumaba? –siguió Linde.

–No.

–¿Su novio, o sus padres?

–El padre fumaba –recordó Wisting–. Y su hermano. Creo que Danny no.

–¿Así que estaba acostumbrada al humo de los cigarrillos?

Wisting carraspeó.

–No creo que esto nos lleve a ninguna parte –dijo–. Si quiso decir humo de chimenea, entonces podríamos discutir por qué no concretó que olía a humo de chimenea.

–Vale –dijo Linde–. Pero lo que es verdaderamente interesante es la frase: «Lo he visto antes».

Wisting estuvo de acuerdo. Esas cuatro palabras le habían atormentado.

–¿Sabéis si Cecilia y Rudolf Haglund se habían visto alguna vez?

–No –reconoció Wisting–. Pero parecía que el secuestro se hubiera planificado. Sabemos que la estuvo esperando. No es improbable que hayan coincidido en alguna parte o, al menos, que se hayan visto, y que él haya planeado el secuestro desde entonces. Tal vez hasta que la haya vigilado.

Linde no tuvo nada que objetar y volvió a colgar la hoja de la transcripción en la pared. Wisting regresó a la silla y comprendió que él había caído en la misma trampa que los demás investigadores del caso. En lugar de profundizar en lo que pudiera probar la inocencia del sospechoso, habían ignorado y minimizado toda la información que apuntaba en dirección contraria a la opinión establecida. Era el tipo de mecanismo psicológico que hacía posible que una persona inocente fuera condenada.

Aunque sacar conclusiones sobre la culpabilidad de una persona era competencia de los

tribunales y no de la policía, a los suspicaces investigadores les resultaba casi imposible mantenerse objetivos. A lo largo de la investigación habían cultivado sus propias convicciones y la cuestión de la culpa estaba decidida mucho antes de que el caso llegara a los tribunales.

Se enderezó en su asiento. Todavía creía que Rudolf Haglund era el culpable, aunque esa idea empezaba a tambalearse. Ya no estaba tan seguro como diecisiete años antes.

–Voy a dar una vuelta –dijo Line.

–¿Ahora? –preguntó Wisting mirando hacia fuera; en el cristal oscuro solo se veía el reflejo del fuego.

–Una corta.

Wisting miró el reloj. Eran poco más de las siete.

–¿Volverás aquí o te vas a casa?

Line se puso la chaqueta.

–¿Cuánto tiempo tienes previsto quedarte?

–Un par de horas más por lo menos. Suzanne está en el café.

–¿Has hablado con ella hoy?

Él negó con la cabeza.

–Deberías pasar a verla cuando vayas camino de casa –propuso Line.

Wisting se puso de pie y acompañó a su hija hasta la puerta.

–Quizá –respondió saliendo a la terraza. Una luna pálida se asomaba entre las grietas de la capa de nubes.

Line le dio un beso y en ese momento el móvil de Wisting sonó dentro de la cabaña. El padre hizo un gesto de despedida y volvió sobre sus pasos en busca del teléfono, que debía de habersele caído del bolsillo cuando estaba sentado en el sillón; mientras lo sacaba a tientas de entre el respaldo y el asiento, contestó a la llamada sin querer antes de ver quién llamaba.

–¿Hola?

La ronca voz del otro lado de la línea parecía la de un hombre mayor.

Wisting apartó el teléfono y vio que no tenía registrado el número.

–¿Sí? –respondió.

–Soy Steinar Kvalsvik –se presentó el otro–. Ahora estoy jubilado, pero fui el jefe del servicio de psiquiatría del Hospital Central de Akershus.

Wisting sabía perfectamente quién era. Steinar Kvalsvik había sido el máximo responsable de la evaluación psiquiátrica de Rudolf Haglund. En la época mantuvieron algunas breves conversaciones de índole profesional, y también había intervenido en casos más recientes.

–Te llamo para hablar de Rudolf Haglund –prosiguió el director médico jubilado–. Supongo que ya no tengo nada que ver con esto, pero estoy preocupado.

–¿Sabes que me han suspendido del servicio?

–Formalidades –bufó el hombre al teléfono–. Aparte de a ti, no se me ocurre ninguna otra

persona a la que pueda dirigirme.

Wisting se aproximó a la ventana y vio su propio reflejo, pero también atisbó el mar y un rayo de luna.

—¿De qué se trata?

—He llevado a cabo cientos de valoraciones psiquiátricas durante años, pero pocas veces he conocido a alguien como Rudolf Haglund.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que en el informe no acabara de reflejarse bien, y es difícil expresarlo con palabras. Nuestro cometido era dirimir si era responsable de sus actos. Lo era, casi rayando en calculador. Pero ese hombre tenía algo que me dio miedo.

—¿Cómo?

—Sí, por eso me cuesta dar con las palabras. Entonces utilizamos un método de análisis nuevo para determinar el riesgo de que cometiera actos violentos en el futuro.

Wisting carraspeó para que el otro supiera que le estaba escuchando atentamente.

—El método incluye variantes que recogen circunstancias relevantes del pasado, presentes y futuras. Se atribuye tanto peso a factores históricos o constantes como a la combinación de variables de gestión de riesgos clínicos presentes y futuros.

—¿Y qué concluisteis? —preguntó Wisting, que no acababa de entender adónde quería llegar el doctor Kvalsvik.

—Rudolf Haglund puntuó sumamente alto. Tuvo un comportamiento violento desde muy temprana edad, carece de empatía, no encaja en la sociedad, muestra actitudes negativas, es emocionalmente inestable y carece de autocrítica.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Con frecuencia, el riesgo de adoptar una conducta violenta se valora en función de las probabilidades de encontrarse en situaciones peligrosas. Si se consumen drogas y se tienen relaciones inestables, por ejemplo, el riesgo aumenta, pero Haglund parecía ser más metódico en sus actos.

—¿Sí?

—Te ahorraré los tecnicismos —concluyó el médico—. No me había enfrentado a criminales en serie antes, pero el caso es que temo que pueda volver a hacer algo similar, ahora que ha salido.

Wisting tragó saliva y observó una nube oscura pasando por delante la luna.

—¿Quieres decir que podría secuestrar y matar de nuevo?

—Rudolf Haglund es del tipo de persona que repite sus actos. Ha estado preso casi diecisiete años. Seguramente es muy vulnerable a los deseos que le han llevado a cometer un acto mortal en el pasado.

—Dios mío... ¿estás seguro?

–La psiquiatría no es ninguna ciencia exacta, y seguramente no me hubiera puesto en contacto contigo si no fuera por la chica que ha desaparecido. Linnea Kaupang.

–¿Y qué me dices de sus actos en el pasado? –preguntó Wisting pensando en Ellen Robekk–. ¿Podría haber matado a alguien antes?

–Es una pregunta difícil de responder, pero el asesinato de Cecilia Linde no fue propio de un principiante. Seguramente había utilizado la violencia extrema con anterioridad.

De repente Wisting pensó que el tiempo se les echaba encima.

–Le pediré al responsable del caso Linnea que se ponga en contacto contigo –dijo–. Cuéntale todo lo que me has contado a mí.

–Por supuesto –accedió el psiquiatra–. Pero antes debo aclarar algo: este tétrico pronóstico parte de la idea de que verdaderamente fue Rudolf Haglund quien quitó la vida a Cecilia Linde. Pero aparte de él hay más personas oscuras y peligrosas sueltas.

Line pasó por delante del sendero cubierto de maleza que partía de la carretera asfaltada, dio media vuelta en el arcén, y retrocedió hasta detener el coche junto al desvío lleno de barro. Los faros del coche iluminaron un viejo buzón oxidado sujeto a un poste telefónico y con la pintura verde descascarillada.

Se bajó del coche y miró la tapa, una placa blanca en la que estaban grabados los nombres de Ingvald y Anne Marie Ravneberg. Debajo parecía haber habido otro nombre. Jonas, pensó Line. Aquí vivía de niño.

Volvió a sentarse al volante y avanzó por el camino de acceso mientras la vegetación golpeaba el coche por ambos lados. Entonces se fijó en que había marcas de neumáticos en el suelo embarrado. Quizás una patrulla de la policía encargada de investigar el asesinato de Fredrikstad había acudido al lugar, pero no lo creía. En cualquier caso, no tenía ganas de encontrarse con nadie, así que dio marcha atrás, salió a la carretera principal y aparcó en el arcén. Calculaba que la granja junto al río estaría a unos seiscientos o setecientos metros de allí. En el maletero llevaba un par de botas. Se las puso y cogió la cámara de la bolsa de viaje. Tenía ISO hasta 25600 y permitía sacar fotos con muy poca luz.

El bosque había crecido hasta casi borrar el sendero y las ramas sin hojas de los árboles parecían formar un túnel por el que se filtraba la luz de la luna. Al pisar los charcos de barro las botas producían como un borboteo; el río, crecido tras varios días de intensa lluvia, bramaba en alguna parte a su izquierda más allá de los árboles.

Tardó un poco en acostumbrar los ojos a la oscuridad. En el cielo brillaban un sinfín de pálidas estrellas y pronto pudo orientarse entre los difusos contornos del sendero, que descendía suavemente. Oyó pasar algún coche por la carretera asfaltada, pero cuanto más avanzaba mayor era el silencio. Y la oscuridad. El camino se estrechó aún más y se planteó dar media vuelta y regresar al día siguiente, pero entonces atisbó una luz entre los árboles. Siguió hasta sobrepasar un recodo y vio el pequeño grupo de casas. Una bombilla encendida en una esquina arrojaba una luz mortecina sobre el camino y el patio.

Se acercó un poco más y se detuvo para orientarse.

La casa principal era roja, con remates blancos y celosías en las ventanas, pero en la oscuridad carecía de todo encanto bucólico. Era una casa ruinosa, carcomida por la podredumbre, la pintura de las paredes estaba descascarillada y el zaguán medio derrumbado. Al otro lado del patio había dos edificaciones anexas, grises y hundidas, con un viejo coche en medio rodeado de hierbajos. Era imposible que hubiera dejado las marcas recientes de neumáticos en el camino.

A unos metros había un granero medio destruido por las inclemencias del tiempo, con el techo hundido. Una pendiente llena de hierba descendía hasta el río y a otro edificio, una cabaña con techumbre de turba y una chimenea larga y estrecha.

Line se detuvo. El lugar parecía abandonado, pero seguía teniendo suministro eléctrico y las rodadas revelaban que alguien había estado allí hacía poco. Al examinarlas de cerca, vio que la lluvia y el viento las habían borrado en parte, por lo que era difícil determinar el tiempo que llevaban allí. Quizás un día, o dos.

Se acercó a la casa principal, subió por la escalera de cemento y giró el picaporte. La puerta estaba cerrada con llave. La ventana tenía una pequeña abertura, pero el interior estaba tan oscuro que era imposible ver nada. Sacó el teléfono móvil para usar el flash de la cámara como linterna. La encendió y pegó el teléfono a la ventana, pero no iluminó más que un par de metros de la habitación. En la pared había dos cuadros. Sobre el suelo de tablones de madera había una jarapa y un par de zuecos. Eso era todo.

Caminó por la hierba crecida hasta la ventana más cercana. Tenía cortinas blancas y una cenefa de ganchillo. Volvió a iluminarse con el teléfono móvil y pegó la frente al cristal. Era una cocina vieja. Un fogón esmaltado con tres placas eléctricas, un fregadero profundo y un desagüe, encimera y armarios de cocina. Pegada a la ventana había una mesa gris con un jarrón sobre un mantelito estampado.

Sintió un escalofrío y volvió a pegar el móvil al cristal. Había flores en el jarrón. Un ramo de rosas rojas. Un pétalo se había desprendido y estaba sobre la mesa, por lo demás parecían flores frescas.

Apagó la luz, pero no se movió. Le daba miedo hacer ruido. Luego se dio la vuelta despacio, recorrió el patio con la mirada. Los árboles del lindero del bosque se mecían y crujían por el viento. La blanca luz de la luna proyectaba sombras móviles. Luego oyó el sonido de algo rozando contra una superficie. ¿De dónde procedía? Estaba cerca, quizá dentro de la casa. Dio un par de pasos al frente y el sonido desapareció, pero regresó con mayor nitidez con el siguiente golpe de viento, y comprendió que eran las ramas de los árboles que rozaban las tejas.

Nunca había tenido miedo a la oscuridad, sabía que era un temor irracional, pero le pareció notar una mano pegajosa en la espalda. La casa debía de haber estado vacía al menos diecisiete años, pero no hacía mucho que había venido alguien.

Dio un paso en dirección al camino e iba a mirar por encima del hombro cuando vio una luz que se movía entre los árboles. Eran los faros delanteros de un coche. Avanzaba despacio y ahora ya se oía el zumbido del motor.

Line se apartó del camino y se metió entre los árboles. Le pareció ver a un hombre sentado al volante. Los faros le habían deslumbrado y solo distinguió una silueta. El coche se aproximó a la

entrada principal. El patio se inundó de luz y el estado ruinoso del lugar se hizo aún más evidente. El hombre permaneció dentro del coche con el motor encendido.

Line se agachó, cruzó al otro lado del camino y se escondió entre los árboles. Sacó la cámara e hizo un par de fotos del coche y los alrededores. Luego enfocó la matrícula. El hombre seguía sentado dentro del coche y ella solo le veía la nuca.

Estuvo allí cinco minutos más sin hacer nada; luego condujo hasta las dos edificaciones anexas y encendió las luces largas. El coche viejo era un Saab; tenía la pintura roja apagada y llena de manchas de óxido y la goma de los neumáticos podrida. Unos minutos después el conductor dio media vuelta y se marchó por el mismo camino por el que había llegado.

Line se apoyó en una roca cubierta de musgo y notó la humedad empapándole la ropa. Cuando el coche pasó por delante le hizo una foto al conductor. Era un hombre de la edad de su padre; llevaba gafas, tenía el cabello oscuro y las sienes encanecidas. Fuera quien fuese, le resultaba familiar, aun así se había comportado de manera muy extraña.

Wisting releyó el informe pericial de los psiquiatras y se detuvo en el apartado que hablaba de la salud de Rudolf Haglund. Este declaraba gozar de buena salud. No había sufrido ninguna enfermedad grave ni había estado hospitalizado en Noruega ni en el extranjero. En su familia no había enfermedades hereditarias y él no tomaba ninguna clase de medicación. Eso era todo.

Miró la foto de la cicatriz que le había quedado después de que le extirparan un lunar. El informe pericial de los psiquiatras era muy minucioso, pero no mencionaba nada relacionado con un cáncer de piel. Quizás había sido cirugía ambulatoria, tal vez el tumor de piel era benigno, pero no dejaba de ser extraño que la operación se hubiera pasado por alto.

Wisting llamó al asesor jubilado.

—¿Sabes si Rudolf Haglund había sido operado de cáncer de piel? —preguntó.

El hombre chascó la lengua, como si tuviera la boca seca.

—¿Por qué me lo preguntas?

—He vuelto a leer tu informe —explicó Wisting—. Ahí pone que Haglund nunca fue ingresado ni tratado por enfermedades graves, pero hay fotos tuyas que muestran tres pequeñas cicatrices. Él explicó que le habían extirpado unos lunares.

—No recuerdo que habláramos de eso —explicó el psiquiatra—. Pero la información sobre la salud física se basa en lo que el propio objeto del estudio relata. Es bastante extraño que no lo mencionara. Su padre había tenido cáncer. La enfermedad supuso un punto de inflexión en la vida de Haglund. Hablamos mucho de ese asunto, pero nunca contó que él hubiera pasado por algo así.

—¿No es extraño?

—La verdad es que sí. No obstante, cumplía con los requisitos para sufrir alteraciones malignas en la piel. Recuerdo que tenía la piel muy pálida y, además, es hereditario.

Wisting hojeó las otras fotos. Haglund también tenía una cicatriz bajo el omóplato izquierdo y otra casi a la altura de la nuca.

—¿Es importante? —preguntó el psiquiatra.

Wisting oyó pasos en el porche y dejó las fotos.

—Probablemente no —respondió dirigiéndose a la puerta—. Solo me resultó extraño que ocultara esta información cuando, por ejemplo, había hablado abiertamente de su atracción por el sadomasoquismo, un rasgo que podría conducirnos al asesino que buscábamos.

La puerta se abrió. Line entró, cerró la puerta y echó la llave. Llevaba las botas llenas de barro y se las quitó.

—Reconoció esa atracción después de que le mostráramos el material pornográfico que

encontrasteis –explicó el psiquiatra.

Wisting movió los labios formando un «hola» mudo.

–No te olvides de que Rudolf Haglund es una persona compleja. Sus motivos para compartir pensamientos o información sobre hechos concretos no son sencillos, y más complicado aún es comprender sus actos.

–Pero ¿no está loco?

–No, pero es un enigma psicológico.

Line se sentó en el sofá, abrió el ordenador y revisó las fotos de la cámara mientras esperaba a que se iniciara. Wisting se despidió del psiquiatra y se sentó ante ella.

–¿Quién era? –quiso saber su hija.

–Uno de los psiquiatras que examinaron a Rudolf Haglund.

–¿Qué le has preguntado?

–Me ha llamado él –dijo Wisting y le contó que al psiquiatra le preocupaba que Rudolf Haglund pudiera estar involucrado en la desaparición de Linnea Kaupang.

Line se dejó caer en el sofá.

–Dios mío –gimió–. Que llame a los policías que están llevando el caso.

Wisting asintió.

–He informado a Nils Hammer.

–¿Y qué dijo?

–Le mandé un mensaje de texto.

–¿Un mensaje de texto? ¿Cuando un experimentado psiquiatra opina que Haglund puede haber secuestrado a otra chica?

Wisting se encogió de hombros. No tenía ganas de explicarle que Nils Hammer encabezaba la lista de sus colegas que podían haber puesto la prueba de ADN falsa.

–¿Te respondió? –quiso saber Line.

–Me escribió que lo tendrían en cuenta –asintió Wisting–. Pero añadió que estaban trabajando en un par de pistas interesantes.

Sabía que la teoría sobre Haglund sería la última de la lista. Al fin y al cabo, solo era una corazonada.

–No harán nada –opinó Line–. Tal y como están las cosas, no se atreverán a acercarse a Rudolf Haglund.

Wisting le dio la razón. Una investigación orientada hacia Rudolf Haglund tendría que contar con la aprobación de la fiscalía, y sin más punto de partida que las suposiciones de un psiquiatra jubilado, Audun Vetti frenaría todas las iniciativas.

Line se puso de pie, se acercó a la chimenea y echó el último tronco.

–¿Vas a reunirte con Haglund mañana? –dijo observando las llamas.

–A las doce –confirmó Wisting–. En el bufete del abogado Henden. Así podré hacerme una idea, ver cómo están las cosas.

Line cogió el atizador y empujó el tronco hacia el interior de la chimenea.

–Podríamos seguirlo –dijo sin apartar la mirada de las llamas. Wisting no respondió y Line se volvió hacia él–. La reunión nos proporcionará un punto de partida. Podremos seguirlo desde allí.

–No sé... –empezó Wisting.

–Es nuestra única oportunidad –dijo con decisión–. Si la ha secuestrado él, es la única posibilidad que tenemos de encontrarla.

Un tronco chisporroteó en la chimenea.

–Ese es cometido de la policía –opinó Wisting.

–¿Crees que lo harán? –preguntó Line.

Wisting tuvo que admitir que su hija tenía razón. Seguir a Rudolf Haglund podía conducirles a algo, pero no confiaba en que Nils Hammer fuera a organizar el amplio operativo de vigilancia que se requeriría. Los motivos eran demasiado endebles.

–Tengo otra cita después de la reunión –dijo Wisting–. Tengo que de ir a declarar a Asuntos Internos a las dos.

–Lo haremos sin ti –dijo Line–. A ti te conoce.

–¿Lo haréis?

–Me llevaré a alguien del trabajo.

–No es cuestión de seguirle sin más –dijo Wisting–. Vigilar a alguien requiere mucha práctica, es una profesión.

–También forma parte de nuestro trabajo –le recordó Line–. Seguir a policías para ver con quién hablan siempre resulta interesante en los casos importantes. Seguro que te han seguido periodistas de sucesos en más de una ocasión sin que te dieras cuenta.

–Pero no puedes escribir sobre este caso. Habíamos quedado en eso.

–No voy a escribir sobre el caso Cecilia. –Line señaló la mesa del salón llena de anotaciones–. Pero si Rudolf Haglund nos conduce hasta Linnea Kaupang, la cosa cambia.

Volvieron a sentarse a la mesa.

–¿Has hablado con Suzanne? –preguntó Line.

Wisting negó con la cabeza.

–¿No deberías llamarla?

–Debería –admitió Wisting, y cambió de tema–: ¿Dónde has estado?

–En casa de Jonas Ravneberg.

–¿Al que asesinaron en Fredrikstad?

–Pasó su infancia en una granja de Manvik. Todavía es de su propiedad.

–¿Qué fuiste a hacer ahí?

–Solo quería verla. Se mudó el otoño después de que mataran a Cecilia.

Wisting frunció el entrecejo y observó a su hija intentando leerle el pensamiento en vano.

–El sitio está completamente abandonado, pero hace poco ha ido alguien. Había roderas en el camino hasta la puerta y un ramo de rosas rojas en la mesa de la cocina.

–Tal vez haya alguien encargado del mantenimiento –sugirió Wisting–. Les han avisado del fallecimiento y han ido a poner flores. A modo de despedida.

La hija le miró escéptica.

–Mientras estaba allí llegó un coche –dijo sacando la cámara de fotos.

–¿Quién era?

–Un tipo que no salió del coche. Le he cogido la matrícula para buscarla en el registro.

Introdujo la matrícula en un mensaje de texto y le pasó la cámara de fotos a su padre. Acto seguido Line recibió respuesta a su pregunta.

Wisting miró con los ojos entornados la pantalla de la cámara.

–Podrías haberte ahorrado el dinero de la consulta –dijo–. Sé quién es.

Line levantó la mirada del teléfono.

–He hablado con él hoy. Es Frank Robekk.

–¿El policía?

–Lo dejó después del caso Cecilia. Fue demasiado para él. Su sobrina había desaparecido del mismo modo que Cecilia un año antes.

–¿Qué hacía en casa de Ravneberg?

–No tengo ni idea –admitió Wisting y se puso de pie.

Había aparecido una posibilidad, como si hubieran entreabierto una puerta. Wisting se acercó a

la caja etiquetada «Caso Cecilia» y sacó el listado alfabético de los nombres. Debajo de la R encontró «RAVNBERG, Jonas». El nombre aparecía en el documento 6.43.

Como Ravneberg pero sin la «e» entre «Ravn» y «berg». Podía tratarse de una errata tipográfica.

–¿Qué pasa? –preguntó Line.

–Jonas Ravneberg aparece en el caso Cecilia –respondió y cogió el archivador que tenía un gran número 6 y contenía las declaraciones de los testigos.

En el documento número cuarenta y tres aparecía la declaración de Hogne Slettevoll. Era uno de los cinco empleados del almacén de muebles del que Rudolf Haglund era el encargado. Informaba sobre el carácter del acusado.

Nils Hammer había dirigido el interrogatorio, que consistía básicamente en una queja de una clienta después de que Haglund se hubiera ofrecido a acompañarla a casa para montar la cama de matrimonio que acababa de adquirir y ayudarla a probarla. También le había explicado que en el cabecero podían engancharse unas esposas. Ese episodio había ocurrido diez años antes. Pero poco antes de que hiciera esa declaración, había ocurrido un episodio similar cuando una clienta se quejó del mal estado de un canapé. Haglund había pronunciado insinuaciones sexuales sobre la posible causa de que el canapé hubiera cedido.

Había media página dedicada al carácter de Rudolf Haglund. Se describían varios episodios en los que acontecimientos triviales podían provocarle ataques de ira. Podía tratarse de mercancía fuera de su lugar, albaranes incompletos o un embalaje difícil de abrir.

Hacia el final, Wisting encontró el nombre de Jonas Ravneberg, sin «e». Leyó el apartado en voz alta para que Line lo oyera:

El testigo no ha tenido trato con el acusado fuera del trabajo. No conoce sus amistades ni sus aficiones, pero sabe que colecciona cosas, por ejemplo coches Matchbox. No sabe cómo surgió el tema, pero el testigo tenía una caja de coches a escala que le había dejado su padre y quería venderlos. El acusado compró tres y conocía a un potencial comprador para el resto. Quedaron en el almacén de muebles. Puede que haga dos o tres años. El comprador se llamaba Jonas Ravneberg. El testigo recibió cincuenta coronas por coche, en total mil ciento cincuenta coronas, que el comprador pagó con un cheque.

–Jonas Ravneberg coleccionaba coches a escala –dijo Line y le habló del Cadillac en miniatura que había encontrado junto a su casa, en Fredrikstad–. Debe de tratarse del mismo hombre.

Wisting apoyó la cabeza entre las manos en un intento de concentrarse. Acababa de aparecer una conexión entre Rudolf Haglund y la víctima de un asesinato que se había trasladado de ciudad en el momento en que Haglund era condenado. La conexión había sido insignificante en su momento, y no sabía si ahora lo era menos. Y en medio de todo esto surgía Frank Robekk.

Line había cogido el archivador de las declaraciones de los testigos.

—¿Por qué no tomaron declaración a Jonas Ravneberg en aquel momento? —preguntó ella.

Wisting no supo qué contestar. Al principio de la investigación, cada nombre que aparecía en el caso era objeto de investigación, por muy periférica que fuera la relación. Pero a medida que el caso iba avanzando, las ondas que se alejaban del centro iban perdiendo importancia. Cuando llegaron a esa fase ya habían reunido muchas evidencias contra Rudolf Haglund. Desde el momento en que fue detenido, el caso solo giró a su alrededor y en buscar pruebas suficientes para poder encausarlo.

Line se levantó a las seis, fue a la cocina a prepararse un sándwich y le preguntó a su padre si quería uno.

–No, gracias –respondió él acercándose a la ventana–. 7, 4 grados –informó después de mirar el termómetro entornando los ojos–. ¿Nos vamos?

–Yo quiero quedarme un poco más –dijo ella sentándose a la mesa donde estaba desperdigada la documentación del caso. Dobló las piernas en el sofá y le miró mientras masticaba.

–¿Estás segura? Su quieres puedes llevarte el archivador a casa.

–No es lo mismo –respondió Line –. Es como si todo estuviera relacionado. Si leo algo en un sitio tengo que comprobar algo en otro.

Su padre asintió, comprendía lo que quería decir. No trabajaría bien si no tenía acceso a todo el material.

–Pero tú puedes irte –ofreció ella–. Ya me apaño sola.

Ella sabía que a él no le hacía gracia la idea de dejarla allí sola, pero el otoño anterior Line había dormido varias semanas en la cabaña y los dos sabían que se las arreglaría.

–No quiero que pases la noche aquí –dijo. El tono de voz no dejaba opción a que le llevara la contraria.

–Estaré en casa antes de medianoche –sonrió ella.

–Bien. Pasaré por el café a ver a Suzanne –le explicó, como si hiciera falta una buena razón para irse.

–Dale recuerdos –pidió ella y volvió a inclinarse sobre los papeles.

En cuanto él se hubo marchado, volvió la vista hacia la ventana negra mate. Desde el cuarto iluminado, la oscuridad exterior parecía impenetrable, como si la formaran gruesas capas. Line había estado demasiado ocupada con sus propias cosas y no había prestado atención a las noticias. Había oído mencionar la desaparición de la chica de diecisiete años, pero desconocía los detalles del caso.

Entró en la edición digital del diario *VG* y buscó su nombre. El artículo más reciente lo firmaban Morten P y Harald Skoglund. La última persona que con seguridad había visto a la joven de diecisiete años Linnea Kaupang era el conductor de la ruta 01. La chica estaba el último curso del instituto. El viernes 2 de octubre había estado en clase hasta las 14.10. Media hora después cogió el autobús en la parada de Torstrand. El autobús de línea iba por la carretera nacional 303 a través de Tjøllingvollen y en dirección a Sandefjord. A las 14.49 Linnea Kaupang se había bajado en el cruce del camino de Lindhjem. A partir de entonces nadie la había visto.

Linnea Kaupang vivía con su padre a unos ochocientos metros de la parada del autobús. Entre su casa y la carretera principal había tres viviendas, y solo una persona, un marinero jubilado, había estado en casa. Este veía a menudo a la chica volver a casa desde la parada del autobús, pero ese día no la vio.

Morten P y Harald habían hablado con unas compañeras del instituto, que describían a Linnea como una chica responsable y cumplidora. La investigación estaba a cargo de Nils Hammer, que describía los efectivos que se habían destinado a la búsqueda y no descartaba que la joven pudiera haber sido víctima de un crimen.

Line llamó a Morten P.

–¿Cómo estás? –quiso saber él.

–Sigue doliéndome el trasero –respondió ella–. Pero ya no estoy en ese caso, o no del todo.

–¿No del todo?

Line le explicó que había tirado de un hilo del pasado de la víctima del asesinato de Fredrikstad y que este le había conducido al caso Cecilia.

–En realidad no me hace mucha gracia –concluyó–. Me pregunto si es una casualidad o existe alguna relación.

–Las casualidades se dan constantemente –le recordó Morten P–. Por eso tenemos una palabra para referirnos a ellas.

Ella le dio la razón.

–En realidad te llamo por el caso Linnea.

–Un caso jodidamente extraño –opinó Morten P–. Hasta ayer por la noche se recibieron señales de su teléfono móvil junto a la Universidad de Vestfold.

–Pero si eso está casi en Horten, en el extremo norte de la región.

–Lo sé, por eso es tan raro, joder.

–¿Puede habérselo dejado en el autobús antes de bajarse? –razonó Line–. La ruta 01 recorre toda la región, hasta Horten.

–Es una posibilidad, pero en ese caso el móvil ha tenido que bajarse solo del autobús en Bakkenteigen.

–¿Qué dice la policía?

–Nada. Tenemos fotos de unos agentes rastreando la carretera nacional entre Åsgårdstrand y Borre, pero no quieren hacer comentarios.

Line respiró hondo y luego dijo:

–Tengo una teoría sobre quién se la puede haber llevado.

–¿Una teoría de la policía? –preguntó Morten P.

–No, y quizá parezca desesperada por lo que voy a decir, pero la teoría no es de mi padre ni mía, sino de un antiguo jefe del servicio de psiquiatría.

–Has despertado mi curiosidad.

–Cree que Rudolf Haglund puede estar detrás de este asunto.

Al decir esas palabras en voz alta, Line se dio cuenta de lo banal que sonaban. Morten P se quedó en silencio, y Line pudo imaginarlo sentado a su mesa mientras hacía girar el bolígrafo y se preguntaba cómo podía descartar la idea de la manera más considerada.

–Sé que parece rebuscado –añadió Line.

Morten P carraspeó.

–Algo le ha sucedido a esa chica –dijo él–. He hablado con sus amigas y no creo que haya desaparecido voluntariamente. La ha secuestrado alguien, y es probable que esa persona haya hecho algo así con anterioridad.

–El psiquiatra opina que la estancia en la cárcel le ha generado una presión interior –dijo Line para reforzar su teoría.

–Pero ¿la policía está trabajando ahora en esa línea de investigación?

–No sé lo que piensan, pero al parecer no hay motivos suficientes para mantener a Haglund bajo vigilancia.

–¿Alguien sabe dónde se encuentra ahora? –Morten P empezaba a entusiasmarse.

–Ahora mismo no, pero sé dónde estará mañana a las doce de la mañana.

Morten P se echó a reír y comprendió que ella había pensado lo mismo que él.

–Harald y yo podemos ir en nuestros coches –dijo–. Pero necesitaremos uno más, aparte del tuyo.

–Puedo conseguir uno –prometió Line.

–Vale. Voy a terminar el artículo, mañana seguimos.

Se despidieron y a continuación Line buscó el número de Tommy Kvanter. Veinticuatro horas antes la había sorprendido presentándose en la habitación de su hotel en Fredrikstad. Ahora iba a sorprenderlo ella.

«Te necesito», escribió en el teléfono y envió el mensaje.

Luego intentó llamar al número desconocido de Fredrikstad una vez más, al abonado sin registrar había provocado una reacción en cadena al llamar a Jonas Ravneberg. Dejó sonar el teléfono tanto rato como la última vez y, justo cuando se disponía a colgar, alguien respondió con un sencillo «¿Hola?». Por la voz parecía un hombre joven.

–¿Hola? –repitió Line–. ¿Con quién hablo?

–¿A quién llamabas?

–Mi nombre es Line Wisting –dijo Line sin responder a la pregunta–. ¿Con quién hablo?

El desconocido colgó.

Line soltó un taco y marcó el número otra vez. Esta vez no obtuvo respuesta. Entonces, el teléfono avisó de que había recibido un mensaje de texto.

Era de Tommy: «¿Cuándo y dónde?».

En la barandilla de la escalera de La Paz Dorada habían atado un lazo amarillo. En la puerta habían colgado un cartel con la foto de Linnea Kaupang. DESAPARECIDA, decía encima de la foto. Debajo se describía la ropa que llevaba ese día y dónde fue vista por última vez. Wisting se quedó un rato observando el cartel antes de entrar. No podía dejar de pensar que si hubiera estado de servicio podría haber contribuido de manera significativa a la investigación. Si no fuera por Audun Vetti.

La campanilla de la puerta tintineó. En el local se hizo el silencio y todos los clientes se volvieron hacia él. Wisting saludó con un gesto con la cabeza a derecha e izquierda y se dirigió hacia la barra mientras notaba la mirada censora de los presentes. Ese día el habitual ambiente acogedor brillaba por su ausencia.

Suzanne le sonrió desde el otro lado del mostrador y salió a su encuentro.

–Me alegro de verte –dijo–. ¿Quieres tomar algo?

–Un café.

–Siéntate –le rogó y señaló con un movimiento de cabeza su mesa de siempre, al fondo del local–. Yo te lo llevo.

Wisting se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo. Suzanne le trajo el café y un pedazo de tarta. Wisting le dio las gracias y le pidió que se sentara. Ella lanzó una mirada a la barra.

–¿Mucha gente? –preguntó él.

–Algo menos de la habitual –dijo ella y se sentó en la silla de enfrente–. Pero ¿cómo estás tú?

–Ha venido Line –dijo sin responder a su pregunta.

–Esto está bien –asintió ella.

Wisting probó la tarta y le contó lo que le había pasado a Line en Fredrikstad.

–¿Ha llamado alguien preguntando por mí? –quiso saber.

–¿Por qué lo preguntas?

–Vino a verme a la cabaña el abogado defensor de Rudolf Haglund. Dijo que tú le habías dicho dónde estaba.

–¿No debería habérselo dicho?

Wisting bebió café.

–Sí, pero ha venido más gente –dijo, y le contó que alguien había entrado en la cabaña.

–Sería más fácil si contestaras al teléfono cuando te llaman –opinó Suzanne y miró hacia el mostrador, al que estaba acercándose un cliente–. Así no tendrían que molestarme a mí.

–Tienes razón –dijo Wisting.

Suzanne se levantó y fue a la barra para servirle un café al cliente. Luego regresó.

–Solo quería saber con quién habías hablado, ya que poca gente conocía mi paradero.

–Han llamado muchos periodistas –dijo ella–. Les he respondido que estabas en la cabaña.

Wisting tomó otro trozo de la tarta. No tenía sentido seguir hablando de ese asunto. Ninguno de ellos dijo nada. Suzanne volvió a levantarse y dio una vuelta por el local recogiendo vasos y platos sucios.

A Wisting le sorprendía lo poco que parecía importarle a Suzanne la situación. Él necesitaba alguien con quien hablar, pero le parecía que Suzanne tenía un tono acusador. Tal vez el café no fuera el lugar adecuado para hablar, pero ¿no podría ella tener alguna vez tiempo libre?

Su relación se había iniciado de forma abrupta hacía tres años. Entonces solo habían pasado dos años desde la muerte de Ingrid y Wisting ni siquiera se había planteado la posibilidad de encontrar otra persona con la que compartir su vida. A medida que iba pasando el tiempo, Wisting fue dándose cuenta de lo a gusto que estaba con Suzanne. Ella y Line se llevaban muy bien, lo que era muy importante para él. Los tres últimos años habían sido buenos, pero ahora parecía que Suzanne se alejaba de él. Estaba distante, más fría de lo normal.

Él podía comprender su necesidad de sentirse segura con la persona con quien compartía su vida. Suzanne había pasado por mucho, y la seguridad era importante para ella. Para él también lo era, pero su definición de seguridad probablemente era distinta. Para él no se trataba tanto de una presencia física –estaba acostumbrado a pasar mucho tiempo solo– sino de no tener que sopesar cuidadosamente las propias palabras o los pensamientos, sabiendo que el otro interpretaría lo dicho en el buen sentido. Una sensación de intimidad, aunque el otro estuviera en el trabajo o, incluso, en otro país. Ingrid y él habían logrado precisamente eso. Ella había trabajado como asistente en la agencia de cooperación al desarrollo, NORAD, durante varios años y, aunque habían pasado etapas en las que se echaban mucho de menos, nunca habían dejado de sentirse próximos. Siempre podía confiarle todo por teléfono, y ella a él. Con Suzanne había resultado más difícil mantener esa intimidad cuando los dos trabajaban tanto. Se convertían en extraños el uno para el otro, las palabras que intercambiaban eran más escasas y menos personales.

La observó mientras se movía entre las mesas y le miraba. Creyó ver algo nuevo en sus ojos oscuros. Algo calculador, un poco frío y desconfiando, tal vez también miedo.

Ahora era visible, pensó, a pesar de que llevara allí un tiempo. Desde que ella había abierto el café se habían distanciado. Al principio él se quedaba levantado por las noches, esperando a que ella recogiera el bar y cerrara, pero últimamente, cada vez con más frecuencia, se acostaba antes de que ella llegara a casa, y se levantaba antes de que ella se despertara por las mañanas. Para estar con ella tenía que ir al bar.

Se quedó sentado un rato más, se acabó la taza de café. Luego se levantó, cogió la chaqueta y salió.

La casa marrón de la calle Herman Wildenvey estaba vacía y silenciosa. Wisting aparcó junto a un montón de hojas otoñales en el patio de adoquines y se quedó un rato dentro del coche.

Cuando Suzanne se mudó a vivir con él, llenó el vacío que había dejado Ingrid. Al principio no se había dado cuenta, pero una de las cosas que echaba en falta era volver a casa con alguien. Pero al mismo tiempo tuvo miedo de que borrara todas las huellas que Ingrid había dejado en su vida y mantuvo cierta distancia. Tal vez Suzanne se hubiera sentido como una especie de sustituta. La idea le dolía, pero se quitó esos pensamientos de la cabeza, salió del coche y cerró la portezuela con fuerza.

Line no estaba en casa, mucho mejor. Se dirigió al armario ropero y cogió un gorro negro y un par de guantes de piel. De uno de los estantes con ropa de invierno cogió un jersey negro de cuello alto. Sabía que tenía un vaquero oscuro por alguna parte, lo encontró por fin detrás de un montón de camisas dobladas.

Se cambió y se miró al espejo. Iba sin afeitarse y tenía los ojos rojos, pero la ropa era perfecta para la ocasión. Luego apartó la mirada, como si no tuviera ganas de mirarse a los ojos.

Había ideado ese plan después de su primera conversación con el psiquiatra. Desde entonces no había podido librarse del pensamiento de que el secuestrador de Cecilia Linde también estaba detrás de la desaparición de Ellen Robekk.

El caso Ellen había sido responsabilidad de uno de los investigadores de más edad. Wisting se incorporó tarde y nunca llegó a tener una visión global. Cuando Cecilia desapareció al año siguiente, Frank Robekk asumió la tarea de revisarlo una vez más. Wisting no dudaba de que había hecho un trabajo concienzudo y minucioso, pero después de hablar con el psiquiatra, Wisting necesitaba revisarlo él mismo. Para eso tenía que acceder al archivo remoto de la comisaría, sin llave ni tarjeta de acceso.

Cerró la casa y cruzó el seto del jardín del vecino. En medio de una amplia extensión de césped había una cama elástica, y junto a una casita de juguete un triciclo volcado; sobre la gravilla del sendero que llevaba hasta la casa se veía una comba tirada. En el parterre de rosas encontró lo que buscaba: un balón de fútbol. Se lo llevó al coche y salió del patio marcha atrás.

Los neumáticos silbaron sobre el asfalto mojado. Los faros delanteros iluminaban el recorrido familiar. Había conducido por el mismo camino casi a diario durante más de treinta años, probablemente podría hacerlo con los ojos cerrados.

Cuando estuvo cerca de la comisaría, se desvió hacia la vieja estación de bomberos y fue hasta el aparcamiento de Bøkkerfjellet. Apagó el motor y se quedó dentro del coche. Desde allí

divisaba los cincuenta metros de la calle Linnea que le separaban del portón del garaje y la entrada del personal.

Eran las 23.04. Los que estaban de guardia acababan de incorporarse mientras que los que salían del turno de tarde estarían en el vestuario. Decidió esperar a que la comisaría se vaciara. Al cabo de tres minutos, un agente veterano de la sección de Orden Público salió montado en bicicleta. Se detuvo ante la puerta y se abrochó el casco antes de alejarse pedaleando. La puerta se abrió otra vez y salieron dos hombres y una mujer. Wisting los conocía a los tres y se agachó para que no le vieran.

Tres coches salieron en fila del aparcamiento del patio trasero. Ninguno fue en dirección a Wisting.

Cuando dejó de ver los faros, se bajó del coche con el balón.

Junto a la comisaría estaba lo que quedaba de la fábrica de punto Brynje, que habían derribado para dejar sitio a la nueva comisaría. Wisting avanzó pegándose a los viejos muros y se ocultó tras una caja de arena para el hielo. El patio trasero estaba en penumbra, solo iluminado por las farolas de la planta superior del aparcamiento. Podía observar el portón por una rendija entre la caja y la pared sin ser visto.

Levantó la mirada hacia la fachada. La comisaría parecía amodorrada. Su despacho estaba a oscuras. Más allá había luz en el de Nils Hammer, pero por lo demás nada indicaba que estuvieran trabajando en el caso de la desaparición de Linnea Kaupang. Por experiencia sabía que era poco lo que los investigadores podían hacer. Habían pasado cuatro días. Habían tomado declaración a la mayoría de los testigos y se habían hecho batidas por las zonas principales. Sin ningún otro dato concreto, lo único que podían hacer era esperar.

En el cielo brillaban las estrellas. Encontró el Carro y el resto de las estrellas de la Osa Mayor. Tras ellas corrían los *Canes Venatici*. Los Perros de Caza. Hacía frío y el aire estaba muy húmedo.

Los que entraban de guardia solían tardar una media hora en prepararse para el servicio. Un responsable del turno revisaba el registro del día e informaba de lo acontecido en ausencia de los agentes. Estos se ponían al día de los eventos previstos y planificados, sacaban listados de vehículos robados y personas desaparecidas y comprobaban el equipamiento. Cuando estuvieran listos para el servicio de patrulla saldrían del aparcamiento del sótano, y cuando acabaran de pasar todos los coches, el portón quedaría abierto unos quince segundos. Esa era la única oportunidad que tenía Wisting de entrar. No podía hacer otra cosa que era esperar.

Mientras estaba allí sentado, una estrella fugaz atravesó la oscuridad por encima de su cabeza y dejó una fina estela de un blanco lechoso. Pensó que mirar a las estrellas era como mirar hacia atrás en el tiempo. Por lo que sabía, los Perros de Caza podrían haberse apagado y haber desaparecido del cielo mucho tiempo atrás.

Casi había pasado una hora cuando el portón se abrió y salió un coche patrulla. Wisting reconoció al conductor. Era Frank Kvastmo, uno de los agentes de más edad y experiencia de la sección de Orden Público. A su lado iba un estudiante de la Academia Superior de Policía. Eso quería decir que había como mínimo había un agente más en la comisaría. El coche patrulla se detuvo ante el portón. Se quedó parado, como mandaban las ordenanzas, esperando a que se encendiera la lámpara que indicaba que el portón se estaba cerrando. Luego avanzó despacio.

Wisting esperó a que faltara metro y medio para que el portón se cerrara del todo. La distancia desde su escondite era excesiva para que le diera tiempo a llegar corriendo, así que cuando el coche patrulla dio la vuelta a la esquina, lanzó el balón hacia el portón. Aterrizó medio metro delante de la abertura, botó sobre el asfalto e interrumpió el haz de luz óptica que impedía que alguien quedara atrapado. El portón se detuvo con una sacudida y se abrió de nuevo. El balón rodó hacia el interior y se quedó ante el lavado de coches del garaje.

Wisting se agachó y se deslizó al interior. La intensa luz del techo le hizo entornar los ojos. El aire del garaje era frío y húmedo, sobre las paredes blancas había oscuros cercos de hongos y moho. En el otro extremo había una cámara de vídeo en el techo. Era una vieja instalación de vigilancia analógica perteneciente a la época en que se construyó la comisaría. La última vez que habían consultado las grabaciones fue tres años atrás, cuando encontraron una maleta sospechosa frente a la entrada. Las grabaciones de vídeo resultaron ser de tan mala calidad que fue difícil identificar al hombre que se la había dejado. En aquel momento se habló de instalar un nuevo equipo de vigilancia, pero aún no habían encontrado el dinero para ello.

En total había diez cámaras en la comisaría. Wisting sabía dónde estaban situadas, pero también que sería complicado evitarlas. Era un riesgo que no tenía más remedio que correr, y si nadie sospechaba ninguna irregularidad, la grabación sería borrada al cabo de siete días.

Desde el garaje dos puertas daban acceso a la comisaría. Una llevaba a las celdas, que no se usaban desde que se estableció un centro penitenciario en la comisaría de Tønsberg. La otra conducía a la escalera. Las dos puertas estaban cerradas con llave, y se requería una tarjeta de acceso y un pin de cuatro cifras para poder entrar.

Sus pasos resonaron en las paredes de hormigón cuando se encaminó a la puerta principal, que estaba cerrada; un sonido hueco y frío. Cuando casi había llegado, la cerradura zumbó y el color del lector de tarjetas cambió del rojo al verde.

Wisting se agachó detrás de uno de los coches camuflados de la policía.

Un policía uniformado salió de espaldas. Cargaba con una gran bolsa de equipamiento y sujetó la puerta con el hombro mientras volvía a introducir la tarjeta de acceso en su funda. Tras él venía un estudiante. La puerta se cerró tras ellos.

Se acercaron al coche patrulla más próximo y dejaron las bolsas en el asiento trasero antes de revisar el equipamiento del maletero. Cuando se hubieron asegurado de que todo estaba en su

sitio, el policía le dio las llaves al estudiante y este tomó asiento tras el volante. El coche arrancó y fue hacia el portón. El conductor bajó la ventanilla y tiró del cable del techo que lo abría. Salieron a la noche.

Wisting esperó a que el portón se cerrara de nuevo antes de incorporarse. Se quedó mirando fijamente la puerta cerrada. Contando con que estaría cerrada, había elaborado un plan para entrar. Había duplicados de las tarjetas de acceso para los empleados que se la hubieran olvidado, investigadores venidos de otras ciudades para seguir un caso u operarios que necesitaran acceder al edificio. A veces, esas tarjetas se quedaban en el coche patrulla.

Se sentó en el más próximo y buscó en el salpicadero, detrás de las viseras y en la guantera sin encontrar más que alguna tarjeta de gasolina y algún bote vacío de tabaco de mascar. En el coche siguiente tuvo más suerte. En la guantera había una tarjeta de acceso prestada junto a la libreta de registro del kilometraje. Sonrió satisfecho, se la llevó hasta la puerta, la pasó por el lector y marcó el código. El diodo verde se iluminó y la cerradura zumbó.

Wisting entró. El archivo remoto donde se guardaba el caso Ellen se encontraba al final del pasillo, a la izquierda, pero la puerta tenía una cerradura de cilindro. Wisting sabía que el jefe de guardia tenía una llave maestra en su oficina en el piso superior. Subió una planta y salió a la zona de atención al público. Allí se quedó escuchando. Todo parecía estar en silencio, así que entró en el despacho de la policía de guardia con la tarjeta prestada.

En un monitor polvoriento podían verse las imágenes del equipo de vigilancia. Las imágenes cambiantes de la comisaría vacía parecían casi estáticas. Había estado solo en la comisaría por la noche en muchas ocasiones, pero esta vez se sentía un extraño, alguien ajeno.

La llave maestra estaba en su sitio, en el armario donde guardaban los planes de actuación y de contingencia en carpetas colgantes. La descolgó y apretó el puño en torno a ella, pero estuvo a punto de dejarla caer cuando una voz bronca rompió el silencio.

Tardó unos instantes en comprender que era el altavoz de la radio policial informando a una patrulla.

«Fox 3-0 responde.»

«Coge la carretera nacional 40 hacia Bjerke. Aviso de coche que se ha salido de la carretera. Un solo vehículo fuera de la calzada. No parece haber daños personales. »

«Recibido. »

Wisting salió de la habitación mientras la conversación se extinguía tras él. Volvió al sótano por las escaleras y recorrió el pasillo hasta el archivo. La llave entró en la cerradura con facilidad. La giró rápidamente, abrió la puerta y entró. Encendió la luz y los tubos de neón del techo zumbaron. Parpadearon un par de veces antes de que toda la habitación quedara bañada por una luz deslumbrante.

La caja del caso Ellen estaba en su sitio. La cogió y se la llevó a una zona anexa del archivo.

Allí se guardaban adornos navideños, antiguos informes de las guardias, multas de tráfico, un registro de deudores y viejas publicaciones. La mayoría de papeles estaban apilados en cajas, a la espera de que fueran lo bastante antiguos como para ser destruidos o enviados al archivo central. Para Wisting era un completo barullo, pero sabía que los asesores de la oficina de procesos penales lo tenían todo controlado.

Le habría gustado poder llevarse toda la caja del caso Ellen a casa, pero la puso sobre una mesa y empezó a revisar el contenido. Había muchos menos documentos que en el caso Cecilia Linde, entre otras cosas porque apenas habían encontrado nada; no había cadáver, ni lugar del crimen, ni sospechosos. El caso consistía casi exclusivamente en declaraciones de testigos que conocían a Ellen Robekk o que estaban por la zona de Kleppaker el día que desapareció.

Ellen Robekk, de diecisiete años, desapareció un domingo. Cuando sus padres subieron al dormitorio a las doce de la mañana para decirle que se iban a dar un paseo por el bosque, la vieron en la cama. Cuando volvieron ya no estaba.

Wisting dejó a un lado los detalles de la desaparición y sacó la lista de nombres. También era alfabética. Recorrió con la mirada los nombres de algunas hojas al azar. Recordaba algunos, otros se habían vuelto desconocidos. Casi al final de una de las hojas habían hecho una marca junto a un nombre. «RAVNEBERG, Jonas.»

Se le secó la garganta y se puso a temblar. Le costaba respirar.

Jonas Ravneberg era mencionado en dos documentos. En uno prestaba declaración como testigo; el otro era un informe de uno de los investigadores.

Colocó la copia impresa encima de la caja y la levantó, pero volvió a dejarla. En la mesa había un ordenador. Estaba conectado a la red y emitía un suave zumbido. Wisting empujó el ratón por la mesa y la imagen para acceder al sistema apareció en la pantalla. Miró de la pantalla a la caja y de nuevo al ordenador. Después se decidió y tecleó su nombre de usuario y contraseña. Al parecer no le habían quitado el acceso al sistema informático, porque poco después estaba dentro del programa de la policía. Se arrepintió al instante. Seguramente podrían averiguar cuándo y dónde había accedido, pero no había ningún motivo para que controlaran sus movimientos si no sospechaban de él.

Tenía diecisiete correos sin leer, la mayoría de grupos, y no se molestó en leerlos. En lugar de eso, entró en la base de datos de los casos penales y buscó el nombre de Linnea Kaupang.

Su nombre apareció en el caso 11828923 – Mujer desaparecida menor de dieciocho años.

Los documentos estaban ordenados cronológicamente. Wisting abrió el documento que inició la investigación. El padre de Linnea Kaupang había denunciado su desaparición el sábado a las 12.45. En ese momento faltaba de casa desde hacía casi veinticuatro horas.

La madre de la chica desaparecida había muerto doce años antes, y el padre tenía la custodia de la hija. Explicó que cuando llegó del trabajo el viernes por la tarde no estaba en casa. Por la

noche se puso en contacto con amigas de su clase y otros conocidos y nadie sabía dónde estaba. No había desaparecido con anterioridad, no estaba deprimida ni tenía desavenencias con su padre.

Wisting sabía que los tres últimos datos eran decisivos para que la policía se pusiera a trabajar. Era razonable pensar que podía haberle ocurrido algo, y que no había que dejar pasar el tiempo como con otros adolescentes desaparecidos.

Dos compañeras del instituto informaron de que Linnea había subido al autobús de línea entre Larvik y Sandefjord. La policía había tomado declaración al conductor, que recordaba a Linnea y estaba seguro de que se había bajado en Snippen.

Wisting se saltó los informes sobre cómo habían organizado las batidas desde la carretera principal hasta la casa de Linnea, que estaba a un kilómetro escaso de la parada de autobús, y leyó un informe que relataba la ronda puerta a puerta por el vecindario. La imagen de Linnea Kaupang como una chica sociable, alegre y positiva se repetía, pero nadie la había visto.

El informe sobre la localización del teléfono móvil de Linnea Kaupang extrañó a Wisting. La última llamada registrada se había producido tres horas antes de su desaparición. Había llamado a una amiga que en su declaración explicó que hablaron de temas escolares. En ese momento el teléfono se encontraba en un área de cobertura que incluía el Instituto de Educación Secundaria Thor Heyerdahl. Lo que resultaba peculiar era que cuando el teléfono fue localizado en tiempo real, se encontraba en la zona de Bakkenteigen, entre Horten y Tønsberg.

Como el teléfono no se había utilizado, era imposible trazar el camino que había seguido hasta llegar allí. Lo buscaron cada cinco minutos sin que se registrara ningún movimiento. El lunes por la noche las señales desaparecieron, probablemente porque el teléfono se había quedado sin batería.

Los investigadores pensaron lo mismo que Wisting, que lo habían tirado desde un coche en movimiento. Habían inspeccionado las cunetas de la carretera nacional 19, y en el desvío de la cárcel de Berg encontraron el Sony Ericsson Xperia de Linnea. El hallazgo no les había proporcionado más respuestas y la investigación seguía abierta.

Wisting se quedó pensativo. Que él supiera, el hallazgo del teléfono móvil no había aparecido en los medios. No entendía por qué. Si él hubiera estado al frente de la investigación, habría dado a conocer ese dato, para que pudiera aportarles más información. De momento, la desaparición era un caso local, pero si los habitantes de la zona de Horten supieran que también les afectaba a ellos, podrían ofrecer observaciones de interés que condujeran a nuevas pistas.

De repente, un ruido arrancó a Wisting de sus pensamientos. En algún lugar del edificio se había cerrado una de las pesadas puertas contra incendios y retumbó en las paredes del sótano. Se quedó escuchando, pero no oyó nada más y volvió a la imagen de la pantalla.

Al parecer, los investigadores habían prestado atención a dos hombres en particular. Uno era un marinero jubilado que vivía en la casa contigua. Se le describía como un individuo excéntrico y

solitario, que tenía problemas con el alcohol. Otros vecinos le habían visto viendo películas pornográficas en la televisión a altas horas de la noche. Lo habían interrogado dos veces y no tenía coartada para la hora en la que Linnea desapareció.

Muy cerca de la parada en la que Linnea se bajó del autobús, había una residencia para enfermos mentales. Se tomó declaración a todos los residentes y a los empleados, y muchos recordaron que Rolf Tangen, un drogadicto con una condena por violación, había salido esa tarde. Había vuelto sobre las seis y media de la tarde, y al parecer estaba todo sudado y muy alterado. Tangen solo decía que había dado un paseo por el bosque.

Wisting se desconectó del ordenador y llevó la caja con los documentos del caso Ellen hasta la puerta. No pensaba que estuviera robando, pero así era, y si lo descubrían tendría serios problemas. Pero ya los tenía, e investigar ese caso de dieciocho años de antigüedad podía ayudarle a resolverlos.

Empujó la puerta con cuidado con el hombro, miró hacia el exterior y escuchó. No oyó nada y se dirigió al garaje. El enorme sótano estaba a oscuras, pero el sensor de movimiento encendió la electricidad y al instante se encontró bañado en luz. Dejó la caja en el suelo junto a los cubos de la basura y volvió a la planta superior para dejar la llave maestra en su sitio. La radio policial emitió un crujido y comprendió que ambas patrullas estaban ocupadas investigando un robo en la fábrica de bebidas Farris.

Por el rabillo del ojo captó un movimiento en el monitor del sistema de vigilancia. Había alguien cruzando la sección vacía de las celdas. La pantalla mostró el garaje y a Nils Hammer tomando un atajo que usaban los investigadores para marcharse a casa. Hammer se detuvo junto al cubo de basura donde Wisting había dejado la caja y tiró algo. Pero entonces la cámara volvió a cambiar de ángulo y mostró la entrada vacía.

Wisting esperó a que la imagen pasara por todas las cámaras y volviera al sótano vacío. Había demasiada distancia hasta los cubos de basura y la imagen era tan poco nítida que no pudo afirmar con seguridad si la caja seguía allí, pero le pareció que sí. Todavía esperó unos minutos más antes de bajar al garaje.

El caso Ellen estaba donde lo había dejado. Devolvió la tarjeta de acceso a la guantera del coche, y luego levantó la caja y tiró de la cuerda que abría el portón.

En el momento en que la puerta se cerraba tras él cayó en la cuenta de que había olvidado el balón de fútbol del vecino.

A las 01.53 Wisting estaba de vuelta en casa. La luna brillaba y las ramas de los árboles del jardín se reflejaban en los cristales oscuros. El coche de Suzanne estaba al fondo de la entrada, delante del Golf de Line, pero las dos debían de haberse ido a dormir.

Aparcó el coche y se llevó la caja del caso Ellen dentro. Estaba cansado, pero sabía que las ideas que le daban vueltas en la cabeza le impedirían dormirse.

La casa estaba en silencio. Solo se oían los sonidos conocidos, casi imperceptibles de siempre: el zumbido de la caldera, el tictac del reloj de la cocina, el silbido de una cañería de agua y el rumor de la nevera.

Dejó la caja sobre la mesa de la cocina. Antes de leer el interrogatorio de Jonas Ravneberg, repasó por encima los informes preliminares para refrescarse la memoria. Frank Robekk había llamado a la policía. Era el tío de la chica, y su hermano se había puesto en contacto con él cuando empezaron a preocuparse por su hija. El día que desapareció Ellen se había levantado tarde. No era extraño en fin de semana. Los padres habían salido a dar un paseo por el bosque mientras ella todavía estaba en la cama y cuando regresaron había desaparecido.

Era evidente que se había levantado y había ido al baño; había agua en el suelo de la ducha. La madre concluyó que se había puesto un pantalón vaquero y una camiseta amarilla lisa. Seguramente había pensado ir a la granja de su tío, donde tenía un caballo, pero el caballo estaba en el box, y nadie lo había limpiado.

El interrogatorio a Jonas Ravneberg era relativamente corto. La mayor parte del texto se dedicaba a explicar la causa por la que lo habían llamado a declarar. Un testigo había observado un Saab 900 rojo en el borde de la carretera no muy lejos del desvío de la casa de Ellen Robekk. El testigo era un comercial del concesionario local de la marca de coches sueca y echó un vistazo a la matrícula para comprobar si era un coche que él hubiera vendido. Por eso creía recordar que era un coche de fuera de la ciudad con las letras ND antes del número de la matrícula. Como experto también opinaba que se trataba de un modelo de 1987 o posterior, porque ese año habían introducido algunos cambios en el modelo, como un paragolpes y parrilla nuevos. En 1993 ese modelo dejó de fabricarse, y la policía pudo sacar listados de la Dirección General de Tráfico con los nombres de todos los propietarios de un Sabb 900 rojo con matrícula ND del modelo correspondiente. En todo el país no había más de 74. Jonas Ravneberg era uno de los cuatro propietarios de un coche así residente en el municipio, y fue uno de los primeros en prestar declaración.

Jonas Ravneberg tenía coartada. Había ido a Suecia con una amiga para visitar a la familia de

esta en Malmö. Habían viajado en el coche de ella y estuvieron fuera toda una semana. Junto a la declaración había una copia de un billete del ferry de Strømstad. La amiga se llamaba Maud Torell. Ella confirmó la declaración de Ravneberg en una conversación telefónica con uno de los investigadores.

Wisting recordó que habían archivado la teoría del coche cuando volvieron a tomar declaración al testigo que había visto el vehículo. El comercial ya no estaba seguro de la combinación ND, y solo podía descartar que el coche estuviera registrado en la oficina de tráfico local con las letras LS. Tampoco podía asegurar que hubiera visto el coche el mismo día que Ellen desapareció. En ese momento estaba de vacaciones y confundía los días.

Wisting volvió a leer la declaración de Jonas Ravneberg y se fijó en que él y Maud Torell figuraban en la misma dirección: la calle Minnehall 28, en Stavern. Así que era algo más que una amiga, era su pareja.

La explicación en sí era sencilla y comprobable, pero se habían dejado varias preguntas en el tintero. Por ejemplo ¿usaban el coche otras personas? ¿Cuántas llaves del coche había y dónde estaban? Parecía que la declaración telefónica de su novia solo buscaba descartar a Jonas Ravneberg del caso. Los familiares cercanos nunca eran una fuente fiable a la hora de confirmar una coartada y en ese caso ni siquiera le habían exigido una explicación cara a cara con un investigador.

La relación entre ellos debía de haberse acabado al año siguiente, al menos fue entonces cuando Jonas Ravneberg, según Line, se había mudado a Fredrikstad. En los informes del asesinato de Ravneberg se decía que vivía solo. Wisting volvió a dejar los documentos en la caja. Había una conexión entre Jonas Ravneberg y Rudolf Haglund, que también había existido diecisiete años antes, aunque no la vieron.

Se reclinó en la butaca y tuvo la sensación de estar ante una obra de arte inacabada. Un paisaje al óleo al que ya le habían colocado el marco. Los rasgos fundamentales estaban, el motivo estaba esbozado a brochazos, pero faltaban los detalles. De momento el contorno era tan indefinido que Wisting no era capaz de imaginar el aspecto que tendría cuando estuviera terminado.

Cuando entró de puntillas en el dormitorio, Suzanne no estaba dormida. Había apagado la luz, pero por la manera en que se dio la vuelta supo que estaba despierta.

–Hola –susurró.

–Hummm –respondió ella.

Wisting se tapó con el edredón y se quedó con la mirada clavada en la oscuridad.

–¿Te parece que merece la pena? –preguntó ella. Tenía la voz llorosa.

–¿Qué?

–Tu trabajo en la policía –explicó ella–. Nadie te lo agradece. Arriesgas tu vida y tu salud. Te sumerges en las miserias de la gente. Cientos de horas extra que no te pagan, llamadas a casa a todas las horas del día y de la noche. Te exigen y esperan cosas de ti todo el rato, y ahora tu jefe te ha denunciado. ¿Crees que merece la pena?

Wisting no le contestó. No tenía respuesta. Su trabajo conllevaba muchas cargas, pero no lo había escogido para tener una vida tranquila. Había aprendido a resistir las enormes presiones del trabajo.

El colchón crujió cuando Suzanne se dio la vuelta.

Wisting cerró los ojos, pero como la habitación estaba a oscuras, no notó la diferencia. Tenía en la retina la imagen de la adolescente desaparecida, Linnea Kaupang.

–Es mi trabajo –dijo con voz queda, y pensó que si pudiera trabajar en el nuevo caso de desaparición, todo habría merecido la pena. La posibilidad de averiguar algo que alimentara la esperanza de que la chica seguía con vida compensaría todo lo demás.

Carraspeó.

–Has colgado un lazo amarillo –dijo para cambiar de tema.

Ella no respondió. Se quedó tumbada en silencio.

–El apartamento que hay encima del café está libre –dijo después de un rato–. Está a la venta.

Una sensación desagradable fue abriéndose paso por su cuerpo, como si algo frío se hubiera metido bajo el edredón. Tenía ganas de incorporarse y encender la lámpara de la mesilla para mirarla a los ojos, pero se quedó tumbado.

–¿Qué quieres decir? –preguntó.

–Sería práctico –respondió ella.

Wisting tragó saliva. Era como si Suzanne aumentara la apuesta, como un jugador de póker que arrojara una carta de mucho valor sobre la mesa. Pero lo que compartían no era un juego.

–¿Estás hablando de mudarte? –dijo él.

–Me paso todo el día allí. Y tú estás casi siempre en el trabajo. Tenemos la misma dirección, pero, en realidad, no vivimos juntos.

No es justo, pensó, que me salga con esto ahora.

Siempre se había considerado una persona independiente, pero tras la muerte de Ingrid había sentido una creciente inquietud por la gente que quería. Tenía miedo de perder a sus seres queridos, seguramente debido a lo que vivía en el trabajo. Había sido testigo de demasiadas pérdidas absurdas.

No solo se había unido a Suzanne como persona, también dependía de ella como compañera de vida. La idea de que la relación se acabara le provocaba un malestar físico. El sudor cubrió su piel como una membrana fría. Intentó decir algo, pero las palabras se atascaron en su garganta. En lugar de eso le acarició el cabello negro y espeso e intentó controlar la respiración.

–Yo no necesito poner lazos amarillos en la puerta –dijo Wisting como si quisiera explicar quién era–, lo que necesito es actuar. Intentar hacer algo. Esa es mi manera de enfrentarme a cosas así.

–Desearía no necesitarte tanto –dijo ella con voz resignada–. Pero somos como somos, los dos.

Estuvieron largo rato sin decir nada, y acabaron por dormirse. Suzanne de cara a la pared, Wisting boca arriba, con las manos agarrotadas.

La luz del alba apenas penetraba en la habitación cuando Wisting despertó. Se volvió hacia Suzanne, que seguía profundamente dormida a su lado. Era todavía más bella cuando se le relajaba el rostro y las pestañas se le apoyaban en la mejilla. Apenas se le veían arrugas, y su expresión era tranquila y suave; su dulzura era más fácil de ver cuando dormía.

Se le contrajo un músculo de debajo de un ojo y esbozó una leve sonrisa, pero Wisting supo por su respiración que seguía dormida. Se preguntó qué estaría soñando. Después apartó el edredón con cuidado y se levantó.

Oyó ruidos procedentes de la cocina. El denso aroma del café recién hecho le llegó mientras bajaba la escalera. Line se volvió hacia él cuando entró.

–¿La has lavado? –preguntó ella.

Él se abrochó la bata y negó con la cabeza.

–Te la regalé por navidades –le recordó tendiéndole la taza lista–. Debes lavarla un par de veces al año.

Él le sonrió y se sentó a la mesa de la cocina mientras ella se servía otra taza. Wisting había llevado al coche la documentación del caso Ellen antes de irse a dormir.

Un banco de nubes había llegado del mar a Stavern durante la noche. El cielo estaba nublado, pero no llovía.

Line abrió la nevera.

–Aquí no hay casi de nada –dijo volviendo a cerrarla.

Wisting señaló un armario con la cabeza.

–Ahí hay algo de pan.

Line abrió el armario y revisó los estantes. En la panera encontró medio pan blanco ya cortado. Cogió dos rebanadas y las metió en la tostadora.

–¿Estás listo para volver a verlo? –preguntó volviéndose hacia él.

–¿Hummm? –respondió, aunque sabía a quién se refería.

–Rudolf Haglund –dijo ella–. ¿Estás listo para encontrarte con él?

–Creo que sí.

–Nosotros también estamos listos.

Él bebió de la taza.

–¿Lo vais a seguir?

Line abrió el frigorífico y sacó mantequilla y un tarro de mermelada de fresa.

–Merece la pena intentarlo –dijo poniéndolo todo sobre la mesa.

–¿Cuántos sois?

–Cuatro coches.

–¿Del periódico?

Wisting vio que su hija tenía un tic en el ojo izquierdo.

–Dos de los coches sí –respondió ella y se volvió hacia la tostadora.

–¿Quién es el cuarto?

Las tostadas saltaron y Line las colocó en dos platos antes de poner a tostar otras dos.

–¿Va a participar Tommy?

–Sí.

Wisting se había alegrado cuando la relación entre su hija y el danés, un antiguo presidario, se acabó. No le gustaba que Tommy Kvanter siguiera formando parte de la vida de su hija, pero no dijo nada.

–¿Dónde estuviste ayer? –quiso saber Line–. Llegaste a casa después que Suzanne y que yo.

Se preguntó si debía ocultárselo, pero si Line iba a ayudarlo, tendría que disponer de la misma información que él.

–Estuve leyendo la documentación del caso Ellen.

Line dejó de masticar.

–¿La sobrina del policía de las gafas?

Wisting asintió.

–Creí que no podías entrar en la comisaría –comentó la hija.

–Tomaron declaración a Jonas Ravneberg en relación con el caso –dijo Wisting pasando por alto sus palabras.

–¿Por qué?

–Estaba en una de las listas. El día que Ellen desapareció, vieron un Saab 900 rojo por la zona. Jonas Ravneberg tenía un coche así.

–El coche sigue en su granja –dijo Line–. Lo que significa que él estaba allí cuando Ellen desapareció.

Wisting negó con la cabeza.

–Estaba en Suecia.

–¿Cómo sabemos eso?

–Su pareja lo confirmó.

La hija puso un gesto escéptico a la vez que sus ojos se encendían.

–¿Sabes cómo se llama?

–Maud Torell.

Line repitió el nombre, como si lo saboreara.

–Debemos hablar con ella –dijo poniéndose de pie.

Las rebanadas de pan saltaron de la tostadora. Las dejó y fue al recibidor. Al poco volvió con el ordenador portátil.

–Jonas Ravneberg vivía con ella hasta que se mudó a Fredrikstad –dijo Line–. ¿Sabes dónde vive ella ahora?

Negó con la cabeza. Line tecleó en el ordenador.

–¿Maud Torell? –repitió–. Un nombre especial, pero no lo encuentro.

–No es seguro que siga con vida.

Line le miró fijamente.

–O puede haberse casado y cambiado de nombre.

–Tenemos que encontrarla –dijo Line–. Jonas Ravneberg no ha dejado a mucha gente que se acerque a él. Ella es la persona que ha tenido más cerca. Puede que haya recibido la carta.

–¿La carta?

Line le contó que Jonas Ravneberg había sido visto por última vez con su perro junto a un buzón, poco antes de que lo mataran.

–Es un disparo a ciegas, pero podría dar con algo –concluyó.

Wisting se acercó a la encimera y cogió una rebanada de pan.

–¿Cuándo te vas? –preguntó Line.

–Dentro de una hora.

El bufete Henden, Haller y Brenner estaba en un edificio discreto en el centro de la ciudad, detrás de Stortorvet. No tenía ningún rótulo llamativo en la puerta, solo un timbre junto al nombre del despacho.

Una mujer respondió a la llamada de Wisting, que dijo su nombre e iba a explicar con quién tenía cita cuando la puerta se abrió con un zumbido.

El bufete estaba en la tercera planta. El despacho presentaba un fuerte contraste con las zonas comunes del edificio. Suelos de parqué oscuro, pinturas abstractas en las paredes y una mujer rubia tras el mostrador.

–¿Wisting? –preguntó ella.

Él asintió.

–Informaré de que ha llegado –dijo poniéndose de pie–. Tome asiento; el abogado Henden le recibirá enseguida.

Le acompañó hasta una sala abierta en el pasillo en el que había dos sofás de piel negros junto a una mesa de cristal ahumado en el centro. En un sofá había un hombre con barba y cazadora de cuero y en el otro un paquistaní grueso. Wisting se sentó junto al de la cazadora de cuero.

–¿Quiere tomar algo? –preguntó la secretaria–. ¿Café? ¿Agua?

–No, gracias.

Wisting cogió una revista de la mesa. Empezaba a arrepentirse de haber accedido a mantener esa reunión o, al menos, de haber permitido que fuera allí. Debería haber pedido que la reunión tuviera lugar en territorio neutral.

Su móvil soltó un pitido. Era Line: «Avisa en cuanto termine la reunión. Necesitamos saber cómo va vestido».

Wisting respondió con un «OK».

A las doce y cinco se acercó una mujer vestida con un traje negro de falda y chaqueta.

–¿Ali Mounzir? –preguntó al aire, como si dudara de quién de los presentes se llamaba así.

El paquistaní grueso se puso de pie y fue tras ella.

Diez minutos después llegó la secretaria que había recibido a Wisting.

–Lamento la espera –dijo de manera casi mecánica–. El abogado Henden te recibirá ahora.

La siguió por un pasillo que se abría paso por el edificio. Se detuvo ante una puerta de cristal esmerilado y esperó a que Wisting estuviera ante ella antes de abrirla.

La sala de reuniones estaba bañada por una luz suave. Una gruesa alfombra cubría el suelo y en

las paredes colgaban obras de arte. Había un mueble estrecho con jarras de agua y fruta pegado a la pared.

En el extremo de la larga mesa estaba sentado Rudolf Haglund, cruzado de brazos. Observaba a Wisting con sus ojos pequeños y una sonrisa en los labios. El abogado Henden se levantó del lugar que ocupaba a su lado, salió al encuentro de Wisting y lo saludó con un apretón de manos. Rudolf Haglund se puso de pie. Era más bajito de lo que Wisting recordaba, pero igual de pálido.

Haglund le tendió la mano. Wisting se la estrechó y ambos hicieron un breve movimiento de cabeza a modo de saludo. Después todos se sentaron alrededor de la mesa.

–Rudolf Haglund se alegra mucho de que aceptaras acudir a esta reunión –empezó el abogado.

Rudolf Haglund asintió.

–Como sabes, yo no estuve en aquel juicio y solo conozco el caso por la documentación, pero Haglund me ha contado que nunca tuvo nada que objetar al modo en que lo trataste. Siempre te consideró un hombre íntegro y, como ya te he contado, él no cree que fueras tú quien cambió la prueba de ADN.

Rudolf Haglund volvió a asentir con la cabeza.

–Aun así, se ha cometido una gran injusticia –prosiguió el abogado–. Mi despacho trabaja para corregirla, pero en su caso Haglund opina que no se trata solo de justicia. Desea que el policía corrupto que colocó la prueba falsa asuma su responsabilidad.

Wisting no dijo nada. La prensa se había cebado con él a partir de la información que les proporcionaba el abogado Henden. Si creían que el responsable de la falsificación de la prueba era otro agente, tenía que haber alguna razón por la que dejaban que él sufriera todo el impacto. Rudolf Haglund era un hombre calculador, y había tenido años para pensar en su caso. Y el abogado Henden era un buen estratega. Debían de tener un plan desde el primer momento, y no le gustaba ser parte de él.

–Supongo que tenemos un interés común en dejar al culpable al descubierto, ¿no? –prosiguió el abogado Henden, que había estado inclinado sobre la mesa; ahora se apoyó en el respaldo de la silla.

–¿Quién es? –preguntó Wisting.

El abogado señaló con un gesto teatral a su cliente y le dio la palabra. Los ojos diminutos de Haglund se empequeñecieron aún más, como si fuera un depredador que observa a su presa.

–No tengo intención de decírtelo –respondió.

Wisting se quedó inmóvil. El abogado no pudo reprimir una exclamación y pestañeó.

–Pero esta reunión... –casi tartamudeó.

–Acabarás sabiendo quién fue, pero no te lo diré. Solo te diré cómo puedes averiguarlo.

Wisting asintió en silencio.

–Los días posteriores a la detención se han quedado grabados en mi memoria. Los

interrogatorios contigo y las horas abajo, en la celda.

El hombre condenado por asesinato se inclinó sobre la mesa.

–Durante diecisiete años he sabido que algo estaba mal –dijo golpeando la mesa con el dedo–. Pero solo cuando Sigurd hizo analizar las colillas de nuevo, comprendí lo que me habían hecho.

El abogado apretó los labios; no le había gustado que el cliente se refiriera a él por su nombre de pila.

–Todo lo que ocurrió entonces se me ha quedado grabado a fuego –repitió Haglund–. Y lo he repasado hora a hora. –Bajó los párpados como para escenificarlo–. Descubrí quién puso la prueba para incriminarme y sé exactamente cómo ocurrió.

Wisting carraspeó y cambió de postura como para indicar que le interesaba escuchar el resto.

–Sin reloj y sin luz del día, en el sótano perdí el sentido del tiempo, pero debió de ser a última hora de la noche. Habían sacado de la celda vecina a un tipo que había gritado sin parar desde que lo metieron, y yo era el único que quedaba en el lugar. Casi me había quedado dormido cuando se abrió la puerta de la sección. Supuse que sería el custodio, que pasaba por allí cada media hora, pero no era él.

Wisting asintió. Después de que ocurrieran varias muertes en las celdas habían introducido una supervisión presencial de los presos cada media hora.

–La puerta de la celda se abrió –prosiguió Haglund–. Apareció un hombre que dejó algo en el suelo, apoyó el hombro en el marco de la puerta y me observó de lado. Luego sacó un paquete de tabaco y se puso a charlar conmigo mientras liaba un cigarrillo. Un paquete de Petterøes Azul número 3.

–La misma marca que posibilitó la coincidencia de ADN –dijo el abogado, como si hiciera falta aclararlo.

–Cuando el hombre acabó, me tendió el tabaco y me dijo que me liara uno. Yo acepté. Me dio fuego y estuvimos hablando. Me parece recordar que fue una conversación extraña. Sin mucho contenido, pero fue agradable fumarme un cigarrillo con alguien que no estaba interesado en el caso y solo quería matar el tiempo. Entonces se abrió la puerta del final del pasillo.

Rudolf Haglund se aclaró la voz y de nuevo golpeó la mesa con el dedo índice, como recalcando que lo que se disponía a decir era importante.

–Esta vez era el agente encargado de la custodia policial –explicó y habló más despacio para que todo quedara bien claro–. Y no os lo perdáis: el policía se agachó, cogió un cenicero y me lo puso delante. Yo apagué el cigarrillo antes de que se cerrara la puerta de la celda.

–Tenemos un testigo –afirmó el abogado–. El agente encargado de la custodia de los detenidos puede confirmarlo.

–Dudo que nadie recuerde nada –dijo Wisting.

–Creo que se acordará –replicó Haglund–, pero en realidad no es necesario.

–¿Qué quieres decir? –quiso saber el abogado.

–En la pared, delante de cada celda, había un formulario colgado–explicó Haglund–. Los custodios tenían que firmar para dejar constancia de su visita cada media hora.

Wisting asintió. Esa era la norma antes de que también informatizaran los controles rutinarios de las celdas.

–En los mismos formularios se anotaban los interrogatorios, las salidas al patio, las duchas, las comidas y hasta cuándo nos dejaban fumar.

–Han pasado diecisiete años –recordó el abogado.

Rudolf Haglund no le hizo caso.

–El custodio se quedó visiblemente sorprendido de encontrarse a otro funcionario en el sótano, y a través de la trampilla de la puerta le oí preguntarle si quería firmar él.

Wisting se inclinó sobre la mesa. La historia empezaba a ponerse interesante. Era muy lógico que el policía que le había dado al detenido un cigarrillo firmara el formulario.

–¿Lo hizo? –preguntó.

Haglund asintió y preguntó.

–¿Esos protocolos todavía existen?

Wisting no respondió. Los formularios se guardaban en un archivador cuando el detenido era puesto en libertad o trasladado a prisión. Los archivadores se conservaban. Varios años después de que el caso se cerrara y se hubiera dictado sentencia habían tenido quejas por el trato recibido en las celdas de aislamiento.

Existían, pensó. En algún lugar del archivo del sótano de la comisaría estaba el documento que podría limpiar su nombre.

El mensaje de texto de su padre le llegó a la una menos cuarto. «Cabello negro, corto. Pálido. Camisa azul y jersey de pico gris. Pantalón vaquero azul oscuro. Botas marrones. Abrigo sin identificar.»

Medio minuto después Wisting salió por la puerta. Sabía que estaban allí, en alguna parte, y enseguida reconoció el coche de su hija, aparcado un poco más arriba. Se levantó las solapas de la chaqueta, metió las manos en los bolsillos y caminó en sentido contrario con la cabeza baja.

Line le pasó el mensaje a Tommy y a sus dos colegas del periódico. Luego conectó la llamada a cuatro y oyó cómo los otros se agregaban. Era una manera eficaz de mantener la comunicación, de manera que todos supieran lo que hacía Rudolf Haglund. Line pronunció sus nombres uno a uno, y los otros respondieron y confirmaron su posición. Ella era la única que tenía a la vista la entrada al bufete de abogados. Morten P creía que había una puerta trasera y la tenía cubierta. Tommy y Harald, los compañeros del periódico, cubrían una calle perpendicular cada uno.

Wisting tenía el número común y el código de acceso, y Line le había explicado cómo funcionaba, a fin de que pudiera entrar directamente si quería. Utilizaba un teléfono móvil del diario *VG* para las conferencias de prensa, y se preguntó si debía llamarle desde su número particular para preguntarle cómo había ido la reunión, pero prefirió concentrarse en su tarea. Line había participado en seguimientos con anterioridad y sabía que exigían concentración y dedicación.

Diez minutos más tarde Rudolf Haglund apareció en la puerta, vestido como había dicho su padre, y con una cazadora de cuero negro.

–Sale –avisó Line a los demás y describió la cazadora.

–Vale –respondió Morten P.

Haglund se sacó una cajetilla del bolsillo interior y la abrió despacio mientras miraba calle arriba y calle abajo. Luego cogió un cigarrillo y lo deslizó entre sus dedos antes de golpearlo un par de veces sobre la tapa y llevárselo a los labios. Lo encendió con un mechero que se sacó del bolsillo del pantalón y exhaló una larga bocanada de humo. Consultó el reloj que llevaba en la muñeca y echó a andar.

–Dirección calle Møller –explicó ella–. Lo sigo a pie.

Conectó el teléfono a los auriculares y se bajó del coche. Lloviznaba, así que se subió la capucha del cortavientos sin que resultara extraño. Rudolf Haglund cruzó la calle diez metros por delante, pero no se volvió.

–Va hacia Karl Johan –dijo Line en voz baja.

–Yo también voy a pie –anunció Harald–. Voy en paralelo por la calle Torggata.

En el bolsillo de Line sonó el otro móvil. Lo sacó y vio que era un número interno de la redacción de *VG*, pero lo silenció y lo guardó en su sitio.

Rudolf Haglund continuó por la acera, pasó por delante del hostel Stortorvet, cruzó Grendsen y siguió hacia el este. Line iba pronunciando palabras clave para que los demás pudieran posicionarse. Al salir a la calle Karl Johan, giró a la derecha.

–Karl Johan arriba –informó ella.

–Recibo en la plaza Eger –informó Tommy.

Haglund iba treinta metros por delante de Line. Se detuvo ante The Scotsman, apagó el cigarrillo en un cenicero de una de las mesas más cercanas a la puerta y entró.

–Entra en Scotsman –informó Line, y vio que había una tienda de ropa al otro lado de la calle.

–Sí, lo he visto –respondió Harald–. Vengo desde abajo. Espero junto al 7-Eleven por si sale por este lado luego.

–¿Salchicha con tortita? –preguntó Morten P.

–Confirmado –dijo Harald.

Line se colocó junto a una mesa con montones de sudaderas en oferta. Un chico que doblaba camisetas en la mesa contigua la saludó con un gesto y sonrió. La música estaba tan alta que tuvo que meterse más los auriculares en las orejas para enterarse de lo que le decían sus compañeros.

–¿Dónde estás, Morten?

–Mal aparcado en Stortorvet.

El otro móvil volvió a sonar. Era el mismo número interno. Se arrancó el auricular de un oído y respondió. Acertó a oír que era una investigadora de la sección de datos, pero la música de la tienda se tragó todo lo demás.

Salió a la calle Karl Johan en el mismo momento en que Rudolf Haglund tomaba asiento en una de las mesas del pub de enfrente, debajo de una estufa de exterior. Llevaba una taza de café y un periódico. Line le dio la espalda y vio su reflejo en el escaparate.

–Ha pedido un café –informó.

–¿Cómo? –preguntó la que llamaba del periódico.

–Perdona –dijo Line tapando con la mano el micrófono que tenía línea abierta con los otros tres–. ¿Qué has dicho que habías averiguado?

–Bueno, en realidad lo descubriste tú –respondió la otra–. Me pediste el historial de la calle Minnehall 28 en Stavern.

Line sacó el cuaderno de notas del bolso.

–Jonas Ravneberg vivió en esa dirección con Maud Torell. Ella es de origen sueco, pero se mudó a Noruega a finales de los años ochenta. Hace diez años volvió a Suecia. Ha cambiado de apellido, ahora se llama Svedberg y vive en Ystad, en el extremo sur de Suecia.

—¿Maud Svedberg?

—Sí, te he llamado porque me pareció que era importante. Te puedo dar el teléfono y la dirección ahora, o si lo prefieres te mando un correo.

—Muchas gracias —repuso Line—. Mándame un correo, por favor.

Colgó. El maniquí del escaparate llevaba una camisa de aspecto informal que le quedaría bien a Tommy. A su espalda, Haglund se acabó el café y empujó la taza a un extremo de la mesa para dejar espacio al periódico.

Un par de años antes, Line había hecho una serie de entrevistas para el periódico en las que retrató a asesinos cuyas condenas en prisión sumaban cien años. Se centró en cómo les había afectado su estancia en la cárcel y cómo había sido su vida después. La mayoría eran personas destrozadas que, tras una larga vida en la cárcel, no tenían nada que ofrecer a la sociedad salvo nuevos problemas.

Haglund pasó a otra página sin haber leído nada. Contemplaba a la gente que pasaba por la calle, que a esa hora estaba muy transitada. De vez en cuando, fijaba la mirada en una persona concreta y la seguía, a él o a ella, hasta que se perdían entre la multitud.

—¿Qué hace? —preguntó Morten P en su oreja.

—Solo mira a la gente —informó Line, pero a la vez se dio cuenta de que no solo miraba a la gente. Escogía a alguno de los que pasaban por delante y lo estudiaba a fondo. Y las que escogía eran mujeres jóvenes.

El viento empezó a soplar y las nubes bajas y cargadas de lluvia se cernían amenazantes en el cielo de la capital. Wisting encontró una cafetería en la esquina del Palacio de Justicia. Faltaba casi una hora para su comparecencia ante Asuntos Internos. Pidió un bocadillo y una taza del café del día. Era una expresión que no había oído nunca, pero por lo que anunciaban el café del día procedía de Burundi y tenía sabor a miel, cítricos y nueces.

Encontró una mesa en un rincón donde sentarse de espaldas al resto de la clientela. Sus pensamientos le daban vueltas en la cabeza y se sentía mareado, como si se encontrara en un carrusel que girara despacio. Ahora creía entender la estrategia mediática de Rudolf Haglund. Su táctica. Había tenido éxito. Wisting se sentía obligado a conseguir las pruebas que no solo limpiarían su nombre, sino que también contribuirían a anular la sentencia de Haglund.

La probabilidad de que siguiera existiendo el archivador con los antiguos formularios de las visitas en las celdas era grande. Bjørg Karin Joakimsen era la responsable del archivo y había trabajado en la Oficina de Asuntos Penales durante casi cuarenta años. Era una de esas personas que rara vez tiraban algo, siempre encontraba un hueco para guardarlo en una estantería o en un cajón. Probablemente Wisting había estado sentado muy cerca de ese documento crucial la noche anterior cuando se conectó al ordenador del archivo.

Bebió un sorbo, y le pareció que solo sabía a café. Un poco más flojo que de costumbre, pero nada de sabor a cítricos ni a nueces.

No tendría ningún problema en hacer otra visita nocturna a la comisaría, pero le parecía que no serviría para nada. Era fácil encontrar casos que estaban archivados según un sistema establecido, pero hallar un documento entre otros muchos similares que se habían ido acumulando durante los últimos veinticinco años «por si acaso» era otra cosa.

La única que podía saber si esos documentos seguían existiendo y, en su caso, dónde podían estar guardados, era Bjørg Karin en la oficina de Asuntos Penales. Marcó el número de su despacho; era de los pocos que se sabía de memoria.

La mujer respondió con profesionalidad y buena disposición. La mayor parte de las personas que se ponían en contacto con ella lo hacían para quejarse de algo. Los demás funcionarios solían pasarle la llamada para que averiguara quién podía ayudarles. Muchas veces no les hacía falta llamar a nadie más, pues ella, con paciencia y amabilidad, les aclaraba el malentendido o les presentaba los hechos de manera comprensible.

—Me alegro mucho de escuchar tu voz —afirmó cuando lo reconoció, y acto seguido le bombardeó con preguntas y opiniones sobre el hecho de que lo hubieran suspendido.

–Creo que puedo solucionarlo –dijo Wisting–. Pero necesito ayuda.

–Espero poder contribuir.

Wisting le explicó lo que estaba buscando, sin entrar en detalles de por qué era importante.

–No estoy segura de poder conseguirlo –dijo Bjørg Karin–. Pero creo que esos archivadores están en el archivo histórico. Los he visto y desde luego que no los he tirado.

–¿Puedes comprobarlo? –pidió Wisting.

–Hoy mismo –aseguró Bjørg Karin.

Rudolf Haglund bebió dos tazas de café antes de seguir su camino. Fueron tras él hasta un restaurante de la calle Rådhus que tenía vistas hacia el fuerte de Akershus. Un viento frío y cortante entraba por el fiordo, y cuando cayeron las primeras gotas de lluvia, Line buscó refugio bajo el tejadillo de un edificio de oficinas.

—¿Cuánto tiempo lleva allí? —preguntó Morten P en su oreja.

—Casi diez minutos —respondió Line.

—Propongo que uno de nosotros entre a ver qué está haciendo. Puede que se haya reunido con alguien.

—Yo me ocupo —dijo Harald—, tengo que mear.

Line accedió. En realidad, no sabía qué esperaba sacar en limpio de esa persecución, pero desde luego no era acompañar a Rudolf Haglund de un bar a otro.

Harald desapareció por la puerta del restaurante. Ahora llovía con más intensidad y fuertes rachas de viento sacudían las cortinas de agua sobre las calles.

Dos minutos más tarde Harald salió.

—Está con Hulkvist —informó.

—¿Gjermund Hulkvist? —irrumpió la voz de Morten P—. Joder, eso era para nosotros. Nos lo debe. Sacamos su caso en la portada. Pero dijo que no le interesaba concedernos una entrevista.

Gjermund Hulkvist era un veterano periodista de sucesos del diario *Dagbladet*, que durante años se había ocupado de la mayoría de los grandes casos nacionales. Tenía mucha facilidad para ponerse en contacto con la gente y contaba con una amplia red de informantes que le ayudaban a encontrar noticias donde otros no veían nada.

—Están almorzando con lápiz y papel —explicó Harald.

—Eso nos deja algo de margen —dijo Line. Empezaba a tener frío—. Voy buscar el coche.

Antes de que pudiera sentarse al volante la lluvia la había empapado. Arrancó el coche, puso la calefacción y encendió el limpiaparabrisas mientras se quitaba con dificultad la chaqueta y el jersey. Sacó ropa seca de la bolsa de viaje del asiento trasero y se vistió. Luego buscó un sitio libre para aparcar en una calle lateral que le daría varias posibilidades de elección, dependiendo del camino que escogiera Rudolf Haglund cuando acabara la entrevista.

Harald y Morten P tenían controlada la entrada al restaurante, eso le dejaba tiempo para atar algunos cabos sueltos. Decidió llamar al policía que le había tomado declaración en Fredrikstad para saber si había ocurrido algo más, pero antes volvió a probar el número que no estaba registrado.

Desconectó el micrófono y marcó el número. Para su sorpresa, respondieron casi al instante. Una chica joven dijo «Hola» y Line oyó a alguien riéndose.

Line comprobó que había llamado al número correcto mientras se presentaba.

–¿Con quién hablo? –preguntó.

–¿A quién llamabas? –preguntó la otra.

–En realidad no lo sé –respondió Line y probó con un farol–. Solo devuelvo una llamada perdida.

–Has llamado a una cabina telefónica –respondió la joven.

–¿Cabina? ¿Dónde?

–Delante de la estación de tren de Fredrikstad.

Ahora lo entendía todo, pensó Line. No solo que el posible asesino hubiera llamado desde una cabina sino también que nadie hubiera respondido a sus llamadas.

–¿Hay alguna cámara por ahí? –quiso saber.

–¿Cámara?

–¿Hay videovigilancia ahí, en la estación?

La chica colgó.

Line levantó la vista. Una capa de vaho cubría el interior del parabrisas. Secó una franja con el dorso de la mano y miró al frente. La lluvia que tamborileaba sobre el techo del coche había espantado a la gente de la calle. Repasó los hechos anteriores al asesinato de Jonas Ravneberg. A las 14.17 este había recibido una llamada que le hizo ponerse en contacto con un bufete de abogados y concertar una cita. Siete horas más tarde estaba muerto. Esos hechos tenían que estar relacionados. No sabía quién le había llamado, pero lo había hecho desde una cabina telefónica.

A continuación Line llamó al fotógrafo con el que había colaborado en Fredrikstad. Erik Fjeld respondió al instante. Su voz sonaba hueca y comprendió que también estaba en el coche.

–Necesito una foto –dijo ella.

–¿Sigues con el caso? –preguntó el fotógrafo.

–Solo estoy atando unos cabos sueltos –respondió Line vagamente y le explicó el asunto de la cabina delante de la estación de tren–. ¿Podrías hacerle una foto?

–Estoy a media hora.

–Genial. Y ya que vas allí: me gustaría saber si tienen videovigilancia.

Erik Fjeld dudó antes de responder.

–Vale –dijo por fin, y a Line le pareció oír que el coche aceleraba. Era evidente que había comprendido que su cometido no era solo hacer una foto de una cabina telefónica vacía.

Asuntos Internos llevaba una existencia anónima en el centro. La entrada estaba en la parte trasera de la calle Kirke, 1. El edificio albergaba también una empresa de venta de telefonía, varias empresas de contabilidad y otras actividades que no necesitaban publicitarse mediante carteles luminosos ni escaparates.

En el acceso para vehículos había dos mujeres fumando a resguardo de la lluvia. Saludaron a Wisting con la cabeza cuando pasó por su lado, como si supieran quién era él y a qué iba. Le pareció que podía sentir sus miradas en la nuca cuando se dirigió a la puerta. Estaba cerrada. Examinó el telefonillo y pulsó la tecla de «Asuntos Internos». Tardaron mucho en responder. Wisting dijo su nombre y anunció que estaba citado a las dos.

La puerta se abrió con un zumbido.

–Segundo piso.

Al empujar la puerta miró por encima del hombro. Al otro lado de la plaza había un hombre enfocándole con una cámara. Llevaba otra colgada del hombro y la lluvia le goteaba de la visera de la gorra.

«Periodista», pensó Wisting apresurándose a entrar. Alguien tenía que haberle dado el chivatazo de que él iría allí ese día.

El comisario de policía Terje Nordbo le recibió en la puerta. Se dieron la mano. Wisting había buscado su nombre en internet, pero no había encontrado otro resultado que una clasificación bastante regular en la carrera de esquí de Birkebeiner. El comisario le condujo a través de unas oficinas semivacías y un pasillo, al final del cual le invitó a pasar a un amplio despacho.

Las paredes eran grises, frías y desnudas salvo por un reloj y una estrecha ventana. En el escritorio había una pantalla de ordenador, un teclado, un ratón, un taco de folios en blanco, un bolígrafo y una pequeña grabadora digital de la misma marca que usaban sus agentes.

Terje Nordbo se quitó la chaqueta y la colgó con mucho cuidado del respaldo de la silla. Luego se sentó, se acercó el teclado y empezó a remangarse. Wisting se quedó de pie unos instantes. Le resultaba extraño sentarse al otro lado de la mesa de un investigador. Finalmente se sentó y miró al comisario, que estaba concentrado en la pantalla. Nordbo tenía el pelo corto y estaba muy delgado, llevaba gafas sin montura y la corbata apretada. Tendría unos diez años menos que él. Wisting contaba con varios miles de horas más de experiencia, aun así se sintió en inferioridad de condiciones. Una investigación interna era un proceso muy minucioso, y los descubrimientos de los investigadores eran examinados por los mejores juristas de la nación. La gente que ocupaba

amplios escritorios en los pisos más altos siempre encontraban algo que criticar si se lo proponían.

–Voy a grabar la entrevista –le informó el comisario y puso en marcha la grabadora–. Después imprimiré un resumen que te será entregado para que lo leas y lo apruebes.

Wisting asintió con un movimiento de cabeza, cambió de postura y sostuvo la mirada del hombre que tenía delante.

«Ahora estoy en el otro lado», pensó Wisting, donde muchos hombres y mujeres habían estado antes que él, donde él mismo había puesto a cientos, miles de sospechosos. Ante la ley eran inocentes hasta que se demostrara lo contrario. Para los investigadores era al revés; partían del convencimiento de que quien ocupaba esa silla era culpable. Para resolver un caso era crucial creerlo así. Tener la convicción firme y segura de que la persona que tenías delante había hecho aquello de lo que estaba acusada. El mismo Wisting se había sentido así cuando interrogara a Rudolf Haglund diecisiete años atrás. Cuando había entrado en la sala de interrogatorios y se había sentado, no había dudado de encontrarse ante un asesino. Así tenía que ser. Era como una competición deportiva. Si no te lo creías, si no pensabas que merecía la pena ganar esa batalla, perdías.

–Estás acusado de contravenir los artículos 168 y 169, capítulo segundo, del Código Penal –informó el investigador.

A Wisting se le marcó una arruga en la frente. Se dio cuenta de que no se había preparado para la ocasión. Había dedicado días a revisar el caso Cecilia, con la intención de averiguar quién había puesto la prueba falsa contra Rudolf Haglund, pero al final había pasado más tiempo buscando un asesino alternativo. Apenas se había preparado para afrontar las acusaciones contra él.

Se agarró a la mesa y notó el tosco borde metálico. Había esperado que lo acusaran de incumplir el artículo 168. Solía aplicarse a aquel que presentaba una falsa denuncia, pero también a quien fabricaba pruebas falsas. No conocía el contenido del artículo 169.

–El artículo 169 establece una condena mínima por fabricación de pruebas de un año de cárcel –explicó el investigador, como si le hubiera leído la mente a Wisting–. En los casos en los que alguien ha sido condenado y ha cumplido más de cinco años de cárcel, el culpable puede recibir una condena de un máximo de veintiún años. Esto hace que el caso prescriba a los veinticinco años.

Wisting tragó saliva. El asunto, de pronto, era mucho más serio de lo que había pensado. Las consecuencias de las acusaciones vertidas contra él eran mucho más graves de lo que había comprendido al sentarse en la silla para prestar declaración. Si no era capaz de exonerarse, sería condenado a prisión.

Inspiró profundamente y al soltar el aire hizo más ruido del que pretendía.

–La base de la acusación se basa en el requerimiento del abogado Henden para que se reabra el caso contra Rudolf Haglund –prosiguió el investigador en el mismo tono formal–. Como acusado no estás obligado a responder a mis preguntas y tienes, por supuesto, derecho a estar acompañado por un abogado defensor en todas las fases del caso.

El agua de la lluvia corría por los cristales a raudales; la atmósfera de la habitación empezaba a estar húmeda y pegajosa. Wisting cambió de postura y cruzó las piernas.

–¿Has comprendido los cargos y tus derechos? –quiso saber el hombre del otro lado del escritorio.

Wisting asintió con un movimiento de cabeza.

–Tienes que contestar en voz alta –explicó el investigador señalando la grabadora.

–Sí.

La lluvia se hizo más densa y un torrente de agua corría por el borde de la acera. El reloj del salpicadero marcaba las 14.37. Rudolf Haglund había pasado casi una hora con el periodista del diario *Dagbladet*.

Line tenía en el regazo el archivador rojo del caso Cecilia, con la etiqueta de «Acusado», que contenía las declaraciones de Rudolf Haglund y toda la información que habían reunido sobre él. Su idea era utilizarlo como una especie de guía, en función de a quién visitaba Haglund o lo que hacía. Ahora lo empleó para familiarizarse con el caso e iba saltando al azar entre los distintos interrogatorios.

No habían encontrado ADN, huellas dactilares ni otros rastros de Cecilia en casa de Haglund. Los técnicos de criminalística concluyeron que la chica nunca había estado en la casa. Habían sacado algunas fotos durante el registro. La casa era la típica vivienda modesta financiada a través del Banco de la Vivienda durante los años setenta. Consistía en un gran cuarto de estar, cocina, baño, aseo, lavadero, dos trasteros y tres dormitorios. Cada habitación había sido fotografiada desde dos ángulos, luego había fotos detalladas de las revistas pornográficas encontradas en una maleta en uno de los trasteros. Habían fotografiado las revistas una a una. La finalidad del dossier de fotos había sido, sin duda, ilustrar las preferencias sexuales de Haglund y reforzar la motivación sexual del secuestro de Cecilia Linde.

Volvió a la foto del cuarto de estar. Las paredes enteladas de arpillera gris; alfombra sintética marrón en el suelo; sofá de terciopelo azul y dos butacas a juego, una mesa de salón con una plancha de cristal, un televisor y un reproductor de vídeo sobre un banco con ruedas.

Evidenciaba una vida triste y solitaria, pensó Line, y estaba a punto de cerrar el archivador cuando se detuvo. Detrás del televisor había tres estantes en la pared, casi en forma de escalera. En todos había una fila de cochecitos.

Se agachó, miró la foto con los ojos entornados y encendió la luz para ver mejor. Era una colección de coches a escala.

No había leído en ninguna parte que Rudolf Haglund coleccionara coches a escala. Pero en el informe de un testigo figuraba que Haglund había puesto en contacto a Jonas Ravneberg con uno de los empleados de la tienda de muebles que había heredado una caja de coches. Ni Haglund ni Ravneberg parecían ser hombres a los que se accedía fácilmente. Tal vez se hubieran conocido por su afición al coleccionismo.

Leyó los correos en el teléfono y descargó el mensaje de la sección de datos. Maud Svedberg

vivía en Lilla Norregatan, en Ystad. Había adoptado el apellido Svedberg al casarse doce años atrás, pero figuraba como divorciada y sin hijos.

Si no seguía las noticias de la prensa noruega, probablemente no sabría que habían asesinado a su antigua pareja. En ese caso, Line debería comunicárselo. Le pareció que estaba intentando montar dos caballos a la vez, Jonas Ravneberg y Rudolf Haglund. Aunque de algún modo eran el mismo, pero aún no sabía cómo.

Marcó el número. La voz de la mujer que contestó era ronca y extrañamente insegura, como si no estuviera acostumbrada a que sonara el teléfono.

Line se presentó.

–Trabajo en un caso de asesinato en el que creo que conocías a la víctima –explicó.

–¿Un asesinato?

–La investigación de una muerte violenta –confirmó Line–. La víctima se llama Jonas Ravneberg y creo que tú lo conocías.

–¿Jonas?

–Vivisteis juntos en Noruega hace diecisiete años, ¿no es así?

–¿Ha muerto?

Line le explicó lo que había sucedido.

–¿Vivíais juntos? –preguntó al acabar.

–De eso hace muchos años –explicó la mujer al otro lado de la línea. Hablaba tan bajito que Line tenía que esforzarse para oírla–. Mi vida ahora es muy distinta. Volví a Suecia y me casé.

–¿Por qué se acabó la relación? –quiso saber Line.

–Han pasado tantos años... –repitió Maud Svedberg.

–Pero él se mudó a Fredrikstad –insistió Line dándose de cuenta de que sonaba impaciente y brusca–. ¿Se mudó por algún motivo en especial?

–Estaba muy nervioso –contó Maud Svedberg–. Tenía los nervios rotos –luego se interrumpió–. ¿Trabajas para un periódico?

–*Verdens Gang* –confirmó Line–. Me interesa saber quién era él.

–No quiero que escribas sobre nosotros.

–No tengo por qué hacerlo. Solo quiero hablar con alguien que lo conociera. No parece haber mucha gente que lo conozca.

–Ese fue nuestro problema. Cada vez pasaba más tiempo solo. No compartía ni sus pensamientos ni nada conmigo. Así tampoco hacía falta que viviéramos en la misma casa, y él se mudó.

–¿Has tenido noticias tuyas?

La mujer dudó de nuevo.

–Este verano cumplí cincuenta años –respondió, añadiendo que tenía dos años más que Jonas

Ravneberg—. Recibí una carta suya. No decía gran cosa. No hablaba de sí mismo, solo unas líneas sobre la época que pasamos juntos.

—¿No has recibido nada de su parte por correo en los últimos días?

—No. Había puesto su dirección en la parte de atrás del sobre y le mandé una postal desde España cuando estuve allí en septiembre. Le daba las gracias por la carta y le deseaba lo mejor en el futuro.

—¿Puedes pensar en alguna razón por la que alguien quisiera acabar con su vida?

Maud Svedberg no tuvo tiempo de contestar.

—Movimiento —informó Morten P por la otra línea—. Haglund sale. Va hacia la calle Aker.

—Tengo otra llamada —se disculpó Line y arrancó el coche—. ¿Podría llamarte más tarde?

La voz de la mujer era casi inaudible cuando dio las gracias a Line por haber llamado.

Wisting había declarado durante más de una hora sin interrupción. Había intentado exponer el caso Cecilia de la manera más objetiva que había podido; había dado los nombres de todos los que, de una u otra manera, habían trabajado en el caso y había explicado cómo estaban repartidas las responsabilidades. Terje Nordbo le había escuchado pacientemente, pero sin apenas apuntar nada. Probablemente se había preparado leyendo sobre el caso y el repaso de Wisting le resultaba familiar.

Desde un punto de vista objetivo, la manera en que Wisting había llevado el caso era impecable. Después de que les avisaran de la desaparición de una chica, habían entrevistado a innumerables testigos hasta dar con el cadáver y detener al sospechoso. Cuando Wisting acabó de hablar, el investigador de Asuntos Internos expresó sus valoraciones, consideraciones y sentimientos en relación con el caso. Criticó la interpretación de teorías, procedimientos e instrucciones. Esto provocó en Wisting un sentimiento de frustración. De repente nada parecía avanzar en línea recta. La verdad se había transformado en un laberinto.

–¿Por qué te pusieron al frente de la investigación? –quiso saber Terje Nordbo.

–El director de la comisaría me encargó el caso. Habría que preguntárselo a él.

–Lo haremos. Pero ¿tienes alguna opinión al respecto?

Wisting estaba acostumbrado a asumir las responsabilidades que le asignaban, no a cuestionarlas.

–Yo estaba allí –respondió–. Y tenía las cualificaciones necesarias.

–¿No te preocupó?

Wisting negó con la cabeza. El contenido de las preguntas estaba muy lejos de su manera de pensar.

–¿Habías llevado grandes casos con anterioridad? –preguntó el investigador señalando la grabadora para recordar a Wisting que no bastaba con asentir o negar con la cabeza.

Wisting carraspeó.

–El caso Cecilia fue creciendo hasta convertirse en el caso más serio que había llevado –respondió–. Pero cuando me lo asignaron, solo era un caso de una persona desaparecida.

–¿Solo?

–Bueno, desde el principio resultó evidente que Cecilia Linde no había desaparecido voluntariamente. Pero podía haber sufrido un accidente. Parte del terreno era irregular y bordeaba el mar. Mi trabajo era seguir una hipótesis del peor escenario posible.

–¿Teoría del peor escenario posible?

–Me aseguré de que, desde el primer momento, nuestra investigación partiera de la idea de que podía haber ocurrido lo peor. Que Cecilia podía haber sido víctima de un crimen.

–¿Qué directrices te dieron los mandos policiales?

–¿Directrices? No entiendo la pregunta.

–¿Te comentaron que estaban satisfechos con tu trabajo?

–No tuve la impresión de que pensarán otra cosa. Constantemente se cuestionaba la asignación de recursos, claro, pero nuestra labor nunca recibió una crítica.

–¿Qué esperaban?

Wisting se encogió de hombros. En la práctica las cosas no funcionaban así, el director de la policía no te decía cuáles eran sus expectativas. Todos tenían la misma meta: resolver el caso y llevar al criminal a los tribunales.

–Resultados –dijo–. Esperaban resultados, claro.

–¿Cómo lo manifestaron a lo largo de la investigación?

–No entiendo la pregunta.

–¿Alguien perdió la paciencia cuando no obtuvisteis resultados?

–Todos estábamos impacientes –reconoció Wisting–. Pero la mayoría de nosotros ya habíamos pasado por esa situación antes. Teníamos experiencia y sabíamos que resolver un caso llevaba tiempo.

–¿Y los medios de comunicación?

–¿Los medios de comunicación?

–¿No estaban impacientes?

–Por supuesto que exigían que solucionáramos el caso y cuestionaban nuestra labor.

–¿Cómo lo viviste?

–De dos maneras –dijo Wisting–. Tener que estar contestando preguntas de los medios todo el tiempo ralentizaba la investigación, pero la atención de los medios también resultaba útil para conseguir pistas e informaciones de la gente.

–¿Era estresante?

–En un caso así todo es estresante. Pero ocuparse de los medios forma parte del trabajo.

–Imagino que el clamor de la gente se volvió insoportable.

–¿Eso ha sido una pregunta?

–Lo preguntaré de otra manera –repuso el investigador–. ¿No tener nada nuevo que comunicar a la prensa podía condicionar la investigación?

Wisting lo pensó. Era una buena pregunta.

–Mi principal responsabilidad era dirigir la investigación táctica –explicó–. Yo me concentraba en eso. El entonces comisario Audun Vetti se ocupaba de la prensa.

–¿Pero tú participabas en las ruedas de prensa?

–Sí.

–¿Cómo viviste la experiencia de estar a diario en las conferencias de prensa sin tener nada nuevo que comunicar?

–No era así –respondió Wisting–. El caso avanzaba. Había avances a diario, a pesar de que no estuviera resuelto.

Wisting observó al investigador hojeando sus notas. Habían llegado a un punto que no solo era central para el caso, sino que había tenido unas consecuencias catastróficas. Mientras todavía estaban buscando a Cecilia Linde, se había sabido que la policía tenía un casete en la que describía el lugar en el que estaba prisionera. El mismo día que Audun Vetti confirmó esa información en los medios, arrojaron su cadáver a una cuneta. Si algo podía reprochársele a Vetti era que no hubiera sido capaz de mantener en secreto la información sobre el casete y la búsqueda a gran escala. Cuando la prensa lo publicó, el secuestrador no tuvo otra opción que matarla y deshacerse del cuerpo.

Wisting tragó saliva y evitó hablar del asunto.

–¿Cómo te afectó a ti a nivel personal la falta de resultados? –quiso saber el investigador.

–Me resulta difícil contestar a eso. No era algo en lo que pensara o de lo que estuviera pendiente.

–¿Te pesaba?

–Es un término adecuado, sí.

–¿Cómo llevó el asunto tu familia?

–No los veía mucho –admitió Wisting.

El investigador pasó las hojas de sus notas.

–¿Tienes gemelos? –quiso confirmar–. ¿Line y Thomas? ¿Qué edad tenían?

–Acababan de cumplir doce años.

–¿Se enteraban de lo que pasaba?

Wisting asintió.

–Ingrid, mi mujer, hablaba con ellos. Yo rara vez llegaba a casa antes de que se hubieran ido a dormir.

Bajó la mirada. Recordó cómo descargaba todos sus pensamientos en Ingrid al llegar la noche, de manera que podía irse a dormir con la cabeza más despejada.

–¿Lo echabas de menos?

–¿El qué?

–Pasar más tiempo con la familia. ¿Los añorabas?

–Por supuesto.

–¿Cómo era tu matrimonio?

Wisting miró por la ventana. El agua de la lluvia corría por los cristales y distorsionaba la

imagen del mundo. Comprendía lo que estaba haciendo el investigador. Quería crear un motivo; intentaba presentar la responsabilidad de Wisting como una carga difícil de sobrellevar y la presión para que solucionara el caso como insostenible. Eso reforzaba la teoría de Asuntos Internos de que Wisting había puesto la prueba decisiva del ADN para librarse de la carga, para encontrar una salida al caso que no era capaz de solucionar con la labor policial tradicional.

–No me parece que mi matrimonio sea relevante para el caso –respondió.

–Yo creo que sí.

El silencio invadió el despacho.

Wisting volvió a mirar hacia la ventana. Una pequeña corriente de agua corría por el cristal. Terje Nordbo se reclinó en su silla de alto respaldo y esperó. Wisting había hecho lo mismo muchas veces. Era un método eficaz. Quedarse sentado hasta que el silencio se hacía tan incómodo que el otro acababa por tomar la palabra y reanudaba la conversación.

La pausa forzada hizo que Wisting notara el estrés que le estaba provocando la entrevista. El hombre que debía interrogarle estaba más interesado en provocar una reacción emocional o tirarle de la lengua.

Luego se miró las manos, que tenía entrelazadas en el regazo. Tal vez fuera culpa suya, pensó. Tal vez, inconscientemente, había dejado que ocurriera. Tal vez, a base de no conseguir que la investigación avanzara, de no solucionar el caso, había provocado la presencia de las pruebas falsas que habían incriminado a Rudolf Haglund. Puede que su ineficiencia hubiera provocado que alguien se tomara la justicia por su mano.

Fue el investigador de asuntos internos quien rompió el silencio. Se inclinó hacia delante, pasó las páginas y decidió dar un nuevo enfoque al interrogatorio.

–¿Cuántas veces interrogasteis a Rudolf Haglund?

Wisting levantó la vista al techo, como si tuviera que pensarlo. Conocía la respuesta, pero entendía adónde quería llegar el investigador. Había conseguido que Wisting describiera un caso prácticamente bloqueado que, como responsable de la investigación, le pesaba mucho. Había creado un motivo. Ahora quería saber si Wisting había tenido oportunidad de poner la prueba de ADN.

–Seis –respondió.

–¿Por qué decidiste interrogarlo tú mismo? Estabas al frente de la investigación. ¿Consideraste la posibilidad de asignárselo a otro?

El teléfono móvil de Wisting sonó antes de que tuviera tiempo de responder. El investigador de Asuntos Internos estaba claramente molesto, pero hizo un gesto condescendiente. Wisting se sacó el teléfono del bolsillo. Era Bjørg Karin, de la Oficina de Asuntos Penales.

–Tengo que responder –dijo levantándose.

El otro abrió la boca para decir algo, pero Wisting ya estaba saliendo de la habitación.

A las 15.43 Rudolf Haglund salió del restaurante de la calle Rådhus. Había caminado por la calle Tollbu y continuó por ella hasta llegar a la Bolsa. Luego subió una manzana y entró en un aparcamiento. Poco después salió conduciendo un Passat gris.

Ahora se encontraba en medio de una red invisible. Se dirigía al sur por la carretera E 18. Cinco coches por delante de él circulaba Morten P. Los otros tres iban detrás, pero cambiaban de lugar de manera que los faros que Haglund pudiera ver por el retrovisor variaran todo el tiempo.

Haglund conducía al límite de la velocidad permitida, o sobrepasándola un poco. Llovía. Los neumáticos silbaban sobre el asfalto mojado. Line era el primer coche detrás del Passat gris. Al llegar a Liertoppen, Haglund redujo la velocidad de forma repentina. El resto del tráfico lo adelantó, y resultaba poco natural que Line se mantuviera tras él. Avisó a los demás para que les diera tiempo de quedarse más atrás y luego lo adelantó por la izquierda con la vista fija al frente. Cuando le hubo pasado, echó un vistazo al retrovisor. El parabrisas trasero estaba cubierto de vaho y lluvia, pero se fijó en los faros de Haglund para no perder de vista el coche.

Permaneció en el carril izquierdo hasta que adelantó a Morten P. Ahora iban dos coches delante y dos detrás. Eso les dejaba en una situación vulnerable si Haglund se desviaba de la carretera.

–Haglund está acelerando de nuevo –informó Tommy.

–Dejaré que me pase –dijo Morten P.

Por el retrovisor Line vio cómo los otros coches cambiaban de carril y lo adelantaban.

–Aquí llega –informó Morten P–. Me pondré detrás.

Haglund continuó hacia el sur. El puente de Drammen estaba lleno de coches. Parecían luces flotantes en medio de la lluvia. Junto al polígono industrial del Kobbervikdalen sonó el otro teléfono móvil de Line. Tuvo que llevárselo a la oreja puesto que el manos libres estaba ocupado con la línea abierta.

Era Erik Fjeld.

–He tardado más tiempo del que dije –se excusó–. Pero al menos tengo una foto de tu cabina.

–No pasa nada –respondió Line. Había reducido la velocidad al coger el teléfono y vio por el retrovisor que Haglund se había puesto a la izquierda–. ¡Espera un momento!

Pidió que otro pasara delante. El Passat gris la adelantó. Justo detrás iba Tommy. Line se situó como coche de refuerzo detrás del todo y quitó el sonido del manos libres de forma que ella pudiera oír lo que decían, pero que ellos no la oyeran a ella. Los limpiaparabrisas se movían frenéticamente. El coche de Haglund desapareció de su vista.

–¿Hay videovigilancia? –preguntó y se pasó el teléfono a la otra oreja.

–Han tenido bastantes problemas de vandalismo en la zona de la estación, por eso instalaron un sistema de videovigilancia antes del verano.

–¿Tienen la grabación todavía? –preguntó Line esperanzada.

–Por eso he tardado tanto tiempo –explicó Erik Fjeld–. La policía se la llevó ayer.

Line lanzó una exclamación irritada; aun así, era tranquilizador que los investigadores de Fredrikstad hubieran llegado antes que ella.

–Es digital –siguió explicando el fotógrafo–. Solo se llevaron una copia. La grabación en sí sigue en la estación.

Una ráfaga de viento impactó contra el coche y Line agarró el volante con las dos manos. La lluvia cruzaba la carretera en diagonal.

–¿Puedes conseguir una copia? –preguntó llevándose el teléfono a la oreja de nuevo.

–Los empleados no quieren dárme-la, ya que la policía se ha involucrado en el asunto. Pero me dejaron ver la grabación.

–¿Y?

–Me quedé solo en las instalaciones un rato y pude hacer fotos de la pantalla. Puedo mandártelas, pero no te servirán de mucho. La cabina telefónica está en el extremo de la imagen. Todo lo que se ve es un hombre vestido de oscuro que sale de espaldas.

–¿Se le puede seguir? ¿Aparece en otros ángulos de la cámara?

–No, solo aparece en esa imagen.

–¿Se puede ver si llega en coche?

–No. Solo se distingue una sombra oscura.

–Vale. En cualquier caso, buen trabajo. Mándame lo que tengas. Yo voy a ver qué ha averiguado la policía.

Se acercaban al peaje de la E 18 en Sande. Harald avisó de que Haglund había ido al pago manual. Line redujo la velocidad para no arriesgarse a adelantarlo por el carril para los abonados.

Esperó a que hubieran pasado antes de llamar a la policía de Fredrikstad. Pensó en llamar antes al redactor jefe de noticias, solo para asegurarse de que nadie más de la redacción estuviera trabajando en el caso, pero no lo hizo. El asesinato ya no era de actualidad y solo reaparecería cuando se produjera una detención o alguna novedad relevante.

Al llamar a la policía habló con el abogado policial que había participado en la rueda de prensa.

–Habéis retirado una grabación de vídeo de la estación de tren –empezó con prudencia para no revelar toda la información de que disponía.

–Rutina –respondió seco el abogado, claramente cansado de contestar a tantos periodistas.

Line cambió de estrategia y fue más agresiva.

–¿Habéis identificado al hombre que llamó desde allí a Jonas Ravneberg?

Se hizo un silencio al otro lado. La información de que la policía se había llevado la grabación podía habérsela dado a la prensa un empleado de la estación, pero los datos telefónicos eran menos accesibles. La explicación más rápida sería que alguien de la policía había filtrado la información.

–Podemos buscarle a través del periódico –se ofreció Line para tirarle de la lengua.

–Ya hablaremos sobre eso más adelante –dijo el abogado policial dudando.

–¿Eso quiere decir que sabéis quién llamó?

–No puedo decir nada.

Line se cambió el teléfono de oreja.

–¿Pero veis una relación?

–¿Puedo devolverte la llamada? –preguntó el abogado policial.

–Se desvía de la autopista en el cruce de Kopstad –informó Harald.

–¿Qué has dicho? –preguntó el abogado.

–Bien –dijo Line–. ¿Puedo llamarte más tarde?

–Paso de largo –informó Tommy–. Cojo el siguiente desvío.

Line se despidió del jurista de la policía y volvió al grupo telefónico.

–¿Quién le sigue? –quiso saber.

–Yo soy el primer coche –respondió Harald–. Estoy demasiado pegado y tengo que dejarle ir en el próximo desvío.

–Yo voy detrás –informó Morten P–. Puedo seguirlo.

Line se colocó en el carril de salida y echó un vistazo al archivador rojo del asiento trasero. Estaban en Horten. No recordaba haber leído nada sobre que Rudolf Haglund tuviera vinculación alguna con el pequeño municipio. Seguían estando a casi una hora en coche de Larvik y su lugar de origen.

–Se está adentrando por el campo –informó Harald–. Lo dejo ir.

–Yo lo tengo –aseguró Morten P, pero se interrumpió–. Joder. Se ha parado en el arcén. Lo estoy adelantando. ¡Frena, Line!

Era demasiado tarde, Line ya se había desviado y había cogido la carretera comarcal. Vio el Passat gris unos cientos de metros más adelante en una recta. No había ningún sitio por el que pudiera desviarse, y se vio obligada a pasar de largo.

Aceleró para que el adelantamiento ocurriera a la mayor velocidad posible y Haglund no tuviera tiempo de fijarse en su coche.

Morten P tomó el control. Ordenó a Harald que se mantuviera tranquilo junto a la E 18, pero que estuviera listo por si acaso Haglund se daba la vuelta y regresaba. Pidió a Line que cogiera el primer desvío que viera para buscar un punto de observación. Tommy debía coger el primer

desvió de la E 18 y volver despacio hacia ellos. Él siguió un par de kilómetros más para ir por delante en caso de que Haglund siguiera por la carretera comarcal por la que se había desviado.

Esperaron casi un cuarto de hora. Entonces el Passat gris pasó por delante del desvío en el que se había detenido Line.

–Sigue –dijo, y salió a la carretera.

Los otros informaron de que habían recibido el recado.

Haglund continuó hacia el interior. Había poco tráfico, era difícil seguirlo, pero mantuvo una velocidad normal y Line fue el primer coche durante varios kilómetros. El paisaje era monótono y llano, con inmensos campos de cultivo. La población estaba cada vez más diseminada, solo había unas pocas granjas apartadas. Pasaron ante un lago pequeño. La lluvia hacía que pareciera estar hirviendo. Después el camino ascendió, y cuando se allanó de nuevo, Haglund frenó en medio de una recta y se desvió por un camino de grava.

–Se desvía –avisó Line. Pasó el camino pero se echó a un lado.

–¿Qué hacemos? –quiso saber Harald.

Line pensó deprisa. Si le seguían por el estrecho camino de grava, se arriesgaban a ser descubiertos. Por otra parte, ese era precisamente el objetivo de todo el montaje. Diecisiete años atrás, el final de la investigación en torno a Haglund se había concentrado en descubrir dónde había tenido oculta a Cecilia Linde. Se encontraban dentro del radio de una hora con respecto al lugar donde fue secuestrada.

–Voy a seguirle –dijo Line y dio la vuelta–. Los demás, quedaos donde estáis, mantened la línea abierta.

Los otros se quedaron en silencio. La grava crujió bajo los neumáticos cuando Line giró por el estrecho camino.

–Ten cuidado –rogó Tommy.

Wisting salió con el teléfono al pasillo y cerró la puerta de la sala de interrogatorios.

–¿Los encontraste? –preguntó avanzando por el pasillo mientras hablaba.

–Eso creo –respondió Bjørg Karin–. Estaban en una caja junto con viejos ejemplares de la revista de la policía.

–Estupendo.

–¿Qué quieres que haga con ellos?

Wisting miró el reloj. Se acercaba el final de la jornada laboral y no podía pedirle a Bjørg Karin que los revisara. Tampoco tenía ganas de delegar esa tarea en nadie.

–Estoy en Oslo, pero iré a casa esta tarde –explicó–. ¿Podrías llevártelos a casa?

Bjørg Karin no respondió al momento. Wisting comprendía que era pedir mucho. Era una profesional muy cumplidora en su trabajo, y ya había ido muy lejos.

–Es muy importante para mí –añadió.

–Si puede serte de ayuda, entonces...

–¿Te parecería bien que fuera a tu casa a mirarlos?

–Supongo que sí. No tengo ningún compromiso esta noche. ¿Cuándo crees que llegarás?

–Después de las siete.

–¿Puedo hacer algo más por ti?

Wisting lo pensó. Había algunos cabos sueltos que en condiciones normales estarían a unos cuantos golpes de teclado. Ahora no tenía ni despacho ni ordenador.

–¿Estás delante del ordenador? –preguntó.

–Sí.

–¿Podrías buscarme una cosa en el Registro Civil?

–Un momento, espera.

Aguardó a que ella entrara en el sistema.

–¿Qué tienes?

–Un nombre. Danny Flom. Debería tener un hijo que cumplirá los dieciséis la semana que viene –explicó Wisting, contándole lo que Line había encontrado en Facebook–. ¿Lo puedes confirmar?

Oyó que trabajaba con el teclado.

–Sí –respondió ella–. Victor Hansen.

–¿No se apellida Flom?

–Lo tiene como segundo nombre. Victor Flom Hansen. –Bjørg Karin volvió a presionar el teclado–. Espera, voy a ver las relaciones familiares.

Wisting esperó. El investigador de Asuntos Internos había salido al pasillo y llevaba una jarra de agua.

–Parece que no es el padre biológico –explicó Bjørg Karin, y siguió tecleando–. Es el hijo de su mujer. Figura como padre adoptivo con patria potestad.

Wisting asintió. Contento de que hubiera una complicación menos, y que los registros públicos fueran más fiables que internet.

–Entonces ¿te veo esta noche? –acabó Bjørg Karin.

–Sí. Gracias por tu ayuda.

Se metió el teléfono en el bolsillo y volvió a la sala de interrogatorios.

–¿Te parece bien si continuamos? –preguntó el investigador de Asuntos Internos con retintín y llenó dos vasos de agua.

Wisting se sentó y se dijo que no le parecía nada bien. A través de sus preguntas el investigador había desvelado que el objeto de la investigación era él, Wisting, no el caso. Asuntos Internos ya se había formado una opinión: solo trataban de confirmarla.

–Trabajas como jefe de investigación –siguió el hombre al otro lado del escritorio–. ¿Dónde crees que estarías hoy profesionalmente si no hubieras logrado una sentencia condenatoria para Rudolf Haglund?

Wisting midió al otro con la mirada. Para él, la carrera profesional nunca había sido una prioridad. Trabajaba de caso en caso, sin más ambición que resolverlos. La pregunta era hipotética y no tenía cabida en una investigación objetiva. La respuesta, en realidad, carecía de interés.

Se puso de pie. Seguir con el interrogatorio era perder el tiempo. El investigador de Asuntos Internos no iba a resolver este caso con sus preguntas. Tendría que hacerlo él mismo.

–¿Qué haces? No hemos acabado.

–Yo sí que he acabado –dijo Wisting y se marchó.

En la cuneta había una barrera oxidada. De un poste colgaba un viejo cartel de peligro de incendio forestal y otro sobre dónde adquirir un permiso de pesca. Empezaba a anochecer. Los faros delanteros iluminaban la lluvia. El suelo estaba reblandecido por la humedad y las rodadas del coche de Haglund eran fáciles de seguir.

Line notó que estaba temblando y puso la calefacción. El coche se llenó de olor a motor. El camino ascendía. Giró a la derecha, pasó junto a un pedregal y fue bruscamente hacia la izquierda con una pared rocosa a un lado y una pendiente abrupta por el otro. Redujo la marcha. Ante el coche surgieron cúmulos de niebla blanca, pero pudo ver que la carretera se allanaba y el terreno cambiaba. En el borde de la carretera crecían gruesos abetos y pesadas ramas rozaban los flancos del coche.

Entonces, la carretera se bifurcó.

El rastro del coche de Haglund iba hacia la izquierda. Redujo la velocidad. Un cartel recordaba que había que pagar la tasa por pescar, pero no decía adónde conducía el camino. Line pasó la señal. Cincuenta metros más adelante vio un lago y una explanada.

–Se ha desviado del camino –informó a los otros–. Parece que se ha aproximado a un sitio de pesca, o algo así.

–Dudo que vaya a pescar –comentó Morten P.

–Voy a seguir adelante –dijo Line–. El camino asciende. A ver si encuentro algún lugar desde el que vigilar la laguna.

El camino se estrechó, pero serpenteaba a través de una zona talada y el terreno se despejó. Solo quedaba algún que otro árbol frondoso y esbelto. En una curva había un saliente para que dos coches pudieran cruzarse. Giró a un lado y se detuvo.

La maleza había invadido el terreno en que habían talado los árboles. Desde donde se encontraba podía ver la explanada junto al agua. Divisaba el coche de Haglund y el techo de un edificio abajo, entre los árboles. Los cristales se empezaban a cubrir de vaho y abrió un poco la ventanilla. En el exterior olía a brezo, pantano y enebro. La lluvia tamborileaba sobre el techo y el viento arrastraba un sonido agudo, sibilante.

Buscó unos prismáticos en la bolsa de viaje. La acercaron al lugar, pero no vio movimiento alguno.

–Voy a salir para buscar una posición mejor –dijo y se puso la chaqueta.

Se bajó del coche y pisó un charco mientras conectaba los auriculares al teléfono. Uno de los zapatos se llenó de agua helada.

Soltó un taco, sacó el pie y les explicó a los demás lo que había pasado intentando sacarse el agua del calzado.

Luego oyó un grito. Prolongado y aciago.

Se quedó escuchando con la boca abierta. Llegaba de lejos, de algún lugar a su espalda. Volvió a oírlo. Más cerca, levantó la cabeza intentando localizarlo. Un gran pájaro negro voló sobre la colina arbolada. Agitó las alas y graznó otra vez.

Cuando se giró de nuevo, él estaba allí.

Rudolf Haglund estaba delante del coche, mirándola fijamente. La lluvia se deslizaba por su rostro, le goteaba de la nariz y la barbilla. Tenía los ojos pequeños clavados en ella, sin pestañear.

Line dio un paso atrás. Sus labios se movían sin emitir sonido alguno.

—Sé quién eres —susurró él. El rumor de la lluvia casi ahogaba su voz.

Ella se limitó a asentir, como para avisarle de que también sabía quién era él. Él ladeó la cabeza, pero mantuvo los ojos como firmes alfileres. Ella se sintió invadida por una sensación de peligro inminente y se le aceleró el corazón.

—¿Qué quieres? —preguntó él—. ¿Por qué me sigues?

Su mirada, pensó ella. Era tan cortante que casi provocaba dolor. Sus ojos pequeños y fríos no perdían detalle. Lo absorbían todo. Era probable que ya la hubiera visto en la calle Karl Johan.

—Soy periodista —dijo Line, como si eso pudiera explicarlo todo—. Tu caso me interesa.

—Sé quién eres —repitió Haglund—. ¿No puedes dejarme en paz?

—¿Qué está pasando? —preguntó Tommy en su oreja—. ¿Line?

Rudolf Haglund negó con la cabeza, se volvió y empezó a bajar por la ladera por la que debía de haber llegado hasta ella.

—No contesta —oyó decir a Tommy—. Vamos para allá.

—¡Espera! —pidió Line.

Rudolf Haglund se volvió hacia ella.

—¿Line?

—Espera —repitió ella—. ¿Podemos hablar?

—¿De qué?

—De Jonas Ravneberg.

Haglund abrió la boca y la cerró. Entonces deslizó sus ojos sobre ella sin sostenerle la mirada. Pasaron sobre sus pechos y luego se detuvieron a la altura de las caderas. Después apartó la vista y contempló el paisaje desierto que los rodeaba.

—Mantente alejada de mí —dijo y siguió descendiendo por la colina—. Deberías mantenerte alejada de mí.

Line lo observó. Sus palabras sonaban más a advertencia que a amenaza.

Todavía llovía cuando Wisting se desvió de la carretera E 18. Una lluvia fría y pesada que parecía que no iba a acabar nunca.

Nunca había estado en casa de Bjørg Karin Joakimsen, y tuvo que llamar a Información para que le proporcionaran su dirección. Vivía en Hovland, un barrio al norte del centro que habían construido en los años sesenta. Su casa estaba en una calle sin salida, lejos de la calle principal. Era grande, tenía jardín tanto delante como detrás, pero era modesta comparada con las casas nuevas construidas en los últimos años. El jardín parecía estar bien cuidado, pero la casa en sí estaba un poco abandonada.

Bjørg había enviudado unos diez años antes. Wisting no conoció a su marido, pero había asistido al funeral, ocupando los bancos traseros de la iglesia junto con otros colegas. Le parecía que no tenía otra relación.

Aparcó pegado a la valla. La luz amarilla de las farolas se proyectaba en la lluvia. Eran las siete y cinco, y fue hacia la puerta sin prisa.

–¡Adelante! –lo invitó Bjørg Karin, estremeciéndose cuando notó el frío del fuera al abrir la puerta.

Él se sacudió la lluvia de los hombros y entró. El olor a café y a bollería casera llegaba hasta el recibidor.

La siguió al salón y ella fue a la cocina. La mesa del salón estaba puesta: mantel, tazas y platillos de café, platos y velas listas para encender. Wisting permaneció de pie. En la mesa del comedor, en el extremo de la habitación, había una caja de cartón marrón.

–Siéntate –le rogó Bjørg Karin colocando una fuente con bollos caseros de canela antes de enderezar un cuadro de la pared que estaba torcido. Representaba a Jesús y a un hombre junto a una cuneta.

Wisting pensó que en realidad no conocía a Bjørg Karin. Habían trabajado juntos durante décadas, pero no sabía nada de ella. Nunca habría imaginado que fuera tan religiosa como para tener un cuadro bordado de Jesús en la pared del salón. Le pasaba lo mismo con la mayoría de sus colegas de la comisaría; fuera del trabajo eran unos perfectos desconocidos.

Bjørg Karin sirvió café.

–Están pasando cosas muy extrañas –afirmó sentándose–. Parece que todo está patas arriba.

Wisting se llevó la taza a los labios.

–¿Qué dice la gente? –preguntó bebiendo.

–Todos están ocupados con el caso de la chica desaparecida, Linnea Kaupang. Pero no hay

avances. Creo que tienen miedo de equivocarse y optan por no hacer nada.

–Eso no es propio de Nils Hammer.

–No, pero Audun Vetti da vueltas por la comisaría.

Wisting estaba sorprendido. Como director de la policía en funciones, Vetti pertenecía a la dirección administrativa de la comisaría de Tønsberg.

–Me da mucha pena Christine Thiis. Se supone que la responsable del proceso judicial es ella, pero no le da opción.

Wisting asintió. Conocía a Audun Vetti. Le gustaba ser visible, ser el centro de atención. Cuando trabajaba como abogado policial en Larvik, daba constantemente consejos sobre qué había que hacer y qué tareas eran prioritarias, y le faltaba tiempo para criticar y corregir. En cierto modo había supuesto una carga para el equipo de investigación. Necesitaban un jefe que motivara, apoyara y orientara a los investigadores para que pudieran encontrar soluciones junto con el resto del equipo.

Los bollos estaban muy ricos. Wisting comió dos antes acercarse a la mesa del comedor.

–¿Es esta? –le preguntó a Bjørg Karin señalando la caja.

–Sí. No entiendo para qué la quieres, pero la he traído.

Wisting cogió uno de los archivadores y empezó a pasar las hojas. Los formularios completos estaban archivados por orden cronológico según el día en que el detenido había sido puesto en libertad o trasladado a prisión. Esos papeles estaban fechados tres años después de que Rudolf Haglund fuera condenado.

Cogió otro archivador. Era de fecha todavía más reciente. Reconoció varios nombres. Eran personas distintas que habían sido detenidas y que estado en prisión hacía mucho tiempo. Distintos agentes habían firmado en las casillas.

–Puedes llevártelos –propuso Bjørg Karin, que se levantó y se acercó a él.

Wisting volvió a dejar el archivador en su sitio. No tardaría mucho en echarles un vistazo y dar con el que buscaba, pero quería hacerlo a solas.

–Eso haré –dijo y cogió la caja.

–Espero que encuentres lo que buscas –dijo Bjørg Karin–. Y que vuelvas pronto a la comisaría. Sin ti las cosas no son lo mismo.

Wisting le dio las gracias y se llevó la caja. Corrió hacia el coche, pero los primeros archivadores se mojaron antes de que pudiera dejarlos en el asiento trasero. Después dio la vuelta con el coche y se despidió con la mano de Bjørg Karin, que lo miraba desde la puerta. Doscientos metros más adelante se detuvo en el arcén. Se inclinó sobre el asiento y rebuscó hasta que dio con un archivador que contenía los registros del año correcto.

Sentía las yemas de los dedos heladas y cerró el puño antes de empezar a pasar las hojas. En medio del archivador encontró a Rudolf Haglund. Pasó tres días en las celdas de la comisaría, y

había varios formularios grapados. En un par de sitios, además de hacer la cruz en la casilla habían escrito «tabaco». A las 14.38 Frank Robekk había escrito: «presentación, médico de guardia». Poco antes de las cuatro estaba de vuelta.

Al final de la primera página habían anotado «reunión, abogado». Una hora después le habían dado de comer y la misma noche uno de los agentes había escrito «declaración, W. Wisting». Regresó a la celda tres horas más tarde. Así continuaban las dos jornadas siguientes. Estaban las inspecciones rutinarias, encuentros con abogados, comidas e interrogatorios. No había muchos agentes que se turnaran para cumplir con la custodia policial y siempre se repetía la misma firma. La última noche apareció el nombre. La hoja que Wisting sostenía entre los dedos empezó a temblar. A la 01.37, la noche del martes 1 de agosto, Rudolf Haglund había tenido visita en la celda. Habían escrito «Tabaco» , con letras grandes, un poco angulosas delante de una firma inclinada que Wisting conocía perfectamente.

Se quedó mirando fijamente el nombre. Era totalmente inesperado, pero todo encajaba.

Rudolf Haglund se alejó y desapareció entre los matorrales. Una ráfaga de aire agitó las copas de los árboles y se arremolinó alrededor de Line con fuerza. La lluvia le golpeaba la cabeza y tenía el pelo y la ropa empapados.

–¿Qué está pasando? –le preguntó Tommy por el auricular.

–Me ha descubierto –dijo, acercándose el micrófono a la boca–. Me había reconocido y sabía que llevaba siguiéndole desde Oslo.

–¿Cómo...? –empezó Harald.

–¿Solo a ti o nos ha descubierto a todos? –interrumpió Morten P.

Oyó la puerta de un coche que se cerraba de golpe y un motor que arrancaba en el lago.

–Creo que solo a mí –respondió Line.

Haglund dio marcha atrás y cambió de dirección. La gravilla crujió y la luz de los faros delanteros se proyectó en la carretera.

–Está volviendo –explicó Line.

–Vamos a hacer lo siguiente –dijo Morten P con voz clara–. Nos enganchemos a él y le seguiremos. Tú echa un vistazo al sitio donde ha estado y luego vete a casa.

Iba a protestar, pero Morten P ya estaba dando instrucciones a los otros dos para que reiniciaran la persecución.

Line tenía la chaqueta y los pantalones empapados. Se sentó en el coche y se miró al espejo. Tenía el cabello mojado pegado a la cabeza. Estaba muy pálida. Notaba el agua fría en la espalda, bajo la ropa. Temblando, giró la llave del contacto, agarró el volante con fuerza y dio media vuelta. Al llegar al cruce fue hacia el lago. La tormenta agitaba el agua, que batía contra los pilares de un embarcadero y hacía bambolear una vieja barca de remos. En el extremo del lago había una presa y lo que parecía un antiguo aserradero.

Sus zapatos emitieron un gorgoteo cuando Line se bajó del coche y se metió bajo el tejado del viejo edificio. Hojas de sierra oxidadas, máquinas con cintas deshilachadas y un montón de fragmentos de madera testimoniaban que el aserradero seguía funcionando. Delante de una construcción anexa había un hacha oxidada y un montón de serrín.

La puerta no estaba cerrada con llave. La abrió y entró. La primera habitación medía unos diez metros cuadrados. Hacía frío y olía a humedad y podredumbre. A lo largo de la pared del fondo había un banco de madera gris. Sobre una mesa había dos botellas de cerveza vacías y en el suelo un periódico viejo. Había goteras, y la mala hierba se había abierto paso entre los tablones del suelo.

Una puerta daba a una especie de oficina. Había un viejo archivador en un rincón y una silla con ruedas volcada en el suelo. En la pared había una tabla descolorida con los precios del timbre aserrado.

Salió y cerró la puerta. Tenía frío y se apretó la chaqueta contra el cuerpo. Por los auriculares oyó cómo los otros pillaban el coche de Haglund en la carretera principal y seguían a Morten P. Line se pasó la mano por el cabello mojado y miró alrededor. No era un lugar adecuado para esconder a la víctima de un secuestro. Tal vez Haglund había pescado en ese lugar alguna vez y había querido volver a verlo. ¿O solo lo había usado para averiguar si ella le estaba siguiendo y sorprenderla?

Iba a darse la vuelta para volver al coche cuando descubrió un edificio más. Entre los árboles del otro lado de la presa se levantaba una estructura de hormigón gris con una puerta metálica de color rojo óxido. Era un edificio extraño. El perímetro exterior mediría más o menos tres por tres metros, y no tenía ventanas. El umbral de la sólida puerta dejaba ver que los muros debían de tener, como poco, treinta centímetros de grosor. La puerta estaba cerrada con una tranca metálica y un candado. Lo cogió con la mano y lo sopesó.

Dejó el candado y golpeó la puerta varias veces con la palma de la mano antes de quedarse escuchando. Solo oyó la lluvia.

Apretó el puño y volvió a aporrear la puerta. Los golpes producían un eco, así que si había alguien encerrado detrás de la puerta debería haberla oído. Al menos si estaba con vida y consciente.

No quería marcharse sin haber entrado en el pequeño búnker, así que volvió al aserradero en busca del hacha que había visto. El filo estaba romo, pero le serviría para romper el candado. La cargó hasta el coloso de cemento, la levantó por encima de la cabeza con las dos manos y la dejó caer. El filo no dio con el candado sino que impactó en la tranca produciendo un estallido. Sintió la sacudida en los brazos. Soltó una palabrota y levantó el hacha para golpear de nuevo. Esta vez acertó. El candado bailó en el estribo al que estaba sujeto, pero siguió intacto.

Al tercer golpe se astilló y cayó al suelo. Line tiró el hacha. Láminas de pintura roja cayeron junto con grumos de óxido cuando levantó la tranca y tiró de la puerta.

La luz del exterior penetró en la estancia. Se introdujo con cuidado y dio un par de pasos a un lado para no tapar la luz. La habitación estaba vacía, salvo por un bulto que estaba colocado junto a la pared del fondo y cubierto con una gruesa lona.

Apartó la lona de un tirón y descubrió unas cajas de madera apiladas, con letras y números que no podía leer. Faltaba una de las tapas y se inclinó para ver el contenido.

Eran varios paquetes con forma alargada, como salchichas, enrolladas en papel marrón. Levantó uno de ellos. El contenido transpiraba a través del papel y se le pringaron los dedos.

«Danger –leyó–. Explosives.»

Tragó saliva y sintió que se le aceleraba el corazón.

Dinamita. Era un almacén de dinamita. Seguramente de cuando habían abierto las pistas forestales. Ahora era vieja e inestable.

Devolvió el cartucho a la caja con cuidado y dio unos pasos hacia atrás. Cerró la puerta metálica despacio y colgó lo que quedaba del candado en su lugar.

En cualquier caso, era seguro que Linnea Kaupang no estaba allí.

Los limpiaparabrisas se arrastraban y crujían sobre el cristal. Line conducía inclinada hacia delante y esforzándose por ver a través del parabrisas empañado. Pensaba en el encuentro que había tenido con Rudolf Haglund. No lo había visto nunca, pero era evidente que él la había reconocido. ¿Cómo sabía quién era ella? Podía haber visto su foto en el diario *VG*, o tal vez se hubiera informado sobre su padre. Aun así, Haglund le resultaba familiar, no sabía por qué. Quizá se habían encontrado en una ocasión anterior. Rudolf Haglund podía ser la persona que había salido corriendo de la casa de Jonas Ravneberg.

La teoría le parecía más probable cuanto más pensaba en ella. Haglund formaba parte del reducidísimo círculo de conocidos de la víctima, y había matado antes. O al menos había sido condenado por ello. La cuestión era por qué iba a asesinar a Jonas Ravneberg. Haglund había cumplido una pena de diecisiete años, y acababa de salir de la cárcel. Quizá tuviera alguna cuenta pendiente con él, algo que le había carcomido durante todos sus años entre rejas.

Redujo la marcha, cambió de carril y adelantó a un camión para alejarse del agua que levantaba.

Luego recordó las fotos del sistema de videovigilancia de la estación de ferrocarril de Fredrikstad que Erik Fjeld le iba a mandar. Se detuvo en el arcén y el camión al que acababa de adelantar le hizo luces y le lanzó una avalancha de agua al pasar a su lado. Por el altavoz del coche oyó que los demás se acercaban a Larvik, siguiendo de cerca el Passat gris de Haglund.

Abrió el correo electrónico y descargó los mensajes no leídos. No había ninguno que tuviera que contestar de forma inmediata, así que abrió el de Erik Fjeld. El primer archivo adjunto mostraba una cabina telefónica vacía. Podría utilizarse en un artículo diciendo que quizás el asesino había llamado a la víctima desde allí, pero por lo demás carecía de valor.

En la foto siguiente se veía la pantalla de un reproductor de vídeo. Estaba cruzada por unas franjas horizontales, pero reconoció la cabina telefónica de la foto anterior. Había un hombre con la cabeza inclinada hacia el teléfono. Iba vestido de negro, pero no se veía nada más. En las dos fotos siguientes el hombre se alejaba de la cabina. ¿Podría tratarse de Rudolf Haglund? La posible similitud alimentaba su teoría, pero era imposible concluir nada definitivo.

Volvió a salir a la carretera y se encontró detrás de otro camión.

El caso Cecilia creaba una conexión muy clara entre Haglund y Ravneberg, un enlace entre el pasado y el presente, pero no conseguía entender qué significado tenía realmente el antiguo caso de asesinato. Se preguntó si debía llamar a su padre para pedirle su opinión. Ya debía de haber acabado su declaración ante Asuntos Internos y sentía mucha curiosidad por saber qué había

sacado en limpio de la reunión con Haglund en el bufete de su abogado. Pero sus descubrimientos sobre Haglund en el caso Fredrikstad eran tan endebles que prefería no compartírselos, así que aplazó la llamada.

Unos kilómetros más adelante Tommy avisó de que Haglund se desviaba de la E 18 y se dirigía hacia Larvik.

Line decidió ir a la casa de Stavern y darse un baño caliente. En su piso de Oslo solo tenía ducha, y echaba de menos sumergirse en una bañera perfumada.

–Hacia Stavern –corrigió Tommy.

Enfadada por tener que abandonar la persecución, empezó a cuestionar su utilidad. Tenía que reconocer que, en el caso de que Haglund hubiera secuestrado a Linnea Kaupang y la tuviera prisionera en algún lugar, parecía poco probable que viajara a Oslo para mantener reuniones y conceder entrevistas a la prensa. Y todavía menos probable que fuera a la otra punta del fiordo de Oslo para matar a un hombre a golpes. Cogió el volante con fuerza. Si es que no se había deshecho de la chica ya.

–No ha cogido el camino de su casa –informó Morten P–. Va a otro lado. Hacia el centro. Lo dejo ir.

Line subió el volumen para ahogar el sonido de los neumáticos sobre la carretera mojada.

–Lo sigo por la calle Tollbod –informó Tommy, que conocía la pequeña ciudad–. Está pasando despacio por delante del hotel Wassilioff.

–¡No te acerques demasiado! –advirtió Line.

–Ahora está aparcando. Paso de largo.

–Estoy en la gasolinera Statoil –dijo Harald–. Desde aquí lo veo.

Se quedaron en silencio. Line cogió el desvío de Sandefjord.

–Se baja del coche. Parece que lleva algo. Cruza la calle.

–¿Qué lleva?

–No lo sé. Puede ser la cartera y que se la haya guardado en un bolsillo interior. Gira a la derecha a la altura del banco.

–Calle Verft –explicó Tommy–. Puedo tomar el relevo desde la siguiente perpendicular.

–Salgo –informó Harald–. Camina despacio.

Line se concentró en la conversación en curso y redujo la velocidad. Una furgoneta la adelantó y puso el intermitente delante de ella. Las luces naranjas y rojas de la parte trasera del coche se mezclaron como acuarelas sobre el asfalto mojado.

–¿Quién lo tiene? –preguntó ella al no oír nada.

Nadie respondió.

–¿Tommy?

–Negativo. Estoy junto a la farmacia.

–¿Harald?

–He entrado tras él en la calle Verft. No lo veo.

–¿Morten?

–Acabo de aparcar el coche junto a la iglesia. ¿Lo hemos perdido?

–Un momento –rogó Harald.

Oyeron que el sonido de fondo cambiaba. El roce del viento desapareció. Se oyó música suave y a Harald carraspear.

–Lo tengo –dijo–. Ha entrado en un café. La Paz Dorada. Se ha sentado al fondo del local.

Line se desvió de la autopista e imaginó a Rudolf Haglund sentado a la mesa que ocupaba siempre su padre, al fondo de la Paz Dorada.

Desconectó la conversación y cogió el otro teléfono para llamarle; en ese momento el móvil empezó a sonar. Era una llamada del extranjero. Código de país 46. Suecia.

–¿Sí? Soy Line –respondió.

Una mujer carraspeó.

–¿Dijiste que te llamabas Line Wisting?

La voz era frágil e insegura. Line la reconoció. Era Maud Svedberg, la pareja de Jonas Ravneberg diecisiete años atrás.

–Sí, así es –respondió.

–Hemos hablado hoy, a primera hora –explicó la mujer–. Tengo tu número de por la llamada.

–Claro.

La mujer dudó antes de preguntar con cuidado: –¿Eres familiar de William Wisting, el policía?

–Es mi padre –explicó Line–. ¿Por?

–No... es que es muy extraño.

–¿Qué?

–Jonas me envió un paquete.

–¿Un paquete?

–Un gran sobre gris. Llegó con el correo, seguramente ya estaba en el buzón cuando hablamos tú y yo.

–¿Qué contiene?

–Eso es lo que resulta extraño. Dentro del sobre hay otro paquete. Lleva el nombre de tu padre y dice que debo entregárselo a él en el caso de que le ocurra algo. Y ha ocurrido.

Line sintió que le sudaban las manos aferradas al volante.

–¿Escribe algo más?

–No mucho. Parece que lo ha anotado a toda velocidad. Dice que confía en mí y que quiere volver a verme y explicármelo todo, pero que, mientras tanto, debo guardarle el paquete.

«El contenido debe de ser muy importante –pensó Line–. Algo crucial.» Se decidió de repente.

–Puedo ir a buscarlo.

–No sé si...

Line hizo cálculos. No había estado en Ystad antes, pero sabía que era una ciudad portuaria que

estaba al sureste de Malmø. Se tardaban unas seis horas en llegar desde Oslo. Si cogía el ferry de Horten a Moss en lugar de volver por Oslo, debería poder llegar en siete horas.

Hablaré con mi padre, e iré para allá –dijo. Si daba media vuelta y empezaba el viaje inmediatamente, podía estar en Ystad a medianoche, pero tenía que cambiarse de ropa primero y no estaba segura del horario de los ferris.

–Puedo estar contigo mañana por la mañana –dijo.

–Sí... si eso es lo que quieres. Pero podría mandártelo por correo.

–No, no –aseguró Line–. Iré.

Wisting miró de soslayo la hoja que descansaba a su lado. Al fin tenía un nombre. Sabía quién había falsificado la prueba de la colilla. Pero no era una prueba que se pudiera sostener en un juicio. El cigarrillo que le habían dado a Haglund en las celdas de los detenidos podía explicarse como un gesto amistoso, y no había ninguna base para afirmar que precisamente ese cigarrillo era el que se había cambiado por la prueba A-3, pero para Wisting era suficiente. Ahora se entendía todo, pero a la vez todo se había vuelto más exigente y desafiante.

Sujetó el volante con las dos manos y separó los dedos. Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza en un intento de encontrar una salida. Poco a poco empezó a tomar forma una posibilidad. Primero fue un destello minúsculo, momentáneo, luego la abertura fue agrandándose. Despacio, empezó a elaborar un plan. En su cabeza fue alineando las distintas piezas como fichas de dominó. Dependía de colocar las piezas en el lugar correcto y de que ninguna de ellas se cayera por el camino, pero si lo conseguía, desencadenaría un auténtico terremoto.

No podía esperar a llegar a casa. No tenía el número de Finn Haber guardado en el móvil, y tuvo que llamar a Información para que le pasaran con el técnico de criminalística jubilado.

—¿Has atrapado al ladrón que entró en tu cabaña? —quiso saber Haber.

Wisting lanzó una mirada al retrovisor, hacia el maletero donde guardaba el molde. Casi se había olvidado de aquel asunto.

—No —respondió—. Creo que sé de quién se trata, pero necesito ayuda.

—¿Sí?

—¿Puedes sacar las huellas dactilares de una hoja que lleva diecisiete años guardada?

—En teoría es posible, pero depende por completo del papel, de cómo se haya conservado y de la huella misma.

—Pero ¿podrías hacerlo?

—Bueno, no cuento con el equipo adecuado, tendría que improvisar. Pero sí, con ayuda de la humedad, la temperatura adecuada y productos químicos, debería poder hacerse. Tengo lo que hace falta. Puedo hacerlo.

—¿Y lo harás?

—Cuando quieras.

—Gracias.

Colgó y llamó al abogado Sigurd Henden. El defensor de Haglund respondió con voz grave.

—No creí que fuera a tener noticias tuyas tan pronto —dijo—. ¿Has sacado algo en limpio de nuestra reunión?

–Encontré un nombre en los viejos registros –respondió Wisting–. Pero no nos sirve como prueba.

–¿Has hablado con el custodio, por si recuerda algo?

–Todavía no. Lo que necesito es algo más concreto. Pruebas técnicas.

–No creo que yo pueda aportar nada.

Wisting se detuvo para dejar pasar a un peatón.

–Eso depende –opinó–. ¿Sigues teniendo las tres colillas?

–Sí. Las devolvieron del laboratorio danés la semana pasada.

El peatón había conseguido llegar al otro lado. Las ruedas del coche de Wisting derraparon sobre el asfalto cuando arrancó.

–¿Tienes el embalaje original?

–Por supuesto –aseguró el abogado–. Están cada una en un sobre, y todos están marcados con el lugar del hallazgo, la fecha y la hora.

–Necesito el que está identificado como A-3.

El abogado dudó.

–El fiscal te ha concedido autorización para realizar nuevas pruebas criminológicas –prosiguió Wisting–. ¿No es así?

–Sí, así es.

–Tengo un experto que puede revisar las huellas dactilares del sobre.

–¿Ahora? ¿Diecisiete años después?

–Cree que podría conseguirlo.

–Bueno, supongo que es una posibilidad. Nadie de mi despacho ha tocado los sobres de papel. Estaban en una caja de pruebas cuando los recibimos y así los enviamos desde aquí. Cuento con que en el laboratorio habrán utilizado guantes.

–Eso espero.

–Pero ¿qué crees que vas a encontrar? Los sobres fueron manipulados por la policía en un primer momento. Tus huellas dactilares podrían estar en ellos.

–No –dijo Wisting con decisión, mientras tomaba una curva para entrar en la calle Herman Wildenvey. Pronto estaría en casa–. Ningún investigador tuvo que ver con la parte técnica de la criminalística. Espero encontrar las huellas de una persona que no pintaba absolutamente nada en el laboratorio.

El silencio duró unos instantes. Después, el abogado Henden carraspeó.

–Te haré llegar el sobre por mensajero. Esta misma noche.

El coche de Line estaba en la entrada. Eso le puso de buen humor. Esperaba encontrarse la casa vacía. Se llevó el archivador con el registro de las celdas y abrió la puerta. Oyó el agua de la ducha.

–¿Hola? –gritó Line cuando cerró la puerta.

–Soy yo –dijo él y fue a la cocina.

La ducha paró.

–¿Café? –gritó él.

Ella respondió algo que no pudo oír, pero de todas maneras preparó dos tazas.

En la caja fuerte resistente al fuego de la comisaría Wisting guardaba un sobre con negativos. Eran copias de fotos irremplazables de los álbumes familiares de Ingrid. En casa no tenía ningún lugar seguro para guardar cosas y se quedó con el archivador entre las manos mientras miraba a su alrededor. Acabó por abrir un cajón de la cocina y meterlo allí.

Line salió del baño. Llevaba unos pantalones vaqueros y un sujetador, y una toalla enrollada a la cabeza.

–Te he preparado una taza a ti también –dijo Wisting.

–Bien. Me hace falta. Tengo unas horas de coche por delante.

–¿Vuelves a salir?

–Voy a Suecia –explicó Line.

–¿A Suecia? Creía que estabais siguiendo a Haglund.

–Y así es. Ahora está en la Paz Dorada.

Wisting hizo una mueca que expresaba sorpresa y preocupación a la vez.

–¿Qué hace allí?

–Está sentado, sin más –explicó Line–. Mira a la gente.

–¿Por qué no estás con los demás?

Line le contó que Haglund la había reconocido.

–Quizá me recordaba de Fredrikstad –concluyó ella–. Me pregunto si fue él quien me asaltó, si puede haber matado a Jonas Ravneberg.

Wisting la miró por encima de la taza de café.

–Es más una sensación que otra cosa –prosiguió ella–. Y tampoco veo cuál sería el móvil de este asesinato, solo intuyo que tiene que ver con el caso Cecilia. Eso es lo que une a los dos hombres. Se conocían cuando fue asesinada, y ahora ha salido algo a la superficie.

Wisting se quedó mirando a su hija. Tenía una capacidad única para unir fragmentos de

información y ver nuevas conexiones. Era un olfato que también poseían los investigadores más capaces. Al principio de una investigación, la imaginación podía ser más importante que los conocimientos. Una buena capacidad para fabular podía genera nuevas pistas que seguir.

–¿Qué crees tú? –quiso saber ella, y se sentó–. ¿Cuál podría ser el motivo?

–Siempre he pensado que existen ocho motivos para asesinar –respondió Wisting.

–¿Ocho?

Él asintió y empezó a enumerarlos:

–Celos, venganza, ganancia, deseo, emoción, rechazo y fanatismo. Los asesinatos causados por celos o venganza siempre son los más fáciles de resolver, junto con los que generan alguna ganancia material. Es raro que el motivo sea el deseo de emoción. Suelen ser los asesinos en serie, los que actúan para sentir una emoción y de esos, afortunadamente, hay pocos.

–¿Fue el deseo lo que mató a Cecilia Linde?

–Eso supongo, aunque nunca encontramos indicios de que hubiera sufrido abusos sexuales.

–¿Qué quieres decir con rechazo? ¿A qué te refieres?

–Suele darse con más frecuencia en ambientes extremistas, ya sean grupos radicales religiosos o políticos, en los grupos de moteros o en las bandas.

–¿Y fanatismo?

–Son los que llamamos crímenes de honor. Cuando los motivos son el honor y la vergüenza.

Line rodeó la taza caliente con las manos. Parecía que estuviera pensando qué motivo encajaba mejor en el asesinato de Jonas Ravneberg. Lo que siempre había interesado a Wisting era que él se reconocía en muchos de los sentimientos que podían provocar un asesinato. Tanto los celos como la venganza y el deseo, pero, afortunadamente, intervenían otros factores que también se activaban cuando una persona se veía impulsada a dañar a otra. Los asesinos que había conocido estaban bastante embrutecidos, eran egocéntricos y con frecuencia eran incapaces de sentir empatía. Personas como Rudolf Haglund.

–Solo has dicho siete –dijo Line–. ¿Cuál es el octavo motivo?

–Quizá sea el más complicado –opinó Wisting–. Cuando se comete un asesinato para ocultar otro delito.

Vio que su hija se quedaba pensativa. Ella no ignoraba nada de lo que le había contado, pero se había puesto en marcha un proceso de reflexión. Entonces pareció apartar sus pensamientos y dijo: –¿Cómo te ha ido el día? ¿Qué quería contarte Haglund, en realidad?

Wisting dudó un poco antes de explicarle a su hija lo que Haglund le había dicho, pero se calló que ya tenía un nombre. En cambio le refirió todas las preguntas que le habían hecho en Asuntos Internos, y añadió que había interrumpido el interrogatorio.

–¿Eso ha sido buena idea? –preguntó Line.

–Seguro que no –admitió él y se acercó al frigorífico. Estaba casi vacío, pero sacó mantequilla,

queso y un bote de mermelada y encontró un paquete de pan tostado—. Por cierto, ¿qué vas a hacer en Suecia? —preguntó dejando la comida sobre la mesa.

—Voy a hacer un recado por ti —respondió Line y miró el reloj.

—¿Qué clase de recado?

—Recogerte un paquete.

Wisting untó mantequilla en el pan tostado y miró a su hija levantando una ceja para que siguiera.

—He hablado con la que fuera pareja de Jonas Ravneberg —explicó—. Vive en Ystad. Le mandó un paquete y una carta que dice que debe entregártelo a ti si a él le ocurriera algo.

Wisting se quedó perplejo. Nunca había tenido nada que ver con Jonas Ravneberg. No se habían visto nunca. La única conexión con él era Rudolf Haglund.

—¿Seguro que es para mí? —preguntó.

Line asintió. Wisting la observó con una mezcla de asombro y sorpresa. Estaba impresionado por lo que había sido capaz de averiguar. Después empezó a pensar con sentido práctico, como un investigador.

—Deberíamos dar aviso a la policía de Fredrikstad —dijo él.

—¿Por qué?

—¿Un paquete de contenido desconocido, que debe entregarse a mí si a él le ocurre algo? —resumió Wisting—. Debe de ser relevante para este caso de asesinato. Pueden pedir a la policía local que vaya a recoger el paquete y revise el contenido.

—¿Crees que eso será más rápido que si yo voy en coche a buscarlo?

Wisting conocía por experiencia la burocracia en asuntos penales al otro lado de la frontera y tuvo que reconocer que tenía razón.

—Iré esta noche —avisó Line—. A la vuelta puedo pasar por la policía de Fredrikstad a entregarles el paquete.

Wisting masticó el pan tostado y le dio su aprobación con un breve movimiento de cabeza.

—¿O quieres venir conmigo? —preguntó Line—. El paquete lleva tu nombre.

Sintió que le picaba la curiosidad, pero el policía pragmático volvió a asumir su papel.

—Hay un par de cosas que debo solucionar por aquí —explicó echando una mirada al cajón que contenía el archivador con los formularios de las celdas.

Al llegar al desvío del aeropuerto de Torp dejó la autopista y se dirigió a una gasolinera. Compró un perrito caliente y dos escobillas nuevas para el limpiaparabrisas. Después de comer y cambiar las escobillas, siguió camino a Horten para coger el ferry hasta el otro lado del fiordo de Oslo.

Las farolas se habían apagado en algunos tramos del camino. El asfalto negro y húmedo brillaba a la luz de los faros del coche. Al otro lado del bosque, a mano izquierda, estaba el antiguo centro de internamiento y campamento para prisioneros de guerra que había sido transformado en cárcel. Una vez estuvo allí para entrevistar a uno de los presos. En un lateral de la carretera había varios coches parados y vio luces intensas. Line redujo la velocidad. Era una patrulla policial y un coche del canal TV2. Un policía de uniforme hablaba a la cámara.

«Han debido de encontrar el teléfono móvil de la desaparecida Linnea Kaupang», pensó. Lo habían localizado en esa zona, y ahora la policía se dejaba entrevistar en el lugar del hallazgo con la esperanza de que alguien hubiera visto algo.

Line pensó en parar, pero al final pasó de largo, despacio. Eran casi las nueve. El coche de la televisión tenía una antena de satélite en el techo y el reportaje probablemente saldría en las noticias de la noche.

Morten P y Harald Skoglund ya habían tratado el asunto en el periódico. Y todavía estaban vigilando a Rudolf Haglund. Se conectó al grupo telefónico y contó lo que había visto.

–Ya lo tenemos publicado –le aseguró él–. Pero *Dagbladet* lo ha sacado antes. La policía les ha confirmado el hallazgo esta tarde.

–¿Qué quiere decir eso?

–Que nos han ganado.

–Me refiero al caso. ¿Qué significa que hayan encontrado el teléfono?

–La policía cree que han tirado el teléfono desde un coche en marcha, y lo consideran la confirmación de que Linnea Kaupang ha sido víctima de un crimen.

–¿Cómo va Haglund?

–Sigue sentado en la Paz Dorada.

–¿Qué hace?

–Tomar café y mirar a la gente. Harald está dentro bebiendo café también. ¿Harald?

–Me he sentado cerca de la puerta –explicó Harald Skoglund–. Empiezo a tener acidez de estómago.

–¿Aparte de estar allí sentado qué hace?

–Mirar, pero no tocar –confirmó su colega periodista–. Creo que ningún cliente lo ha

reconocido.

Morten P tomó la palabra:

–He mandado a Tommy a la casa de Haglund para que la vigile. Es seguro mientras lo tengamos controlado aquí. ¿Estás conectado, Tommy?

–Aquí estoy –respondió Tommy–. He dado la vuelta a la casa. Está desierta.

–¿Qué planes tenéis para el resto de la noche?

–Eso dependerá por completo de los planes de Haglund –respondió Morten P–. No nos vamos a rendir tan fácilmente.

–Pues mantenedme informada –pidió ella.

Acabó la conversación y entró en el túnel de Horten. Cayó en la cuenta de que quien hubiera secuestrado a Linnea Kaupang y tirado su teléfono móvil, probablemente había seguido la misma ruta que ella. Puede que también hubiera ido camino de Østfold.

Giró hacia la terminal de los ferris, condujo hasta la ventanilla y compró un billete. La cola que tenía delante ya se estaba moviendo y le indicaron que subiera directamente.

El trayecto en ferri desde Vestfold hasta Østfold duró treinta minutos. Line se dedicó a leer la prensa digital. El desarrollo del caso Linnea y el hallazgo del teléfono móvil estaba en todos los periódicos. No encontró nada nuevo sobre el asesinato de Fredrikstad, tampoco en los dos periódicos locales.

Eran las diez menos cuarto cuando bajó a tierra en Moss. A este lado del fiordo llovía con la misma intensidad. Había introducido en el GPS la dirección de Maud Svedberg en la calle Lilla Norregatan de Ystad. El mapa electrónico le decía que llegaría poco antes de las cuatro de la mañana. Ya estaba cansada, pero decidió que conduciría hasta notar que debía descansar y entonces dormiría.

Después de un cuarto de hora por la E6, pasó el desvío de Fredrikstad. Siguió adelante y poco antes de las diez y media cruzó el puente de Svinesund y entró en Suecia.

Media hora más tarde se le cerraban los ojos y se desvió a un área de descanso. La lluvia tamborileaba sobre el techo. Puso el seguro a las puertas, echó el asiento atrás y cerró los ojos.

El mensajero llegó justo antes de la medianoche. Wisting oyó el vehículo aparcar delante de la casa y abrió la puerta antes de que el conductor tuviera tiempo de llegar al timbre. La lluvia atravesaba la luz de los faros de la furgoneta, que tenía el motor en marcha y echaba humo.

El mensajero le entregó un sobre blanco grande, del tipo relleno de papel burbuja, y Wisting firmó el recibo en una pantalla. Fue a la cocina, dejó la gruesa carta sobre la mesa y sacó un cuchillo afilado del cajón. Se sentó y abrió el sobre.

Contenía otro sobre, más pequeño, que ya estaba abierto. Wisting lo vació y el embalaje de la prueba A-3 cayó sobre la mesa. Reconoció la firma de Haber y su letra angulosa en las casillas del número de caso, número de prueba, lugar y fecha. Era un tipo de sobre distinto al que utilizaban ahora, pero no estaba nada envejecido. Había permanecido envuelto y prácticamente sin tocar durante diecisiete años, y Wisting se sintió optimista pensando en los resultados que arrojaría la búsqueda de huellas dactilares. Volvió a introducir con cuidado el embalaje en el sobre, lo puso dentro de una cartera de mano y fue al coche.

La tormenta caía con fuerza en la zona de la vieja casa del práctico de Finn Haber. El viento ululaba entre mástiles y botavaras. Olas de espuma encrespadas golpeaban el embarcadero, se elevaban y volvían a caer. Desde las ventanas una luz cálida se derramaba en la oscuridad. Wisting bajó la cabeza y fue hacia zaguán. El agua salada le salpicaba la cara.

El antiguo técnico de criminalística le condujo a la cocina. Las paredes crujían y se oyó un largo aullido procedente del tejado.

Haber había extendido papel de estraza por la mesa de la cocina y había preparado el equipo necesario. Wisting había imaginado que usaría polvo para las huellas dactilares y pinceles, pero solo había un recipiente de plástico transparente con tapa, una lupa, una cámara de fotos y un tarro de cristal marrón con tapón de corcho.

Wisting sacó el sobre acolchado de la cartera y lo puso sobre la mesa.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó Wisting.

—Con cristales de yodo —respondió Haber. Levantó el tarro de cristal marrón y lo agitó—. Es el método más antiguo y el mejor. Cuando los cristales se calientan, se transforman en vapor sin pasar por la fase líquida. El vapor se asocia con aminoácidos de las marcas grasas de las huellas dactilares.

—¿Puede estropear las huellas o el papel?

—No. El yodo no es un revelado permanente. Al cabo de unas horas las huellas ya no son visibles, pero siguen estando allí. El yodo no elimina los aceites grasos ni las proteínas de la

superficie, como lo haría el nitrato de plata. Si no tenemos éxito con el yodo, podremos intentarlo con otros métodos después.

Wisting asintió. No entendía mucho de lo que Haber decía, pero su antiguo colega hablaba con la convicción que da la experiencia, y transmitía seguridad.

Finn Haber se puso unos guantes de goma y cogió con cuidado el envoltorio de diecisiete años de antigüedad y lo puso sobre el papel de estraza.

–Es mi sobre, sí –dijo sonriendo al volver a verlo.

Le hizo una foto con la cámara antes de quitarle el tapón al tarro de cristal. Un olor a cloro se extendió a su alrededor. Haber echó tres o cuatro pequeños grumos marrones en el bote de plástico y dejó el tarro de cristal. Después colocó el sobre identificado como A-3 en el bote y puso la tapa, se acercó a la encimera de la cocina, puso el tapón del fregadero y lo llenó de agua caliente.

–Son solo un par de minutos –dijo, y dejó el bote de plástico flotando en el agua.

Wisting se inclinó sobre el fregadero. A través del plástico transparente pudo ver todo el proceso. Aparecieron varias marcas de yemas de dedos, exactamente igual que una fotografía en un baño de productos químicos en un cuarto oscuro.

Miró de reojo a Haber. El viejo técnico criminalista sonreía satisfecho.

–Es casi mágico –reconoció y sacó la caja de plástico del agua–. Lo invisible se hace visible.

Dejó la caja sobre la mesa, abrió la tapa y sacó el sobre marrón. Las huellas reveladas tenían un brillo morado. Algunas eran más nítidas que otras, y muchas se sobreponían entre sí.

Haber dejó el sobre en el papel de estraza y cogió la cámara.

–Son de varias personas –explicó e hizo una foto–. Las hay en arco y en espiral.

Wisting miró por encima de su hombro.

–Los arcos podrían ser míos –prosiguió Haber y se miró los dedos–. Son las huellas más débiles con diferencia, pero también hay otras. Esto ha salido mejor de lo que esperaba.

Haber hizo varias fotos más antes de enderezar la espalda.

–Pero esto es solo la mitad del trabajo –dijo–. Para poder decir de quién son, tenemos que poder comparar las huellas.

Wisting cogió la cartera de la mesa y sacó su cuaderno de notas. Entre las tapas duras había metido una hoja, casi como si fuera un marcador. Abrió el cuaderno y lo dejó sobre la mesa.

Haber se inclinó y miró la carta. Luego se recolocó las gafas y dio un paso.

–¿Lo dices en serio? –preguntó y volvió a echar una mirada a la carta.

Wisting asintió y bajó la vista hacia la carta que le informaba de que estaba suspendido.

–Ahora es el director de la policía –dijo Haber.

–Director de la policía en funciones –corrigió Wisting señalando el cargo que figuraba debajo de la firma de Audun Vetti.

Line se despertó porque tenía frío. Arrancó el coche y encendió la calefacción. El reloj del salpicadero indicaba que había dormido casi tres horas. En algún momento de la noche había dejado de llover, y el vehículo estaba rodeado de neblina.

Consultó el teléfono antes de empezar a conducir y vio que Morten P le había mandado un SMS hacía más de dos horas. «H se ha ido a casa. Resistimos.»

La niebla era como un velo grisáceo y a la luz de las farolas la carretera se veía como una silueta humeante. Según el GPS llegaría a Ystad a las 6.47. Era demasiado temprano para ir a casa de Maud Svedberg, pero podía tomarse un buen desayuno en alguna parte.

Siguió conduciendo en la noche y se preguntó si debía llamar a Morten P para preguntarle cómo iba la vigilancia. Pero si Haglund se había quedado en casa esa noche, seguramente estarían durmiendo por turnos, y no quiso arriesgarse a despertarlo. Encontró una emisora de radio sueca con música para permanecer despierta. Si pasaba algo, la avisarían.

Aunque se detuvo en una gasolinera para ir al baño y comprar un refresco a medio camino entre Gotemburgo y Malmö, cuando llegó a Ystad no eran más de las 6.34. Desviándose de la ruta del GPS, siguió recto hasta que llegó a un puerto de barcos de recreo y después siguió por la costa de la pequeña ciudad. Un repartidor de periódicos se detuvo ante una casa de muros amarillos y rosas alrededor de la puerta; en la calle no había nadie más.

Junto a la estación de ferrocarril tomó una calle hacia el centro. Vio luz en la ventana de una pastelería y se detuvo. El cartel de la puerta informaba de que abrían a las siete. Dio una vuelta por las calles mientras esperaba y enseguida se hizo la idea de que se trataba de una ciudad acogedora con pequeñas y hermosas plazas y casas antiguas.

Cuando la pastelería abrió, pidió dos sándwiches, una botella de agua con gas y café. Tenían wifi, así que se puso a leer la prensa digital en el móvil mientras comía. En las páginas del diario *Dagbladet* encontró una foto de su padre. Estaba entrando por una puerta y miraba por encima del hombro; en el pie de foto leyó que era del día anterior, cuando había ido a entrevistarse con los de Asuntos Internos. «Interrumpió el interrogatorio», rezaba el titular. El conocido y experimentado jefe de investigación se exponía a ir a la cárcel después de que se desvelara que habían falsificado una decisiva prueba de ADN. Un mando de Asuntos Internos confirmaba que William Wisting había abandonado la entrevista a la que había sido convocado ese día antes de que terminara, y después explicaba por qué el caso no estaba prescrito y que la legislación consideraba la falsificación de pruebas tan grave como un asesinato. En el peor de los casos, el

culpable se arriesgaba a que lo condenaran con veintiún años de cárcel. Line clavó la mirada en la foto de su padre y sintió como esos datos objetivos le atenazaban el pecho.

El artículo terminaba publicitando la edición en papel y una larga entrevista con Rudolf Haglund en la que hablaba de las falsas acusaciones y de cómo su estancia en la cárcel le había robado la vida.

Cuando salió de la pastelería, había empezado a amanecer. Un gran ferry blanco entraba desde el mar Báltico hacia la zona portuaria del otro lado del ferrocarril. Se sentó en el coche y volvió a encender el GPS, que la condujo por las calles adoquinadas hasta Lilla Norregatan.

Maud Svedberg vivía en una casa encalada con vigas y tejado inclinado. La calle era estrecha y no había sitio para aparcar. Pasó de largo, giró por la calle siguiente y encontró sitio delante de una iglesia. Regresó a pie.

La mujer que había convivido con Jonas Ravneberg en Noruega diecisiete años antes tenía el aspecto que Line imaginaba por su voz insegura al teléfono. Era menuda y muy delgada, pero tenía un rostro de facciones prominentes y daba la impresión de que su cabeza era demasiado grande para su cuerpo. Tenía los ojos claros y redondos, y una expresión tímida.

Cuando Line se presentó sonrió y le tendió una mano de dedos largos y finos.

–Espero no llegar demasiado temprano –dijo Line.

Maud Svedberg negó con la cabeza.

–Me levanto pronto –aseguró y entró en la casa delante de Line. Tenía la espalda encorvada y aparentaba más edad que cincuenta años.

Se sentaron a una mesa redonda en el salón. Maud Svedberg puso los pies en una banqueta.

–Esta noche he dormido mal –admitió–. Esto de Jonas me tortura.

–¿Cómo lo conociste? –quiso saber Line.

–Hace muchos años –respondió la mujer sin extenderse.

Line le habló del asesinato y lo que había averiguado sobre Jonas Ravneberg.

–Estaba siempre tan angustiado e inseguro –dijo Maud Svedberg–. Por eso tenía una pensión por invalidez. Se ponía muy nervioso en compañía de la gente. No era capaz de trabajar. En eso nos parecíamos, y quizá fuera eso lo que nos unió. Pero el último verano le ocurrió algo. Algo que hizo que fuera imposible convivir con él.

–¿Qué pasó?

–Se encerró en sí mismo. No hablaba nunca de nada y se enfadaba si le preguntaba algo.

–¿Sabes por qué cambió?

–No. Vivíamos juntos, pero él también tenía su propia vida. Poseía la granja que le dejaron sus padres y podía pasar días allí sin que supiera nada de él. Al final nos fuimos distanciando. Se llevó su ropa y se fue a la granja y todas las cosas que tenía allí –dijo con voz queda. Tenía las

manos entrelazadas en el regazo y las separó—. A los coches a escala y todo lo demás que coleccionaba.

—¿Recuerdas el caso Cecilia? —preguntó Line.

A la mujer se le contrajo la cara y se le formaron arrugas en la frente.

—Desapareció el último verano que pasamos juntos —asintió ella.

—¿Habló Jonas alguna vez del caso?

—No hablaba de nada.

—¿Pero conocía al hombre que fue condenado por asesinarla?

Maud Svedberg se pegó al respaldo de la silla. Sus ojos se agrandaron todavía más. Movi6 la cabeza de lado a lado, negándolo.

—Rudolf Haglund —dijo Line para recordarle el nombre.

—No...

Line ladeó la cabeza.

—¿Estás segura? —preguntó.

La mujer menuda se puso de pie.

—Vivimos juntos casi dos años —explicó—. Pero la verdad es que nunca llegué a conocerlo. Nunca me presentó a nadie y nunca mencionó ni a amigos ni a conocidos, a pesar de que sé que tenía algunos. A veces usaba el teléfono, llamaba a alguien, pero no quería que le oyera hablar.

Maud Svedberg había salido de la habitación mientras hablaba y abrió un cajón de una cómoda. Sacó un sobre marrón, volvió y lo dejó en la mesa, delante de Line, como si quisiera acabar la visita.

—Aquí está —dijo y señaló el nombre del padre.

Line lo levantó y lo tocó. No pesaba casi nada. El contenido era rectangular, de cantos rectos, como una cajita dura.

—¿Puedo ver lo que escribió? —preguntó.

La mujer volvió al cajón, sacó una hoja blanca y se la dio a Line. La letra era angulosa y apresurada. No decía nada más que lo que Maud Svedberg ya le había explicado por teléfono. Que pensaba en ella y que le gustaría mucho ir a Suecia a verla, pero que mientras tanto tenía que hacerle un favor y cuidar del paquete que acompañaba a la carta. Le habría gustado contarle muchas cosas, pero tendría que ser más adelante. Si le ocurriera algo, debía asegurarse de que el paquete le era entregado al comisario William Wisting, en Larvik.

Line le devolvió la carta.

—¿No lo vas a abrir? —preguntó la otra sin sentarse.

Line había pensado esperar a estar en el coche, pero comprendió que Maud Svedberg sentía tanta curiosidad por el contenido como ella, y que debía abrir el paquete antes de irse.

Rasgó el papel por un extremo y se echó el contenido en el regazo. Era una cinta. Una cinta de

vídeo.

Comparar las huellas llevaba mucho tiempo. En la parte alta del sobre, donde se doblaba, Finn Haber había encontrado una huella en espiral que se podía identificar, y había empezado la laboriosa tarea de compararla con las de la carta en que le habían notificado la suspensión a Wisting. Separó las que pertenecían a este antes de empezar a buscar una marca coincidente.

Cuando Wisting se marchó a la una y media, Haber seguía inclinado sobre la mesa de la cocina. De camino a casa pasó por delante de la Paz Dorada y vio que Suzanne estaba recogiendo las mesas, pero no entró. Se fue a casa y se acostó antes de que ella llegara. Lo que había vivido aquel día —el encuentro con Haglund, la declaración en Asuntos Internos y las huellas dactilares— era demasiado complicado como para contarlo en el poco tiempo de que dispondría si permanecía en vela. Además, estaba cansado.

Se despertó más tarde de lo habitual y se preparó una taza de café en la máquina. El viento había amainado, y durante la noche había dejado de llover, pero el cielo seguía cubierto de nubes densas y el aire era muy húmedo.

Cuando sonó el teléfono, pensó que sería Finn Haber, pero era Line.

—Estoy volviendo de Suecia —explicó—. He recogido tu paquete en casa de Maud Svedberg.

Wisting se detuvo en medio de la cocina con la taza de café en la mano.

—¿Lo has abierto? —preguntó.

—Sí.

—¿Y?

—Contiene una cinta de vídeo.

—¿Una película?

—Un casete V8. Ya he hecho algunas comprobaciones. Es un modelo antiguo, se usaba hace quince o veinte años. Tenemos que encontrar una cámara de vídeo de esa época para poder verla.

—¿Dónde la conseguiremos?

—Creo que el abuelo tiene una.

—Tienes razón. Voy a hablar con él. ¿Cuándo llegarás a casa?

—Hay un ferry de Strømstad a Sandefjord a las dos y media. Creo que aún estoy a tiempo de cogerlo. Si lo consigo llegaré a casa algo antes de las seis.

—Vale. Conduce con cuidado.

Wisting dejó la taza de café en la mesa de la cocina y colgó sin oír las últimas palabras de Line. Algo llamó su atención. Encima de la mesa había un casete amarillo. Era un casete AGFA,

idéntico al que Cecilia había utilizado en su walkman, pero este llevaba el nombre de Wisting escrito con un grueso rotulador negro.

Lo cogió y le dio la vuelta. Su nombre estaba escrito con letras mayúsculas por las dos caras. En ese momento sonó el teléfono. Esta vez era Haber.

–Lo he confirmado –dijo–. La carta de tu suspensión y el embalaje de la prueba A-3 han pasado por las mismas manos. Y no son las tuyas, he eliminado tus huellas.

Aunque el casete que acababa de encontrar le desconcertaba y a la vez moderaba su entusiasmo, la confirmación le produjo una gran satisfacción. Diecisiete años atrás Audun Vetti era un comisario joven y ambicioso. Un hombre que tenía prisa por medrar y ascender. El caso Cecilia estaba estancado, carecían de pruebas firmes ni concretas, y se estaba convirtiendo en un lastre para su carrera.

–Pero seguimos sin poder demostrar nada –añadió Finn Haber–. Nunca vi a Vetti en mi laboratorio, pero supongo que él podría inventarse una historia para explicar la presencia de sus huellas dactilares en el sobre.

–Me aseguraré de que no se libre –aseguró Wisting, todavía con la mirada fija en el casete amarillo–. ¿Has documentado tus descubrimientos?

–Lo he fotografiado todo –confirmó Haber–. Solo hace falta recoger formalmente las huellas de Vetti en el registro de huellas dactilares.

Wisting le respondió distraído y apenas se enteró de lo que Haber le decía.

–¿Puedo hacer algo más por ti?

–Es suficiente –respondió Wisting–. Más que suficiente.

Le dio las gracias por su ayuda una vez más y colgó. Luego subió con el casete al dormitorio del primer piso. Suzanne dormía profundamente. Se acuclilló junto a la cama, le tocó el hombro desnudo y lo sacudió ligeramente.

La mujer despertó, se desperezó y se volvió hacia él lentamente.

–Hola –dijo Wisting y le mostró el casete–. ¿Sabes de dónde ha salido esto?

Suzanne se frotó los ojos, chascó la lengua para humedecerse la boca seca.

–Un cliente lo dejó ayer encima del mostrador –respondió y colocó el edredón–. Me pidió que te lo diera, dijo que era importante.

Wisting respiró hondo y se puso de pie.

–¿Pasa algo malo? –preguntó Suzanne.

–En realidad no –respondió él–. Es de Rudolf Haglund.

Suzanne se sentó.

–¿El asesino?

Wisting asintió.

–Ayer estuvo en tu café.

–Pero... –empezó Suzanne mirando alternativamente a Wisting y al casete amarillo–. ¿Qué contiene?

–Todavía no lo sé –respondió él dirigiéndose a la puerta–. Tú vuelve a dormirte; tengo que salir un rato.

Ya no tenían ningún casete en la casa. Thomas se lo había llevado ocho años atrás cuando se marchó a hacer el servicio militar. Ni él ni el casete habían vuelto a casa. Tendría que ir a la cabaña para escuchar la cinta.

Las carreteras seguían mojadas y había grandes charcos en el asfalto aquí y allá y cuando los cruzaba sin reducir la velocidad levantaba surtidores de agua. El aire era más húmedo en la costa, el mar seguía agitado y blanco por la espuma, a pesar de que el viento había amainado.

Abrió la puerta de la cabaña y echó un vistazo al interior, pero no vio señales de que hubiera entrado nadie. Line había sido la última en estar allí. Había lavado las tazas que usaron y la documentación del caso Cecilia estaba bien ordenada encima de la mesa del salón.

El viejo radiocasete portátil estaba en un estante debajo de la ventana. La colocó sobre el alféizar e introdujo la cinta con la cara A hacia fuera. Luego apretó la tecla de play.

Primero oyó un ruido de fricción, como si alguien estuviera caminando y la ropa rozara. Luego voces. Dos personas se saludaban y se presentaban pronunciando su nombre de pila. Gjermund y Rudolf. Rudolf Haglund.

Al principio era el otro hombre quien hablaba más. Le daba las gracias a Rudolf Haglund por reunirse con él y le preguntaba si mucha gente había contactado con él. Haglund le decía que sí, y el otro le preguntaba si le parecía bien que grabara la conversación.

Era una entrevista. Rudolf le había hecho llegar la grabación de su entrevista con un reportero. Este explicaba que les gustaría tener fotos recientes, y que vendría un fotógrafo. Haglund debió de asentir con un movimiento de cabeza porque la entrevista continuó, pero enseguida fue interrumpida por una mujer que se acercó a preguntarles qué querían tomar. Haglund quería un solomillo muy hecho y el periodista optó por un plato de pescado. Haglund pidió una Coca-Cola y el periodista un agua con gas Farris.

Wisting solo conocía un periodista que se llamara Gjermund. Gjermund Hulkvist, del diario *Dagbladet*. Era un veterano reportero de sucesos que enseguida imprimía en la conversación un tono ligero y amistoso y ponía mucho de su parte para lograr lo que quería. En la grabación, se dirigía a su interlocutor llamándole por su nombre de pila y le repetía lo mucho que le agradecía que le hubiera concedido la entrevista.

–Eres competente –respondió Haglund–. Me gusta cómo escribes; te atienes a los hechos. Eso fue lo que también me gustó cuando escribiste sobre el caso hace diecisiete años.

–Te agradezco mucho lo que dices.

–Y no solo te atenías a los hechos, sino que eras el primero en dar las noticias.

–Es la ventaja de tener una amplia red de contactos –explicó Gjermund Hulkvist–. Buenas fuentes.

–¿En la policía?

–Allí también. En puestos clave.

Wisting subió el volumen. Diecisiete años atrás, habían sido Gjermund Hulkvist y el *Dagbladet* los que desvelaron que la policía tenía una cinta grabada por Cecilia Linde.

Se oyó el ruido de las patas de una silla rozando el suelo.

–No me interesa ninguna entrevista si el culpable de que me condenaran por un asesinato que no cometí es uno de tus contactos en la policía –dijo Haglund claramente alterado.

–No se trata de Wisting –le aseguró el periodista. Hablaba en voz baja e intensa–. Más arriba.

–¿El abogado de la policía?

–Digamos que hoy en día ejerce funciones de director de la policía.

Haglund volvió a acercar la silla a la mesa.

–Y que puede ser beneficioso colaborar con la prensa –siguió el periodista, con voz más relajada ahora que había logrado que el entrevistado no se marchara.

La conversación continuaba, pero Wisting había dejado de escuchar. El periodista había ido lo más lejos que podía sin dar el nombre de su fuente. Pero era más que una insinuación y no dejaba ninguna duda sobre quién le había filtrado la información: Audun Vetti.

Roald Wisting estaba lleno de energía. Al jubilarse de su trabajo de médico en el hospital, había empezado a colaborar con distintos clubes y asociaciones. Si no se veía con su hijo más que un par de veces al mes era tanto por sus ocupaciones como por las largas jornadas del policía. Pero los dos residían en Stavern y, en vida de Ingrid, el padre solía ir a cenar todos los domingos. Ahora, a veces quedaban en la Paz Dorada para tomar café.

Al padre le gustaba andar, y había ido dando un paseo hasta la casa de Wisting con la bolsa de la cámara colgada del hombro.

–Hace años que no la uso –explicó dejándola sobre la mesa del salón–. Pero la probé en casa antes de salir. Tengo unas grabaciones muy divertidas de Line y Thomas.

Sacó un cable y apartó el televisor de la pared. Wisting se preguntó si contarle lo que había descubierto sobre Audun Vetti, pero decidió no hacerlo. No le hacía falta justificarse ante su padre.

–La cinta estaba metida –explicó el padre señalando la funda de la cámara con un movimiento de la cabeza–. Debe de ser del verano anterior a que empezaran a ir al colegio. Estuvimos juntos en Dinamarca. Legoland y el Safari Park.

Wisting sonrió al recordar a su padre enarbolando la cámara de vídeo con entusiasmo mientras grababa los coches de Lego que daban vueltas por maquetas de ciudades construidas con pequeños ladrillos de plástico.

Su padre entornó los ojos tras los cristales de las gafas intentando encontrar dónde enchufar el cable de la cámara. Cuando consiguió conectarla sonrió. De momento apenas se le notaban los años que tenía.

–Deberíamos pasarlas a DVD –continuó–. Con el tiempo pierden color y nitidez.

–Tienes razón –dijo Wisting–. ¿Habrán empresas que se dediquen a eso?

–Seguro... –murmuró el padre y sacó la vieja cámara de vídeo de la funda–. Vamos a ver.

Conectó el cable del televisor y encontró un enchufe para la electricidad.

–¿Cuándo viene Line? –preguntó el padre.

Wisting miró el reloj; el ferry de Suecia debía de haber atracado en Sandefjord en ese momento.

–En algo menos de una hora, supongo.

–¿Y qué clase de vídeo trae?

–Todavía no lo sabemos, pero creo que tiene que ver con el caso Cecilia.

–El caso Cecilia –repitió el padre–. Yo estaba de guardia en el hospital el día que trajisteis al asesino. La noticia corrió como la pólvora por todos los departamentos. Yo no tuve nada que ver

con el asunto, pero las enfermeras de ingresos hablaron de ese hombre durante mucho tiempo. Un par de ellas incluso lo conocían, de cuando estuvo ingresado como paciente.

Wisting se sentó. Recordó las pequeñas cicatrices que había visto en las fotos del chequeo al que habían sometido a Haglund. Esa parte de su pasado no se había aclarado bien durante la investigación.

—¿Se quitó unas marcas de nacimiento?

—Sí, así es —asintió Roald pensativo, como si los antiguos recuerdos fueran aflorando—. Cuando vino para hacer el seguimiento se detectaron unas alteraciones celulares.

—¿Seguimiento?

—Le operamos de cáncer de próstata. Unos años antes.

El padre apuntó al televisor con el mando a distancia.

—¿Una intervención así no te deja impotente? —preguntó Wisting.

—Puede ocurrir —asintió el padre.

La pantalla del televisor parpadeó y un autobús rojo de Lego se dirigió a un puente y se detuvo mientras el puente se elevaba y dejaba pasar un barco.

Wisting se puso de pie, cogió el teléfono y fue a la cocina.

—¿Qué ocurre? —preguntó el padre a su espalda.

—Tengo que comprobar una cosa —respondió Wisting.

Marcó el número del psiquiatra jubilado que había reconocido a Rudolf Haglund. Si Rudolf Haglund había perdido la capacidad de tener una erección por el tratamiento del cáncer de próstata, el caso adquiriría otra dimensión. Ese asunto debería haber salido a la luz durante el estudio psiquiátrico ordenado por el tribunal. Y resultaba aún más extraño que Rudolf Haglund hubiera ocultado información que podía haber contribuido a demostrar su inocencia.

El psiquiatra no contestó. Wisting le dejó un mensaje pidiéndole que le devolviera la llamada. Volvió al salón. En la pantalla aparecieron los mellizos con un helado cada uno. Tras ellos caminaba Ingrid sonriendo.

—Solo es el tercer helado que se comen hoy —decía riendo.

Wisting tragó saliva. No había visto imágenes en movimiento de ella desde que muriera cinco años antes, pero oír su voz le impactó. Luego apareció un poblado indio y los niños con una pluma en la cabeza.

Wisting se sentó. Los pensamientos sobre Cecilia Linde, Rudolf Haglund y Audun Vetti fueron desvaneciéndose poco a poco mientras se sumergía en un mundo infantil. Participó en la fiebre del oro, navegó por ríos, montó en tren, en una fila de barriles y en una autoescuela con coches de Lego. Todo el tiempo sonaba la risa contagiosa de Ingrid. Los viejos recuerdos le producían a la vez melancolía y felicidad, y se sintió decepcionado cuando la película se acabó.

Poco después se abrió la puerta de la calle. Line entró con una bolsa de la tienda libre de

impuestos del ferry. Parecía cansada. Llevaba el cabello rubio enredado, la ropa arrugada y tenía ojeras, pero a la vez parecía contenta.

Le dio un beso a cada uno. Wisting se hizo cargo de la bolsa y la dejó en la mesa de la cocina. Cuando volvió al salón, Line ya estaba introduciendo la cinta de vídeo en la cámara.

–Está rebobinada hasta el principio –informó mientras cerraba la cámara.

Su abuelo tomó el relevo, presionó play y los tres permanecieron de pie atentos a la pantalla.

Al principio vieron interferencias, líneas grises, blancas y negras desplazándose por la pantalla hasta que apareció una cocina: un fogón y una encimera. De repente perdió nitidez. Los colores desaparecieron y la pantalla se oscureció por completo; a continuación se vieron otras partes de la cocina. Una ventana con cortinas blancas y una cenefa de ganchillo. La luz era muy intensa e impedía ver el exterior.

Line se sentó al borde de la silla más próxima.

La imagen volvió a fundirse en negro, y después apareció una estancia vacía con paredes de ladrillos blancos y suelo gris. Estaba filmado desde arriba, como si alguien sujetara la cámara con los brazos en alto y la girara ligeramente para abarcar lo más posible de la habitación. Estaba bien iluminada y se veía una sombra que se proyectaba hacia el centro, como si alguien se moviera fuera del alcance de la cámara.

La película daba un salto. La cámara estaba en un ángulo algo distinto, pero seguía filmando desde arriba. Esta vez había una persona en medio de la sala. Era una mujer desnuda. Bajaba la cabeza, pero la levantó despacio y miró fijamente a la cámara. Llevaba un collar de cuero.

Wisting dio un paso atrás y se apoyó en la mesa. Era Cecilia Linde.

La visión le dolió, se le hizo un nudo en el estómago.

La chica estaba allí de pie sin más; en sus ojos había miedo, tormento y dolor; en sus mejillas brillaban las lágrimas secas. Pestañeó. Cerró los ojos un instante y, cuando los abrió de nuevo, la mezcla de temor y desesperación se hizo aún más evidente.

Movió los labios. Primero no dijo nada, luego oyeron un susurro: «Por favor...».

Empezó a temblarle el labio inferior. Le brillaban los ojos y las lágrimas le corrían por las mejillas. «Por favor», rogó de nuevo al hombre que estaba detrás de la cámara.

No parecía sentir pudor por su cuerpo desnudo. Tenía los brazos pegados al cuerpo, y no hacía ningún intento de cubrirse. «Lo que sea –rogó–. Haré lo que sea. Pero déjame salir de aquí.»

–Rebobina –pidió Line.

–¿Qué?

–Retrocede hasta el principio.

El abuelo hizo lo que le pedía. La imagen con interferencias apareció otra vez, la imagen se movía.

–¡Para! –rogó Line.

La imagen se congeló en el momento en que se veía la cámara ladeada. Line se agachó y examinó la pantalla. Una pared azul, una encimera con platos y vasos usados, armarios del mismo color que las paredes. Un fogón esmaltado en blanco y tres placas. Fregadero y desagüe de acero inoxidable.

–He visto antes esa cocina –dijo Line–. Sé dónde está; sé dónde estuvo recluida Cecilia Linde.
–Levantó la mano y señaló la imagen fija–. Es la granja de Jonas Ravneberg.

Line quitó la funda de la cámara y el resto del equipo del asiento del copiloto para dejar sitio a su padre. Como ya había estado en la pequeña granja de Jonas Ravneberg cerca de Manvik con anterioridad, fueron en su coche. Wisting se sentó en silencio, y permaneció con los dientes apretados. Jonas Ravneberg se le había escapado hacía diecisiete años. Cecilia había estado presa en su sótano durante doce días mientras ellos buscaban en los lugares equivocados y miraban en otra dirección.

—¿No deberíamos llamar a alguien? —preguntó Line—. ¿A la policía y a una ambulancia? Si es él, Linnea Kaupang lleva varios días encerrada en ese sótano sin nada que comer ni beber.

—Esperaremos a estar allí —respondió Wisting.

Intentó encajar las piezas de algún modo. Jonas Ravneberg era una figura anónima, pero aparecía de manera periférica tanto en el caso de Cecilia como en el de Ellen. Ahora, él mismo había sido asesinado, poco después de que Rudolf Haglund saliera de la cárcel y pudiera aportar pruebas de que había sido condenado injustamente. Pero a Wisting aún le costaba abandonar su idea de que Haglund había secuestrado y asesinado a Cecilia Linde, a pesar de que en los delitos de naturaleza sexual no era frecuente que hubiera dos perpetradores.

Line redujo la velocidad y tomó un camino secundario. El coche derrapó de lado a lado hasta que las ruedas se agarraron al firme embarrado, y ella aceleró. Los tupidos árboles oscurecían la luz del atardecer. Los faros delanteros iluminaban bastantes metros del terreno irregular y revelaban las rodadas de otro vehículo.

—¿Tus colegas aún siguen a Haglund? —preguntó Wisting.

Line asintió.

—Hablé con ellos justo antes de llegar. No ha salido de casa en todo el día. Tiene el coche aparcado delante del porche.

Cuando Line redujo la marcha, el coche se elevó y algo impactó en los bajos. Wisting se agarró al cinturón de seguridad mientras el coche se desviaba hacia la cuneta. Line giró el volante, las ruedas derraparon y el coche salió disparado hacia el lateral antes de que Line recuperara el control. El camino se estrechó, las ramas de los árboles y los arbustos de la cuneta rozaban los laterales del coche. Entonces tomaron la última curva y la pequeña granja apareció ante ellos.

Había un coche en el patio, con los neumáticos manchados de barro. Line levantó el pie del acelerador, pero era demasiado tarde. Junto al granero había un hombre. Se volvió hacia ellos y quedó atrapado en la luz.

—Frank Robekk —dijo Wisting.

Se bajaron del coche dejando el motor encendido. El antiguo policía dio unos pasos hacia ellos. Levantó una mano para protegerse de la luz del coche y vieron que llevaba una linterna. En la otra mano sujetaba lo que parecía un arma.

–¿Wisting? –preguntó.

–Frank. ¿Qué haces aquí?

–Venid. Deberíais ver una cosa –dijo Robekk indicándoles con la mano que se acercaran. Lo que llevaba en la mano era un taladro de pilas.

–¿Qué haces aquí? –repitió Wisting.

–Lo que deberíamos haber hecho hace diecisiete años –respondió Robekk y se aproximó a la puerta del granero. Estaba cerrada con varios pernos y una tranca. En el suelo había serrín reciente.

Robekk señaló un agujero que había hecho en la gruesa puerta.

–¡Mirad dentro! –dijo colocando la linterna en otro agujero similar.

Wisting intercambió una mirada con Line y se agachó ante el agujero.

Dentro estaba oscuro. La luz de la linterna se difundía en forma de cono desde el agujero de la puerta e iluminó la parte trasera de un coche que estaba a tres o cuatro metros. Estaba cubierto de polvo y parecía ser de color gris. Habían quitado la matrícula, pero en medio del maletero la luz se reflejaba en el rayo del logo redondo de Opel.

Wisting se incorporó y miró a Frank Robekk directamente a los ojos sin decir nada.

–¿Qué es? –quiso saber Line.

–Es el coche –respondió Robekk–. El coche que utilizó cuando secuestró a Cecilia Linde.

Line se agachó para ver, pero Robekk dirigió la luz hacia los cobertizos del otro lado del patio y el viejo Saab que estaba aparcado allí.

–Fracasamos por completo –dijo, e iluminó el coche que con el tiempo se había convertido en una ruina oxidada–. Fue visto cuando Ellen desapareció, pero no lo comprendimos. Fallamos.

Wisting seguía sin decir nada, pero buscó con la mirada algo para forzar la puerta del granero.

–Tengo herramientas en el coche –dijo Robekk como si estuvieran pensando lo mismo.

Buscó una palanqueta en el maletero y le pasó a Wisting la linterna. La madera era vieja y estaba reseca y cedió con facilidad cuando Robekk golpeó los tablones que había encima de la primera chapa metálica que sujetaba los ternos. Empezó a forzar y girar un terno haciendo saltar astillas de madera. Se oyó un crujido y el primer perno cayó a tierra. Robekk se lanzó sobre el siguiente. Este estaba mejor sujeto y al antiguo policía se le perló la frente de sudor.

Al cabo de cinco minutos había soltado todos los pernos. Frank Robekk tiró la palanqueta al suelo y abrió la gran puerta de doble hoja del granero.

Wisting entró detrás de él y notó los granos de cereal crujiendo bajo sus pies. Pequeñas partículas de polvo bailaban a la luz de la linterna. Olía a paja y a abono.

El techo era alto, pero solo había espacio para aparcar un coche. Junto a una de las paredes había azadas, palas, rastrillos y otras herramientas, además de dos viejas ruedas de carro. Al otro lado, un montón de sacos de arpillera. Una escalera de mano llevaba al desván de la paja.

Se acercaron al coche. Estaba cubierto por un dedo de polvo. Wisting intentó mirar por las ventanas mates, e iba a quitar el polvo con la mano cuando oyó un crujido en el techo. Luego hubo un par de potentes destellos y todo quedó bañado en luz. Miró a Line, que estaba junto a la puerta. Sobre ellos colgaba de un cable una gran lámpara de trabajo de pantalla gris metálica.

Frank Robekk abrió la puerta trasera del lado izquierdo y él y Wisting miraron al interior. Del retrovisor colgaba un ambientador de pino descolorido, por lo demás estaba ordenado y limpio. Había una llave en el contacto.

Wisting dio la vuelta al coche y lo observó desde distintos ángulos. Estaba oxidado, como lo había descrito el testigo del tractor, y los años en el granero seguramente habían empeorado su estado. Alrededor de las ruedas se habían descamado amplias superficies de laca y el soporte de uno de los retrovisores se había deshecho, dejando el espejo colgado.

Se detuvo ante el maletero. Con cuidado presionó la cerradura con el pulgar. Se resistía y se oyó que raspaba al ceder. Después sonó un chasquido y la tapa del maletero se abrió dejando una pequeña abertura.

Frank Robekk la levantó.

Sobre una alfombrilla de goma negra había unas prendas de vestir dobladas con cuidado. Una camiseta de manga corta, un pantalón, una braguita blanca y un sujetador deportivo. Al lado había un par de deportivas blancas con los calcetines metidos dentro. Delante de la ropa había un walkman y un par de auriculares.

En el estrecho habitáculo el óxido se había abierto camino a través del metal, y dejaba ver el suelo de cemento. Diecisiete años antes las grietas habían sido lo bastante amplias como para que pudiera colarse por ellas una cinta de casete.

Le invadió una extraña sensación fúnebre. Se dio la vuelta y miró a través de la puerta del granero hacia la casa principal que descansaba sobre los gruesos muros de un sótano.

Mientras todavía se encontraba en el interior del granero le sonó el móvil. Era Steinar Kvalsvik, el psiquiatra. Wisting había guardado su número, y ahora su nombre iluminaba la pantalla.

–¿Me has llamado?

–Sí, pero podemos hablar más tarde –dijo Wisting caminando hacia la puerta abierta del granero con la mirada fija en la casa principal, al otro lado del patio.

A la luz de los faros del coche todo parecía estar en un intenso blanco y negro.

–¿De qué se trataba? –quiso saber el psiquiatra jubilado.

–Haglund estaba operado de cáncer de próstata –explicó Wisting–. Es posible que eso le dejara impotente. Me extraña que no figurara en vuestro informe.

–Estoy de acuerdo. Debería figurar –respondió el psiquiatra tras un breve silencio–. Pero una valoración psiquiátrica no es una investigación. Se basa en lo que figura en la documentación del caso aportada por la policía y las conversaciones mantenidas con el acusado. No sé por qué ocultó esa información, pero eso no cambia nada. Al contrario, podría fundamentar y reforzar su motivación.

–¿Cómo?

–Los deseos sexuales no están entre las piernas, sino en la cabeza. Además, muchas veces las agresiones sexuales están relacionadas con el poder, no con el sexo.

Wisting miró a Line mientras escuchaba al psiquiatra. Había apagado el motor, pero había dejado las luces encendidas. Levantó la cámara de fotos, enfocó e inmortalizó a su padre pasándose la mano por el cabello. Luego se acercó un par de pasos e hizo una foto más, en la que el coche que habían estado buscando durante diecisiete años aparecía al fondo.

–En realidad, una erección es una compleja conjunción de hormonas, impulsos nerviosos y músculos, en la que intervienen tanto factores físicos como psíquicos –prosiguió el psiquiatra–. El tratamiento del cáncer con frecuencia reduce la capacidad, pero no el deseo. Para algunos, una estimulación más intensa, ya sea física o psicológica, puede ayudar.

–Haglund era sádico –recordó Wisting y pensó en las revistas pornográficas que habían encontrado en su casa.

–Exacto. Un sádico sexual obtiene placer dominando a otros, o humillando e infligiendo dolor físico o psicológico. Quizás en su caso el acto extremo de secuestrar a una mujer y someterla a todas estas vejaciones le produzca una inmensa satisfacción.

Wisting se cambió el teléfono a la otra oreja. En ese momento no tenía tiempo para mantener

esa conversación, pero quería oír lo que Steinar Kvalsvik le estaba contando. Frank Robekk se acercaba a la casa principal con la palanqueta en la mano,

–¿Sigues pensando que fue Haglund quien secuestró a Cecilia Linde? –le preguntó al psiquiatra.

–Estoy, si cabe, más convencido que antes. Un tratamiento quirúrgico de la glándula prostática también podría ser la explicación de que no encontraran en el cadáver restos de semen. El músculo que cierra la vejiga puede quedar deteriorado por la operación. Tendría lo que llamamos orgasmo seco. El semen va a parar a la vejiga y se evacúa más tarde junto con la orina.

En el otro extremo del patio Frank Robekk estaba forzando la puerta de la entrada.

–Sigue habiendo algo que me inquieta –siguió el psiquiatra jubilado–. Tengo una sensación de desasosiego.

–Ah, ¿sí? –dijo Wisting.

–Es más bien un pensamiento que no se me va de la cabeza.

–Ah, ¿sí? –dijo Wisting de nuevo. El tiempo apremiaba.

–Se trata de esta chica con el lazo amarillo. Linnea Kaupang. Creo que él la ha raptado y que la tiene escondida en alguna parte.

Wisting tragó saliva mientras cruzaba el patio a toda prisa.

–Gracias por llamar –dijo–. Hablamos pronto.

El marco de madera de la puerta restalló. Frank Robekk soltó una palabrota y le dio una patada.

–¡La trampilla del sótano! –gritó Wisting señalando hacia el otro lado de la casa–. Si ella está aquí, está en el sótano.

Robekk bajó la palanqueta y fue hacia la trampilla.

En la madera había adheridas hojas negras y podridas. A ambos lados de la trampilla los densos arbustos estaban aplastados contra el suelo y tenían las ramas partidas, señal de que habían abierto la trampilla hacía poco y habían dejado caer las dos puertas al suelo.

Frank Robekk introdujo a presión la palanqueta bajo la chapa de metal del candado. El teléfono sonó otra vez. En esta ocasión era su padre. Wisting dudó si contestar o no, pero decidió hacerlo.

–Estoy en medio de un asunto –advirtió.

–He visto el resto de la grabación –dijo el padre extrañamente lacónico–. Al final aparece un hombre en el sótano. Es el que cogisteis. Rudolf Haglund.

Wisting entendió lo que su padre le estaba diciendo, pero no tuvo tiempo de apreciar lo que significaba de verdad para él, para el caso, para la pesadilla en la que estaba inmerso. Cómo eso hacía que desapareciera cualquier duda.

–¿Estás seguro? –preguntó.

–Lo reconozco por las fotos del periódico. Es él.

Wisting tragó saliva, le dio las gracias y colgó. Llamó a Line para que se acercara.

–¿Estás segura de que Tommy y tus colegas tienen controlado a Haglund?

—¿Sigues pensando que es Haglund...? —empezó ella.

—¡Llámalos! ¡Asegúrate de que no lo pierdan de vista!

Line sacó el móvil. Robekk se esforzaba en abrir el candado. La entrada al sótano parecía estar mucho mejor asegurada que la puerta del granero. Quizá resultara más fácil acceder por una de las ventanas del sótano. Eran viejas y frágiles. Había una rota y habían clavado una plancha provisional de contrachapado para tapar el agujero. De pronto recordó las herramientas que había visto en el granero y fue corriendo a buscar un mazo de hierro. Robekk se apartó y Wisting machacó la madera que ya estaba astillada. Con el siguiente golpe rompió el candado.

Las bisagras gimieron cuando Robekk levantó una puerta de la trampilla y la dejó a un lado. Un olor a podredumbre y moho ascendió de la oscuridad.

Se quedaron escuchando. En algún lugar oyeron un goteo. Eso era todo. Robekk encendió la linterna. La luz iluminó una larga escalera mojada que brillaba a sus pies. Wisting levantó el mazo a la altura del pecho y dio el primer paso.

La escalera desembocaba en una habitación de techos altos y muros encalados con manchas negras de hongos. Nadie habló. Un silencio helado emanaba de las paredes y se extendía como una niebla invisible. Sobre una mesa había tarros de mermelada vacíos, latas de conserva y botellas con etiquetas escritas a mano. Más adelante una puerta en medio de una pared.

Robekk la probó: cerrada. Wisting la abrió con dos golpes.

Entraron en el nuevo habitáculo. A la izquierda de la puerta Wisting encontró un interruptor y la electricidad zumbó antes de que se encendiera una gran lámpara en el techo. La habitación era más pequeña que la anterior, con forma de herradura alrededor de un saliente. En la pared del fondo había una puerta con refuerzos metálicos y un candado.

Wisting se aproximó. Al lado de la puerta había un banco, y encima, a la altura del techo, un tragaluz desde el que podía observarse el interior de la habitación cerrada. En un rincón, apoyada en la pared, había una anticuada cámara de vídeo sobre un trípode.

Le pasó la maza a Robekk y se subió al banco. Tragó saliva antes de levantar la cabeza y mirar al interior.

Había una mujer joven, desnuda, tumbada en posición fetal en el suelo. Wisting apoyó la frente contra la tosca pared sobre el tragaluz. Notó un fuerte hedor a orina; la mujer estaba inmóvil. Alrededor del cuello tenía el mismo collar de cuero que Cecilia llevaba puesto en la grabación, como si fuera un animal, un perro, propiedad de alguien.

Entonces la chica giró la cabeza con cuidado y le miró, como si intuyera que alguien la estaba observando. Debía de haberlos oído abrirse paso por la trampilla del sótano y Wisting creyó ver en su mirada una mezcla de esperanza y terror.

–¡Linnea! –gritó.

La chica del suelo cerró los ojos con fuerza. En ese momento Robekk descargó el primer golpe sobre la puerta y ella se estremeció.

–Se ha terminado –gritó Wisting–. Somos de la policía.

Se bajó del banco y se quedó mirando cómo Robekk levantaba el mazo para dar otro golpe. No podía dejar de pensar en todos los minutos que ya habían perdido. Las horas y días que habían desperdiciado mientras Linnea Kaupang estaba encerrada.

Line entró en la habitación anterior. Se detuvo en el vano de la puerta con el teléfono en la mano.

–Se ha internado en el bosque.

–¿Qué quieres decir?

–Haglund –dijo Line–. Tommy ha ido a la casa para asegurarse de que estaba allí. Haglund se ha internado en el bosque de detrás de la casa con una gran linterna.

Wisting recordó el mapa que colgaba en la sala de reuniones durante la investigación del caso Cecilia, en el que zonas más y más amplias se iban sombreando para marcar las áreas que habían registrado para buscarla. La casa de Haglund en Dolven debía de estar a un kilómetro escaso de allí. En principio, él y Ravneberg eran vecinos.

–¿Ha visto a Tommy?

Line negó con la cabeza.

–Lo está siguiendo.

A su espalda se oyó resonar el último estallido cuando Robekk destrozó la puerta. Line dio unos pasos hacia el interior.

–Está allí dentro –explicó Wisting ya camino de la puerta–. Consigue una ambulancia, y llama a Hammer, pídele que reúna todo el personal que tenga y venga para acá.

Linnea Kaupang se había puesto de pie. Estaba pegada a la pared y se cubría el pecho con un

brazo.

–Se acabó –repitió Wisting.

Se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros temblorosos. Ella susurró algo inaudible y dio un par de pasos inseguros. Robekk la rodeó con el brazo y la dirigió hacia el exterior. Wisting se quedó mirando a su alrededor. Intentaba hacerse a la idea de los horrores que habían sucedido allí. Era un espacio más pequeño que la celda de una prisión. De pronto las paredes se cerraron sobre él y le pareció que le faltaba la respiración.

Fue hacia la puerta y puso una mano sobre el muro. Había algo grabado. Con una herramienta difícil de precisar, tal vez solo habían deslizado los dedos las veces suficientes como para dejar una marca. Dos letras irregulares. C y L. Las iniciales de Cecilia Linde, igual que en el casete amarillo en que había grabado sus últimas palabras.

Justo encima había unas marcas nítidas. Dos letras más. E y R. Ellen Robekk. En el suelo había una horquilla del pelo con un lacito amarillo que había sido utilizada para grabar una especie de último saludo. L K.

Cerró los ojos y permaneció así unos instantes. Luego Line gritó algo desde el final de la escalera del sótano. Todo lo que entendió fue «Haglund». Oyó los pasos sobre las losas de piedra antes de que gritara de nuevo.

–¡Está aquí! ¡Ven!

Wisting corrió en dirección al río detrás de Line, que iluminó con la linterna a dos hombres peleándose. Una lucha en la que uno intentaba retener al otro.

—¡Tommy! —gritó Line.

Los dos hombres cayeron rodando por la pendiente. Uno estaba a punto de ponerse de pie cuando el otro lo agarró por las piernas. Era imposible saber quién era quién. El hombre que estaba de pie liberó una pierna y le pegó una patada al otro. Se oyó un grito de dolor. La luz de la linterna iluminó el rostro del que estaba de pie. Era Haglund. Se revolvió hasta soltarse y se dirigió al bosque a toda velocidad.

Wisting le cogió la linterna a Line y echó a correr tras él. Tras una caseta de turba había un sendero que penetraba en el bosque. Apartó la maleza con las manos, saltó sobre montones de tierra y raíces de árboles, se raspó con ramas y agujas de abetos sin darse ni cuenta y tambaleándose cayó al suelo, se levantó a la misma velocidad y siguió corriendo. Sudaba a chorros, y notaba el sabor de la sangre en la boca.

—¡Haglund! —gritó para que se detuviera, pero no oyó otra cosa que las botas pisando el barro y el rumor del río.

El sendero serpenteaba entre árboles frondosos hasta que llegó a un vado donde el río se ensanchaba. Haglund había cruzado hasta la mitad. Wisting lo enfocó con la linterna. El agua de la crecida le llegaba casi hasta las rodillas. Se subió a una gran roca ayudándose con los brazos, se dio la vuelta y echó una rápida mirada atrás.

—¡Haglund! —gritó Wisting de nuevo. Su voz casi se perdió en el estruendo del río.

Rudolf Haglund se puso de pie haciendo equilibrios sobre la roca. Luego volvió a saltar al agua y siguió vadeando. Wisting se metió en el río. Haglund perdió el equilibrio sobre unas piedras sueltas y escurridizas, se cayó y agitó las manos para mantenerse a flote antes de conseguir levantarse y seguir avanzando, tambaleante, con los brazos extendidos.

Las lluvias habían acrecentado la corriente. Wisting sintió el agua helada arremolinarse entre sus pantorrillas mientras andaba con cuidado de no caerse sobre las piedras inestables que se movían cuando las pisaba.

Haglund seguía haciendo equilibrios, y ya casi había cruzado a la otra orilla. Entonces agitó los brazos intentando encontrar algo a lo que agarrarse; arqueó la espalda y cayó hacia atrás en la intensa corriente.

Wisting regresó a la orilla y enfocó el río con la linterna, pero no vio a Haglund. Entonces emergió su cabeza y empezó a gritar mientras luchaba contra la corriente. Wisting lo mantuvo

enfocado con la linterna y vio que se acercaba a la otra orilla. Se arrastró a tierra, pero cuando se estaba poniendo de pie, las piedras y la arena de la orilla cedieron bajo sus pies. El talud se desprendió y se hundió dentro del agua. Haglund intentó agarrarse a las ramas de un árbol, pero no pudo sujetarse. Cayó de espaldas y golpeó con fuerza unas piedras que apenas sobresalían del agua.

El cuerpo flotó por el río siguiendo los movimientos oscilantes del agua. Wisting corrió por la orilla intentando no perder a Haglund de vista. Estaba boca abajo, solo se veía su espalda.

Wisting se protegía con un brazo, apartando ramas y arbustos. La corriente llevó el cuerpo de Haglund hacia su lado del río. Cuando estuvo a dos metros de tierra, Wisting tiró la linterna y vadeó el río. El agua se hizo más profunda de forma repentina y el fondo de piedras desapareció bajo sus pies. Dio unas fuertes brazadas y alcanzó a Haglund. La corriente los arrastró. Wisting movía las piernas para elevar los hombros por encima del agua. La corriente tiraba de su ropa y le arrastraba hacia abajo, pero consiguió darle la vuelta al cuerpo inane, que empezó a convulsionarse.

Wisting le pasó el brazo izquierdo por debajo de la barbilla para mantenerle la boca lejos del agua mientras nadaba cargando con él hacia la orilla.

Nadaba con un solo brazo y tragaba agua cada vez que intentaba respirar por la boca. Escupió, tosió y le pareció que estaba a punto de hundirse. Cuando fue a impulsarse con las piernas, notó que tocaba el fondo. Sus pies encontraron un punto de apoyo y, respirando hondo y jadeando, arrastró el pesado cuerpo hasta dejarlo en la orilla.

La corriente los había vuelto a conducir a la pequeña explanada que había a los pies de la granja. Wisting se dejó caer sobre manos y rodillas sin dejar de toser y jadear. Alguien arrastró a Haglund por la hierba. Oyó a Line afirmar que respiraba. Entonces se puso de pie. A lo lejos se oían sirenas.

Rudolf Haglund estaba tumbado en la parte trasera de la ambulancia observando a Wisting con sus pequeños ojos negros y cuando sus miradas se encontraron, se le contrajo la cara. Abrió la boca como si quisiera decir algo, pero volvió a cerrarla.

Dos policías de uniforme se sentaron junto a él. Wisting cerró la puerta y el vehículo se deslizó lentamente por el estrecho camino de la granja. Sentía una sensación extraña, como le sucedía siempre que los casos se prolongaban durante mucho tiempo y de repente lograban la anhelada resolución. Los investigadores tardaban mucho tiempo en asimilar que se habían librado de semejante carga.

Wisting llevaba una manta sobre los hombros, pero seguía teniendo frío y temblaba ahí parado, mientras contemplaba la frenética actividad que se desarrollaba a su alrededor. Encendieron focos, y los técnicos de escenarios de crímenes se vistieron con sus monos blancos estériles, se cambiaron el calzado y se pusieron guantes y gorros; algunos investigadores hablaban en pequeños grupos y los transmisores chisporroteaban mientras acotaban la zona con cintas.

Frank Robekk estaba en el lado interior de la cinta; de vez en cuando paraba a alguno de los policías que pasaban por su lado, le preguntaba algo o le daba un consejo. Line estaba con Tommy y sus dos colegas del periódico. El de más edad hablaba por el móvil mientras gesticulaba con los brazos. Line usaba la cámara, pero ya tenía las fotos que publicarían al día siguiente en el periódico.

Nils Hammer se acercó a Wisting.

–La han trasladado al hospital de Tønsberg –explicó–. Hemos avisado a su padre. Él también va hacia allí.

Wisting asintió.

–No ha sufrido daños físicos –siguió Hammer–. No le ha hecho nada, solo la ha observado.

Wisting asintió de nuevo.

–Sé quién puso la prueba del ADN –dijo Wisting mirando al frente mientras hablaba–. Cómo cambiaron las colillas.

Hammer le dirigió una mirada penetrante.

–Puedo demostrar quién lo hizo.

–¿Cómo...?

–Cuando me suspendieron, me llevé la copia del caso Cecilia a la cabaña y he vuelto a revisar todo lo concerniente a Rudolf Haglund.

Hammer se le puso delante y le sostuvo la mirada.

–¿Quién fue? –preguntó.

–Me falta documentación –dijo Wisting–. Y necesito un par de días para organizarlo.

Hammer recibió una llamada. Respondió dando unas breves instrucciones y volvió con Wisting.

–Tienes que prestar declaración –dijo–. ¿Puedes venir a la comisaría?

–Esta noche no –dijo Wisting.

–A Vetti no le va a gustar eso. Ya ha convocado la rueda de prensa.

–Tendrá que esperar a mañana. Voy a casa a darme un baño caliente. Luego a dormir. Hace mucho que no duermo tranquilo.

Wisting se dio una ducha rápida y se vistió con la misma ropa oscura que había utilizado para introducirse en la comisaría. Antes de volver a marcharse, rebuscó entre las cajas de cartón con las cosas de Ingrid que estaban almacenadas en el trastero del garaje. Encontró lo que precisaba y sacó el coche del patio haciendo marcha atrás.

Puso la radio y escuchó un par de anuncios publicitarios antes de las noticias. El locutor describió lo ocurrido como un «desenlace dramático para el caso de la desaparición de la chica de Larvik». Rudolf Haglund había sido detenido por el secuestro de Linnea Kaupang, quien había sido hallada con vida. Después entrevistaron a Audun Vetti. El reportero señaló las similitudes con el caso Cecilia.

–¿Qué puede decirnos respecto a la denuncia de que Haglund fue condenado con pruebas falsas? –preguntó.

–Con independencia de la cuestión de la culpabilidad, Asuntos Internos investiga cualquier circunstancia potencialmente punible en relación con las pruebas del caso Cecilia –explicó el director de la policía en funciones–. La detención de hoy no cambia nada.

Wisting apagó la radio e hizo el resto del camino en silencio. Pasó de largo el cruce que llevaba a la cabaña de Værvågen y tomó el siguiente atajo, que le pareció menos frecuentado que el otro. Cuando pasaba por encima de los charcos enlodados el agua se derramaba por las cunetas. Los árboles se apiñaban a ambos lados, y de vez en cuando alguna rama rozaba el techo del coche o le daba un puñetazo en los flancos. El camino desembocó en una pequeña plataforma sobre las rocas de la costa.

Se bajó del coche y contempló la familiar silueta del paisaje sobre el mar sumido en la penumbra. El aire estaba cargado de sal, y las olas rompían sobre islotes y escollos. Fue pisando con cuidado las rocas mojadas y escurridizas y buscó con la linterna el sendero de la costa. Desde allí siguió las marcas azules hacia el este para llegar a su cabaña. La débil luz del farol del porche arrojaba sombras sobre el césped de la parte delantera.

Se acercó a la puerta y aguzó el oído. Del fiordo llegaba el traqueteo del motor de una barca.

La llave crujió en la cerradura y, cuando por fin logró abrirla, lanzó una rápida mirada hacia atrás antes de entrar y cerrar de nuevo.

El interior de la cabaña estaba oscuro y frío, pero no encendió la luz ni la chimenea. Se abrió paso a tientas hasta la butaca que estaba junto a la ventana de la fachada. En la bahía vio la barca que había oído, suavemente iluminada por una luz de navegación. Echó las cortinas, pero dejó una rendija para mirar afuera. Ahora solo quedaba esperar.

Al cabo de tres horas empezó a preguntarse si no ocurriría nada. Quizá Nils Hammer no había contado a nadie lo que Wisting le había dicho. Entrecerró los ojos, se frotó la cara y cogió otra manta más del sofá. De pronto se sintió completamente despierto. Una luz intensa atravesó la oscuridad de la noche, brilló sobre los islotes y se perdió en el mar.

Wisting presionó la frente sobre la ventana para poder ver el aparcamiento. Llegó un coche. La luz de los faros pasó sobre las rosas silvestres cuando giró para entrar en la explanada. Luego se apagaron y se oyó el ruido de una puerta al cerrarse.

A la luz de la luna Wisting vio al hombre que caminaba por el sendero hacia la cabaña. Iba vestido de oscuro y, cuando llegó al lado del farol, miró hacia atrás, de manera que Wisting no pudo verle la cara. Llevaba una gorra de punto calada sobre la frente y las solapas negras de la cazadora levantadas hacia las orejas.

Llamaron con fuerza un par de veces, luego una vez más.

—¿Hola?

Wisting no se movió ni dijo nada mientras el hombre se movía por el porche. Los tablones crujían. Su silueta se dibujó tras las cortinas; luego se acercó a la ventana y pegó la cara y las manos. Wisting se apoyó en el respaldo de la butaca, pero sabía que el ángulo de la abertura de las cortinas era demasiado estrecho como para que el otro pudiera verlo. El vaho de la respiración del hombre se quedó pegado al cristal antes de que se volviera a la puerta.

Wisting se preparó. Oyó el sonido de metal rozando con cuidado otro metal. El chasquido de una fricción seca. Después la cerradura crujió y los goznes de la puerta chirriaron mientras la puerta se abría. El hombre entró en la cabaña como una sombra y fue decidido hacia el interruptor de la pared. Dio dos pasos hacia la mesa sobre la que estaban repartidos los documentos del caso Cecilia antes de darse cuenta de la presencia de Wisting.

A Audun Vetti se le demudó visiblemente el rostro; apretó los labios.

—No la tengo aquí —dijo Wisting poniéndose de pie.

—He llamado a la... —dijo Vetti señalando hacia la puerta.

—La prueba no está aquí —interrumpió Wisting—. Pero puedo demostrar que fuiste tú quien cambió la prueba del cigarrillo.

Vetti se limitó a sacudir la cabeza.

—Incluso firmaste un formulario cuando bajaste a la celda y te llevaste una colilla de Haglund.

—Te equivocas —dijo Vetti con sequedad, como si hubiera recuperado algo de aplomo—. Quería hacer que hablara, llegar a un acuerdo no oficial sobre la condena, para que supiera a lo que se enfrentaba.

—Te llevaste la colilla de su cigarrillo al laboratorio de Finn Haber y cambiaste el contenido de las bolsas con las pruebas.

—Estás fantaseando, Wisting. Te inventas una historia para cargarle el muerto a otro. Nadie te creerá. Nunca estuve cerca de esas colillas, ni cuando las encontraron ni más tarde.

Wisting dio un paso al frente.

—¿Estás diciendo que nunca has visto la prueba principal?

–Para mí solo eran letras y números en un informe. Elementos de un listado de pruebas –fue hacia la puerta–. He venido hasta aquí porque estaba preocupado por ti y quería saber cómo te iba, no esperaba que fueras a recibirme con esa clase de acusaciones.

–¿Por eso has forzado la cerradura para entrar?

–Has olvidado echar la llave y, evidentemente, no me has oído llamar.

–Me parece que has venido para averiguar qué pruebas tengo contra ti.

Vetti siguió avanzando hacia la puerta.

–No hay nada que probar –siseó–. Nunca toqué esas pruebas.

Wisting dio un paso hacia él.

–Si es así, ¿por qué están tus huellas en las bolsas de las pruebas?

Vetti se detuvo. La nuez le subió y le bajó por el cuello, en el que se le marcaban los tendones. Levantó la mano y con el dorso se secó las comisuras de los labios. Sus ojos de movían de un lado a otro.

–No es verdad... –intentó protestar–. Esas bolsas tienen diecisiete años. Es imposible.

–No solo es posible, sino que están.

La mirada de Audun Vetti cambió; apareció un destello negro.

–En cualquier caso él es culpable –casi escupió–. Tú también lo viste en sus pequeños ojos de rata. Pero no conseguiste que confesara y nos podíamos permitir que volviera a la sociedad.

Levantó un dedo índice tembloroso.

–Solo hice lo que había que hacer –siguió a la defensiva–. Pero nunca podrás probarlo. Hay muchas maneras de explicar esas huellas dactilares. Digamos que estuve en el laboratorio que revisó las pruebas. Las cogí, una a una. Eso formaba parte de mi trabajo.

–Acabas de decir que nunca has tocado las bolsas de las pruebas –le recordó Wisting–. Que ni siquiera las has visto.

Audun Vetti se rio entre dientes.

–¿Quién se creará tu versión? Asuntos Internos ya te ha acusado. Lo verán como un intento patético de incriminar a otro.

Wisting se aproximó a la ventana y echó las cortinas a un lado. Ahora la luz de la luna era más intensa y pudo ver la barca de Finn Haber en el embarcadero. El viejo marino saltó a tierra con agilidad.

Se oía el débil susurro de un casete dando vueltas en el estante de debajo la ventana. Vetti dio un paso atrás, hacia el interior de la estancia. Wisting vio que el otro miraba las teclas de play y rec, que estaban presionadas en el viejo radiocasete.

–Escucha –dijo–. Pronto mi nombramiento de director de la policía será oficial. Puedo solucionar esto, conseguir que salgamos bien parados los dos.

Wisting ni siquiera abrió la boca para rechazar la oferta.

–Necesitábamos tener el caso atado –dijo Vetti desesperado–. Tenía a los medios encima. Fue por el bien de todos. No se perjudicó a nadie. Haglund recibió el castigo que merecía.

Los tablones del suelo del porche crujieron.

–Tú la mataste –dijo Wisting.

Se abrió la puerta. Finn Haber entró y se mantuvo en silencio con los brazos cruzados sobre el pecho. Vetti ladeó la cabeza desconcertado.

–Tú mataste a Cecilia Linde –repitió Wisting–. Cuando le hablaste a Gjermund Hulkvist de la cinta y la noticia salió en el *Dagbladet*. Tú la condenaste a muerte.

Apretó la tecla de stop, sacó el casete y se lo metió en el bolsillo de la camisa.

Vetti retrocedió dos pasos tambaleándose, como un árbol talado y a punto de derrumbarse. Wisting vio en su mirada que lo había comprendido. Iba a caer.

Nils Hammer se sentó a la mesa con una gran taza de café. Wisting notó que los días como responsable del caso de la desaparición de Linnea le habían afectado. Se le veía pálido y agotado, tenía la mirada absorta y los ojos somnolientos, más grises de lo habitual.

–Creí que Vetti estaría aquí –dijo.

Wisting no dijo nada y Christine Thiis apareció en la puerta con unos papeles.

–¿Has visto a Vetti? –le preguntó Hammer.

La abogada policial recién contratada tomó asiento.

–Está enfermo –respondió ella.

–¿Enfermo? –repitió Hammer–. Ayer por la noche parecía estar bien.

Christine Thiis se encogió de hombros. No parecía saber nada más sobre la ausencia de Vetti.

–Ha escrito esto –dijo tendiéndole a Wisting una hoja–. Ya no estás suspendido.

–Buena noticia –comentó Hammer–. Rudolf Haglund pregunta por ti.

–¿Está bien?

–Está en las celdas del sótano. La patrulla fue a buscarlo al hospital hace una hora.

–¿Quiere hablar? –preguntó la abogada policial.

–Con Wisting –replicó Hammer.

Christine Wiis miró a Wisting.

–¿Quieres hablar con él?

Wisting se lo pensó. En su trabajo de investigador había hablado con muchas personas que habían cometido delitos graves, había estado muy cerca de ellos y había dejado que le contaran lo que habían hecho. El conocimiento y la comprensión de esos actos le habían desvelado mucho sobre la naturaleza humana. Había descubierto que, en lo más profundo, todas las personas tenían miedo de estar solas. Temían a la soledad. Todos necesitaban ser escuchados. Haglund había estado solo con sus secretos durante diecisiete años. Nadie era capaz de soportar semejante carga y también él necesitaba compartir sus pensamientos más íntimos con otros. Su necesidad de ser escuchado era más fuerte que el temor a volver a la cárcel.

Wisting se puso de pie. Si Haglund quería hablar con él, lo haría. No por él, ni por Haglund, sino por las personas a las que este había herido en su vida. Las personas que necesitaban saber lo que había ocurrido en realidad.

Cuatro horas más tarde salió de la sala de interrogatorios pensando cómo había entrado en una habitación similar hacía casi treinta años. En esa ocasión debía conseguir la declaración de un

hombre al que se acusaba de haber robado un coche. Wisting había pedido consejo a un colega de más edad, quien le contestó que no existía ningún método para obtener una confesión; cada uno debía encontrar su propia manera. Wisting lo había encontrado: se mostraba templado, tranquilo y paciente. Podía escuchar al otro sin que interfirieran sus propios sentimientos, era capaz de ponerse el lugar del otro e incluso mostrar empatía.

La sala de juntas quedó en silencio cuando entró. Toda la sección se había reunido a esperarlo.

—¿Y bien? —preguntó Hammer.

Wisting se sentó y le pasó el protocolo de la declaración a la abogada policial. Había conseguido que Haglund se lo contara todo: desde la ocasión en que conoció a Jonas Ravneberg cuando ambos pescaban a la orilla del río y los dos hombres solitarios habían desarrollado una especie de amistad tácita y reticente. La declaración acababa con su relato de cómo había matado a golpes a su amigo y después se había abalanzado sobre Line cuando salió huyendo de la casa adosada tras haber buscado infructuosamente la cinta de vídeo que lo inculpaba.

—El verano que Cecilia desapareció, prácticamente vivía en la granja de Ravneberg —empezó Wisting—. Allí había tranquilidad y silencio, como a él le gustaba. Ravneberg tenía pareja y pasaba la mayor parte del tiempo con ella. Haglund arregló el tejado, e hizo algo de bricolaje en el granero y otras cosas que Ravneberg no era capaz de hacer solo. Pescó anguilas en el río, usó el ahumadero y cuidó de unas ovejas que en aquel entonces Ravneberg tenía pastando por allí.

—Y mantuvo a Cecilia Linde atrapada en el sótano —comentó Hammer.

Wisting asintió.

—Ravneberg pasaba por allí muy de vez en cuando, y a horas fijas. Entonces la amordazaba y se la llevaba en el coche hasta que podía encerrarla otra vez.

—Fue así como ella pudo sacar la cinta de casete y contar lo que le estaba pasando.

—Cuando la policía pidió a la gente datos sobre su coche, lo escondió en el granero. La idea era deshacerse definitivamente de él, pero, antes de que tuviera tiempo de hacerlo, fue arrestado.

—Pero Ravneberg tuvo que verlo. ¿Por qué no dijo nunca nada?

—Encontró el coche, la ropa, el walkman y la cámara de vídeo. Encontró incluso las iniciales de las dos chicas en la pared del sótano, pero tuvo miedo de verse implicado. Haglund había utilizado su sótano. El año anterior Haglund había usado su coche al secuestrar a Ellen Robekk. Haglund sería condenado en cualquier caso, al menos por el caso Cecilia. Eligió la solución por la que siempre había optado. Dejó el coche donde estaba y huyó del problema.

—¿Qué ocurrió?

—Haglund sabía que las colillas que había encontrado la policía no podían ser suyas. Había estado en el cruce de Gumserød, fumando, mientras esperaba a Cecilia, pero no había tirado las colillas al suelo. Cuando el caso fue reabierto, solo había un obstáculo que le separaba de la

indemnización millonaria que esperaba cobrar: la grabación en vídeo. Intentó convencer a Ravneberg para que se la diera. Y ya sabemos cómo acabó ese asunto.

Cuando se levantó para marcharse, no pudo dejar de ver en los rostros que lo rodeaban que querían más explicaciones.

–Todo está ahí –dijo señalando los papeles que había entregado–. Todos los detalles.

Hammer lo acompañó a la puerta.

–Hay una cosa más –dijo su colega–. ¿Quién colocó la prueba falsa de la colilla?

Se hizo un silencio tenso, como el que precede a una explosión. Todos tenían la mirada fija en Wisting. El nombre que les proporcionó tuvo el efecto devastador de una bomba. Wisting notó la conmoción en su mirada, pero también cómo enseguida iban haciéndose a la idea.

Antes de que le formularan más preguntas, salió de la sala de juntas cerrando la puerta tras de sí. Condujo hacia casa sin sentir nada. Ni pena ni alegría.

El patio empedrado de su casa estaba cubierto de ramas y hojas putrefactas. Aparcó el coche y se bajó. En el interior no le esperaba nadie. Suzanne estaba abandonando su vida en común. De nuevo se acostaría solo y se levantaría solo. Comería solo. ¿Por qué tenía que ser tan difícil compartir la vida con alguien? ¿En la suya no había cabida para nada más que el trabajo policial?

Se quedó un rato de pie, delante de la casa vacía, pensando en lo que acababa de pasarle. No solo la ruptura con Suzanne, sino cómo había vivido ser él mismo objeto de una investigación. Había sido una situación humillante, desagradable tanto para él como para los que lo rodeaban. Pero también había aprendido de la experiencia. Había podido sentir algo de la inseguridad y el miedo que atenazaban a muchas de las personas con que trataba en su trabajo. Eso condicionaría su manera de comportarse la próxima vez que se sentara al lado seguro de la mesa en la sala de interrogatorios.

Wisting dio la vuelta al coche, abrió el maletero y sacó el balón de fútbol que guardaba allí. Lo lanzó al otro lado del seto con un poco más de fuerza de lo que había previsto.

El doble expositor de periódicos de la recepción de *VG* estaba casi vacío. El jefe de la edición había comprimido la mayor cantidad de información posible en las tres líneas del titular de la portada. EL ASESINO ACUSADO DE NUEVO. MANTUVO A TRES SECUESTRADAS CON VIDA. Habían utilizado distintos tamaños para los tipos, de forma que CON VIDA era lo que atrapaba la mirada. La conocida foto de Linnea Kaupang aparecía en un recuadro a fin de que a nadie le cupiera ninguna duda sobre quién seguía «con vida». En la foto principal salía de espaldas, con una manta de lana sobre los hombros, entrando en una ambulancia. La luz del flash se reflejaba en los uniformes policiales. El nombre de Line aparecía en letra pequeña en el margen de la foto.

El constante zumbido de la redacción enmudeció cuando Line entró en la habitación. Periodistas que rara vez levantaban la vista de la pantalla se giraron hacia ella. Entonces el jefe de la redacción de noticias empezó a aplaudir. El aplauso se extendió y fue seguido de silbidos y gritos de admiración. Joakim Frost salió de su despacho acristalado y se detuvo con las manos en las caderas, sonriendo abiertamente. Más por su satisfacción por la tirada que por admiración, pensó Line.

Cuando la ovación espontánea de sus colegas cesó, se sentó a su mesa. Frosten se acercó a ella.

–Me alegro de que las noticias sobre tu padre no interfirieran con la periodista que hay en ti – dijo cogiendo un ejemplar del periódico de su mesa–. Todos los días salen nuevas ediciones. Los lectores olvidan deprisa. Aquello sobre lo que escribimos ayer, mañana nadie lo recuerda. Ya hay nuevos héroes o villanos ocupando la portada.

Hablaba como si las acusaciones vertidas contra su padre unos días antes solo fueran una anécdota pasajera.

–Todo el mundo quiere libertad de expresión –dijo él–, pero nadie quiere padecerla.

Soltó el periódico.

–Ahora necesitamos que continúe. La prensa al completo está intentando hablar con Linnea Kaupang. Debería atendernos a nosotros. Tú tomaste parte en su liberación del sótano. ¿Puedes llevarte a Harald o a Morten y hacerle una entrevista?

Line negó con la cabeza.

–Estoy ocupada con otro caso –respondió–. Morten P y Harald también están ocupados.

–Creo que no acabas de entenderlo –dijo Frosten abriendo la mano sobre la portada del periódico–. Este es el caso.

–No –dijo Line con voz firme–. Morten P acaba de confirmar que el ministerio de Justicia va a cesar de su puesto a un director de la policía. Yo voy a escribir sobre las razones...

Frosten abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla.

Line sacó una anticuada cinta de casete del bolso.

–Un artículo que no estará basado ni en especulaciones ni en suposiciones –dijo.

Amaneció despejado, pero pronto el cielo fue cubriéndose de negros nubarrones y ahora estaba muy nublado y oscuro. William Wisting se bajó del coche y dirigió la mirada al cielo otoñal. Un gran pájaro negro dio un par de vueltas en amplios círculos antes de aterrizar sobre un saliente rocoso y lanzar un grito ronco. Un *ravn*, un cuervo en las montañas, ese era el nombre que habían dado a la pequeña granja: Ravneberg.

Frank Robekk ya se encontraba junto a la cabaña de turba, allí donde el río se abría paso junto a lo que una vez fueron pastos. La pequeña construcción era un ahumadero con un agujero en el techo para que saliera el humo, y parecía un *lavvu*, una tienda sami. La había construido Rudolf Haglund. Sobre la fogata solía colgar anguilas y peces para que absorbieran el sabor del enebro quemado.

Wisting abrió la estrecha puerta de la cabaña de turba. El olor agrio del humo estaba prendido de las paredes y era el olor que Rudolf Haglund desprendía la primera vez que entró en la sala de interrogatorios. Exactamente como Cecilia lo había descrito en la grabación: un olor acre, a humo, pero también a otra cosa.

Los investigadores de escenarios de crímenes llevaban varias horas trabajando, y habían seguido las indicaciones que Haglund le había dado a Wisting durante el interrogatorio. Era demasiado estrecho para que cupieran todos, y los hombres de blanco salieron para hacer sitio a Wisting y Frank Robekk.

Allí donde había estado el hogar, habían cavado un hoyo. Poco a poco se habían ido haciendo visibles los restos de la persona que estaba allí enterrada. Huesos quebradizos y un cráneo rajado. En un barreño de plástico habían reunido restos de ropa y parte de un zapato que Haglund había enterrado junto a su primera víctima.

—¿Cuánto tiempo...?—preguntó Robekk y se aclaró la voz—. ¿Cuánto tiempo la tuvo recluida?

—Siete días—respondió Wisting.

A Frank Robekk se le tensó el rostro. Sacó del barreño los restos de lo que parecía la hebilla de un cinturón.

—Lo hizo con una almohada—dijo Wisting con voz queda.

—Hubiera sido mejor que la tirara a una zanja—opinó Robekk quitando con los dedos la tierra de la hebilla del cinturón de su sobrina—. Como con Cecilia, así al menos habríamos sabido dónde estaba.

—Fueron otras circunstancias—explicó Wisting utilizando las palabras del propio Haglund—.

Dejar que encontráramos a Cecilia fue una maniobra de distracción para que dejáramos de buscar el lugar donde la había tenido escondida.

Salió de la estrecha estancia para dejar un rato a solas a Robekk. Había un coche de la policía aparcado junto al suyo, al lado de la casa principal. Christine Thiis y Nils Hammer bajaban por la explanada de hierba; Hammer llevaba un periódico doblado. Wisting pudo ver parte de la portada y la cara de Audun Vetti.

–El fiscal general lo ha acusado –dijo Christine Thiis–. Investigadores de Asuntos Internos lo han llevado a prestar declaración esta mañana.

Hammer se aproximó a los técnicos de criminalística. Christine Thiis se acercó más a Wisting y se metió la mano en el bolsillo del pantalón.

–Tengo que devolverte esto –dijo mostrándole su placa.

Wisting la cogió y la miró por los dos lados. Estaba gastada por los bordes y una de las esquinas se estaba despegando.

Cuatro días sin ser policía. No solo había carecido de autoridad policial, sino que también había sido acusado de infringir la ley. Siempre había creído que en parte era un buen investigador porque tenía la capacidad de ver un caso desde más de un punto de vista. Pero era la primera vez que había estado allí, en el otro lado.

Pasó el pulgar por su foto y notó algunas ralladuras en el plástico. Era una foto antigua. En esa época tenía mejor aspecto que ahora. El cabello más espeso y oscuro, las mejillas más redondeadas. Pero ahora era mejor policía, pensó. Y apretó la placa con la mano.

La segunda novela del cuarteto WISTING, que ha inspirado la serie televisiva revelación de AMC.



HA SALTADO UN ESCÁNDALO

Diecisiete años atrás, William Wisting investigó uno de los casos más comentados en Noruega, el del secuestro y asesinato de la joven Cecilia Linde. Pero recientemente han salido a la luz indicios de que las pruebas fueron manipuladas y se metió en la cárcel a un inocente.

EL OLFATO POLICIAL FALLÓ

¿Corrió Wisting tras el rastro de la primera presa que apareció sin considerar otras opciones? La cuestión es que ahora han suspendido, hasta nueva orden, al más intachable de los comisarios del país. Diecisiete años después, los medios de comunicación vuelven a oler la sangre.

EL CULPABLE SIGUE EN LIBERTAD

Wisting deberá trabajar a escondidas para entender qué pasó realmente y por qué se siguieron las pistas equivocadas. Tan solo cuenta con la ayuda de Line, su hija periodista.

En *Perros de caza*, la segunda entrega del cuarteto Wisting, Jørn Lier Horst sube dos marchas el ritmo y la acción para deleitarnos con una novela policial frenéticamente perfecta. Novela ganadora del prestigioso premio THE GLASS KEY

La crítica ha dicho...

«Una novela impecable, sin un solo fallo. La mejor de la serie hasta ahora.»

Østlands-Posten

«Apasionante, con una ejecución precisa.»

The Herald

«Una novela de trama perfecta, exquisita en su estructura y repleta de tensión.»

Crime Time

«Horst tiene la capacidad de reproducir a la perfección el instinto policial de su protagonista, te mete de lleno en su cacería.»

Dagens Nyheter

«Lectura obligatoria para cualquiera a quien le guste el género policial, por la simple razón de que está increíblemente bien escrita.»

Dagbladet

«Tiene todo lo que hay que tener: intensidad, intriga y personajes redondos. Un autor que no solo sabe construir una buena intriga sino que la empuja con todas sus fuerzas sin perder un ápice de credibilidad.»

Tønsbergs Blad

Jørn Lier Horst (Noruega, 1970) es uno de los mejores escritores escandinavos de novela negra, gracias a la exitosa serie «Cuarteto Wisting», protagonizada por William Wisting. Antes de dedicarse plenamente a la literatura, trabajó durante años como inspector jefe de policía, algo que proporciona a sus libros un estilo único a la hora de conjurar el suspense con el realismo. Sus novelas han sido traducidas a 25 idiomas y han recibido una decena de prestigiosos galardones en más de siete países.

Título original: *Jakthundene*

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 2012, Jorn Lier Horst

Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency © 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2020, Lotte Katrine Tollefsen, por la traducción Diseño de portada: Aptación a partir del diseño de Freight Design © Sandstone Press Ltd / Penguin Random House Grupo Editorial Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02479-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Perros de caza

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Sobre este libro

Sobre Jørn Lier Horst

Créditos